El mercado contra la ciudad

Globalización, gentrificación y políticas urbanas

Observatorio Metropolitano de Madrid (ed.)

traficantes de sueños
mapas



Desde sus inicios **Traficantes de Sueños** ha apostado por licencias de publicación que permiten compartir, como las Creative Commons, por eso sus libros se pueden copiar, distribuir, comunicar públicamente y descargar desde su web. Entendemos que el conocimiento y las expresiones artísticas se producen a partir de elementos previos y contemporáneos, gracias a las redes difusas en las que participamos. Están hechas de retazos, de mezclas, de experiencias colectivas; cada persona las recompone de una forma original, pero no se puede atribuir su propiedad total y excluir a otros de su uso o replicación.

Sin embargo, «cultura libre» no es sinónimo de «cultura gratis». Producir un libro conlleva costes de derechos de autor, traducción, edición, corrección, maquetación, diseño e impresión. Tú puedes colaborar haciendo una donación al proyecto editorial; con ello estarás contribuyendo a la liberación de contenidos.

Puedes hacer una donación

(si estás fuera de España a través de PayPal),

suscribirte a la editorial

o escribirnos un mail

El mercado contra la ciudad

Sobre globalización, gentrificación y políticas urbanas

Observatorio Metropolitano de Madrid (ed.)

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

mapas 41

Mapas. Cartas para orientarse en la geografía variable de la nueva composición del trabajo, de la movilidad entre fronteras, de las transformaciones urbanas. Mutaciones veloces que exigen la introducción de líneas de fuerza a través de las discusiones de mayor potencia en el horizonte global.

Mapas recoge y traduce algunos ensayos, que con lucidez y una gran fuerza expresiva han sabido reconocer las posibilidades políticas contenidas en el relieve sinuoso y controvertido de los nuevos planos de la existencia.



Primera edición: 1000 ejemplares, septiembre de 2015
Título:
El mercado contra la ciudad. Sobre globalización, gentrificación y políticas urbanas
Traducción:
Adriá Rodríguez (cap. 1), Atalaire (cap. 2), Óscar Muñoz (cap. 3), Francisco Javier González (cap. 4), Isidro López y Aranzazu Altuna (cap. 5), Paulina Matta, Ana Méndez de Andés e Isidro López (cap. 6), y Ana Méndez de Andés (cap. 7).
Maquetación y diseño de cubierta:
Traficantes de Sueños [taller@traficantes.net]
Edición:
Traficantes de Sueños
C/ Duque de Alba 13, C.P. 28012 Madrid.
Tlf: 915320928. [e-mail: editorial@traficantes.net]
Impresión:
Gráficas Cofas
ISBN 13: 978-84-943111-4-7
Depósito legal: M-28021-2015

El mercado contra la ciudad

Sobre globalización, gentrificación y políticas urbanas

Observatorio Metropolitano de Madrid (ed.)

traficantes de sueños
mapas

Índice

Sobre los autores

Neil Brenner, Jamie Peck (véase infra) y **Nik Theodore. Neil Brenner** es director del Urban Theory Lab con sede en la Harvard Graduate School of Design. Se define como «sociólogo político urbano, teórico estatal y socioespacial con un interés particular en las cambiantes geografías político-económicas del capitalismo global». Es autor de *Implosions / Explosions: Towards a Study of Planetary Urbanization* (Jovis, 2014) y *New State Spaces: Urban Governance and the Rescaling of Statehood* (Oxford University Press, 2004) y co-editor de volúmenes como *The Global Cities Reader* (con Roger Keil; Routledge, 2006) o *Spaces of Neoliberalism: Urban Restructuring in North America and Western Europe* con Nik Theodore (Blackwell, 2003). **Nik Theodore** es profesor de Planeamiento y Política Urbana en la Universidad de Illinois y sus intereses se centran en la economía política urbana, los mercados de trabajo y la economía informal, el urbanismo neoliberal y la restructuración económica sobre los que ha escrito numerosos artículos con Neil Brenner y Jamie Peck. El artículo original, «Neoliberal urbanism: Cities and the Rule of the Markets» fue publicado en Gary Bridge y Sophie Watson (eds.), *The New Blackwell Companion to the City*, Oxford, Wiley-Blackwell, 2011; en castellano, fue publicada una versión como «Urbanismo neoliberal: la ciudad y el imperio de los mercados», en *Ediciones SUR*, vol. 66, en marzo de 2009. Ofrecemos ahora una versión aumentada y actualizada gracias a la colaboración de los autores.

Harvey Molotch y John Logan. El primero es profesor de Sociología y Estudios Metropolitanos en la Universidad de Nueva York. Sus investigaciones se han concentrado en el crecimiento urbano, la economía política, el diseño, el consumo, los

mecanismos de desigualdad y la sociología medioambiental. Es autor de los libros *Where Stuff Comes From: How Toasters, Toilets, Cars, Computers and Many Other Things Come to Be as They Are (*Routledge, 2003). Junto con John Logan es autor de *Urban Fortunes: The Political Economy of Place* (University of California Press, 1987). Es asímismo co-editor junto a Laura Noren de *Toilet: The Public Restroom and the Politics of Sharing* (New York University Press, 2010). **John Logan** es sociólogo y director de la iniciativa Spatial Structures in the Social Sciences en la Universidad de Brown, antiguo director del Lewis Mumford Center y del Center for Social and Demographic Analysis. Además de *Urban Fortunes* junto a H. Molotch, ha escrito *Urban China in Transition* (Blackwell, 2007) y trabaja en varios proyectos web que documentan el desarrollo de los tejidos urbanos en Estados Unidos y China. «La ciudad como máquina de crecimiento» es la traducción del capítulo 3 de *Urban Fortunes*: *The Political Economy of Place,* University of California Press, 1987; la editorial nos ha permitido su reproducción bajo una licencia CC pero no que este capítulo aparezca en la versión digital de este volumen.

Rosalyn Deutsche y **Cara Ryan. Ryan** es periodista. **Rosalyn Deutsche** es historiadora y crítica de arte, profesora de la Universidad de Columbia y forma parte del Programa de Estudios Independientes del Whitney Museum. Ha publicado los libros *Evictions: Art and Spatial Politics* (MIT Press, 1998) y *Hiroshima After Iraq: Three Studies in Art and War* (Columbia University Press, 2010), así como numerosos artículos en revistas como *Grey Room*, *October*, *Artforum*, *Art in America*, *Texte zur Kunst*, *Society and Space*, *Annals of the Association of American Geographers y Assemblage.* «El bello arte de la gentrificación» fue publicado por primera vez en el número 31 de *October*, invierno de 1984.

Jamie Peck tiene una Cátedra de Investigación en Política Económica Urbana y Regional, y es profesor de Geografía en la Universidad de British Columbia (Canadá). Sus investigaciones tratan sobre la normativa de las políticas transnacionales, la gobernanza metropolitana y el trabajo temporal. Ha escrito y editado, entre otros libros, *Constructions of neoliberal reason* (Oxford University Press, 2010), *Workfare states* (Guilford Press, 2001), *Contesting neoliberalism: urban frontiers* con Helga Leitner y Eric Sheppard (Guilford Press, 2007) y *Politics and practice in economic geography* con Adam Tickell, Eric Sheppard y Trevor Barnes (Sage Publications, 2007). El artículo incluido en esta compilación fue publicado en el *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 29, núm. 4, diciembre de 2005.

Tom Slater es profesor de Geografía Urbana en la Universidad de Edimburgo. Ha editado junto a Loreta Lees y Elvin Wyly dos importantes compilaciones de artículos sobre gentrificación *Gentrification* y *The Gentrification Reader*, publicados

por Routledge en 2008 y 2010, respectivamente. Especializado en el estudio de la gentrificación y el desplazamiento que provoca, la estigmatizacion territorial y la reforma del Estado del bienestar, su artículo «La expulsión de las perspectivas críticas en la investigación sobre gentrificación» dio lugar a un buen número de respuestas, publicadas en el *International Journal of Urban and Regional Research,* vol. 32, núm. 1, marzo de 2008 (accesible on line: http://www.ijurr.org/details/issue/1031787/issue.html).

Neil Smith fue profesor distinguido de Antropología y Geografía en el Graduate Centre de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY). Convertido en uno de los más prominentes geógrafos urbanos y quizás principal teórico de la gentrificación, su obra más importante al respecto es *The New Urban Frontier: Gentrification and the Revanchist City* (Routledge, 1996), traducida al catellano y publicada por Traficantes de Sueños en 2013. Obras suyas son también: *Uneven Development: Nature, Capital and the Production of Space* (Basil Blackwell, 1984), *American Empire: Roosevelt's Geographer and the Prelude to Globalization (*University of California Press, 2003) o *The Endgame of Globalization (*Routledge, 2005), así como la co-edición de *The Politics of Public Space* con Setha Low (Routledge, 2006). «Nuevo globalismo» fue publicado en *Antipode*, vol, 34, núm. 3, julio de 2002. Wiley permite que lo pongamos a libre disposición en Internet pero no nos ha autorizado una licencia CC, es decir, es necesario su permiso para su reproducción en otros medios.

Loïc Wacquant es profesor de Sociología en la Universidad de Berkeley e Investigador del Centro de Sociología Europea de París. Su trabajo de campo se ha centrado en la periferia del sur de Chicago y en las *banlieues* de París, también ha trabajado en las cárceles de Estados Unidos y Brasil. Fue alumno y colaborador de Pierre Bourdieu, con quién publicó *An Invitation to Reflexive Sociology (*Chicago University Press, 1992). Muchas de sus obras han sido traducidas al castellano, entre otras: *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio* (Ediciones Manantial, 2001), *Entre las cuerdas. Cuadernos etnográficos de un aprendiz de boxeador* (Alianza, 2004), *Las Cárceles de la miseria* (Ediciones Manantial, 2000) o *Una invitación a la sociología reflexiva* (Siglo XXI, 2005). La respuesta a Slater publicada en este volumen con el título «Reubicar la gentrificación: clase trabajadora, ciencia y Estado en la reciente investigación urbana» apareció por primera vez en el volumen ya mencionado del *International Journal of Urban and Regional Research,* vol. 32, núm. 1, marzo de 2008 (accesible online: http://www.ijurr.org/details/issue/1031787/issue.html).

Introducción

Observatorio Metropolitano de Madrid

De Tahrir a Sol, de Sintagma a Liberty Park, de México a Brasil, de Londres a París o Estocolmo, en los últimos años ciudades de todo el planeta han sido testigo de revueltas, acampadas y movilizaciones. Estos actos son la expresión de un rechazo a que la vida sea transformada en una mercancía intercambiable en el mercado. Ya desde las plazas más emblemáticas, ya desde las periferias sistemáticamente abandonadas, las recientes irrupciones sociales y políticas en las regiones metropolitanas, tanto del norte como del sur global, parecen querer demostrar, parafraseando a David Harvey (2012), que la revolución del siglo XX será urbana o no será. En todo el planeta, el reciente ciclo contra el neoliberalismo se ha concentrado en la defensa de la tierra, del agua o de los servicios públicos. En el centro está la lucha por el territorio, entendido como el entramado de recursos, relaciones sociales y formas de producción en el que damos forma a nuestras vidas (Zibechi, 2008). Y ese territorio tiende a coincidir cada vez más con las ciudades, espacios complejos, mezcla heterogénea de culturas, poblaciones, intereses, conocimientos y capacidades.[1] Pero las ciudades no sólo se extienden en población, extensión y relevancia. Más allá de su apetito devorador de suelo y de los espacios «naturales», que han quedado subordinados como proveedores de materias primas y receptores de desechos (Naredo, 2003), la regulación de la producción actual extiende y amplía lo urbano hasta cubrir prácticamente todo el planeta.

1 Algunos datos generales sobre el impacto de la urbanización planetaria se pueden consultar en los informes, entre otros, de ONU_Habitat o el FMI.

En este proceso, las ciudades han crecido en densidad y extensión, pero también han cambiado sus funciones. No son solo el espacio construido para el intercambio comercial de objetos, servicios y conocimientos, soporte físico e infraestructuras que permiten la vida en común. Se han convertido en gigantescas y sofisticadas mercancías. Sus estructuras espaciales y relacionales han adquirido valores de mercado, los centros históricos se han transformado en destinos turísticos o centros comerciales al aire libre, las periferias en ciudades dormitorio o espacios residuales de exclusión, y la producción social y cultural en ocio y entretenimiento. La ciudad ya no es ni el lugar donde «el aire te hace libre» (Pirenne, 1910), ni el centro de operaciones de mercaderes, soldados y fraternidades (Weber, 1921), sino una «máquina de crecimiento» (Logan y Moloch, 1987), cuyo desarrollo produce rentas para las élites empresariales y financieras. Esto las convierte en un campo de pruebas de la resiliencia de las comunidades frente a la privatización y financiarización de las instituciones que garantizaban la reproducción social. A medida que la producción capitalista, así como la fuerza de trabajo, se concentra en las ciudades, también la resistencia a la desposesión y al expolio acaba por tomar a las ciudades como expresión privilegiada. Gran parte de las revueltas más significativas de los últimos años han tenido como escenario entornos urbanos, y también estos han sido su motivo.

En este volumen, el Observatorio Metropolitano ha querido recopilar una serie de artículos que resultan clave a fin de entender los procesos de extracción de plusvalor que tienen lugar en las ciudades. Esta breve selección pretende contribuir no solo a la comprensión de los procesos de desposesión y acumulación, sino también a hacer frente a los ataques contra la reproducción social. La compilación se inicia con un texto clásico sobre los procesos de gentrificación y revalorización inmobiliaria de ciertas áreas de Manhattan gracias a la producción artística: Roslyn Deutsche y Cara Ryan, «El bello arte de la gentrificación». Con una pretensión de mayor actualidad, se incluye una poderosa crítica al modelo de gobernanza urbana basado en la «producción creativa» y la competitividad entre ciudades dirigido a atraer a un cierto tipo de trabajadores e industrias postfordistas: Jamie Peck, «A vueltas con la clase creativa». El subsiguiente auge y declive del análisis crítico de las consecuencias de este tipo de procesos se recoge en el artículo de Tom Slater, «La expulsión de las perspectivas críticas en la investigación sobre gentrificación». Y la réplica desde la perspectiva de clase viene articulada por Loïc Wacquant en «Reubicar la gentrificación: clase trabajadora, ciencia y Estado en la reciente investigación urbana». Los otros tres artículos incluidos en el volumen pretenden ofrecer un marco general de análisis. Se incluyen así un texto también canónico de John Logan y Harvey Molotch sobre «La ciudad como máquina de crecimiento»; un importante trabajo de Brenner y Peck sobre las políticas urbanas neoliberales,

«Urbanismo neoliberal: la ciudad y el imperio de los mercados»; y otro relevante artículo de Neil Smith, «Nuevo globalismo, nuevo urbanismo. La gentrificación como estrategia urbana global».

Este libro se organiza en dos bloques. El primero se dedica a la producción cultural y simbólica del espacio urbano y sus relaciones sociales. Esta producción se ha desplazado sobre el corazón de la ciudad en un proceso que se ha descrito con un anglicismo: gentrificación. Más allá de la apelación al *glamour* de la producción artística y a un deseo personal de vivir en un entorno seductor y estimulante, la gentrificación es ante todo una operación de mercado dirigida a revalorizar los centros urbanos por medio de la entrada de nuevos habitantes de rentas más altas. La atracción de las clases medias-altas por los barrios gentrificados produce la transformación tanto de su aspecto externo como de su composición social y sus funciones económicas. Bajo la perspectiva de las ciudades creativas, se convierte en una estrategia de las políticas urbanas dirigida a atraer a los profesionales de la nueva «clase creativa».

El segundo bloque de artículos se concentra en el papel de las instituciones financieras, las oligarquías y los procesos de globalización. Pretende mostrar, en una rápida panorámica, las funciones urbanas del capitalismo actual. La conexión entre el fuerte desarrollo urbano de las últimas décadas, la competencia interurbana entre las distintas ciudades por la captación de recursos, las dinámicas de los mercados inmobiliarios (como la gentrificación) y las políticas de privatización de los servicios destinados a la reproducción social (sanitarios, educativos, sociales), aparece a la luz de distintas perspectivas de la sociología y la geografía críticas.

Gentrificación y *capuccino urban politics*

En un trabajo que bien podríamos considerar uno de los textos fundadores de los estudios sobre la gentrificación, Roslyn Deutsche y Cara Ryan (1984) recogen uno de los primeros casos de regeneración urbana sobre el degradado centro de la ciudad de Nueva York. Aunque el término «gentrificación»[2] fue utilizado por primera vez en 1964 por la geógrafa inglesa Ruth Glass, en su descripción del proceso de

---

2 Su raíz etimológica en inglés hace referencia a la *gentry* (clase rentista rural británica) que en su acepción urbana corresponde con la clase media-alta (profesionales, *managers*, etc.) capaces de pagar los aumentados alquileres de las casas renovadas de los barrios populares.

renovación de las viviendas del barrio londinense de Islington y el consiguiente desplazamiento de los habitantes de clase trabajadora, la relevancia del texto de Deutsche y Ryan (1984) descansa en su perspectiva sobre la gentrificación. En su estudio se destaca la posición de uno de los mayores impulsores del proceso: el/la artista y su *entourage*. La idea de que la producción artística provoca, de manera inmediata y sin necesidad de ningún otro tipo de inversión, un aumento en el valor de las propiedades inmobiliarias se encuentra en el centro de gran parte de las operaciones de regeneración urbana llevadas a cabo en área centrales, y no tan centrales, de las ciudades de todo el globo (Cameron y Coafee, 2005).

A principios de los años ochenta, los barrios del East Village y el Lower East Side comenzaron a experimentar una profunda transformación mediada por la apertura de un amplio número de galerías de arte. Ambos barrios eran entonces de los más empobrecidos de Manhattan. El proceso descrito cubre apenas media década y, lejos de responder a la explosión espontánea de energías artísticas, fue liderado por una serie de actores institucionales que contaban con el soporte del ayuntamiento de la ciudad. Desde entonces, son muchos los gobiernos locales que han considerado la escena artística como un instrumento de regeneración de los barrios; esta se ha convertido en un poderoso aparato de legitimación del proceso urbano, que lo acompaña y defiende con un conjunto de representaciones siempre favorables al mismo. Pero en la trastienda de este escaparate, el barrio sufre el desembarco de una «vanguardia aventurera» que los antiguos habitantes distan de considerar una mejora. Antes al contrario, el movimiento al alza de los alquileres y los precios implica por lo general su expulsión del barrio, así como la implantación de nuevos equipamientos destinados a las clases medias. El texto de Deutsche y Ryan es, en definitiva, una potente crítica al proceso de gentrificación cuando este es promovido por los agentes del mundo del arte y legitimado mediante los valores supuestamente universales y prístinos de la cultura.

Mientras que en los ejemplos clásicos de gentrificación se establece la figura del «artista», más o menos bohemio, como el agente que proporciona un *glamour* cultural y estético capaz de atraer a residentes con mayor poder adquisitivo, en el paradigma de las ciudades creativas, tal y como ha sido planteado por Richard Florida (2002), este tipo de actividad y subjetividad (la artística) se identifica con la ciudad como un todo. Como se sabe, Florida otorga un especial valor a la mezcla de talento, tecnología y tolerancia que ciertos entornos urbanos son capaces de proporcionar y que supuestamente galvanizan los deseos de los principales productores de las mercancías inmateriales de la era postfordista (los creativos), con su clásico correlato de aumento de la inversión, el empleo y la riqueza.

Frente a Florida y sus divulgadores, el geógrafo canadiense Jamie Peck (2005) ha desarrollado una feroz crítica a las difusas estrategias «creativas», tal y como han sido aplicadas en ciudades de medio mundo. Para Peck estas son un mero envoltorio estético de las mismas políticas urbanas neoliberales de las que habla en otro de los textos de esta compilación (Brenner, Peck y Theodore, 2010). Sin duda, estas políticas fomentan la competencia interurbana, la normalización de la desigualdad socio-espacial y el desplazamiento provocado por la gentrificación, así como la preponderancia de los intereses del mercado y de la propiedad inmobiliaria sobre cualquier otro factor. El desarrollo de políticas culturales y la creación de una imagen de ciudad, carente de conflictividad y poblada por una privilegiada y arduamente buscada «clase creativa», entregada a engullir *capuccinos* en las terrazas calefactadas de los nuevos entornos urbanos, define un imperativo urbano: *be creative or die*. Un eslogan que se ha demostrado menos efectivo de lo que sus apologistas nos hicieron creer, pero que se sigue utilizando como cobertura para la implantación de otro tipo de políticas urbanas cada vez más depredadoras.

Conflicto de clases y producción académica

Desde que Ruth Glass (1964) acuñara el término, la gentrificación —sus causas, efectos, agentes y resistencias— ha hecho manar ríos de tinta dentro del mundo académico, y especialmente en el campo de la geografía urbana. Tom Slater, geógrafo escocés, diseñó uno de los primeros blogs que recopilaban información sobre este tipo de procesos.[3] Editor junto a Loreta Lees y Elwin Wyly de dos importantes recopilaciones de textos sobre gentrificación (Less, Slater y Wyly, 2008 y 2010), publicó en 2006 un importante artículo en el que revisaba los trabajos, tanto académicos como divulgativos, producidos en torno a la gentrificación. Su conclusión es que, de forma inimaginable unos años antes, la gentrificación ya no era una «palabrota». Antes bien, había pasado a ser un efecto inevitable de la regeneración y la revitalización de los barrios degradados, así como de la necesaria «mezcla social» de los mismos. A ojos de Slater (2006), esta mutación de su sentido crítico se debía al desplazamiento del foco de interés: de la población de menor renta a los motivos de los gentrificadores. La atención a las disputas internas sobre las bases teóricas de la gentrificación[4] y la creciente influencia de las políticas

[3] Web ahora desaparecida, se puede consultar una copia en http://archive.today/6xFBo

[4] Se refiere a la polémica entre los defensores del lado de la producción y del lado del consumo.

neoliberales propulsoras de la «mezcla social», completaban la explicación de este «descuido» por parte de los investigadores académicos, bloqueando, también en el medio académico, la resistencia activa a los efectos negativos de la regeneración y la renovación urbana.

Este provocativo artículo dio lugar a una serie de reacciones que fueron recopiladas en el *International Journal of Urban and Regional Research* del que nos parece especialmente relevante la respuesta del geógrafo canadiense Loïc Wacquant (2008). Discípulo de Pierre Bourdieu y estudioso de los procesos de segregación y guetización, su respuesta al artículo de Slater se centró en la «condena al olvido» de la clase obrera, entendida no solo como categoría socio-laboral sino también como actor y sujeto político. Argumentaba que la doble desaparición e invisibilidad de la clase trabajadora, en la esfera pública y en la investigación social, así como la mayor afinidad y acercamiento de los estudios académicos a las preocupaciones de los gobernantes, revelaban el papel cambiante del Estado. Este había pasado de garante de la cobertura social para la población de bajos ingresos a facilitador de servicios e infraestructuras destinados a hacer negocio con los urbanitas de clase media y alta. Así mismo, postulaba la necesidad de trasladar la discusión sobre la gentrificación a un marco analítico más amplio mediante la revisión de los análisis de clase, con el fin de analizar la (de)formación del proletariado postindustrial, resistir a las problemáticas prefabricadas por la política y visibilizar el nuevo papel preponderante del Estado como agente generador de desigualdad socioespacial.

Máquinas de crecimiento, neoliberalismo y globalización

En el libro *Urban Fortunes* (1987, inédito en español), los sociólogos Harvey Molotch y John Logan incluyen una ampliación del artículo de Molotch del mismo título publicado en 1976. En este trabajo clásico para los estudios urbanos críticos se da un importante vuelco a las teorías del desarrollo urbano. Este se concibe no tanto por las relaciones de intercambio en un mercado interpersonal, en combinación con ciertas características geográficas tales como la centralidad o la organización sectorial, como por los intereses de lo que llaman la «máquina local de crecimiento». Su atención se dirige fundamentalmente al marco capitalista que ha impulsado el desarrollo urbano, pero especialmente a las élites locales, que conciben el suelo y el entorno construido como mercancías de las que extraer plusvalor. Sus intereses, en la medida en que prescriben la agenda pública, determinan la forma de la ciudad y la distribución social en la misma. El concepto de ciudad

como *growth machine* pone en cuestión la idea de que las ciudades son estructuras físicas contenedoras de actividades humanas donde distintos actores compiten por las parcelas más estratégicas. El foco de la investigación se dirige sobre los intereses creados en torno al desarrollo urbano, la implicación de las instituciones públicas en el mismo y la necesidad de «conectar el orgullo cívico con los objetivos de crecimiento, vinculando los supuestos beneficios económicos y sociales del crecimiento en general».

Dos décadas más tarde, el director del Urban Theory Lab de la Universidad de Harvard, Neil Brenner junto a Jamie Peck y Nik Theodor (2009) plantearon las relaciones entre estos procesos de desarrollo urbano y las políticas neoliberales aplicadas desde los años noventa. Resaltaban la importancia de las estructuras institucionales y espaciales específicas de cada lugar y su articulación con los procesos de «destrucción creativa» del neoliberalismo realmente existente, así como con el «demacrado gobierno» de las ciudades. El artículo remarcaba que, si bien las ciudades son el espacio donde el proyecto geográficamente variable del neoliberalismo aterriza y toma forma, resultan al mismo tiempo los territorios donde sus límites y contradicciones se hacen más evidentes.

En esa dirección, el último trabajo incluido en esta selección, vuelve sobre Nueva York, treinta años después de la gentrificación del Lower East Side, y ya en plena era del capitalismo financiero, con el fin de contextualizar las características de la gentrificación a escala global. En esta nueva fase de extracción de plusvalor sobre los entornos urbanos, Neil Smith nos muestra que el Estado ya no es tanto un regulador y mediador de los intereses del mercado, como un importante agente del mismo. De una parte, el proceso de globalización ha redefinido la escala de lo urbano. De otra, los procesos de gentrificación son incorporados a las agendas públicas urbanas sobre bases continentales que ya no están limitados a los centros de mando de Europa, América del Norte y Australia, si no que se manifiestan en todo el planeta, íntimamente ligados a los circuitos globales del capital y de la producción cultural.

Traducciones y derivaciones

La traducción al castellano de estos textos de geografía y sociología urbana resulta de una alta relevancia a la hora de comprender los mecanismos mediante los cuales las ciudades y el conjunto de relaciones sociales de sus habitantes han

sido puestas a producir en el contexto del capitalismo globalizado. Pero para que la traducción fuera completa debía ser no solo literal sino también contextual. La mayor parte de estos conceptos y teorías se ha desarrollado en el mundo anglosajón. Sus particularidades, en lo que se refiere a los patrones de desarrollo urbano, estructura de la propiedad del suelo, evolución de tipologías habitacionales y distribución socio-espacial, hacen necesario que nos preguntemos cómo se manifiestan estos procesos en Europa continental y en España, en particular. Un ejemplo palpable de esta dificultad de traducción lo encontramos en el propio término «gentrificación». Cada vez más utilizado en textos dirigidos a la academia o a la intervención cultural y política,[5] tanto su definición como su traducción al castellano siguen en disputa (García Herrera, 2011). La dificultad de desentrañar su raíz etimológica ha llevado a aclarar que «gentrificación no es un nombre de señora»[6] así como a buscar variantes locales tales como boboficación (del francés bohemian-bourgoise), el castizo pijización o el más académico aburguesamiento o elitización.[7]

A pesar del extrañamiento lingüístico no es difícil, sin embargo, localizar ejemplos de este tipo de fenómenos. Uno de los más significativos, por su desfachatez, se ha desarrollado recientemente en el triángulo formado por las calles Gran Vía, Fuencarral y Corredera Baja de San Pablo de la ciudad de Madrid; un proyecto rebautizado con el nombre de «Triball». Aunque anteriormente se habían producido ya procesos de transformación del tejido comercial, renovación de viviendas y desplazamiento de habitantes tradicionales en otros barrios de la ciudad como Chueca —a causa de su popularidad en el ambiente gay— o Malasaña —antigua cuna de la Movida hoy convertida en territorio hipster de cupcakes y co-working—, la operación de mercadoctecnia de Triball se ha basado en todo momento en el supuesto atractivo de la producción artística y cultural. El momento fundacional del proceso fueron unas jornadas de «okupación creativa» que durante seis semanas intentaron resignificar la imagen «canalla» y un poco lumpen de la zona, llenando más de cuarenta locales, desde burdeles a carnicerías, con objetos de diseño, performances artísticas y producciones culturales, con el fin declarado de aumentar las rentas de los locales hasta alcanzar un nivel parecido al de las zonas comerciales circundantes (Méndez de Andés, 2009). La iniciativa contó con el beneplácito y el apoyo del Ayuntamiento de Madrid que introdujo cámaras de

5 Véanse las jornadas Gentrisaña: http://gentrisania.wordpress.com/

6 Proyecto del grupo de artistas Left Hand Rotation en cuya web puede encontrarse la memoria de las poblaciones desplazadas por procesos de gentrificación en todo el mundo; disponible en: http://www.lefthandrotation.com/gentrificacion/

7 En este volumen adoptamos el anglicismo «gentrificación».

vigilancia en el espacio público, financió la rehabilitación de viviendas, promovió la imagen de marca e implantó una comisaría de policía en la parte más conflictiva de la zona. Se trata de una historia que se repite en casi todos los centros urbanos: partenariados público-privados, a veces informales, pretenden llevar a cabo una operación de «cirugía urbana» dirigida a «limpiar un agujero negro» de la ciudad poblado por gentes y actividades indeseadas. Un espacio, este último, que se presenta como una perturbación de la imagen tersa, ordenada y llena de terrazas que constituye la representación convencional de los centros urbanos; un agujero que debe ser ocupado por los pioneros urbanos, las tribus modernas y *cools*.

Las ciudades españolas tampoco han escapado a la invasión del paradigma de la creatividad, ampliamente difundido y promovido por los gobiernos locales en paralelo a la proliferación de las industrias culturales y los proyectos de innovación social. Uno de los ejemplos más exportados internacionalmente ha sido el llamado «modelo Barcelona».[8] Desde los Juegos Olímpicos al Fórum de la Culturas, pasando por la implantación de una Ordenanza Cívica dirigida a definir su imagen como destino turístico o el desarrollo del barrio tecnológico 22@ en el antiguo barrio industrial del Poble Nou, Barcelona ha combinado el turismo con el diseño, las terrazas con la innovación social y la cultura con los negocios inmobiliarios, construyendo una marca tipo de la metrópolis mediterránea *cool*. El otro modelo exitoso de revitalización y revalorización urbana se encuentra en la regeneración y revitalización de la decadente ría de Bilbao, donde la implantación de una franquicia del Museo Guggenheim,[9] diseñada por el icono de la arquitectura globalizada Frank Ghery, en combinación con otra serie de proyectos de arquitectos emblemáticos —paradas de metro, puentes, etc.—, ha dado lugar al llamado «efecto Guggenheim». Se trata de una estrategia de regeneración urbana a través de la cultura (*culture-led regeneration*). De inspiración británica, esta estrategia ha sido ensayada en antiguos centros industriales como Birmingham o Glasgow donde, de acuerdo con el discurso de los gobernantes, los dispositivos culturales institucionales generan ciudades «vibrantes» y el arte opera como atractor del turismo y de las inversiones, mejorando la calidad del entorno urbano (Miles, 2005).

[8] El modelo Barcelona ha sido profusamente estudiado, exportado y contestado. Véase, entre otros Unió Temporal d'Escribes (2004) o Asamblea de Resistencias al Forum *et al*. (2004).

[9] La franquicia Guggenhaim incluye la sede original frente al Central Park de Nueva York, diseñada por Frank Lloyd Right, el Museo Peggy Guggenhaim en Venecia y un nuevo edificio en la isla de Saadiyat (Abu Dhabi) diseñado también por Frank Ghery.

Para finalizar, y como ya hemos tratado de explicar en distintos textos (véase Observatorio Metropolitano, 2007 y 2013a), el modelo de «máquina de crecimiento» explica muchos de los procesos de extracción de plusvalor que se han dado y se dan en las ciudades del Estado español. Por volver a Madrid, otra de sus características principales es su carácter de laboratorio de políticas neoliberales (Observatorio Metropolitano, 2013b), debido tanto al concatenamiento de gobiernos locales, regionales y estatales del Partido Popular, como a la ausencia de una imagen, plan o marca explícita, y la consiguiente posibilidad de aplicar medidas ad hoc según las variables necesidades del mercado. Al igual que muchas otras ciudades, Madrid ha sido un campo de pruebas para el neoliberalismo, aplicado en forma de privatización de bienes y servicios públicos, desmantelamiento de programas de bienestar social, reducción de impuestos corporativos, competencia entre localidades y ampliación de la movilidad del capital internacional. Todo ello ha impreso una mayor presión sobre las funciones reproductivas que pasan a manos privadas, tal y como muestran una gran cantidad de ejemplos visibles, pero a veces no tan mediatizados, como son el desmantelamiento y privatización de las funciones del metabolismo de la ciudad (transporte, residuos, mercados), los servicios y equipamientos (equipamiento deportivos, parques, etc.) o el espacio publico (físico y simbólico).

En definitiva, la discusión e incorporación de los conceptos desarrollados por algunas de las figuras más importantes de la producción académica anglosajona nos permite analizar los procesos de acumulación que se dan en las áreas urbanas. Igualmente nos aporta herramientas dirigidas a crear dispositivos de resistencia y reapropiación del espacio urbano en el que habitamos, producimos y nos reproducimos.

Agosto de 2015.
Observatorio Metropolitano de Madrid

1. El bello arte de la gentrificación

Rosalyn Deutsche y Cara Gendel Ryan

> Un día caminé con uno de esos hombres de clase media por Manchester. Le hablé sobre la deplorable e insalubre situación de las barriadas; llamé su atención sobre las espantosas condiciones de esa parte de la ciudad en la que vivían los obreros industriales. Le declaré que jamás había visto una ciudad tan mal construida en toda mi vida. Él me escuchó pacientemente y en la esquina de la calle en la que nos separamos me dijo: «Y no obstante aquí hay muchas oportunidades para hacer dinero. Buenos días, señor».
>
> Friedrich Engels, *La condición de la clase obrera en Inglaterra*

El barrio del Lower East Side, en Nueva York, es un barrio de alto valor patrimonial para los actuales mercados inmobiliario y del arte. Los especuladores tienen muchas razones para ser optimistas. Barrio de clase obrera durante 160 años, esta área se convirtió, durante los años ochenta, en el escenario de un nuevo «fenómeno» artístico: más de cuarenta galerías comerciales muestran sus productos a una clientela formada por asesores artísticos de empresas y coleccionistas internacionales multimillonarios. En el otoño de 1981 abrieron la Fun Gallery y la 51X. «Cuando abrimos —explicó Bill Stelling de la Fun— no queríamos ser considerados una pequeña e insignificante galería en el barrio del East Village.[1] Queríamos que la gente viera que éramos una galería de arte tan importante como cualquier

[1] East Village es un barrio de Nueva York contiguo al Lower East Side. [N. del T.]

otra de la calle 57».[2] Hacia la primavera de 1982 las galerías Nature Morte, Civilian Warfare y Gracie Mansion también estaban más que preparadas para entrar en el negocio seriamente. Durante la temporada artística de 1983, el número de galerías creció hasta sumar veinticinco. Dispersas a lo largo de un área de doce manzanas, estas galerías se fusionaron en lo que se convirtió en el «tercer distrito artístico de Manhattan, después de Uptown y el Soho» (Grace Glueck, 1983: 27).· Muchos atribuyeron este frenesí a una vitalidad mística que insufló de energía el Lower East Side; no tenían en cuenta los intereses que operaban en la creación de esta escena: «*Inexplicablemente,* en distintos momentos, ciertos lugares —la Margen Izquierda de París, o la Calle 10 de Nueva York— cobran un áurea artística que atrae a pintores y escultores» (Irving Sandler, 1984: 10). Lejos, no obstante, del desarrollo natural que sugieren palabras como *fenómeno* o *inexplicablemente*, el Tercer Distrito Artístico se ha levantado poniendo en marcha a todo el aparato del *establishment* artístico. Este papel fue elogiado de una forma nada crítica en el folleto de una de las primeras inauguraciones dedicada exclusivamente al arte de las galerías del Lower East Side: «[Las galerías] han sido acogidas de forma entusiasta por el mundo artístico al completo —las instituciones públicas y privadas, los periodistas, los coleccionistas y los artistas—. Este desarrollo afirma la perpetua renovación de la comunidad de artistas» (Winer, 1984).

Cuando los artículos sobre el arte en el East Village —en tanto entidad nueva— empezaron a aparecer en las principales publicaciones artísticas en septiembre de 1982, sólo había cinco galerías en el lugar. Cuatro meses más tarde estas iniciativas «pioneras» fueron aduladas en la *Village Voice* como los «héroes» del mundo del arte, y por su apertura de la «nueva frontera» (Levin, 1983). En 1983, cuando la lluvia de artículos empezó a aparecer en *Voice, Arts, Artnews*, el *New York Times, Flash Art* y *Artforum*, también empezaron a proliferar nuevas galerías. En mayo de 1984 el *Wall Street Journal* anunció que la escena artística se había desplazado al East Village y aquel verano *Art in America* publicó una extensa recopilación de artículos en el marco de una sección especial titulada «Report from the East Village» [Informe desde el East Village].

Un aura de fascinación cubría todas estas historias. El tono de adulación fue engendrado por un grupo de escritores que siguen haciendo carrera profesional a partir de la expansiva escena artística del East Village. Estos «críticos del East Village» —que son, de hecho, no tanto críticos como apologetas— celebran la

2 Todas las citas, a menos que se especifique, han sido tomadas de entrevistas realizadas por los autores entre octubre y noviembre de 1984.

situación con una retórica de «liberación», «renovación», y «éxtasis» exagerada, por no decir agresiva. Nicolas Moufarrege, uno de tantos propagandistas, si bien más prolífico y rapsódico, describe el *Zeitgeist* local como una energética y tonificante explosión de energías reprimidas. «Es la ley de la jungla y de la supervivencia de los más fuertes... en último término sólo la calidad prevalece». Esta es su simplista explicación del éxito de la nueva escena (Moufarrege, 1984: 51). Bill Stelling atribuye el «punto de inflexión» en la historia del éxito de la Fun Gallery a un artículo de *Artforum* escrito por Rene Ricard, titulado de forma reveladora «The Pledge of Allegiance» [La promesa de lealtad]. Usando un lenguaje militar imbuido de un peligroso romanticismo, Ricard describe meticulosamente su idea del artista ideal, un artista del East Village: «Quiero que mis soldados —es decir, mis artistas— sean jóvenes y fuertes, que tengan una energía interminable, que consigan hazañas imposibles con astucia y osadía...» (Ricard, 1982: 49). De forma parecida a la campaña del optimismo de Ronald Reagan, el entusiasmo de estos escritores tampoco tiene límites; y también, al igual que tal optimismo, ignora tanto la dura realidad social como las complejas cuestiones políticas que implica: cuestiones que, en primer lugar, tienen que ver con qué le ocurre a la gente de otros países y, en segundo lugar, a la gente de otros barrios de la misma ciudad.

A diferencia de otras formas recientes de desarrollo artístico, en esta ocasión el mercado del arte de Nueva York —valorado en unos dos mil millones de dólares— ha invadido uno de los barrios más pobres de la ciudad. Convertido en uno de los elementos constituyentes del «gran fenómeno de la escena del arte de los primeros ochenta» (Winer, 1984), lo que resulta esencial para su proyección, el Lower East Side ha sido descrito por la prensa del arte como una «mezcla única de pobreza, *punk rock*, drogas, incendios provocados, ángeles del infierno, borrachos, prostitutas y casas destartaladas, que permite a una vanguardia aventurera adquirir un considerable caché» (Robinson y McCormick, 1984: 135). El área es comparada de forma hiperbólica con Montmartre, «[...] podríamos estar siendo testigos de una suerte de Bateau Lavoir Americano, según el estilo de los años ochenta. Quizás sea demasiado pronto para predecir quién de los artistas es nuestro Picasso o nuestro Stravinsky» (Kardon, 1984: 8). Una novela reciente sobre las aventuras picaronas de un joven pintor del East Village se titula *It was gonna be like Paris* [Iba a ser como París].

La representación del Lower East Side como el «escenario de una vanguardia aventurera» esconde, no obstante, una cruel realidad. Esta desafiante y novedosa escena artística es también una arena urbana estratégica en la que la ciudad, financiada por el gran capital, libra su particular guerra de posiciones contra la

población local empobrecida y cada vez más segregada. La estrategia metropolitana consta de dos partes. Su objetivo inmediato consiste en desplazar a una población de clase trabajadora que se considera superflua, se trata de arrebatarles el control de la propiedad de sus barrios y viviendas y devolvérselo a los promotores inmobiliarios. El segundo paso consiste en estimular el desarrollo a gran escala de las condiciones apropiadas para albergar y mantener la fuerza de trabajo propia del capitalismo tardío, esto es, el profesional blanco de clase media preparado para servir a la sociedad estadounidense «postindustrial».[3] «Estamos muy cerca de las Torres Gemelas y del distrito financiero. Los dos están muy cerca de aquí —explica el Padre Joaquin Beaumont, párroco de Lower East Side— y hay mucha gente que trabaja aquí. Estoy seguro de que les encantaría vivir aquí en vez de ir y venir a trabajar cada día desde los suburbios. Creo que la clase alta y la clase media quieren volver a Manhattan. Esto es el proceso de gentrificación. Es muy injusto. Los que tienen mucho dinero están jugando con la vida y con el futuro de gente que tiene muy pocos recursos».

*

Es muy importante entender el proceso de gentrificación —y el fundamental papel que en este juega el mundo del arte— si no queremos convertirnos en aliados de las fuerzas que actúan detrás de esta destrucción. Las definiciones de gentrificación, mayoritariamente acuñadas por las mismas clases responsables de la gentrificación, describen los momentos de este proceso, pero no el proceso en sí. Para los «urbanistas» la gentrificación es «la transferencia de un lugar de una clase a otra, implique o no cambios físicos» (Salins, 1979: 3). Para los medios de comunicación se trata de un «renacimiento de la ciudad de Nueva York» (Fleetwood, 1979: 16). Sin embargo, para un miembro de una minoría urbana, «la gentrificación es el proceso mediante el cual los blancos "reclaman" los centros urbanos desplazando

3 La noción panglossiana de «sociedad postindustrial» ha entrado en el discurso político a todos los niveles. Ha sido usada por su principal teórico, Daniel Bell, así como por otros neoconservadores, para describir un orden social surgido de una economía que produce servicios en vez de bienes. El concepto de «sociedad postindustrial» sostiene la promesa de una «sociedad comunal en la que las instituciones públicas, en vez del mercado, se convierten en las principales proveedoras de bienes y de posibilidades de provisión pública, en vez de que sea la demanda individual la que arbitre los servicios» (Daniel Bell, citado por Michael Harrington, 1976: 221). Como Ernest Mandel (1978: 387) señala, no obstante, «lejos de representar una "sociedad postindustrial", el capitalismo tardío […] por primera vez en la historia constituye una generalización universal de la industrialización. La mecanización, la estandarización, la sobre especialización y la parcelización del trabajo, que en el pasado determinaban el reino de la producción de mercancías de la industria, ahora penetran en todos los sectores de la vida social».

a las comunidades de latinoamericanos y negros...» («"Gentrification" or Genocide?», 1981: 32). Pero ninguna de estas definiciones describe de forma adecuada las razones de esta «transferencia» de propiedad, de este «renacimiento». Tampoco explican la reubicación de la población blanca en barrios donde hasta hace poco nunca se habrían atrevido a entrar. Por todo eso, la gentrificación no puede ser definida a menos que entendamos las fuerzas económicas que están destruyendo, barrio a barrio, ciudad a ciudad, a las viejas clases trabajadoras.

Entre marzo de 1977 y marzo de 1984, la economía de la ciudad de Nueva York creció en más de 215.000 nuevos empleos. La mayoría se crearon en el sector de los servicios a empresas y en el sector financiero. Durante el mismo periodo desaparecieron más de 100.000 trabajos de cuello-azul del sector industrial de la ciudad. Este cambio de las industrias de cuello-azul a las de cuello-blanco ha sido el elemento central de la economía de la ciudad, según el *New York Times*, lo que la hace «todavía más incompatible con su fuerza de trabajo» (Greer, 1984: 4). Esta incompatibilidad entre la fuerza de trabajo y la economía no es en absoluto específica de Nueva York; es, de hecho, una tendencia nacional que empezó en los años cincuenta. En 1929, el 59 % de la fuerza de trabajo trabajaba en la industria; en 1957 el porcentaje cayó hasta el 47 %. En 1980 menos de una tercera parte de la totalidad de la fuerza de trabajo de Estados Unidos está formada por trabajadores de cuello-azul (Harrington, 1981: 32).

Estos porcentajes no revelan, sin embargo, la profunda naturaleza de esta «incompatibilidad». Durante el periodo comprendido entre el final de la Segunda Guerra Mundial y finales de los años setenta, hemos sido testigos de la «tercera revolución industrial», la creciente automatización de la fuerza de trabajo. Si entre 1945 y 1961 el número de trabajadores de cuello-azul creció en 14 millones, solo se crearon dos millones y medio de nuevos trabajos en el sector industrial. Si bien el índice de desempleo creció, también lo hicieron la plusvalía y los beneficios, en parte debido a la reducción de salarios implícita en el siempre creciente número de trabajadores desempleados. El resultado de esta incesante sustitución de hombres por máquinas fue, de acuerdo con Ernest Mandel, «la rapidísima reaparición del ejército de reserva industrial que había desaparecido durante la Segunda Guerra Mundial». Y al tiempo que el ejército de reserva industrial permitió incrementar la plusvalía, desaparecieron los límites para la expansión del capital. De este modo, los años comprendidos entre 1951 y 1965 supusieron, en Estados Unidos, un «verdadero periodo de oro para el capitalismo tardío» (Mandel, 1978: 177, 178).

Las políticas económicas y sociales de la administración Reagan reflejan la nostalgia por aquella era áurea de las actuales clases capitalistas. No sorprende, por tanto, que esas políticas hayan tenido un efecto devastador en todos los estratos de las clases trabajadoras, desde la «clase media» cualificada de cuello-azul, hasta los descualificados pobres en los márgenes de la fuerza de trabajo. Durante los últimos cuatro años el empobrecimiento de las clases trabajadores ha tomado dos caminos. Por un lado, los elevados tipos de interés, el creciente déficit y un dólar intratable han aumentado las filas del ejército de reserva industrial con un número de desempleados que ya ha duplicado los niveles de después de la Gran Depresión. Durante los seis primeros meses de 1984, la economía arrancó con una increíble tasa de crecimiento del 8,6 %, pero este despertar dejó sin trabajo a ocho millones de trabajadores cualificados y semi-cualificados (Fuerbringer, 1984: 46). De otro lado, la otra punta de lanza de las políticas domésticas de Reagan, dirigida contra aquellos que ya nunca podrían servir a los intereses de la sociedad «postindustrial», ni como trabajadores ni como consumidores, traía consigo la venganza de doscientos años de capitalismo. Esta gente, habitantes de los estratos más bajos de lo que Marx identificó como sobrepoblación del capital, son víctimas «sobre todo» de su propia «incapacidad para adaptarse, una incapacidad que resulta de la división del trabajo» (Marx, 1977: 797). Al estrechar así los requisitos de acceso a las políticas de bienestar, el gobierno Reagan llevó a cinco millones y medio de trabajadores pobres a una situación de verdadera pobreza. Aniquilando la financiación para los programas de bienestar, el gobierno se aseguró de que tanto los nuevos como los viejos pobres, que entonces sumaban veinticinco millones, permanecieran —caso de que lograran sobrevivir— en los estratos de la «subclase» hasta bien entrado el próximo siglo.[4]

La gentrificación es un importante aspecto de esta estrategia de empobrecimiento. Al crear barrios y viviendas que solo la fuerza de trabajo de cuello-blanco se puede permitir, las ciudades destruyen sistemáticamente las condiciones para

4 El término *subclase* (*underclass*) es usado con predicación y crueldad por los neoconservadores para describir a las clases bajas. Sus explicaciones sobre la existencia de tal categoría van desde las justificaciones biológicas hasta las culturales, desde las económicas hasta las sociales, pero lo que se deriva de su análisis es que creen que muchos de los miembros de esta clase son social y económicamente irremediables debido a su incapacidad para asimilar los valores y comportamientos de la burguesía. Edward Banfield presenta la versión más distorsionada de esta visión de las condiciones inherentes a la pobreza: «Muchos de estos están inmersos en esta cultura y son incapaces o no quieren hacer planes para el futuro, o sacrificar sus condiciones inmediatas en favor de unas mejores en el futuro, o aceptar las disciplinas requeridas para ganar más y gastar más […] La pobreza de la clase baja es causada "internamente" (por la incapacidad psicológica de prepararse para el futuro, y de todo lo que se deriva de dicha incapacidad)» (Banfield, 1976: 196).

que millones de personas puedan sobrevivir. Expulsados de la *Reaganomics,* desahuciados de sus hogares por la legislación estatal, estas personas abandonadas por el capitalismo tardío perdieron rápidamente su derecho a vivir en sociedad.

El proceso de gentrificación en la ciudad de Nueva York ha tomado distintas formas. En el Lower East Side este proceso ha supuesto el abandono de edificios, procesos de *mobbing* y desahucios a los arrendatarios, así como rápidos cambios en la propiedad del barrio dirigidos a que suban los precios del mercado inmobiliario. Al provocar crecientes dificultades de supervivencia para la clase desplazada, este proceso contribuyó sustancialmente a crear apuros a la gente sin techo, se estima que estos son ya como mínimo 60.000 en la ciudad de Nueva York. Con relación al creciente número de familias desplazadas, un abogado de la *Coalition for the Homeless* [Coalición para los sin techo] ha afirmado recientemente: «Estamos hablando de necesidades básicas y de supervivencia. Necesitan una cama o una cuna para dormir. Necesitan una manta. Necesitan leche» (Rimer, 1984: B4). Un informe de la situación publicado por la Catholic Area Conference del Lower East Side en respuesta al nuevo plan de vivienda del Ayuntamiento para el Lower East Side —el programa Cross-Subsidy— establece que «el desplazamiento es uno de los procesos más importantes y socialmente desmembradores de los que están en curso en el Lower East Side» y que la «necesidad de ingresos bajos y moderados para la gente de nuestra comunidad no puede ser dejada en manos del mercado». Por medio de la gentrificación, «la gente con ingresos bajos y moderados, y pocas opciones […] se convierte en víctima sin poder de negociación frente a dinámicas fuerzas económicas que están más allá de su control».[5]

Convertido en uno de los agentes de estas fuerzas económicas, el Ayuntamiento —que posee el 60 % de las propiedades de los barrios gracias al impago de impuestos y al abandono de edificios por parte de sus propietarios— utiliza tácticas

5 Declaración publicada por la Catholic Area Conference del Lower East Side en el Cross-Subsidy Plan, 5 de noviembre de 1984. El Cross-Subsidy Plan es, de acuerdo con un comunicado de prensa de la alcaldía de julio de 1984, una «técnica de financiación innovadora […] para recuperar y crear vivienda para familias de ingresos bajos y moderados en el Lower East Side». Se trata, en realidad, de la vieja técnica de transferir la propiedad pública de la ciudad a los agentes inmobiliarios, que son quienes «estimularán» la creación de un 20 % del parque de viviendas para familias de bajos ingresos. Supuestamente, las ganancias de la venta de la propiedad pública serán usadas para rehabilitar más de 1.000 viviendas en la zona, «muchas de las cuales serán eventualmente vendidas a los arrendatarios por un bajo coste». Según la visión de Carol Watson: «Hace tres años el alcalde no habría propuesto tal programa porque los agentes inmobiliarios no habrían estado interesados. Pero ahora los agentes inmobiliarios vienen en manada al Lower East Side. El programa Cross-Subsidy ha nacido de este interés, así como de la necesidad del alcalde de satisfacerlo».

probadas con anterioridad a fin de promover la transformación del Lower East Side. La primer es no hacer nada, permitir que el barrio se deteriore por sí solo. Por medio de una estrategia de negligencia urbana, el Ayuntamiento ha estado esperando su momento hasta que un número suficiente de edificios colindantes se pudieran reunir para formar lo que en el negocio inmobiliario se conoce como «paquetes». Estos son vendidos en las subastas municipales por grandes sumas de dinero a los promotores inmobiliarios, que de esta forma amasan edificios enteros para la construcción a gran escala de viviendas para las clases altas. Otra táctica del Ayuntamiento es el programa 421-a, de reducción de impuestos. Desde 1971, el 421-a —que ofrece exenciones fiscales a los promotores inmobiliarios de viviendas de lujo— se ha vuelto fundamental en el propósito de convertir áreas enteras de Manhattan, antiguos barrios de rentas medias y bajas, en barrios que sólo los ricos se pueden permitir. Recientemente, el consejo municipal ha aprobado una ley que restringe a futuro la carga fiscal en el desarrollo del área entre la Calle 96 y la Calle 14, una área ya saturada a resultas de este programa. La nueva ley deja ahora el Lower East Side en una situación todavía más vulnerable en lo que a la subvención de viviendas para ricos se refiere. Tal y como el Council of Economic Advisors [Consejo de Asesores Económicos] del presidente Nixon descubrió hace cincuenta años, «invertir en nuevas viviendas para familias de renta baja —sobre todo en las grandes ciudades— es una propuesta destinada al fracaso. De hecho, la *inversión más rentable* consiste en demoler los hogares de las familias de rentas bajas con el objetivo de hacer sitio para los negocios y las familias de rentas altas» (Harrington, 1984: 5).

El programa 421-a muestra la preferencia del Ayuntamiento por el Lower East Side. Los derechos de los beneficiarios de este cambio son, sin embargo, contestados por aquellos cuyas demandas resultan más legítimas. «El asunto central —en palabras de Carol Watson, Directora del Catholic Charities' Housing Leverage Fund [Fondo de facilitación de vivienda de la caridad católica]— es a quién le pertenece el suelo. Digo "pertenece" en sentido real, moral. Y nosotros pensamos que esta tierra pertenece a los pobres, literalmente, de todas las formas, legal, moralmente. Pertenece a la gente. Porque fueron ellos quienes lucharon por el Lower East Side cuando a nadie le interesaba».

Si bien podría ser tentador considerar la situación actual como el simple y ulterior desarrollo de la inmutable historia de los migrantes en el Lower East Side, existen diferencias fundamentales entre el pasado y el presente. La experiencia de los migrantes europeos fue de asimilación gradual; para las minorías actuales es de deserción. Cualquier intento de equiparar estas dos experiencias produce

profundas distorsiones. Los migrantes admitidos en este país desde mediados del siglo XIX hasta el final de la Primera Guerra Mundial fueron parte de una fuerza de trabajo desplazada y «flotante» que seguía al capital que también emigraba al Nuevo Mundo (Marx, 1977: 94). En la medida en que a la mayoría de estos inmigrantes europeos se les dejó un nicho en el circuito cerrado de la economía migrante o en la floreciente industria manufacturera de las ciudades, hubo oportunidades para muchos de mudarse con el tiempo de aquellas casas que tenían arrendadas e ir más allá de las fronteras del Lower East Side. Los actuales habitantes del área no juegan en absoluto un papel análogo en la economía actual, y por lo tanto el «ascenso social» no es la razón por la que el cincuenta por cien de los residentes abandonaran el barrio entre 1970 y 1980. El éxodo se debió, en cambio, a un incendio provocado para el abandono de edificios enteros por parte de sus propietarios. En muchos sentidos, las transformaciones económicas y demográficas, que superan el Lower East Side, coinciden con lo que Michael Harrington describió en 1962 como la evolución de las viejas barriadas étnicas hacia las nuevas barriadas dirigidas a los «despojos de la nueva y próspera sociedad». Como dijo Harrington, «donde una vez hubo una barriada étnica, en el "viejo" barrio pobre, hoy hay un nuevo tipo de barriada. Se trata de ciudadanos que son migrantes internos, los negros, los blancos pobres provenientes de las granjas, los puertorriqueños. Todos ellos se unen en el fracaso a partir de la vieja cultura étnica y forman un nuevo barrio completamente diferente. Para muchos de ellos el problema central es el color, y esto hace que los muros del gueto sean más altos que nunca» (Harrington, 1954: 151). Pero el «nuevo barrio de los pobres» del Lower East Side está siendo radicalmente transformado; las clases altas invierten millones para vivir allí a expensas de desplazar a una población que no tiene adónde ir. Este proceso de desplazamiento se le llama normalmente «renovación» o «revitalización». Por ejemplo, un artículo de portada sobre la gentrificación en el *New York Times Magazine* presentó un reluciente *skyline* de la ciudad con una leyenda sin florituras: «El redescubrimiento de la ciudad: la nueva élite desata el renacimiento urbano».

*

La concurrencia de los dos procesos de «renovación» en el Lower East Side —el proceso de gentrificación y el despliegue de la escena artística—rara vez ha sido comentada por la prensa del mundo del arte. La posible interrelación es tratada de dos formas: o bien es ignorada en su conjunto o bien se considera solo como una cuestión secundaria rápidamente despachada. A pesar de que otorgan al barrio un rol central en la promoción de la escena del arte, Moufarrege y Richard nunca mencionan la palabra *gentrificación*. Carlo McCormich y Walter Robinson,

otros dos apologetas del arte en el East Village, admiten que los artistas tienen un impacto en los procesos de gentrificación; dicho esto, sin embargo, vuelven inmediatamente al tema que les ocupa: una ilustración generosa, una categorización empírica del arte y un himno a los placeres de la escena. «La temprana cobertura —escriben— vino en forma de historias de "interés humano" y de un examen pseudo sociológico de los cambios en la población de los barrios. Una lectura más seria provino de los propios críticos de la zona, Nicholas [*sic*] Moufarrege, por ejemplo» (Robinson y McCormich, 1984: 141). En el estilo informativo de estas dos frases se esconde una maniobra estratégica destinada a redirigir la atención del mundo del arte. La gentrificación es, evidentemente, la causa de estos cambios en la población de los barrios, que tan a menudo olvidan los autores. Nosotros, no obstante, estamos decididos a darle una vuelta, a redirigir la atención lejos de los asuntos «pseudo sociológicos» y dirigirla a los problemas «más serios» de la crítica del arte. La realidad de la gentrificación es, de esta forma, desplazada frente a lo que se supone son las verdaderas preocupaciones del mundo de la cultura. La relación de los artistas con la gentrificación puede que sea un asunto controvertido para la comunidad de Lower East Side, pero para el mundo del arte esto tiene, en el mejor de los casos, un interés marginal. Es por ello que Irving Sandler, en su ensayo *Tenth Street Then and Now* [La Calle 10, antes y ahora], pone en segundo plano, entre paréntesis, sus comentarios sociales: «(De forma irónica, la emergencia de la escena artística del East Village es una causa mayor de la gentrificación o *Sohoización* del barrio). A pesar de esto, en este momento hay varios artistas identificados con el East Village [...] y este es el balance final» (Sandler, 1984: 19). Al final de un artículo, que plantea algunas cuestiones sobre la problemática naturaleza de las galerías del East Village, Kim Levin concluye sucintamente «al final, a nadie le importa, mientras estén tratando de exponer buenas obras» (Levin, 1983: 79).

Este cierre, en tanto se realiza en el nivel estético, se perpetúa por parte de escritores que exigen reorientar los anteriores escritos de una forma más rigurosa, exponiendo la cruda realidad de las valoraciones de los «críticos del East Village». Entre estos se encuentra Roberta Smith, que en su texto para el *Village Voice* titulado «The East Village Art Wars» [Las guerras del arte en el East Village] respondía al reportaje sobre el East Village en *Art in America*. En esta sección, un breve comentario de Craig Owens sigue al artículo escrito por Robinson y McCormich. El ensayo de Owens es, hasta la fecha, el único intento dentro de la prensa artística de realizar un análisis económico y social. Owens acusa a la escena del East Village de «rendirse [...] a la racionalidad finalista del mercado» y a la «industria cultural avanzada» en la que las expresiones de la «subcultura» sirven de alimento

para el mercado como productos de consumo, así es como fracasa su resistencia vital a la cultura dominante. El argumento de Owens señala que, al publicitar y reconocer los productos de la escena del East Village, la anterior cobertura mediática forma parte de la coalición entre la escena y el mercado y su nivelación de significado y diferencia. Al centrar la atención en el funcionamiento social y económico de la escena del East Village —una lectura que ha sido suprimida por los anteriores comentaristas— el artículo de Owens despeja el camino para una investigación, esta vez con sentido, acerca de las implicaciones de la escena en el proceso de gentrificación (Owens, 1984: 162-163).

Roberta Smith adopta una postura liberal en relación con los dos artículos de *Art in America;* se posiciona como mediadora entre extremistas. «Denunciar o acogerse a los hechos de forma absoluta es simplista» escribe; es entonces cuando castiga a Owens por lo que califica como su «ingenua y destacable lucidez represora» (Smith, 1984: 79). Sería necesario estudiar cómo opera esta distorsión para explicar por qué el autor de un simple artículo sobre la escena del East Village, que aborda la forma material en la que funciona el poder en el mundo real es llamado «ingenuo», por qué el autor de las dos únicas páginas críticas en medio de una avalancha de artículos celebratorios es considerado «represor». Este es otro ejemplo de una tendencia creciente en el mundo del arte, concretamente de aquellos críticos impregnados de suficientes prejuicios como para caracterizar como autoritario a quien se plantee las difíciles cuestiones acerca de las formas opresivas en las que opera el aparato cultural. Smith no ha comprendido nada del artículo de Owens. Owens no está operando como la otra cara del entusiasmo promocional del arte del East Village, convirtiéndose en su censor. Explora en cambio las formas en las que la escena del East Village participa en la cultura dominante, incluso si se hace pasar por «subcultural». Adoptar lo que Smith considera correcto —decidir si cualquier obra artística del East Village es «buena» o «mala»— implica la exclusión de las cuestiones relativas a la compleja relación entre la escena artística y las condiciones concretas de la vida contemporánea. Smith, por lo tanto, no es exactamente una mediadora; antes bien, se ha ubicado directamente en el bando dominante. De forma similar, los escritores que plantean cuestiones «críticas» sobre si los artistas pueden sobrevivir o no al éxito prematuro, y sobre si las galerías pueden sobrevivir o no económicamente, mantienen la discusión entre los límites del mundo del arte y de su propio interés, fortaleciendo la escena que ellos mismos pretenden criticar. ¿Se trata, después de todo, de la supervivencia de las galerías? ¿Qué pasa con la supervivencia de la gente que vive en el Lower East Side?

*

A pesar de que la nueva escena artística del East Village y quienes la legitiman en la prensa ignoran el proceso de gentrificación, ellos mismos se han visto enredados en este mecanismo. Las galerías y los artistas hacen subir los alquileres y desplazan a los pobres. Los artistas han puesto sus necesidades de residencia por encima de las de los residentes que no pueden elegir dónde vivir. La convergencia de los intereses del mundo del arte con los del gobierno de la ciudad y los de la industria inmobiliaria se han vuelto explícitos para muchos residentes del Lower East Side. Durante la última batalla, coronada con éxito, los grupos de la comunidad consiguieron derogar el Artist Homeownership Program (AHOP) [Programa para la promoción de la propiedad de viviendas para artistas] del alcalde Koch. «El Artist Homeownership Program fue algo así como el descubrimiento de nuestro poder —tal y como dijo el Padre Beaumont—. Nunca pensamos que ganaríamos, pero ganamos, y fue entonces cuando descubrimos nuestra fuerza». En agosto de 1981 el Ayuntamiento, a través de su Departamento para la Preservación y el Desarrollo de la Vivienda, publicó una licitación para el desarrollo del AHOP. La petición solicitaba «propuestas creativas para desarrollar cooperativas o apartamentos tipo *loft* para artistas a través de la rehabilitación de propiedades en manos del Ayuntamiento». El objetivo, de acuerdo con la administración de la ciudad, era «ofrecer a los artistas una oportunidad para acceder a la propiedad de vivienda para que así tuvieran todo lo necesario para el desarrollo de su trabajo, animándoles a continuar viviendo y trabajando en la ciudad de Nueva York, así como estimulando alternativas únicas para la reutilización y rehabilitación de las propiedades municipales».[6] En mayo de 1982, la alcaldía anunció que cinco grupos de artistas y dos promotores habían sido seleccionados para rehabilitar dieciséis edificios contiguos en el lado sur de East 8th Street, entre las Avenidas C y B, y en el lado este de la calle Forsyth, entre Rivington y Stanton. Los siete edificios destinados a ser rehabilitados por artistas cederían el paso, con el tiempo, a cincuenta y una unidades cuyas dimensiones oscilarían entre los 1.500 y los 3.000 metros cuadrados, con un precio de compra estimado de 50.000 dólares más unos costes adicionales de 500 dólares al mes. Después de tres años estos primeros propietarios serían libres de vender sus espacios a otros artistas a precio de mercado. Los nueve edificios destinados a la rehabilitación por los promotores tenían que ser inicialmente convertidos en sesenta y nueve unidades y luego vendidas a «artistas con rentas moderadas». Los costes del AHOP, calculados por el Ayuntamiento en un total de siete millones de dólares, tenían que ser parcialmente

6 Artist Homeownership Program de la ciudad de Nueva York, Licitación, p. 1.

financiados a través del Participation Loan Program [Programa de Participación en Préstamos]. Este programa consta de veinticinco millones de dólares en fondos federales destinados a gente con rentas bajas o moderadas, dirigidos a ayudarles a garantizar una hipoteca a precios inferiores a los del mercado. La buena disposición del Ayuntamiento para destinar tres millones de dólares de estos fondos públicos para las necesidades residenciales de los artistas blancos de clase media fue considerada como una clara indicación de la actitud del Ayuntamiento hacia las necesidades de vivienda de los pobres. «Es como quitarle la comida de la boca a alguien que tiene hambre y dársela a alguien que come cada día», comentó un trabajador de la comunidad (Nilda Pimentel, cit. en Richard Goldstein, 1982: 20).

Para los cuarenta y un artistas participantes del AHOP fue, no obstante, «vital que este programa fuera aprobado por el Comité de Evaluación del Ayuntamiento[7] en tanto podía ofrecer una solución inmediata a los problemas de vivienda a los que se enfrentaban los artistas en nuestra ciudad».[8] Distintas instituciones artísticas también escribieron para dar soporte al programa:

> Los artistas son individuos de la clase trabajadora que a menudo necesitan tener dos trabajos a la vez, para poder mantener a sus familias y su propia actividad artística. Es necesario que la gente de la ciudad de Nueva York les de soporte en sus esfuerzos para llevar unas vidas menos «nómadas».
>
> Willson y Quinn (1982)

> Antes de que todos nuestros artistas se vean obligados a salir de Manhattan, [realmente esperamos que] el Ayuntamiento investigue este problema con sensibilidad y previsión. El Ayuntamiento debería comprender que los artistas tienen necesidades de vivienda muy especiales.
>
> Shearer (1982)

7 La Board of Estimate (Comité de Evaluación) fue un organismo del Ayuntamiento de Nueva York responsable de las decisiones relativas al uso de los presupuestos y del suelo. [N. de T.]

8 Carta abierta a los artistas y las organizaciones del mundo del arte pidiendo cartas de apoyo para el AHOP publicada por los cincuenta y un participantes, 27 de enero de 1983.

> Una ciudad del arte no existe sin una próspera comunidad de artistas trabajadores y entregados. Sin esta comunidad y las múltiples y variadas actividades que genera, Nueva York perdería una gran oportunidad, no sólo intelectual sino económica, ya que los coleccionistas y los turistas van donde sea para comprar y para ser estimulados por nuevas tendencias artísticas [sic]. El Artist Homeowners [sic] Program que está ahora en discusión es un medio para combatir este problema.
>
> Haskell (1982)

A pesar del hecho de las fuertes presiones de miembros de la comunidad artística a fin de que se implementara el AHOP, este fue rechazado en febrero de 1983. La presión llevó a que distintos grupos de la comunidad forzaran a muchos defensores del mundo del arte así como a miembros del Comité de Evaluación a cambiar de opinión.

No importa cuánto oculte el mundo del arte el papel que los artistas y las galerías juegan en el proceso de gentrificación del Lower East Side, este resulta evidente para aquellos que se ven amenazados por el desplazamiento, así como para los trabajadores comunitarios que intentan salvar el barrio para sus residentes. «Creo que los artistas se van a encontrar en una situación muy desafortunada en los próximos años —apunta Carol Watson—. Va a haber una verdadera lucha política, habrá una lucha muy seria en el Lower East Side. Y quienes estén del lado del beneficio acabarán en la lista de los enemigos. Es así de sencillo. Se trata ciertamente de los artistas de las galerías, de los nuevos artistas, de los artistas blancos». Para la gente del Lower East Side ubicar a artistas y profesionales en la misma categoría social no supone un error de identificación. Tampoco es tan simple, tal y como a muchos apologetas de la escena les encantaría gritar, como incluir a la nueva ola de artistas entre los enemigos del barrio. A pesar de su comportamiento bohemio, los artistas y los comerciantes que crearon la escena artística del East Village, así como los críticos y los comisarios de museos que legitimaron su existencia, son cómplices de la gentrificación del Lower East Side. Negar esta complicidad es perpetuar uno de los mitos más duraderos e interesados del pensamiento burgués, el mito que, como escribió Antonio Gramsci, dice que los intelectuales son una categoría «autónoma e independiente del grupo social dominante. Esta auto-posición ha tenido consecuencias, y de largo alcance, en el campo ideológico y político» (Gramsci, 1980: 7).

La llegada de los artistas a finales de los años setenta y la apertura de galerías a principios de los ochenta constituyeron el primer momento en el prolongado proceso de gentrificación del Lower East Side. No sorprende que los artistas jóvenes, así como otros más consolidados pero que no podían afrontar el precio de los *lofts* en el Soho y Tribeca, considerara atractivo el barrio. El alquiler medio era de 172 dólares; y el espacio, una valiosa mercancía al igual que cualquier otro lugar de Manhattan, estaba siendo malgastado por la ciudad en una demostración de negligencia calculada. De acuerdo con el censo de 1980, más de la mitad del área del parque de viviendas había sido construida antes de 1939, incluidos algunos vecindarios antiguos que datan de los tiempos de Jacob Riis. «Este barrio fue siempre como empezar de nuevo —recuerda Marisa Cardinales del Civilian Warfare—. He vivido aquí durante mucho tiempo y no había nada». Esta actitud, común entre muchos «pioneros» del mundo del arte, tiene sus reminiscencias en el eslogan sionista de finales del siglo XIX «una tierra sin gente para una gente sin tierra» (Said, 1980: 9). Y, como ocurre con el pueblo palestino, la existencia de los residentes originales del Lower East Side depende del cristal con el que se mire. Había de hecho más de 150.000 personas viviendo en el área, 37 % hispanos y 11 % negros. Los ingresos medios de una familia de cuatro miembros que viviera en el barrio durante los años ochenta era de 10.727 dólares, mientras que los de un solo individuo eran de 5.139 (Oficina del Censo, 1980). El hecho de que más del 40 % del total de la población viviera oficialmente en la pobreza da cuenta de su alto nivel de invisibilidad.

El segundo momento en el proceso de gentrificación es contingente al éxito del primero. Tal y como descubrió un «experto urbano»: «A pesar del evidente liberalismo político y "social" de las clases gentrificadoras, sus miembros muestran las mismas preocupaciones respecto a vivir *entre* o *cerca* de minorías raciales que cualquier otra persona» (Salins, 1979: 6). En el Lower East Side no fue hasta el firme establecimiento de los artistas, la vanguardia de clase media, que la retaguardia hizo sus primeras incursiones en la «jungla». El éxito de estas incursiones puede ser medido de forma más adecuada por el rápido crecimiento de la actividad inmobiliaria. De acuerdo con un artículo de diciembre de 1982 en el *Village Voice*, Helmsley-Spear, Century Management, Sol Goldman y Alex DiLorenzo III invirtieron todos ellos en párkings vacíos, apartamentos y edificios abandonados. Los alquileres durante los últimos dos años han crecido mucho. El alquiler de un pequeño apartamento con una sola cama cuesta unos 1.000 dólares al mes, un local a pie de calle que antes se alquilaba por seis dólares el metro cuadrado, ahora cuesta hasta 35 (Ann-Byrd Platt, 1984: 28).

«Me enfada —dice Dean Savard del Civilian Warfare— cuando la gente señala con el dedo a una galería y dice "esta es la razón por la que...". Tengo muy claro que no soy la causa. Se trata de un plan de la ciudad que existe desde hace más de veinte años». Gracie Mansion está de acuerdo en que es demasiado «fácil señalar con el dedo a las galerías de arte y decir "este es el problema". Porque si todas las galerías se levantaran y se fueran esto no detendría la gentrificación. O si las galerías no hubieran abierto no habría habido una gran diferencia. Mire, el área estaba ya afectada por la gentrificación antes de que abriera una sola galería». Peter Nagy, de Nature Morte, admite que se siente culpable. «Es decir ¿qué tipo de monstruo hemos creado? Un monstruo que puede acabar causando más daño que cosas buenas. Lo bueno es que más artistas jóvenes tendrán espacios para mostrar su trabajo. Lo malo es que ciertamente gentrificará el barrio convirtiéndolo en algo como el Soho. Pero también pienso que esto habría pasado tanto si las galerías hubieran estado allí como si no. Tampoco puedo evitar sentir que de alguna forma la batalla contra la gentrificación implica una actitud provinciana hacia Manhattan».

Rasgos compartidos de negación y racionalización corren parejos en las respuestas que ofrecen los comerciantes del East Village a las preguntas sobre su papel en el proceso de gentrificación. Las actitudes oscilan entre la agresividad y la auténtica preocupación, pasando por la perplejidad. Preocupación es lo que expresa Jack Waters y Peter Cramer del espacio alternativo ABC No Rio. «No veo cómo [las galerías] no pueden estar implicadas —dice Jack Waters—. Estamos implicadas porque tenemos la mejor ganga de la ciudad. Tenemos un alquiler bajo y muy poca presión. Y la razón por la que estamos aquí es porque somos atractivos, porque representamos a una institución artística. Sirva esto o no para lavar la cara del Ayuntamiento, permitiendo que se diga que no está implicado en la gran especulación con "Mire, dimos los edificios a ABC No Rio...". Se trata de un asunto muy complejo, y por esta razón no quiero proyectar una imagen de pureza».

ABC No Rio es, no obstante, una excepción. De forma similar, ciertos artistas y grupos artísticos que no forman parte de la escena comercial del arte se han posicionado públicamente contra la gentrificación. Muchos galeristas y artistas están, sin embargo, demasiado entusiasmados como para esquivar las implicaciones de su posición en la historia reciente del barrio y se presentan a sí mismos como víctimas potenciales de la gentrificación. Esta es la trampa en la que cae Craig Owens cuando clama que los «artistas no son, evidentemente, responsables de la "gentrificación"; son de hecho muchas veces sus víctimas. Esto se demostrará tarde o temprano cuando cierren una serie de galerías del East Village, desplazadas

a la fuerza por los alquileres que estas mismas habían hecho subir» (Owens, 1984: 163). Retratar a los artistas como víctimas de la gentrificación es burlarse de la difícil situación de las víctimas reales que viven en el barrio. Esto se hace especialmente evidente por el obvio contraste entre las áreas de innegable pobreza y el despliegue ostentoso de riqueza del mundo del arte. En este momento de la historia los artistas no pueden quedar exentos de responsabilidad. De acuerdo con Carol Watson, lo mejor que los artistas de esta ciudad pueden hacer por la gente del Lower East Side es irse a otra parte. Ella se da cuenta, no obstante, de que lo más duro de pedir a la gente es que no actúe en su propio beneficio. Sin embargo, ellos tienen que decidir si quieren o no ser parte de un proceso que destruye las vidas de la gente. «La gente con opciones —expone— debería decidir no mudarse al Lower East Side».

Aparte del impacto económico que tienen los artistas y las galerías, el mundo del arte funciona ideológicamente con el fin de explotar el barrio por sus connotaciones bohemias y sensacionalistas, desviando la atención de los procesos sociales, políticos y económicos subyacentes. Las actitudes que hacen posible esta explotación son las mismas que permiten que el Ayuntamiento, y sus residentes más ricos, permanezcan indiferentes al hecho de que los pobres sean expulsados: las valoraciones sobre la pobreza como algo natural y la gentrificación como inevitable e incluso deseable. Armados con estas actitudes e ideas compartidas de «los artistas exentos de responsabilidad social», al lado de otras recientes tendencias culturales —la mercantilización vulgar y la ideología neoexpresionista en la que se confunde la expresión subjetiva con la realidad social concreta— los participantes de la escena artística del East Village llegan al Lower East Side preparados para remodelarlo a su imagen y semejanza. Consciente o inconscientemente, se acercan al barrio con actitudes de dominación y posesión que convierten al barrio en un lugar imaginario. Las publicaciones artísticas, los medios de comunicación, las galerías, los espacios alternativos y los museos manipulan y explotan el barrio, canalizando de esta forma la ideología dominante que facilita la gentrificación. Una miríada de representaciones verbales y visuales del barrio circulan en catálogos de exposiciones, folletos y revistas. A través de estas representaciones, el barrio, cuyos residentes están luchando por sobrevivir, se transforma en un lugar «que anima a uno mismo a ser la persona que es, con mayores facilidades que en otras partes de la ciudad» (Moufarrege, 1982: 69). Inevitablemente, la realidad concreta se evapora en el aire: «Uno tiene que darse cuenta de que el East Village o el Lower East Side es más que un lugar geográfico; es un estado de ánimo» (Moufarrege, 1982: 73).

*

¿Por qué la audiencia del actual mundo del arte muestra tan poca resistencia a las explotadoras representaciones del Lower East Side y sus residentes? ¿Cual es la causa de esta aquiescencia al poder y de la conformidad con la que las consideraciones sociales sobre el Lower East Side son empujadas a las profundidades? ¿Se hubiera logrado tan fácilmente esta cooperación entre la escena artística y procesos como la gentrificación en el pasado? Durante los años sesenta y setenta las tendencias artísticas, empezando por el minimalismo, estuvieron centradas en trabajar sobre el mismo contexto artístico. Entre los radicales resultados de esta orientación había prácticas artísticas que intervenían directamente en su contexto institucional y en su entorno social. Si bien un importante número de artistas contemporáneos continúan desarrollando prácticas contextuales que evidencian una comprensión de las bases materiales de la producción cultural, se trata de una minoría en un periodo reaccionario. La forma específica que esta reacción toma en el mundo del arte consiste en abrazar sin remordimientos la mercantilización y el oportunismo, así como rechazar las prácticas artísticas radicales de los últimos veinte años. El *establishment* ha hecho resucitar la doctrina según la cual la estetización y la auto-expresión son las verdaderas preocupaciones del arte, y que estas constituyen mundos de experiencia separados de lo social. Esta doctrina está encarnada en un neoexpresionismo dominante que, a pesar de su pretendido pluralismo, debe ser entendido como un sistema de creencias rígido y restrictivo: primacía de la auto-existencia, previa e independente de la sociedad; conflicto eterno, fuera de la historia, entre el individuo y la sociedad; eficacia de la individualización, protestas subjetivas. Los participantes de la escena del East Village sirven a esta triunfante reacción. Pero la victoria del neoexpresionismo y su variante del East Village, al igual que la victoria de todas las reacciones, depende de una mentira gracias a la cual se legitima a sí misma. En este caso la mentira consiste en decir que el neoexpresionismo es emocionante, nuevo y liberador. Esta mentira obstruye el pensamiento crítico, escondiendo la subyugación y la opresión social que esta «liberación» ignora, y a la que por lo tanto da soporte.

La norma del régimen neoexpresionista, y su culminación en la legitimación de la escena del East Vilage, depende a su vez de otra mentira —la falsificación de la historia del arte reciente con el propósito de ocultar su base radical y presentarla, en cambio, como opresiva. Esto permite a la nueva escena artística celebrarse a sí misma por aplastar la tiranía. El contenido específico de esta revisión de la historia autoriza el actual rechazo de la política y las actuales falsas definiciones de la liberación que justifican tanto el soporte del mundo del arte a la escena de

East Village como su ceguera en relación con el conflicto social en el Lower East Side. Y esto aun cuando la escena del East Village no haya producido ninguna «energía», sino historia, y esta historia está siendo reescrita desde la perspectiva distorsionada del neoexpresionismo. Esta reescritura se produce en nuestras instituciones artísticas más prestigiosas, no sorprende que estas también muestren su aprobación al fenómeno del East Village.

Una de las instancias más evidentes de esta reconstrucción de la historia del arte reciente en nombre del neoexpresionismo se puede encontrar en la exposición de 1983 *Minimalism to Expressionism*, en el Whitney Museum. Esta pretendió sustituir las visiones más tempranas del minimalismo. Originariamente entendida como una crítica materialista a la autonomía de la obra de arte, el minimalismo reclamó la consideración de los contextos espacial y temporal de la obra, una consideración que llevó a un reconocimiento de la contingencia de la percepción. En contraste con esta asunción inicial de la radicalidad del minimalismo, el Whitney presentó el movimiento como conservador, en contraste por lo tanto con las pretensiones de liberación del neoexpresionismo. Para llevar a cabo este propósito, el museo guiaba al público a través de la exposición con carteles en las paredes y un folleto que contenía los siguientes juicios engañosos sobre el minimalismo:

- El arte adoptó cualidades inflexibles y autoritarias.
- En el minimalismo la individualidad personal fue reprimida.
- Iconos rígidos y fríos del formalismo llenaban espacios expositivos prístinos, de paredes blancas y artificialmente iluminados.
- En el minimalismo la vida y el arte estaban compartimentados

Sims (n. p.)

Inflexible, autoritario, represivo, frío, formalista, destructivo; estas palabras se han vuelto cada vez más familiares. Se trata de denominaciones simplistas lanzadas contra cualquier cuestionamiento crítico de las nociones idealistas heredadas del arte. Una práctica artística que desafió el autoritarismo dominante del formalismo y estuvo arraigada en las ideas de la creación individual es ahora llamada autoritaria y formalista; un arte que hizo del contexto la materia de su trabajo, prestando especial atención al tiempo real y al espacio, se convierte ahora en un arte separado de la vida o simplemente frío. Los objetivos ocultos de la exposición del Whitney Museum fueron los de vincular las pretensiones del neoexpresionismo con una

aparente radicalidad que reside en su excesiva emoción. Según Patterson Sims, el comisario de la exposición, esta emoción *contrasta* con nuestra era conservadora, al tiempo que la «frialdad» del minimalismo estaba en desacuerdo con la sociedad radical de su momento: «Las realidades exacerbadas del neoexpresionismo parecen lo contrario de su época, entumecida, empobrecida y conservadora, al igual que la negación minimalista lo era de las excentricidades y la energía de los años sesenta. Ahora, en tiempos de recortes y reducción presupuestaria, los excesos artísticos se han acabado». De acuerdo con este punto de vista invertido, *radical* y *conservador* son despolitizados y convertidos en sinónimos de *emotivo* e *intelectual*, *caliente* y *frío*. Solo dentro de los confines restrictivos de un argumento como este, el rechazo del neoexpresionismo de la práctica artística política y la adopción de la expresión de sentimientos solipsistas, puede ser proclamada como un desarrollo importante.

Pero esto es exactamente lo que están haciendo los artistas, negociantes y críticos de la escena de East Village:

- El mundo del arte lo ha vuelto a hacer [...] Una nueva vanguardia se ha proyectado. Robinson y McCormick (1983: 135)
- El arte, reprimido durante demasiado tiempo, ha explotado con una energía salvaje. Moufarrege (1982:51).
- Uno puede encontrar aquí un sentido sofisticado de los temas del momento y de las modas, libre de cualquier frontera estilística. Kardon (1984).
- Política y socialmente relevante, una reacción contra la racionalidad calculadora de los años setenta, vive el arte en sí mismo […] Moufarrege (1982: 69).
- […] el East Village es una gran reacción contra la intelectualización […] Si no hay de hecho nada nuevo en el East Village, es porque su base en la individualidad no se ajusta a tales medidas. Los artistas sólo buscan expresarse. McCormick (1984: 47).

Si bien puede parecer que este último pasaje es una crítica de la escena, Carlo McCormick apoya de hecho la noción de la liberación individual encarnada en la pintura expresiva. Este programa individualista, opuesto a la liberación social o política, no supone ninguna amenaza para el *status quo* de la Fun Gallery, que hace el 50 % de sus ventas a los consultores artísticos. El arte del *graffiti* en el que se especializa la Fun Gallery es muy difícil de distinguir del neoexpresionismo al uso, con sus pinturas gestuales, los motivos mitológicos y las temáticas apocalípticas. A los «consultores artísticos —dice Bill Stelling— les gusta obviamente

el arte que es menos controvertido. Esta es la razón por la que ese tipo de arte funciona en las sedes de las empresas [...] No es algo que vaya a ofender a alguien de la Moral Majority».[9]

La liberación individual es también otro elemento de la ideología dominante que determina la forma en la que el mundo del arte representa el barrio. Quienes han levantado la escena del East Village consideran al Lower East Side como un lugar liberador que ofrece «una oportunidad para ser uno mismo» (Moufarrege, 1983: 37). Pero ¿quién tiene estas oportunidades? Caracterizar el barrio como un lugar de oportunidades es basar las propias valoraciones en nociones despolitizadas de libertad, e implica por lo tanto no ser consciente de la paralizante falta de opciones que es la condición real de los residentes de Lower East Side. Las limitaciones materiales en las vidas de esta gente no son simplemente un resultado de la represión emocional sino de las aplastantes fuerzas económicas desplegadas contra ellos.

*

El pasado otoño, el Institue of Contemporary Art de la Universidad de Pennsylvania montó la primera exposición en un museo con obras del East Village. Sólo fueron necesarios tres años desde la inauguración de las primeras galerías del East Village para que las instituciones artísticas más prestigiosas del mundo —los museos— autorizaran el nuevo sistema. La Universidad de California en Santa Bárbara siguió rápidamente el ejemplo con *Neo-York*, una exposición complementada con un «fórum público», películas y videos sobre el Lower East Side, así como una «fiesta en la calle» con «comida y bebida del East Village». La exposición del ICA fue modesta, acompañada sólo con un catálogo ilustrado con tres ensayos. La exposición vino motivada, de acuerdo con su comisaría Janet Kardon, por las exigencias del museo de estar en la «vanguardia de las modas artísticas más actuales». El ensayo introductorio del catálogo, escrito de forma natural e informativa, expresaba la esperanza de que la exposición inspirara un discurso crítico. El catálogo en sí mismo no ofreció, no obstante, ni una simple estimación crítica. Estaba lleno en cambio de clichés sobre la libertad, el espíritu y la diversidad de la escena del East Village. La introducción de Kardon hace referencia a la gentrificación en términos de la aparición de nuevos restaurantes y *boutiques*. Uno de los ensayos destaca que ha habido una «recuperación juvenil del centro de la ciudad» (McCormick, 1984: 33). Con estas exposiciones en museos, el barrio ha sido explotado una vez más por su valor promocional.

[9] La Moral Majority fue una organización política de EEUU de perfil ultraconservador y de moral cristiana fundamentalista que se disolvió en 1989. [N. de T.]

El Lower East Side aparece en el espacio del catálogo del ICA de tres formas: mitologizado en los textos como un ambiente bohemio y emocionante, cosificado en un mapa que delimita sus fronteras y estetizado en una fotografía a página completa de una «escena callejera» del Lower East Side. Las tres son estrategias conocidas de dominación y posesión de los otros. La fotografía, aislada, es un ejemplo evidente de estetización de la pobreza y del sufrimiento, un ejemplo que se ha convertido en un recurso básico del imaginario visual. En el lado inferior de la fotografía, un sin techo permanece sentado en una portería, rodeado por sus bolsas de la compra, una botella de licor y los restos de una comida. Aparentemente ignora la presencia del fotógrafo, inconsciente de la composición en la que es obligado a jugar un papel fundamental. Una abundante cantidad de *graffitis* cubren la pared detrás de él, mientras que la pared de la izquierda está cubierta por distintas capas de posters, el más alto de los cuales es un anuncio de la exposición de Holbein en la Biblioteca Pierpont Morgan. El póster representa una gran reproducción de un retrato de Holbein con una figura encarada en la dirección en la que permanece el sin techo en la portería. La alta cultura se mezcla con la «subcultura» del *graffiti* y la vida de los «bajos fondos» representada por el sin techo en una fotografía a la que se le ha dado un título propio de una obra de arte: *First Street and Second Avenue (Holbein and the Bum)* [Primera Calle y Segunda Avenida (Holbein y el sin techo)]. La fotografía muestra elementos familiares de una creatividad simplista y facilona: la «rectitud» de la imagen, la yuxtaposición «sin sentido» de la alta cultura y los bajos fondos, la composición unitaria lograda mediante la ubicación de la figura en la parte inferior del espiral de *graffitis* y la forma en la que el sin techo y el retrato, vestidos de forma similar, parecen encararse el uno al otro. Si bien el motivo de la calle ha sido ampliamente popular entre los fotógrafos artísticos, esta fotografía está plasmada dentro de las páginas del catálogo de un museo con el propósito de publicitar el placer y el ambiente único de esta particular escena artística. Sólo un mundo del arte empapado de los valores protectores y transformistas del esteticismo, así como en la ceguera hacia el sufrimiento que sanciona una ideología como esta, podría tolerar, y aun más aplaudir, un evento como este. Pero esta imagen funciona como una fotografía turística, introduce al espectador en un punto de interés turístico exótico y peligroso.

Es irónico, no obstante, que el lugar en el que se tomó esta fotografía sea también el espacio en el que se produjo por primera vez en EEUU un tipo de fotografía muy diferente. A finales del siglo XIX, Jacob Riis publicó textos ilustrados con fotografías del Lower East Side en libros como *How the Other Half Live* [Cómo vive la otra mitad], con el objetivo de promover la reforma social. Fueran cuales fueran las múltiples deficiencias de esta forma de documental social de tipo

liberal, no son nada al lado de la fotografía del catálogo del ICA, despreocupada de cualquier tipo de conciencia social. Mientras el sensacionalismo de Riis tenía la intención de atraer la atención sobre las realidades desagradables que la gente del momento había ignorado, *Holbein and the Bum* ejemplifica una forma documental completamente degradada y estetizada que Martha Rosler ha descrito como «el documental del presente, el niño mimado del rico, una escalofriante y astutamente decadente apreciación de la vitalidad ajena que es como una bofetada, una visión fragmentada de la alienación psicológica en la ciudad» (Rosler, 1981: 80). Este es el documental/arte fotográfico que, como *Holbein and the Bum,* tiene la intención, no de llamar la atención sobre las dificultades en las que viven los sin techo, sino de encajar como anillo al dedo en las páginas de un catálogo artístico, desvelando a los amantes del arte los placeres especiales del East Village como un espectáculo para el deleite barriobajero de los coleccionistas que cruzan el barrio en limusinas.

Para tales objetivos un sin techo aturdido no es una frontera. Es, en cambio, una tentación consumada, su presencia expulsa complejos pensamientos sobre la realidad o las causas sociales que subyacen al «ambiente». La figura del sin techo está empapada de connotaciones sobre la pobreza como un hecho eterno y merecido. Mantiene por lo tanto el análisis histórico bajo control. El reconocimiento de los códigos burgueses, profundamente arraigados en las imágenes de los sin techo, está también detrás de otro trabajo que guarda relación con la cuestión del Lower East Side: *The Bowery in Two Inadequate Descriptive Systems* [El barrio de Bowery en dos sistemas decriptivos inadecuados], de Martha Rosler. El *Bowery* de Rosler se caracteriza por su *ausencia* de sin techo, por su rechazo a perpetuar los códigos y por lo tanto a servir a los proyectos de las élites. «El texto oculto de las fotografías de borrachos —escribe Rosler— no es un tratado de economía política» (Rosler, 1981: 79). En cambio, como miembro de ese grupo que Marx refirió como un «rechazo de todas las clases» (Karl Marx, 1954: 63), el sin techo es pobre pero no entra dentro de la lucha de clases. En tanto representa la pereza y el rechazo consciente de ganarse su propio sustento, ofrece una excusa para quienes se benefician de la escena del East Village para permitirse las actitudes más crueles hacia la pobreza, al tiempo que los gentrificadores del Lower East Side permanecen indiferentes hacia las miserias que les rodean. Esta es la indiferencia que el joven Engels describió con asombro en 1844, después de su primer viaje a la ciudad industrial de Manchester. Incluso horrorizado, Engels pudo señalar las razones de tal crueldad provocadas por el capitalismo: «Las clases medias tienen una concepción verdaderamente extraordinaria de la sociedad. Realmente creen que todos los seres humanos […] existen sólo si se dedican a hacer dinero o ayudan a hacerlo» (Engels, 1958: 311). El mendigo en la sociedad de las clases medias

es así «marcado para siempre como aquel que ha perdido todo el derecho a ser considerado un ser humano» (Engels, 1958: 314). En tanto el sin techo representa también una decisión de no trabajar, no ha sido utilizado por el mundo artístico con otro propósito —como metáfora del aparente rechazo del propio artista a las convenciones burguesas—. De este modo, la figura del vagabundo proporciona el requisito para la identificación con las figuras marginales y parias con los que la vanguardia y el *glamour* bohemios se identifican en la escena del East Village, y esto a pesar de su apego a los valores convencionales.

En la imagen del vagabundo, los problemas de los pobres sin techo, existentes en todas partes de la escena artística del East Village, son mitologizados, explotados y finalmente ignorados. Una vez que los pobres han sido estetizados, la pobreza misma desaparece de nuestro campo de visión. Imágenes como *Holbein and the Bum* disfrazan la existencia literal de miles de desplazados y sin techo que no son solo consecuencia del capitalismo tardío sino que constituyen sus condiciones. En tanto proceso de expulsión de una clase «inútil», la gentrificación es asistida e instigada por un proceso «artístico» allá dondequiera que la pobreza y los sin techo puedan servir como placer estético.

Bibliografía

Banfield, Ediard (1984), *The Unheavenly City*, citado en Murray Hausknecht, «Caliban's Abode,» en Lewis A. Coser e Irving Ann-Byrd Platt, «The Art Scene Moves to the East Village», *Wall Street Journal*, 2 de mayo.

Engels, Friedrich (1958), *The Condition of the Working Class in England*, Nueva York, Macmillan [ed. cast.: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Gijón, Jucar, 1979].

Fuerbringer, Jonathan (1984), «Jobless Rate Held Steady in October», *New York Times*, 3 de noviembre.

«"Gentrification" or Genocide?» (1981), *Breakthrough*, núm. 5 (1).

Goldstein, Richard (1982), «Portrait of the Artist as a Good Use», *Village Voice*, 14 de diciembre.

Glueck, Grace (1983), «A Gallery Scene That Pioneers in New Territories», *New York Times*, 26 de junio.

Gramsci, Antonio (1980), *Selections from the Prision Notebooks of Antonio Gramsci*, Nueva York, International Publishers, 1980 [ed. cast.: *Antología*, Madrid, Siglo XXI, 1970].
Harrington, Michael (1976), *The Twilight of Capitalism*, Nueva York.
_____ (1981) *The Other America: Poverty in the United States*, Middlesex, Penguin Books.
Howe (eds.) (1976), *The New Conservatives*, Nueva York, New American Library.
Greer, William R. (1984), «Business-Services Industries Pace Growth in Jobs in New York City,» *New York Times*, 3 de diciembre.
Kardon, Janet (1983), «The East Village Scene», en *The East Village Scene*, Filadelfia, Institute of Contemporary Art, University of Pennsylvania.
Levin, Kim (1983a), «The Neo-Frontier» en Richard Goldstein y Robert Massa (eds.), «Heroes and Villains in the Arts», *Villave Voice*, 4 de enero de 1983.
_____ (1983b), «The East Village», *Village Voice*, 18 de octubre.
Mandel, Ernest (1978), *Late Capitalism*, Londres, Verso [ed. cast.: *El capitalismo tardío*, México D. F., Era, 1972].
Marx, Karl (1954), *The Eighteenth Brumarie of Louis Bonaparte*, Moscú, Progress Publishers [ed. cast.: *El dieciocho Brumario*, Madrid, Alianza Editorial, 2009].
_____ (1977), *El capital*, Nueva York, Vintage Books [ed. cast.: *El capital*, Madrid, Akal, 2000].
McCormick, Carlo (1984), «The Periphery of Pluralism» en *The East Village Scene*, Filadelfia, Institute of Contemporary Art, University of Pennsylvania.
Moufarrege, Nicolas A. (1982), «Another Wave, Still More Savagely Than the First: Lower East Side, 1982», *Arts*, núm. 57 (1).
_____ (1983), «East Village», *Flash Art*, núm. 111.
_____ (1984), «The Year After,» *Flash Art*, núm. 118.
Owens, Craig (1984), «Commentary: The Problem with Puerilism», *Art in America*, núm. 72 (6).
Ricard, Rene (1982), «The Pledge of Allegiance», *Artforum*, núm. XXI (3).
Rimer, Sara (1984), «Homeless Spend Nights in City Welfare Office», *New York Times*, 19 de noviembre.
Robinson, Walter y Carlo McCormick (1984), «Slouching Toward Avenue D», *Art in America*, núm. 72 (6).
Rosler, Martha (1981), «In, Around, and Afterthoughts (On Documentary Photography)» en Martha Rosler, *3 Works*, Halifax, The Press of the Nova Scotia College of Art and Design.
Said, Edward W. (1980), *The Question of Palestine*, Nueva York, Vintage Books [ed. cast.: *La cuestión palestina*, Madrid, Debate, 2013].
Salins, Peter D. (1979), «The limits of Gentrification», *New York Affairs*, núm. 5.

Sandler, Irving (1984), «Tenth Street Then and Now» en *The East Village Scene*, Filadelfia, Institute of Contemporary Art, University of Pennsylvania.
Sims, Patterson (n.p.), *Minimalism to Expressionism* (hoja de sala de la exposición), Nueva York, Whitney Musem of American Art.
Smith, Roberta (1984), «The East Village Art Wars», *Village Voice*, 17 de julio.
Winer, Helene (1984), *New Galleries of the Lower East Side* (folleto de la exposición), Nueva York, Artists Space.

2. A vueltas con la clase creativa

Jamie Peck

La clase creativa en ascenso

«Ser creativas o morir», así resumía Cristopher Dreher, autor de *Salon*, el nuevo imperativo urbano: «Las ciudades deben atraer a la nueva "clase creativa" con barrios modernos, vida artística y un ambiente tolerante con los gays o acabarán como Detroit» (2002: 1). La cita pertenece a una entrevista con Richard Florida, cuyo libro *The Rise of the Creative Class: And how it's Transforming Work, Leisure, Community and Everyday Life* [La emergencia de la clase creativa. O cómo esta transforma el trabajo, el placer, la comunidad y la vida cotidiana] acababa de publicarse y llevaba camino de convertirse en un éxito de ventas a escala internacional, a la vez que en un acontecimiento político de gran calado. La tesis del libro —a saber, que el destino de las ciudades está en función de su capacidad para atraer, retener e incluso mimar a una clase en movimiento de sofisticados «creativos», la suma de cuyos esfuerzos se ha convertido en el principal motor del desarrollo económico— resultó ser enormemente atractiva para los responsables municipales de todo el mundo y trajo consigo una mutua rivalidad que hizo ascender los honorarios de Florida como conferenciante a cantidades tan abultadas para alcanzar las cinco cifras. De Singapur a Londres, de Dublín a Auckland, de Memphis a Amsterdam; y, por supuesto, en todo el territorio comprendido entre Providence (Rhode Island) y Green Bay (Wisconsin), las ciudades han pagado con generosidad para tener noticia acerca del nuevo credo de la creatividad, enterarse de cómo atraer y cuidar a los trabajadores creativos

y evaluar las últimas «estrategias de modernización» de urbes de creatividad tan arraigada como Austin (Texas) u otras en proyecto como Tampa Bay (Florida). «Los responsables municipales están adoptando el criterio de que no deben competir en el camino trillado de las exenciones fiscales y los planes de reurbanización, sino apostar por lo que Florida denomina «las tres T: Tecnología, Talento, Tolerancia» (Shea, 2004: D1). Según este guión cada vez más generalizado para el desarrollo urbano, el advenimiento de un «nuevo tipo de capitalismo basado en la creatividad humana» exige formas originales de intervención desde el punto de vista de la oferta. Las ciudades libran actualmente una dura «guerra por el talento» en la que solo se alcanza la victoria mediante la creación de las «atmósferas personales» valoradas por los creativos, esto es, en entornos urbanos abiertos, diversos, dinámicos y relajados (Florida, 2003c: 27).

Elogiado en ciertos ámbitos como gurú de las ciudades-de-moda y descalificado en otros como charlatán de la nueva economía, Florida ha levantado auténticas olas en las estancadas y salobres aguas de la política para el desarrollo económico urbano. Como ha observado el crítico conservador Steven Malanga (2004:36), «la noción de que las ciudades deben convertirse en lugares participativos de moda para competir en la economía del siglo XXI se está propagando por la América urbana […] Toda una generación de políticos y planificadores urbanos de izquierda se está volcando en aplicar las ideas de Florida, según las promocionan un puñado de admiradores periodistas acríticos». En el ámbito de la política urbana, que en los últimos tiempos no estaba precisamente abarrotado de ideas nuevas e innovadoras, las estrategias de la creatividad no han tardado en convertirse en las políticas punteras en la medida en que conectan las agendas de desarrollo con un discurso tan singular como prometedor. Paralelamente, estas confluyen de forma sigilosa con los programas de desarrollo «neoliberal» en curso, que vienen definidos por la rivalidad entre ciudades, la sofisticación, el consumo de las clases medias y la marca ciudad. Sigilosamente, en el sentido de que, en la práctica, la banalidad de las estrategias de creatividad urbana pasa desapercibida por el carácter hiperbólico y grandilocuente del argumentario de Florida, para quien el advenimiento de la Era de la Creatividad reviste la forma de una arrolladora revolución social. Lo ha proclamado a bombo y platillo y no cabe duda de que ha revitalizado los debates sobre política urbana. *The Rise of the Creative Class* ha sido declarado el «libro más popular de economía regional de la última década» (Glaeser, 2004: 1) y ha recibido galardones y elogios de procedencias tan variadas como el *Washington Monthly*, *Harvard Business Review*, el *Bee* de Modesto, Entrepeneur.com, la revista *Money*, *New Times* de Phoenix y la actriz Cybill Sheppard.

«Por mucho que la idea de que un profesor de desarrollo regional se haga famoso —observa perspicazmente Dreher— parezca una contradicción en los términos […] Richard Florida está logrando esa hazaña» (2001: 1).

El protagonista de tal hazaña sostiene de manera poco convincente que no se lo esperaba. Por lo visto, fue una especie de confluencia entre las profundas corrientes del destino histórico y la pura casualidad lo que puso en la cresta de la ola de la creatividad a este curioso surfista que afirma sentirse «impresionado por la celeridad con la que los responsables municipales y regionales empezaron a aplicar mis medidas e indicadores para elaborar sus estrategias de desarrollo» (Florida, 2002: x). Las críticas y los ataques fueron igual de imprevistos. Críticas mordaces, sarcásticas y en algunos casos abiertamente malintencionadas por parte de la derecha, de los bastiones económicamente conservadores, como el Manhattan Institute, así como de un batiburrillo de grupos anti-inmigrantes y homófobos, que de una u otra forma denigraban las tesis de Florida como un ataque a las estrategias de desarrollo de orientación empresarial (a lo grande) y a los estilos de vida aburguesados, cuando no un ataque frontal a los «valores familiares». Las respuestas desde la izquierda, más variadas, si bien igual de contundentes en algunos aspectos, oscilan entre la montaña de páginas escépticas de la revista *Blueprint* del Consejo de Liderazgo Democrático y la insidiosa crítica cultural de *The Buffer*. Florida, haciéndose el inocente, el desprevenido o manteniéndose tácticamente al margen, sostiene:

> Me deja perplejo una retórica tan acalorada; no tengo ninguna agenda oculta. Soy independiente políticamente, conservador en materia fiscal, socialmente liberal y creo firmemente en la competencia internacional y el libre comercio. En mis veinte años de trayectoria universitaria he votado y trabajado para demócratas y republicanos. Hoy día colaboro estrechamente con alcaldes, gobernadores, líderes empresariales, políticos y ciudadanos de ambos lados del espectro político en temas de desarrollo económico y por lo general no sabría distinguir a un demócrata de un republicano.
>
> Florida (2004b: ii)

Idéntica ambigüedad se observa en los argumentos políticamente ambivalentes de *The Rise of the Creative Class*, mezcla de elitismo cosmopolita y universalismo pop, hedonismo y responsabilidad, radicalismo cultural y conservadurismo económico, inferencia casual y causal, libertarismo social y realismo empresarial. El estilo irreverente, informal, en ocasiones sermoneante, aunque

de fondo empresarial, resulta en muchos sentidos familiar, una evocación de las guías de estilo de vida, los manuales de empresario y la sociología popular de los tiempos de la nueva economía (véase Frank, 2000; Maliszewski, 2004). Peter Marcuse, antiguo profesor de Florida, dijo del libro (2003: 40): «Bien escrito, en estilo casi coloquial, parece una serie bien trabada de discursos de sobremesa en distintas comidas de las cámaras de comercio». También recuerda que el discurso de la nueva economía de finales de los años noventa, representado por revistas como *Fast Company*, estaba repleto de elogios a la creatividad, cuando no al espíritu artístico, de sus héroes emprendedores de atuendo informal (Cox, 1999; Thrift, 2001). La extensa literatura del «cómo hacer…», cuyo objetivo era recoger en manuales, tanto diversas técnicas como hábitos mentales, orientados a constituir un mercado de aspirantes a creativos, solía hacerlo principalmente proclamando las virtudes productivas de la asociación heterodoxa, la mezcla de ideas, actores, procesos y objetos heterogéneos (véase Osborne, 2003). El paralelismo que Florida establece con este tipo de intentos de fomentar la creatividad consiste en elogiar los barrios de moda trepidantes, donde la innovación se produce cotidianamente mediante la interacción espontánea; barrios literalmente en «ebullición por el flujo de culturas e ideas, donde los forasteros se convierten en seguida en vecinos» (2002: 227). Lugares así constituyen para Florida los auténticos manantiales de la creatividad, más que nada porque atraen a personas creativas. Por consiguiente, garantizar la «acogida» a los creativos se convierte en la nueva tarea de las ciudades. «Así pues, el antiguo movimiento de gente en busca de un puesto de trabajo ha cambiado de orientación», escribe Baris (2003:42), y las ciudades, para competir en la nueva carrera por el talento «deben reestructurarse en función de las necesidades de la clase creativa, igual que lo han hecho ya las empresas».

Si bien es cierto que *The Rise of the Creative Class* recala en temas conocidos, recurriendo a ciertas pautas argumentales muy trilladas, contiene también algunas aportaciones muy particulares. Sin dejar de explotar abiertamente muchos de los mismos «circuitos culturales del capitalismo» que sus predecesores de la nueva economía (véase Thrift, 2001) —por ejemplo, *Fast Company* figura como uno de «nuestros aliados» en la bien diseñada y completa página web de Florida www.creativeclass.org—, el libro inaugura un nuevo territorio enlazando las nuevas estrategias de gestión empresarial con una peculiar agenda de desarrollo urbano, extraordinariamente concreta en muchos aspectos. Si bien los nuevos conocimientos empresariales de los años noventa sirvieron para «hacer» gestores de nuevo cuño, al establecer formas novedosas de organización, interpretación y acción sobre el mundo, así como una «especie de gramática de imperativos empresariales» (Thrift, 2001: 416), el guión de las ciudades creativas ha encontrado, constituido y

organizado un numeroso público a escala local para proyectos de revitalización urbana de nuevo tipo, otorgando prioridad a ciertas estrategias y actores privilegiados, determinando qué es lo que hay que hacer, con quién, cómo y dónde. Además, el tono es adecuadamente enfático y directo: «Me gusta decir a los responsables municipales que dar con la manera de apoyar el sostenimiento del mundo musical local puede resultar igual de importante que invertir en empresas de alta tecnología y mucho más efectivo que construir una galería comercial en el centro» (Florida, 2002: 229). Se trata de un guión que brinda a los actores urbanos un rol de renovada importancia sin dejar de advertirles acerca de las nuevas amenazas competitivas; según todos los indicios, estos actores han mostrado una gran disposición a representar estos papeles. Un número increíblemente grande de ciudades ha adoptado de buena gana el punto de vista de Florida sobre la creatividad.

Con independencia del valor intrínseco de las aportaciones de Florida, la cuestión tal vez más pertinente es la de por qué han tenido tanto impacto entre las elites urbanas. Dicho de otro modo, ¿de dónde salió el público que siguió los argumentos de Florida? Además de su evidente habilidad para presentarlo y publicitarlo, ¿qué le convirtió en «la figura más aclamada en las reuniones municipales de Toronto a Auckland» (Steigerwald, 2004: 1)? ¿Qué llevó al alcalde de Denver a comprar muchos ejemplares del libro y distribuirlos como libro de cabecera entre sus colaboradores, mientras emprendía una estrategia dirigida a dar una nueva imagen de la ciudad como centro creativo (Shea, 2004)? ¿Qué impulsó al Gobierno de Singapur a atenuar sus absurdas restricciones a la homosexualidad y, de paso, a los artistas callejeros y las camas elásticas, con miras a estimular la innovación económica-urbana (*Economist*, 2004)? ¿Por qué estaba tan profundamente convencida de los argumentos de Florida la gobernadora de Michigan que posó con unas gafas de sol a la moda al lanzar el programa «Ciudades de moda» por todo el estado con el fin de atraer y retener a «los pioneros urbanos y a los jóvenes trabajadores del conocimiento, que son la fuerza motriz del crecimiento y el desarrollo económico» (Michigan, 2004a: 1)? ¿Por qué un nutrido contingente de elegidos se embarcó en una peregrinación creativa a Memphis (Tennessee) con objeto de autoproclamarse como los «100 Creativos», emitir el Manifiesto de Memphis (véase Figura 1) y comprometerse públicamente con el principio de «contribuir a que las comunidades se den cuenta de todo el potencial de las ideas creativas» (Creative 100, 2003: 2)? En otras palabras, ¿qué motiva a los discípulos del recién descubierto culto a la creatividad urbana? ¿Cómo es el lado de la demanda del fenómeno de las ciudades creativas? Tal y como destacan Gibson y Klocker (2004: 431), a pesar de la rápida difusión internacional de las recetas de Florida, se ha «prestado muy poca atención crítica a las estructuras y redes que apoyan, sostienen y se

benefician de su circulación». Estas son las cuestiones que aquí se plantean. Ahora bien, el primer paso debe ser hacerse una idea más completa de sus tesis. Bienvenidos a la Era de la Creatividad…

Figura 1. Manifiesto de Memphis

Los Cien Creativos se comprometen a contribuir a que las comunidades capten todo el potencial de las ideas creativas mediante la aplicación de los siguientes principios:

1. Cultivar y premiar la creatividad. Todo el mundo forma parte de la cadena de valor de la creatividad. La creatividad puede surgir en cualquier momento, en cualquier lugar; está surgiendo ahora mismo en su propia comunidad. Preste atención.

2. Invertir en el ecosistema creativo. El ecosistema creativo puede incluir el arte, la cultura, la vida nocturna, el mundo de la música, los restaurantes, los artistas, los diseñadores, los innovadores y los emprendedores, los espacios asequibles, barrios animados, la espiritualidad, la educación, la densidad, los espacios públicos y los lugares simbólicos.

3. Adoptar la diversidad. Da lugar a la creatividad, la innovación y el impacto económico positivo. Las personas con diferente formación y experiencia aportan una diversidad de ideas, expresiones, talentos y perspectivas que enriquecen a las comunidades. Así es como florecen las ideas y se construyen comunidades con vitalidad.

4. Cuidar a los creativos. Apoyar los elementos mediadores. Colaborar para competir de otro modo y lograr que participe todo el mundo.

5. Valorar la asunción de riesgos. Convertir un clima de «no» en un clima de «sí». Invertir en la creación de oportunidades, no sólo en la resolución de problemas. Aprovechar el talento, la tecnología y la energía creativa para la comunidad. Desafiar la sabiduría convencional.

6. Ser auténticos. Identificar el valor que cada uno aporta y centrarse en las cuestiones en las que cada uno puede ser único. Atreverse a ser diferente, no simplemente una imitación de otra comunidad. Resistirse a la monocultura y la homogeneidad. Cualquier comunidad puede ser adecuada.

7. Invertir y aportar a la calidad del entorno. Aspectos heredados como el clima, los recursos naturales y la población son importantes, pero hay otros como el arte y la cultura, los espacios abiertos y las zonas verdes, los centros urbanos bulliciosos y los centros de aprendizaje que pueden consolidarse y fortalecerse. Esto hará a las comunidades más competitivas de lo que hayan sido nunca porque creará más oportunidades que nunca para las ideas que tienen impacto.

8. Eliminar las barreras a la creatividad como la mediocridad, la intolerancia, la desconexión, el descontrol urbanístico, la pobreza, los malos colegios, la exclusión y la degradación social y ambiental.

9. Asumir responsabilidades en el cambio de la comunidad. Improvisar. Hacer que pasen cosas. El desarrollo es una empresa de bricolaje.

10. Garantizar que todas las personas, y los niños en particular, tengan derecho a la creatividad. La educación permanente y de primera calidad es fundamental para desarrollar y retener a las personas creativas como recurso de la comunidad.

Fuente: www.memphismanifesto.com

Vidas creativas

La argumentación de Florida en *The Rise of the Creative Class* es clara y a la vez bastante escurridiza. En líneas generales, consiste en que hemos entrado en una era de creatividad, caracterizada por una fase nueva y diferenciada del desarrollo capitalista, en la que las fuerzas motrices del desarrollo económico ya no son simplemente tecnológicas y organizativas, sino humanas. En esencia, el libro se propone describir una *nueva* nueva economía, en la que la creatividad humana se ha convertido en la «fuerza determinante de la vida económica […] ha llegado a valorarse —y

los sistemas han evolucionado para favorecerla y estimularla— porque las nuevas tecnologías, las nuevas industrias, la nueva riqueza y el resto de bienes económicos parten de ella» (Florida, 2002: 21). Está claro que las personas creativas siempre han sido críticas con el crecimiento del capitalismo, pero en las últimas décadas, según se argumenta en el libro, han aumentado tanto en número como en influencia, de tal forma que ahora son unos treinta y ocho millones de trabajadores estadounidenses (cerca del 30 % de la población activa) y por lo tanto queda justificado que tengan una denominación propia: «La clase creativa se ha convertido en la clase dominante de la sociedad» (Florida, 2002: ix). Una vez efectuado el descubrimiento, la cuestión reside en comprender qué es lo que mueve a los miembros de esta clase, cómo les gusta gastar su dinero y su (valioso) tiempo, qué es lo que quieren. Por lo visto, hay que cuidar y alentar a la clase creativa como fuente de todos los bienes económicos así como apoyar y canalizar sus talentos. La apuesta no podría ser más alta: además de proporcionar las bases tecnológicas adecuadas, empresas y ciudades deben esforzarse en crear el «clima personal» adecuado para la privilegiada clase de los creativos o estos «se marchitarán y morirán» (Florida, 2002: 13).

Ahora bien, la urgencia en acometer esta tarea no le resta dificultad; averiguar qué quiere la clase creativa requiere adoptar un modo de pensar analítico y político totalmente nuevo y, a renglón seguido, aprender a aceptar que los creativos no se van a dejar mangonear, que su comportamiento va a ser difícil de predecir y que, por encima de todo, todos ellos necesitan espacio para «desplegar sus identidades». Las antiguas categorías de análisis de clase son manifiestamente inadecuadas para este empeño, en la medida en que en el actual estadio «postescasez, postmaterial» del capitalismo, la propiedad y el control de la propiedad en el sentido físico e inmobiliario carecen de importancia; la única propiedad de cierta entidad es la «nueva capacidad creativa de la *überclass*, intangible puesto que reside literalmente en sus cabezas» (Florida, 2002: 68). El cambio en relación con los sistemas sociales y económicos actuales es de tal calibre que Florida lo compara con la transición del feudalismo al capitalismo industrial, cuando las reglas de juego se modificaron para siempre. Florida tiene la modestia de no pretender ser el único en haber captado estas nuevas realidades, si bien expone su argumentación como un viaje de descubrimiento (2005a: 1). Viaje emprendido un tanto inopinadamente a partir de la formación de una serie de grupos de trabajo con los estudiantes de gestión empresarial en Carnegie Mellon, convocados con el objetivo de que respondieran a la inocente pregunta «¿Por qué eliges el lugar donde vives y trabajas?». De ahí surgió lo que Florida llama la «primera corazonada» sobre el ascenso de la clase creativa (cit. Dreher, 2002: 2). Quedó de manifiesto que aquel grupo de futuros profesionales no estaba motivado únicamente por aspectos materiales como el salario, las *stock*

options y la seguridad de la gentrificación, sino que querían tener una vida estimulante en lugares interesantes, afrontar retos y desafíos las veinticuatro horas del día los siete días de la semana. Así podrían cambiar de un trabajo a otro, puesto que esa es la naturaleza de la nueva economía creativa. Lo verdaderamente importante, tal y como apuntó la clase creativa aún por nombrar, eran las magnéticas «cualidades del lugar». Según la explicación que dio Florida de esta revelación, las respuestas de los grupos de trabajo planteaban demandas concretas a la altura de sus precoces talentos, querían que su ciudad «fuera creativa, excitante, con toda clase de entretenimientos, deportes al aire libre, deportes extremos, patinaje, ciclismo, actividad artística, actividad musical» (cit. Dreher, 2002: 2-3). Al parecer, los creativos lo querían todo, pero esto no debería tomarse como una burda manifestación de hedonismo cultural o puro pasatiempo, que tanto dio que hablar en los tiempos de la nueva economía de finales de los años noventa. Los fatídicos acontecimientos que sobrevinieron —la burbuja tecnológica y el 11S— resaltaron la profundidad de esta incipiente transformación social:

> Los cambios económicos están […] alterando la estructura de la vida cotidiana. No los ha causado el auge y caída de la Nueva Economía, aunque contribuyó a que afloraran y fueran más visibles. En un sentido más hondo y duradero, el 11 de septiembre de 2001, la tragedia y su secuela de amenazas terroristas han hecho que los estadounidenses, particularmente los miembros de la clase creativa, se pregunten seriamente acerca de qué es lo que verdaderamente importa en la vida. Lo que estamos presenciando en Estados Unidos y en todo el mundo supera a la industria de la alta tecnología y a cualquier presunta Nueva Economía. Se trata del surgimiento de una nueva sociedad y de una nueva cultura, en realidad, de todo un nuevo modo de vida. Son estos cambios los que acabarán por ser los acontecimientos fundamentales de nuestro tiempo. Y nos plantean difíciles interrogantes, puesto que, una vez desencadenadas las fuerzas que nos permiten perseguir nuestros deseos, la cuestión para cada uno de nosotros es: ¿qué es lo que verdaderamente queremos?
>
> Florida (2002: 12)

La quiebra del NASDAQ dejó clara la mentira de que la tecnología nos garantizaría el futuro económico por sí sola y el 11S impulsó a la clase creativa a buscar su vocación. El propio Florida quedó tan conmocionado por aquellos acontecimientos que canceló sus compromisos durante un tiempo y se dedicó a ver la televisión.

Lo que hace Florida, escribiendo en segunda persona para variar, es describir y alentar el despertar general de la conciencia de una incipiente clase creativa, intercalando a menudo detalles esclarecedores de su propia biografía, estilo de vida y hábitos de consumo en un relato *new age* de libertad individual, predestinación económica y lento alumbramiento de la responsabilidad social. No faltan ocasiones en que estas cavilaciones, escasamente analíticas, incurren en formas autocomplacientes de microsociología de aficionado así como en burdos elogios al aburguesamiento progre.[1] Implícitamente, las decisiones tomadas por Richard y su clase creativa, documentadas al detalle en el libro, incluso en lo tocante a utensilios de cocina o peinados, quedan validadas en tanto son de los elegidos. Y la auténtica importancia del juego y el consumo reside en que los creativos se encuentran con el singular reto de encajarlos en sus exigentes horarios de trabajo,[2] incluyendo un fugaz paseo en bicicleta o un café con leche en la galería de arte antes de reincorporarse al trabajo. Es comprensible que muchos miembros de esta clase estén plenamente dedicados a cuidar su propia creatividad mediante el trabajo y el juego —cuya fusión llama Florida el «Gran Morfo»—, aunque también asuman (inadvertidamente por el momento) una responsabilidad, una responsabilidad de liderar. Florida (2002: 315, 326) informa a sus colegas creativos de que «necesitan ver que su función económica los convierte en los líderes naturales —en realidad, los únicos posibles— de la sociedad del siglo XXI… Debemos desplegar toda nuestra inteligencia, nuestra energía y, sobre todo, nuestra conciencia. La tarea de construir una sociedad verdaderamente creativa no es un solitario, sino un juego de equipo».

---

1 «La persona que me corta el pelo», nos informa Florida (2002:76), «es un estilista muy creativo… y conduce un BMW nuevo. La mujer que limpia mi casa es una joya que sugiere ideas para redecorar; se lo toma como una emprendedora. Su marido conduce un Porsche». Al mismo tiempo, los creativos consideran que montar en bicicleta es una «habilidad social de *rigueur*» y no les basta con la emoción de «mover las piernas arriba y abajo», ya que «montar en una bicicleta y convertirse en su motor es una experiencia auténticamente transformadora, una experiencia creativa» (Florida, 2002: 174, 181-2). Chris Lehman (2003: 167) responde que «la bicicleta proporciona la metáfora idónea para el tipo de comentario que procede en un mundo intelectual cada vez más indiferente a las cuestiones de la justicia económica y la reducción de oportunidades sociales. Sus moradores hablan sin reparos de la recomposición de las nuevas elites y de sistemas económicos enteros. Les gusta ver ratificadas por la historia sus decisiones como consumidores, al igual que sus gustos se elevan a la categoría de modelos por las nuevas redes de producción, por las geografías urbanas y, desde luego, por el nuevo entramado de democracia global en auge. Se les acelera la mente y el corazón les late más deprisa. Pero no hacen caso del suelo que pasa volando bajo sus pies».

2 «Las personas de clase creativa viven literalmente en una clase de tiempo diferente del resto de la nación» (Florida, 2002: 144).

Podemos vislumbrar el tipo de sociedad que construirían los creativos por la típica elección de lugar efectuada por los talentosos, cuyas preferencias despejan cualquier duda. La clase creativa busca comunidades tolerantes, diversas y abiertas, bien surtidas en el tipo de entretenimientos que les permita mantener el precario equilibrio entre vida y trabajo, así como experiencias intensas en el marco de sus exigentes horarios de trabajo. Los creativos, aquejados de un peculiar «salto en el tiempo», gravitan hacia comunidades de «enchufar y listo» donde las barreras sociales de entrada son bajas, donde se adopta activamente la heterogeneidad, donde prevalecen unos vínculos laxos, donde hay muchos otros creativos con quienes mezclarse y donde pueden «validar sus identidades» (Florida, 2002: 304). Uno de los indicadores básicos para un diagnóstico certero de las condiciones de apertura y tolerancia es la presencia evidente de gays y lesbianas, que se distinguen por ser los «mojones de la economía creativa» por la forma en que señalizan un «entorno diverso y progresista», sirviendo de este modo como «precursores de la reurbanización y la gentrificación en barrios deprimidos» (Florida y Gates, 2005: 131). En caso de que semejantes indicadores económicos de vanguardia pasaran desapercibidos por el motivo que sea, existen indicios más concretos —que no son dejados de lado por los planificadores y consultores urbanos— como los edificios históricos «auténticos», los almacenes reconvertidos, las calles peatonales, la multitud de cafeterías, espacios de arte y música en vivo, una «cultura callejera orgánica e indígena» y una ristra de rasgos típicos de los barrios empobrecidos de uso mixto en proceso de gentrificación.[3] Los creativos quieren ciudades trepidantes, no marginales. Rechazan despectivamente las urbanizaciones periféricas, las «líneas blancas» de las cadenas de franquicias y los centros comerciales, así como los lugares destinados a los niños y las iglesias. La verdad es que los creativos, entre quienes «el matrimonio suele postergarse y es más común el divorcio», abominan de muchas actividades de la vida social que son rutinarias y consumen mucho tiempo; prefieren relaciones más espontáneas en «mercados de apareamiento» localizados (Florida, 2002: 177). Simultáneamente, la «ausencia de un cónyuge de apoyo deforma» el tiempo todavía más (Florida, 2002: 151), dando lugar a una mayor dependencia de una variada gama de servicios y «entretenimientos» locales. Por lo visto, el *homo creativus* es un sujeto atomizado, proclive a relaciones intensas pero superficiales y sin compromiso, mantenidas especialmente en el ámbito del consumo y en la calle.

3 Para obtener más información acerca de las geografías de lo «moderno» vinculadas a estos barrios, tan visible como a menudo efímeramente originales, se pueden leer las observaciones esporádicas de *The Economist* (2000) sobre la tipología habitacional de Londres.

Buena parte de *The Rise of the Creative Class* está dedicada a ofrecer elogiosas descripciones de los hábitos de trabajo, juego y consumo de la clase creativa —que Marcuse (2003: 41) resume de manera cortante como un «simpático relato de las preferencias de estilo de vida de los yuppies»— salpicadas aquí y allá de advertencias sobre las repercusiones negativas de estas formas de actualización por libre del libre mercado. Florida reconoce en algunos momentos que la afluencia de creativos en barrios en proceso de gentrificación podría generar presiones inflacionistas en el mercado inmobiliario, que no solo amenazan con erosionar la diversidad ambicionada por los creativos, sino lo que es peor, podrían acabar con la frágil ecología de la propia creatividad. Recuerda a sus lectores que dependen de un ejército de trabajadores de servicios confinados en «trabajos inferiores mal pagados porque no son creativos» (2002: 322), sin dejar de reseñar, con toda seriedad, que los lugares más creativos suelen mostrar también las más amplias formas de desigualdad socio-económica (Catalytix y Richard Florida Creativity Group, 2003b; Florida, 2005b). Ahora bien, puesto que el destino de los creativos es heredar la tierra, son ellos quienes en última instancia deben idear la solución de estos problemas, en su tiempo y a su manera, como parte de lo que Florida denomina su «crecimiento». Se supone que la población no creativa se limitará a asistir como espectadora y aprender. Desde luego, aquí no queda espacio para formas políticas «obsoletas» como sindicatos o partidos políticos con carácter de clase, despreciados tranquilamente por igual. Lo importante es la capacidad de la clase creativa para generar «nuevas formas de participación ciudadana acordes con nuestros tiempos», basadas en una «visión común» de la creatividad universal y humanística (2002: 316-17).[4]

Pan y circo

Las ciudades dominan claramente el relato de Florida sobre la clase creativa, como escenario de los procesos sociales más decisivos, como viveros de los nuevos imperativos culturales y económicos y como lugares reorganizados para la acción política modulada culturalmente. En la vertiente analítica del relato, la argumentación consiste en que para encender la chispa económica de la creatividad

[4] Muchos movimientos políticos progresistas del siglo XX —derechos civiles, derechos de las mujeres, movimientos por la paz y sindicales— se ven como reliquias de la fenecida era precreativa; sus conquistas palidecen en proporción directa a la potencia transformadora de la creatividad (Florida, 2002: 203).

se necesitan las tres Ts: tecnología, talento y tolerancia. La capacidad tecnológica es condición indispensable, aun cuando sea manifiestamente insuficiente por sí sola; basta con fijarse, se nos dice, en los inhóspitos paisajes sociales donde viven los aburguesados pirados por la informática. La circulación de individuos talentosos, la segunda T, es esencial y necesaria puesto que este incansable-y-crítico factor productivo se ha convertido en el soporte de la creatividad. Pero la tercera T, la tolerancia, es el imán clave, el cimiento de la oferta sobre el que se construyen los enclaves creativos. El método principal de Florida consiste en clasificar a las ciudades conforme a una escala de múltiples mediciones de estos tres datos, tomados aisladamente o cruzándolos, un medio evidentemente premeditado al tiempo que muy efectivo de popularizar la tesis de las ciudades creativas. Las regiones urbanas aparecen clasificadas según todo tipo de variables, desde el número de patentes por cabeza a la densidad de bohemios y gays, las respectivas cuotas de inmigrantes, trabajadores del conocimiento acreditados e incluso residentes «en forma frente a los gordos»,[5] cuyo resultado combinatorio manipulado hasta el infinito constituye el «índice de creatividad» de Florida. En esta carrera se declara ganadora a San Francisco, seguida de Austin (Texas), Boston y San Diego entre las grandes ciudades; en lo alto de la categoría de ciudades de tamaño mediano están Albuquerque (Nuevo México), Albany (Nueva York) y Tucson (Arizona); el nivel inmediatamente inferior de la nueva jerarquía urbana lo ocupan Madison (Wisconsin), Des Moines (Iowa) y Santa Barbara (California). «Nada —comenta Paul Maliszewski (2004: 76)— puede hacer que un libro merezca la atención de los medios nacionales, reseñas de medios locales y esté a punto de convertirse en éxito de ventas más que una lista semejante, una declaración inapelable de que unas cosas son mejores que otras y sólo una es mejor que todas». El atractivo generalmente aceptado, y podría decirse bastante evidente, de ciudades como Seattle y San Francisco adquiere un nuevo valor en las clasificaciones de Florida. Resulta muy eficaz sacar a colación y manipular la imagen de las ciudades ya existentes en vez de empantanarse en una compleja argumentación en busca de causas. Se cuantifican a bulto imágenes urbanas favorables y luego se presentan como objetos respetables, como lugares a imitar. Como explicó Florida a la revista *Money*, «lo que anima un lugar» es, precisamente, ser animado:

5 Florida equipara sus clasificaciones con las de publicaciones de masas como *Wired, Places Rated Almanac, Yahoo! Internet Life, Forbes, The Walking Magazine, Money* y *Men's Fitness*. Esta última es la fuente de la correlación, sin duda espuria entre creatividad y peso corporal, dado que «las ciudades más en forma son las de mayor puntuación en mi índice de creatividad» (Florida, 2002: 177). Sin embargo, Florida no establece una relación de causa/efecto entre falta de talento y estar gordito, sino que observa que «el cuerpo se ha convertido en territorio de expresión creativa», al tiempo que le parece obligado reciclar el «pernicioso estereotipo de que una persona en forma suele considerarse más fiable y presentable en público que otra con, digamos, sobrepeso» (2002: 177-9).

> En su calidad de consultor retribuido, Florida suele sugerir que las ciudades se fijen en modelos de éxito como Austin o Seattle a la vez que cultivan sus propias cualidades […] cree que el ajetreo y la energía ejercen gran influencia en la popularidad de una ciudad.
>
> Gertner (2004: 88-9)

Las clasificaciones de Florida (revisadas periódicamente para mantener la atención) y la machacona exposición de las tesis en que se basan crearon casi de golpe una nueva dimensión de la competitividad entre ciudades. Permitieron que algunos responsables municipales se felicitaran por el trabajo bien hecho, aun cuando los logros fueran involuntarios, los demás tuvieron una referencia de alguna cosa o algún lugar que imitar. Dirigiéndose a este público recién constituido, Florida afirma sin titubeos que cualquier gran ciudad con la voluntad política adecuada «puede lograrlo» y que la mayoría de los centros urbanos al menos pueden hacer la prueba si cuentan con lo básico, como una buena universidad, algunos barrios «auténticos» y un puñado de empresarios de alta tecnología. De hecho, hay muy pocos «lugares sin ninguna esperanza», como Enid (Oklahoma) y Youngstown (Ohio) que languidecen en la cola de la clasificación como lugares tecnológicamente atrasados y trágicamente fuera de onda. Aquí y prácticamente sólo aquí ni siquiera merece la pena el esfuerzo, ya que son «lugares pequeños con barrios enormes de clase trabajadora o centros de la clase de servicios que no constituyen destinos turísticos» (citado en Dreher, 2002: 6). Dicho de otro modo, pertenecen al tipo de lugares inapropiados.

Aparte de Youngstown y Enid, la mayoría de las ciudades tienen esperanza, siempre y cuando reconozcan como mínimo la importancia del imperativo creativo. Estas ciudades con ambiciones son el público y el mercado de Florida. Y buena parte de ellas se han mostrado preparadas, deseosas y capaces de participar en el nuevo mercado de las estrategias de modernización. Las ciudades que deseen un análisis más pormenorizado de su salud creativa pueden solicitar un informe en formato estándar por solo 495 dólares a Catalytix, la organización del Richard Florida Creativity Group con derechos de propiedad sobre la base de datos Creative Class (www.catalytix.biz). El paso siguiente, como sugiere la propia web, es «hacer que Richard Florida vaya a su ciudad o región a hablar con usted», normalmente por unos honorarios de cantidades abultadas que alcanzan las cinco cifras. Esto brinda al alcalde y a otros responsables municipales la oportunidad de aparecer en tribunas indefectiblemente ubicadas en ambientes adecuadamente bohemios, con emprendedores creativos y activistas musicales de la localidad. Lo normal es

que el público lo constituyan varios cientos de personas, prensa local incluida, con tanta gente con el pelo morado como cano. Evidentemente Florida participa cada año en una buena cantidad de eventos semejantes, en las principales ciudades de Estados Unidos y (cada vez más) del extranjero, así como en muchas de las menos exóticas aspirantes a villas modernas. Aquí, en la parte baja de la jerarquía urbana, el mercado puede abarcar localidades como Green Bay (Wisconsin) situada en el puesto 45 de la clasificación original de 124 ciudades pequeñas, que de pronto se vio incluida en un grupo de competidoras creativas como La Crosse (Wisconsin), Lubbock (Texas) y Fargo (Dakota del Norte) de reciente visibilización. La carta de gratitud del organizador de Green Bay, colgada en la página web de Creative Class, describe la aparición de Florida en el Northeast Wisconsin Creative Future Event con estas palabras:

> Una experiencia estimulante y esclarecedora […] Nuestras vidas han cambiado a mejor. Estamos en un periodo de increíble crecimiento y excitación en nuestra región porque los conceptos que usted sacó a la luz se están extendiendo, adoptando y poniendo en práctica todos los días. Mi teléfono no ha dejado de sonar desde el día en que usted se fue […] Sabía que estábamos pagando la profesionalidad y el conocimiento cuando tomamos la decisión de invertir en su visita a nuestra región, aunque no me esperaba la pasión y determinación que manifestó por ayudarnos a diseñar nuestro futuro. Practica usted lo que predica: las personas lo son todo. En lugar de una moda de relumbrón usted nos ha aportado unas perspectivas y un lenguaje que nos será muy útil para explorar nuevas direcciones para un próspero desarrollo económico y comunitario […] Su trabajo con nosotros ha sido un verdadero catalizador para infundir creatividad en nuestros lugares de trabajo, comunidades y vidas individuales.[6]

Las ciudades que quieran ir un paso más adelante pueden contar con Catalytix o, ya puestos, con cualquiera de los innumerables consultores de desarrollo urbano que han surgido de improviso en el negocio de la creatividad con el fin de proporcionar análisis y asesoramiento particular, y de colaborar en la definición de las estrategias locales. Muchos de estos esfuerzos echan mano de parámetros cada vez más complejos —una arraigada práctica de la consultoría urbana revitalizada por el desafío que supone idear una nueva métrica para ámbitos como el de las

[6] Carta del director ejecutivo del Employers Workforce Development Network, Inc, Green Bay, Wisconsin, 21 octubre de 2003 (www.creativeclass.org/inquotes.shtml, acceso 5 enero de 2005).

artes— junto con evaluaciones comparadas de estrategias de ciudades semejantes. Las estrategias de creatividad poseen un carácter cada vez más acabado y su elaboración está sujeta en gran medida a determinadas pautas metodológicas. El propio régimen de tratamiento del líder del mercado, Catalytix, se asemeja a una visita al taller de reparación, a un curso de psicoanálisis *new age*.

Figura 2. El tratamiento de la creatividad

Fuente: www.catalytix.com

Un nuevo grupo de ciudades, ya creativas, y otras en vías de serlo han adquirido rápidamente importancia gracias al trabajo de Florida y sus seguidores, de un modo parecido al que unas cuantas ciudades emprendedoras «de carga y descarga», como Cleveland y Baltimore, fueron elogiadas en los años ochenta por impulsar la revitalización de sus respectivos centros sobre la base del mercado inmobiliario y del apoyo empresarial (véase Hall y Hubbard, 1998). Ciudades como San Francisco y Austin son continuamente evocadas y objeto de estudios monográficos, en tanto son los lugares que definen el nuevo paradigma urbano.

La respuesta de Memphis (Tennessee) ilustra a las claras los esfuerzos de emulación. La cámara de comercio y algunos departamentos municipales, espoleados por estar prácticamente a la cola del Índice de Creatividad, encargaron un estudio de la imagen de la ciudad entre los «jóvenes trabajadores urbanos del conocimiento», comparándola con ciudades creativas de «alto rendimiento»; al mismo tiempo analizaron el caso de Austin para detectar «señales de esperanza de lo que ocurre cuando una ciudad impulsa activamente la creatividad» (Memphis Talent Magnet Project y Colletta & Company, 2003: 8). Del mismo modo, Portland (Oregon) ha adquirido el rango de «monografía obligada» de la creatividad urbana, con lecciones fácilmente asimilables por otras ciudades, entre las que destacan: la identificación de los líderes creativos, la construcción de nuevos sistemas de comunicación con la comunidad local, permitir que los artistas y otros creativos construyan en los barrios creativos emergentes, promover la reutilización adaptada de edificios, apoyar festivales y otros actos a nivel de calle y, sobre todo, ser «auténtica» (véase Bulick *et al.*, 2003).

Ahora bien, en muchos sentidos son más importantes, teórica y prácticamente, los denodados esfuerzos de los promotores de la creatividad; su labor pone al alcance de la mano y de forma sugerente el objetivo de la transformación creativa, incluso en lugares «vulgares». Además, sirven para dar concreción al guión de la creatividad mediante su puesta en práctica en el ámbito de la política urbana cotidiana. Así, por ejemplo, se elogia (quizá prematuramente) a Providence (Rhode Island) «por irrumpir como uno de los enclaves creativos a la cabeza de la nación y del mundo», debido, por lo visto, a su «compromiso con la estrategia de desarrollo económico impulsada por la creatividad», cuya eficacia se verá sin duda reflejada en un «imparable movimiento ascendente dentro de la clasificación (Catalytix y Richard Florida Creativity Group, 2003c: 1). En la actualidad la ciudad se halla en una poco satisfactoria 36ª posición entre las 61 ciudades con más de un millón de habitantes, pero espera mejorar —muy razonablemente, cabe suponer— toda vez que reciba el apoyo de Calatalytix con el fin de actualizar una estrategia local. Esto se ha concretado, entre otras cosas, en el desarrollo de productos de consultoría, tales como técnicas de evaluación comparativa de extraordinaria precisión para medir el equilibrio comercial de la ciudad en lo tocante a personas con talento, de acuerdo con el recién elaborado Índice Brain de fuga y ganancia de cerebros (Catalytix y Richard Florida Creativity Group, 2003a). Este tipo de mediciones comparativas van acompañadas de procesos simultáneos de revalorización simbólica (y financiera) de los activos relativos al «clima personal» y creativo ya existentes, tales como el conocido ejemplo del evento artístico local *Water Fire.* Este consistía en una serie de

hogueras flotantes en los tres ríos de la ciudad, ahora ratificado como «evento que hace comunidad». También los espacios para representaciones y proyectos como el AS220 —que ya lleva más de diez años en funcionamiento—: «Cuando Richard Florida visitó Providence a finales de 2002, los jóvenes poetas hip-hop afroamericanos mostraron su obra en el local principal (del AS220)» (Catalytix y Richard Florida Creativity Group, 2003c: 2).

Con independencia de los evidentes beneficios que resultan de vincular el arte y la cultura contemporáneos a los esfuerzos de desarrollo económico, la cuestión consiste en saber cuándo se trata de un producto interesante desde el punto de vista de la política municipal. Es fácil realizar inversiones en la «infraestructura ligera» de las artes y la cultura, que no tienen por qué resultar especialmente costosas, de tal forma que el guión de la creatividad se traduzca fácilmente en determinadas actuaciones de política municipal. Ahora bien, algo muy distinto es si esta inversión estimula o no el crecimiento económico creativo. Por supuesto, el mensaje tranquilizador de Florida es que el tratamiento funcionará, afirmación que viene corroborada por la larga lista de ciudades que se han adherido a él. El incremento de las subvenciones públicas a las artes, los espectáculos de calle y la rehabilitación de las fachadas urbanas, con la esperanza de obtener «retornos» en forma de gentrificación e ingresos por turismo, corre el riesgo evidente de que tales atracciones pretendidamente originales terminen constituyendo su propio grupo de establecimientos anodinos. Por supuesto, la búsqueda incesante de experiencias auténticas por parte de los creativos les lleva a evitar semejantes lugares. Como señalan a menudo los críticos de Florida, la producción de auténticas culturas de barrio mediante intervenciones públicas directas es una tarea ímproba, cuando no impracticable.[7]

[7] Quienes sienten predisposición al escepticismo en relación con las políticas públicas, en particular, tienen un buen tema de reflexión en estas afirmaciones: «[Florida] no sólo cree que atractivos marginales como un mundillo artístico propio pueden dar pie a un poder económico, sino que opina que las autoridades y responsables políticos como él mismo, pueden producirlo artificialmente. Por lo visto, no reconoce que los atributos culturales de las ciudades que más admira no son obra de la planificación municipal sino que se han producido como un desarrollo espontáneo, financiado por la riqueza del sector privado» (Malanga, 2004: 45).

Figura 3. Llamamiento de Providence a la acción

Estrategia general 1. Posicionar a Providence como un auténtico enclave creativo en la región sur de Nueva Inglaterra.

Contar la historia de la creatividad y la apertura mental de Providence y su singularidad como un lugar auténticamente peculiar, haciendo hincapié en el diseño, la biomedicina, la tecnología, las artes y la cultura.

Proyecto para 2003: hacer del enclave creativo el criterio unificador e impulsor del diseño, el planeamiento y el desarrollo económico urbano. Realizar una campaña de marketing…

Estrategia general 2. Establecer una comunidad creativa que atraiga y retenga a las personas creativas.

Fomentar una cultura de la creatividad, la diversidad, el arte y la ciencia para todo el mundo. Fomentar la educación basada en la creatividad en institutos y universidades; reducir la fuga de cerebros y atraer nuevos talentos.

Proyectos para 2003: establecer una Oficina de Asuntos Culturales en el Ayuntamiento, abierta a todos los creadores, como recurso y agente para los artistas y «acumulador» de proyectos… Realizar una auditoría cultural y elaborar un calendario anual común de eventos… Hacer propietarios a los promotores mediante el apoyo técnico y financiero para crear más espacios de vida y trabajo propiedad de artistas, tales como cooperativas, fundaciones, espacios de ingresos mixtos y usos mixtos… Reducir la fuga de cerebros poniendo en contacto a los jóvenes con empresas creativas y barrios auténticos mediante prácticas con créditos reconocidos… Invertir en creadores emergentes a través de un programa de becas a la creatividad…

Estrategia general 3. Promover la economía creativa especialmente en lo que se refiere al diseño, la innovación empresarial y los grupos de investigación biomédica.

Ayudar a distintos tipos de emprendedores a fundar empresas de diferentes tamaños en el centro y en otros barrios de la ciudad, sobre todo de diseño en el centro e investigaciones biomédicas en el Jewelry District.

Proyectos para 2003: promover la industria biomédica… Aprovechar la aportación de universidades y hospitales a la economía creativa…

Estrategia general 4. Construir una infraestructura integrada como apoyo al desarrollo económico y promover un clima de emprendizaje.

Procurar que la función y la red de desarrollo económico municipal apoye el crecimiento de la economía creativa. Favorecer un clima para emprendedores compuesto de diversos inversores, emprendedores y prácticas innovadoras de creación de negocios.

Proyectos para 2003: abrir una Oficina de Desarrollo Económico de Providence… Reforzar el apoyo a la formación de empresas temporales… Explorar la viabilidad de organizar en Providence una conferencia sobre buenas prácticas para otras ciudades del país que estén desarrollando la economía creativa.

Estrategia general 5. Construir zonas auténticas y de calidad para las personas creativas.

Hacer que las personas creativas se sientan identificadas con el barrio como forma de conservar nuestra autenticidad y minimizar los desplazamientos.

Proyectos para 2003: promover el centro urbano como barrio y lugar creativos. Llevar adelante el Distrito de Mejora Económica en el centro. Revitalizar los centros de los barrios. Identificar y amplifiar nodos de evolución orgánica de energía creativa… Poner a las personas creativas en contacto con las actividades al aire libre. Subir un escalón más en el sistema de carril-bici de la ciudad.

Fuente: Providence Foundation, New Commons, Inc, and Rhode Island Economic Policy Council, 2003.

Sin embargo, tal vez este no sea ese el mayor problema de Providence; su T más débil es quizá la más cara: «Desde luego, la tecnología es el punto débil de la región (Catalytix y Richard Florida Creativity Group, 2003c: 2), la demostración irrefutable de lo que hay en su lamentable posición en la mitad inferior de la clasificación tecnológica nacional». Por mucho que Catalytix elogie las «sólidas universidades locales», por lo visto no lo son tanto a la hora de aplicarles las mediciones de Florida, como la tasa de registro de patentes, mientras que la simple «proximidad del complejo de inteligencia Cambridge-Boston» aparece como un desesperado intento de aprovechar las capacidades creativas ajenas. Sin embargo, a los capitostes

de Providence les aguarda un trabajo importante en su involuntario papel como agentes de la gentrificación, a saber, crear «todo un nuevo modelo de reurbanización universidad-comunidad», en el que las universidades puedan desempeñar el papel dirigente en la «reutilización adaptada de antiguas instalaciones urbanas, renovando el casco histórico y las zonas adyacentes como un entorno de trabajo-vida-estudio-diversión sin solución de continuidad» (Catalytix y Richard Florida Creativity Group, 2003c: 2). Esta iniciativa se inscribe en un marco estratégico para la ciudad, que combina el llamamiento a la creatividad dando prioridad a una serie de proyectos «realizables» (véase Figura 3). Además de plantearse objetivos realizables con cierta facilidad, como servirse de la creatividad como clave en campañas de marketing y publicidad, abrir nuevas oficinas de asuntos culturales y desarrollo económico creativo en el Ayuntamiento y ampliar el carril-bici, Providence se propone de un modo mucho más rotundo «promover la industria biomédica», aunque sin concretar.

Es evidente que semejantes estrategias pueden presentar ciertas limitaciones, sobre todo si se miden con los índices de productividad tecnológica y crecimiento económico de Schumpeter y Kondratiev, pero al menos la puesta en práctica de muchos de los más modestos componentes del lado de la oferta es factible dentro de los parámetros de los horizontes fiscales así como de los apuros de la hacienda de la ciudad. Además poseen un carácter integrador por el doble efecto que surten: generan cierto grado de apoyo cálido y difuso, al tiempo que desarman a la oposición municipal. Dicho esto, a menudo suele haber un desfase de credibilidad bastante grande entre los medios y los fines de las estrategias de creatividad. Piénsese en el programa Cool Cities de Michigan, concebido para corregir la balanza comercial del estado, «alarmantemente» negativa con respecto de los jóvenes «trabajadores del conocimiento», mediante «una estrategia de desarrollo económico que da prioridad a las "personas creativas"» (Michigan, 2003: 3). La gobernadora Granholm, a pesar de haber aplicado los mayores recortes de gasto en la historia del estado —«retorciendo la toalla mojada del gobierno para exprimir hasta la última gota de ineficiencia (limitando, por ejemplo, las llamadas de móvil, los viajes fuera del estado, apagando alumbrado y cancelando suscripciones»—, se las ha arreglado sin embargo para financiar el programa Cool Cities, elemento central de la estrategia de revitalización económica y social del estado:

> Los mayores éxitos económicos de Michigan han ido siempre de la mano de la potencia creativa y productiva de nuestras ciudades. El destino de nuestras ciudades e industrias está entrelazado desde el principio de los tiempos, desde la «ciudad de

> los muebles» a la «ciudad del automóvil» o la «ciudad de los cereales». Creceremos […] estimulando fuertes economías regionales a partir de ciudades modernas […] Es un movimiento ascendente en el que prácticamente el 80 % de nuestras comunidades cuentan con comisiones locales de modernización que están descorchando la botella de la creatividad y liberando al genio de la posibilidad, planificando de todo, desde carriles-bici a librerías, con tal de atraer a más personas y nuevas empresas. Aplaudo la creatividad y el entusiasmo de estas ciudades desde Calumet a Kalamazoo pasando por Saugatuck.[8]

Para lograrlo se ha habilitado el mecanismo de una serie de ayudas «catalizadoras» de 100.000 dólares a las ciudades que hayan demostrado cierto grado de fe constituyendo un Grupo Local Asesor del programa Cool Cities. Estos fondos se librarán junto con los de la «Resource Toolbox» estatal, un paquete ya existente de medidas de financiación aplicadas también a los objetivos de las ciudades modernas. Se espera que dichas ayudas arrojen resultados apreciables en el plazo de un año en barrios que son ya —en alguna medida— «vibrantes, de uso mixto y animados» (Michigan, 2004b: 2). Dicho de otro modo, los barrios que no estén ya en la senda de la gentrificación creativa no necesitan solicitarlas. La lista que se ofrece a continuación da una idea más concreta de lo que significa reunir los requisitos de «barrio con potencial», habida cuenta de que supone orientar los recursos públicos al potencial creativo y no a las necesidades socio-económicas:

- Oportunidades de vivienda para distintos niveles de renta
- Entorno peatonal
- Comercio minorista (productos y servicios básicos, así como locales de esparcimiento)
- Fomento de mecanismos de organización del barrio
- Alta densidad
- Espacio limpio / cuidado público y privado
- Diversidad gastronómica (restaurantes, verdulerías, etc.)
- Zonas históricas
- Parques / oportunidades de esparcimiento
- Arte: galerías, tiendas, locales
- Accesibilidad

Michigan (2004b: 2)

8 Gobernadora Jennifer M. Granholm (2004) «Our determination, our destination: a 21st Century economy», discurso sobre el estado del estado, 22 enero (www.michigan.gov/gov0,1607,7-168-23442_21981--84911, acceso 25 enero de 2005).

Las actividades que se pueden elegir dentro del programa Cool Cities comprenden la rehabilitación o nueva construcción de edificios (en concreto, teatros, galerías y viviendas de uso mixto), desarrollo de infraestructura física, mercados agrícolas, paisajes urbanos y arte público, mejora de fachadas, instalaciones de ocio al aire libre, zonas verdes, parques, pabellones y demoliciones («siempre que no se cause daño al patrimonio histórico»).[9] En cambio, está expresamente prohibido gastar en actividades efímeras como festivales, eventos culturales y asesoramiento. La tesis de las ciudades creativas se mantiene en equilibrio inestable sobre una serie de escurridizos «intangibles como la emoción, la predisposición, la apertura mental, el bullicio» (Gertner, 2004: 88), pero su traducción a la práctica del desarrollo urbano, en estados como Michigan, trae consigo tanto formas literales como metafóricas de concreción.

El despertar creativo fue brusco en Michigan. A las pocas semanas del anuncio del programa Cool Cities ya se habían movilizado 129 comunidades de todo el estado, y unas cuantas semanas después, unas 20 habían elevado propuestas acabadas de financiación, en su inmensa mayoría meros calcos sin imaginación de las orientaciones del gobierno del estado: iniciativas de uso mixto y peatonales, apalancamiento de recursos públicos y privados para revalorizar cascos históricos mediante la remodelación de almacenes, carriles-bici, paseos por la orilla del río y otros entretenimientos culturales a nivel de calle.

Cada una de estas propuestas en particular reciclaba un repertorio bastante limitado de estrategias de regeneración, que entonces acababan de ser legitimadas. Los temas recurrentes eran inconfundibles y llevaban camino de convertirse en rutinas. Perdón por la reiteración, pero es lo que hay: la ciudad de Saugatuck propuso convertir en centro de artes una fábrica de pasteles abandonada; Flint's Uptown Reinvestment Corporation pidió financiación para transformar el antiguo edificio de un banco en un bloque de 16 viviendas tipo loft; el proyecto prioritario de la ciudad de Marquette era transformar un aparcamiento en una pista de hielo y espacio para representaciones; Detroit Jefferson East Business Association pidió al estado que subvencionara a clientes de negocios atractivos —de los sectores de la tecnología y el espectáculo— de un complejo de uso-mixto con 28 lofts, un estudio de TV, una heladería, «un bar elegante, una galería de arte […] y una cafetería que serviría también para educación y producción musical»; la rehabilitación de un paseo a orillas del río era la propuesta principal de la ciudad de Alpena; Grand Rapids propuso paisajes urbanos e instalaciones artísticas públicas en torno a un complejo de lofts de 35 unidades; la ciudad de Ypsilanti pidió ayuda para hacer

9 Michigan State Housing Development Authority (2004: 3).

más «intrigante» el barrio del casco histórico, sobre todo mediante la reconversión de un edificio de oficinas vacío en una galería comercial y el espacio restante en desahogo del contiguo Riverside Arts Center; la ciudad de Warren, de común acuerdo con General Motors Corporation, solicitó ayuda para construir una nueva plaza, parte de un plan presupuestado en 75 millones de dólares para la mejora del centro urbano, que contempla además 96 casas de piedra rojiza de nueva construcción y unas cuantas instalaciones públicas con el fin de «proporcionar el entorno necesario para ayudar a empresas como GM a atraer a los más talentosos profesionales jóvenes (a su Warren Technical Center)»; y prácticamente la única propuesta que no planteó ninguna peatonalización, la de la Southwest Detroit Business Association, pidió subvenciones para la renovación de un edificio histórico que albergara un centro turístico-cultural «del barrio que construyó el coche».[10]

Estos métodos de corte inmobiliario se han convertido cada vez más en la moneda corriente de la competitiva carrera a fin de atraer a trabajadores talentosos, si bien es cierto que otras ciudades se han centrado en «estrategias más blandas» para construir y mantener sus comunidades del talento. Por ejemplo, Creative TampaBay, establecida con posterioridad a la visita de Richard Florida a la ciudad en 2003, que cuenta con cinco firmantes del Manifiesto de Memphis, centra sus energías en eventos, actividades sociales y difusión de información, con «frecuentes salones de discusión y encuentros culturales». Aplicando otra estrategia muy generalizada, a los promotores culturales de la ciudad les suele gustar recargar las pilas culturales reuniéndose para caminar al caer la tarde. La página web de Creative TampaBay[11] mezcla la futurología yuppie con un trasfondo de promoción del emprendizaje urbano, de tal forma que junto a declaraciones universalistas del tipo «la creatividad reside en todo el mundo, en todas partes» y «construir una comunidad de ideas significa empoderar a todos cuantos tengan la capacidad de expresar y usar el genio de su propia creatividad» figuran sesudas revelaciones como la de que «una oleada demográfica está sacudiendo nuestra nación». Será «una fuerza decisiva en la configuración del destino económico de Tampa Bay, puesto que (cuando) las ciudades se inclinan paulatinamente hacia una economía basada en el conocimiento, el tipo de personas talentosas que cada una atrae determinará el triunfo o la derrota en la campaña por su futura prosperidad». En este caso, el acicate para la acción es el hecho aún más revelador de que Tampa Bay ha estado en el bando perdedor de la guerra interurbana por el talento. Su escaso atractivo para la población «joven y móvil» entre 25 y 34 años (Impresa y

10 Michigan Cool Cities Pilot Program, resúmenes de proyectos (www.michigan.gov/mshda, acceso 31 diciembre de 2004).

11 www.creativetampabay.com, acceso 21 enero de 2005.

Coletta & Company, 2004) la colocaba prácticamente al final de la clasificación de las 50 regiones metropolitanas. La inmediata constitución de Creative TampaBay, que no tardó en ser anfitriona de la primera «cumbre» de ciudades creativas en septiembre de 2004, es la respuesta a la constatación de ese déficit estratégico. Se define a sí misma como una «organización de base», pero cuenta también con el respaldo de diversas instituciones locales como la Greater Tampa Chamber of Commerce, Tampa Bay Partnership, Pinellas and Hillsborough Arts Council, Tampa Downtown Partnership, Tampa Bay Technology Forum y Florida High Tech Corridor. Los responsables municipales de la región han empezado a centrarse en la cuestión de cómo reproducir «San Francisco, Austin, Boston o la costa del golfo de Florida, pero con el sabor único de Tampa Bay» (Trigaux, 2003: 1E).

Sin embargo, los consultores contratados para investigar las esperanzas y ambiciones de los jóvenes y móviles creativos informaron de que a Tampa Bay le queda mucho camino por delante hasta cumplir ese objetivo. Aceptar sin más lo que digan los grupos de trabajo de jóvenes creativos y transmitir alegremente sus preferencias de estilo de vida se ha convertido en un hábito para esta variante de consultoría de la creatividad. Por ejemplo, lo peor del tambaleante sistema público de enseñanza no es simplemente que sea un problema de política general, sino que está produciendo un flujo insuficiente de «colegas de educación similar» hacia la clase en ascenso. Igualmente, se informó a los líderes creativos de la ciudad de que debían mejorarse las emisoras de radio y de que la insuficiente vida nocturna del centro era una «mierda» (Impresa y Coletta & Company, 2004: 17). Evidentemente, suministraron los posibles remedios a esta situación bajo la denominación de «Caja de herramientas para las ciudades», ilustrativa del tipo de nuevos productos de consultoría que se están lanzando al mercado (auténtico y doméstico) de las estrategias de creatividad:

- Configurar una «realidad atractiva» porque «las personas jóvenes se las saben todas a la hora de valorar las ciudades».
- Dejar claros los valores demostrando que la ciudad «acoge nuevos residentes y nuevas ideas».
- Mantenerse en contacto con antiguos residentes y ver la forma de «hacerles volver a su ciudad».
- Utilizar infiltrados para contactar con jóvenes.
- Encuestar regularmente a los jóvenes, también a los que han abandonado la ciudad.
- Elogiar a los jóvenes emprendedores y donantes locales.
- Dar a conocer a los jóvenes los planes de desarrollo.

- Promocionar la ciudad, «como mejor funciona el marketing de un lugar es cuando se basa en historias reales de gente dispuesta a hablar de su ciudad».
- Promocionar un estilo de vida joven, sobre todo una «activa vida nocturna» sin temor a que pueda echar «para atrás a las mamás preocupadas».

Impresa y Coletta & Company (2004: 64-65)

Por su parte Florida (2002: 294) también insiste en que «un entorno atractivo también debe formar parte del mix» de las ciudades contemporáneas. En algunos casos, seguir este consejo ha llevado a ciertas ciudades a poner en marcha campañas publicitarias como sustituto o complemento barato de políticas ortodoxas de regeneración urbana. Cincinnati Tomorrow, otro grupo inspirado en Florida, aun siendo también «de base» ha elaborado una estrategia centrada prácticamente en redefinir la deteriorada imagen de la ciudad, sobre la base de que los folletos publicitarios saquen menos «vistas generales» y más «fotos de las bulliciosas calles del centro». Además, aconseja que los barrios «adquieran identidades más marcadas», de manera que la «clase creativa pueda encontrar mejor la zona más acorde con sus intereses». En ese sentido el Plan ciudad creativa sugiere contar con consultores de marketing para colaborar en esta urgente tarea, junto con una nueva página web que ayude a empleadores y agentes inmobiliarios a «ubicar nuevos residentes que respondan al perfil general de la "clase creativa"» (Cincinnati Tomorrow, 2003: 8, 16). Dado que estos objetivos movilizan por igual la iniciativa pública y privada —que el Ayuntamiento está dispuesto a apoyar aunque no sea más que porque «nuestra imagen es una mierda» (citado en Trapp, 2003: 2)— se les recuerda también el alto listón de las exigencias de estilo de vida de los creativos: «Los miembros de la clase creativa buscan experiencias, no compromisos. Su apretada agenda y el contacto de refilón con la vida limitan su incorporación a organizaciones y la asunción de nuevas responsabilidades. En cambio, prefieren actividades […] donde puedan establecer vínculos fugaces, efímeros y sin ataduras» (Cincinnati Tomorrow, 2003: 15). Esta proposición figura junto a la imagen de un grupo de mujeres jóvenes y bien vestidas bebiendo.

Florida no ha dejado de expresar su preocupación porque «algunas ciudades han simplificado sus ideas»,[12] al tiempo que arremete contra las que «no consiguen plasmarlas» porque están «atrapadas por su pasado», víctimas de una especie de

12 National Public Radio, *Morning Edition*, 7 septiembre 2004. Véase también, como manifestación «autorizada» de superficialidad, el test de la ciudad creativa elaborado por Florida junto con *Fast Company*, donde se invita a los lectores a valorar si su «ciudad está a la vanguardia o en un rincón». Las preguntas de respuesta múltiple permiten que los lectores valoren sus ciudades en función de que gays e inmigrantes «destaquen entre nuestros responsables empresariales

«esclerosis institucional» que les impide ver el surgimiento de nuevas normas sociales y económicas, normas que para él caen por su propio peso (2002: 302-303). Según Florida la ciudad que mejor ejemplifica esta situación negativa es Pittsburgh: «Tiene una gran dificultad para abrir el espacio social en el que puedan reconocerse los miembros de la clase creativa, porque está atrapada en la cultura de una época ya pasada» (2002: 305). Como si quisiera demostrar su propia teoría, Florida, que había residido en Pittsburgh durante 17 años, se fue de allí no sin informar antes de su partida al diario local *Tribune-Newspaper* de que la ciudad necesitaba librarse del alcalde y del ambiente de «club de campo de los años cincuenta» (citado en Steigerwald, 2004). Su traslado a Washington DC supuso un claro ascenso, pasando del puesto 36º al 8º en el Índice de Creatividad.

El recuento de Florida

Uno de los objetivos básicos de *The Rise of the Creative Class* era enseñar a las «ciudades a actuar dentro del nuevo paradigma», bajo la forma de un manual «breve y contundente acerca de "cómo hacer" con todo un repertorio de estadísticas y ejemplos» (Cronheim, 2004: 934). El fundamento de este posicionamiento político es una pomposa afirmación teórica: «Con pocos estudios académicos o poca literatura que me sirviera de guía», cuenta Florida (2002: 223), verificó su teoría en entrevistas a pie de calle y en grupos focales,[13] sometiéndola a ulteriores análisis estadísticos antes de llegar a la conclusión definitiva de que «el crecimiento económico regional está impulsado por la elección de ciudad de las personas creativas —los poseedores del capital creativo—, que prefieren lugares diversos, tolerantes

y municipales» o de «procurar no levantar sospechas por conducir camionetas con la bandera americana»; también se pregunta si «proliferan los carriles-bici y los espacios peatonales» y si las «empresas locales han creado un fondo de apoyo al mundillo musical de base» o por el contrario la ciudad está infestada de «nuevos estadios, un centro de convenciones y una galería comercial en el centro con un Hard Rock Café». Además, el test se mofa amablemente, aunque quizás de un modo algo insensato, de la primera circunscripción electoral de Florida, «cuyos decididos partidarios del buen gobierno lanzan iniciativas para financiar incubadoras biotecnológicas y cafeterías con Internet y llenan los parques públicos de rocódromos». ¿Y qué hace la gente de las ciudades creativas con semejante test? «Según el alcalde, es para partirse de risa (y además) los periódicos se han hecho eco de nuestra alta puntuación». Disponible en: www.fast company.com/articles/2002/07/cityquiz.html, acceso 22 enero 2005.

13 Muchas afirmaciones de *The Rise of the Creative Class* se atribuyen vagamente a discusiones de grupos focales y «entrevistas» sin concretar. Esto irritó tanto a Peter Marcuse (2003) que se puso a contar las referencias a fuentes sin especificar y llegó a un total de 43.

y abiertos a las nuevas ideas». El fundamento de esta teoría, a saber, que el crecimiento urbano depende del lado de la oferta de un privilegiado grupo entendido como capital humano, encuentra cierto apoyo en la literatura económica urbana ortodoxa (véase Glaeser, 2000). Lo peculiar de la tesis de Florida es su pretensión de que los lugares bohemios funcionan como «imanes para el talento» con las consiguientes recetas de política urbana derivadas de esa afirmación.[14]

Si bien es cierto que Edward Glaeser reconoce que el capital humano (en términos generales) se ha convertido en el principal determinante del futuro de las ciudades, estuvo a punto de verse envuelto en una bronca por una cuestión de letras al insistir en que las fuerzas fundamentales en presencia no eran las tres Ts de Florida, sino las tres S de «habilidades, sol y expansión (*skills*, *sun*, *sprawl* en inglés)» (citado en Shea, 2004: D1): «A muchas personas creativas les gusta lo mismo que a muchas personas adineradas, grandes urbanizaciones periféricas bien comunicadas por carretera, calles seguras, buenos colegios e impuestos bajos» (Glaeser, 2004: 2). Glaeser compara sus análisis estadísticos con los de Florida y llega a la conclusión de que el crecimiento de la población urbana en EEUU en los años noventa se explica básicamente por las aportaciones de capital humano, en el que la influencia de un «efecto bohemio» independiente es escasa cuando no nula. Malanga (2004), un crítico conservador mucho más radical de la tesis de Florida, sostiene que las ciudades con mejores resultados en variables como el empleo y el crecimiento demográfico, o el ritmo de creación de empresas de fuerte crecimiento, no son las capitales creativas, como San Francisco a Nueva York, sino ciudades con impuestos bajos y que sirven de sede de empresas, como Las Vegas y Memphis, precisamente «ínfimas desde el punto de vista creativo».

Al demostrar, cuando menos, la facilidad con la que pueden manipularse las clasificaciones de ciudades, Malanga sugiere maliciosamente que Florida construyó sus mediciones para encumbrar a un grupo predeterminado de ciudades de orientación liberal, vinculadas al *boom* tecnológico de los años noventa. Al realizar la típica extrapolación, determinados rasgos de estas ciudades se presentan como causa y fundamento de la creatividad económica. Pero los argumentos no son claros. La innovación cultural a nivel de calle y el consumo ostentoso pueden ser

14 Florida tiene a su favor haber dirigido el argumento directamente contra los conservadores sociales, a través de artículos contra la derecha republicana en medios como *USA Today* así como publicaciones periféricas como *Washington Monthly* (Florida, 2003a; 2003b). De todas maneras, sigue siendo (muy) discutible si es más efectivo oponerse a las políticas sociales reaccionarias por su supuesta ineficiencia económica o por su contradicción con los derechos humanos o los principios progresistas.

tanto causa como consecuencia del crecimiento económico. Además las difusas relaciones entre el desarrollo económico y ciertos rasgos culturales pueden ser meramente contingentes o fácilmente puestas en entredicho por datos de signo opuesto. Es el caso de Las Vegas: ¿cómo se da un crecimiento tan alto con una cultura tan asquerosa? Los críticos de derechas se valen de este tipo de argumentos pero, en vez de centrarse en las extravagancias económicas, parecen más ofendidos por las políticas culturales liberales y las exhortaciones a la intervención pública visibles en las tesis de Florida:

> Sí, se pueden crear puestos de trabajo necesarios, generadores de ingresos, sin tener que adoptar las medidas inaceptables —menos gobierno, menos impuestos— tan del agrado de los empresarios de la economía antigua (sic), de los de camisa almidonada e insignias en la solapa. Puede pasarse por alto todo esto e ir directamente a la nueva economía, donde se está gestando ahora el futuro. Se puede atraer a los capitalistas de la clase creativa del señor Florida —coleta, vaqueros, rock y demás— por métodos liberales e intervencionistas: elogios de la diversidad, legislación social «progresista» y gasto público en espectáculos culturales. Dicho de otro modo, las ideas del señor Florida insuflan nueva vida al viejo argumento de que los impuestos, incentivos y las políticas de estímulo empresarial son menos importantes que la legislación social y los espectáculos subvencionados a la hora de atraer puestos de trabajo […] No sólo cree que recursos marginales, como una escena musical propia, pueden generar poder económico, sino que cree que las autoridades y responsables políticos como él mismo pueden producirlo artificialmente […] La preocupación por lo accesorio puede hacer que las ciudades sometidas al señor Florida pasen fácilmente por alto lo que verdaderamente quieren los vecinos.
>
> Malanga (2004: 40, 45).

Kotkin y Siegel (2004: 16) también critican en la revista *Blueprint* de los Nuevos Demócratas tanto el análisis como las conclusiones políticas de lo que tildan despectivamente como «locura creativa». Al igual que Malanga, sostienen que a raíz de la burbuja punto.com el crecimiento se ha ido desplazando a «lugares menos de moda pero más vivibles», como Riverside (California) y Rockland County (Nueva York). Según Kotkin (2003: 34, 33), estos lugares con «valores familiares» son los puntos focales de una economía basada todavía en las urbanizaciones periféricas, caracterizadas por rasgos tan poco de moda como las «viviendas unifamiliares, las iglesias, las antenas parabólicas y los centros comerciales» cuya suma constituye el tipo de «cultura atractiva para las familias corrientes». La ausencia

más notable es la población de «homosexuales, sofisticados y modernos» que ensalza Florida. Al fin y al cabo, si la geografía del crecimiento económico no guarda relación con la distribución espacial de la población, el argumento de Florida (basado más en la correlación que en la causalidad) queda desautorizado.

The Rise of the Creative Class también ha cosechado críticas por su relativo descuido del tema de las desigualdades dentro de la ciudad y de la pobreza de los trabajadores. De hecho, la formación de una amplia bolsa de trabajadores subempleados puede ser un efecto secundario inevitable del ansia de autorreconocimiento, la actividad frenética y los cafés de diseño de los creativos. Baris (2003: 44) observa que «el tono general del libro es inequívocamente elogioso» y que solo se menciona de pasada (y como moralina) la posibilidad de que pudieran surgir serios inconvenientes ante las estrategias de desregulación de la mano de obra y de flexibilización de los estilos de vida.

The Rise of the Creative Class ensalza y da carta de naturaleza a la economía de las subcontratas y a la ausencia de regulaciones mediante un discurso que no atiende más que a las libertades que genera y los estilos de vida que facilita para la clase creativa. Florida se muestra propenso a deleitarse con las libertades juveniles de unos lugares informales e idealizados de trabajo en una economía flexibilizada,[15] haciendo prácticamente abstracción de la división del trabajo en la que se inscriben esas prácticas de empleo. No se tiene mucho en cuenta a quienes se hallan en los aledaños del «denso mercado laboral», más que para apuntar la vana esperanza de que algún día también podrán acceder a la nueva clase superior, presumiblemente fruto de una intensa voluntad creativa.[16]

---

15 «Pittsburgh y Detroit seguían atrapadas en el dilema entre la ética protestante y la ética bohemia y la gente decía: "¡No os divirtáis!" o "¿Qué es eso de tocar en una banda de rock? Córtate el pelo y ponte a trabajar, hijo mío. Eso es lo importante". En cambio en Austin decían: "No, no, no, tú eres un creativo. ¿Quieres tocar en una banda de rock por las noches y hacer de chófer a tiempo parcial durante el día? ¡Vamos! Y si el lunes te presentas a las 10 y con resaca o fumado, pues fantástico"». Citado en Dreher (2002: 6).

16 Baris (2003: 44) observa que la valoración positiva de Florida sobre la flexibilidad del mercado de trabajo es parcial —sólo se fija en las consecuencias para la creatividad, la eficiencia empresarial y el consumo de clase media—, sin prestar mucha atención a «los que van por libre a su pesar, trabajadores eventuales, incluso de un solo día, obligados por la flexibilización de las plantillas». De hecho, cuando Florida visitó Tampa Bay —que ostenta el dudoso título de ser el mercado laboral urbano más eventual de Estados Unidos (Theodore y Peck, 2002)—, «se metieron con él en una reunión privada […] en la sede de la agencia de empleo de Tampa Kforce Inc» (Trigaux, 2003: 2E). Siempre dispuesto a asociarse con los mensajes relativos a la flexibilidad del mercado laboral, el sector del trabajo temporal adoptó posteriormente a Florida como «uno de nuestros santos patronos» (Grantham y Ware, 2004).

> Desde luego, no hacen ninguna falta sindicatos, programas gubernamentales a gran escala ni instituciones promotoras de la creatividad que los apoyen, desde el momento en que el punto de vista sobre la meritocracia creativa es esencialmente libertario.
>
> Maliszewski (2004)

El credo de la creatividad sostiene, con ciertas evasivas, que todo el mundo es —al menos potencialmente— creativo y que «el gran desafío de nuestro tiempo es aprovechar y avivar el horno creativo interior de cada ser humano» (Florida, 2005a; véase también Shaw, 2003). Si hubiera algún modo, reflexiona Florida (2005a: 5), de incorporar a la economía creativa a los dos tercios de la sociedad actualmente atrapados en trabajos «entontecedores» dentro de las clases trabajadora y de servicios, todo el mundo podría participar de los frutos del Edén creativo. La verdad es que, como análisis de clases, no deja de ser curioso, puesto que no contempla divisiones de clase duraderas. Así pues, dejando sin respuesta la incómoda pregunta de quién va a lavar las camisas en este paraíso creativo, Florida exhorta a sus correligionarios creativos a enseñar el camino a otros, planteándolo poco menos que como un deber moral. Ahora bien, en última instancia parece que la solución reside en que las clases trabajadoras y de servicios tienen que encontrar por sí mismas la forma de ascender socialmente sin ayuda de nadie. En resumidas cuentas, todo el mundo es creativo, pero unos lo son más que otros, al igual que hay otros más que sencillamente «no llegan».

Dicho de otro modo, las personas creativas son los conductores y los dos tercios lumpen son meros pasajeros; la clase creativa genera crecimiento, el resto vive de las migajas. En la entrevista con *Salon,* Florida insiste en que el «núcleo supercreativo» de científicos, artistas y tecnólogos «es la fuerza motriz del crecimiento económico», del mismo modo que ha quedado patente que «lo que impulsa a una ciudad […] son los buenos sitios para vivir, barrios fabulosos, cafés magníficos, vida nocturna y locales de diversión»; y a renglón seguido, el imperativo moral:

> Hemos de asumir la responsabilidad de la sociedad que estamos impulsando. De lo contrario, las consecuencias sociales y políticas serán malas. La clase creativa debe mirar más allá de sí misma y ofrecer a los integrantes de la sociedad una perspectiva de la que todos puedan participar y beneficiarse (sic). Ese es el desafío de nuestra época.
>
> Dreher (2002: 8).

El recurso reiterado a las metáforas de tráfico en *The Rise of the Creative Class* no solo ofrece claras señales sobre quién conduce y dirige el tráfico, sino que implícitamente sugiere causalidad. Es decir, el crecimiento deriva de la creatividad, por lo tanto, son los creativos los protagonistas del crecimiento. Sólo hay crecimiento si vienen creativos y los creativos sólo vienen si obtienen lo que quieren. Y lo que quieren los creativos es tolerancia y apertura y, si las encuentran, vienen y con ellos viene el crecimiento. Sin embargo, no se concretan los mecanismos de causalidad (Marcuse, 2003). Antes al contrario, los argumentos de Florida se articulan más bien sobre la base de correlaciones sugerentes, por ejemplo, entre gays y crecimiento intensivo en tecnología. Sin embargo, en el texto «son prácticamente inexistentes los argumentos sobre la conexión» entre las diversas variables de apertura cultural y los «procesos reales de desarrollo económico regional» (Sawicki, 2003: 90).

Florida ha respondido de distintas formas a sus críticos. A algunos los ha ninguneado como meros «contestones que obstaculizan la energía creativa humana poniendo palos en la rueda y diciendo "no" a las nuevas ideas» (2004b: ii); a estos les ofrece respuestas improvisadas y en algunos casos ni siquiera se toma la molestia de citar a sus interlocutores (véase Florida, 2005a: 20-5). En cuanto a las críticas a sus clasificaciones, Florida ha respondido reorganizando sin más el rendimiento económico de las respectivas ciudades de diferentes maneras, con lo que ha vuelto a colocar a las mismas ciudades en los puestos de cabeza. La deducción evidente de las respuestas de Florida a los «contestones» es que los críticos de derechas están aquejados de una visión en túnel con un toque de nostalgia social, mientras que los de izquierdas pretenden restaurar un tiempo perdido, su nostalgia es económica. «Si los conservadores sociales no pueden atrasar el reloj moral, al tiempo en que todas las familias se parecían a los Cleavers, y la izquierda tampoco puede restaurar mágicamente un tiempo en el que el cuarenta o el cincuenta por ciento de la población activa llevaba mono en las fábricas [su conclusión sobre las posibilidades del programa es que] la economía creativa no va por ahí» (Florida, 2004b: vi).[17] O, de acuerdo con la pomposa cita de Victor Hugo en la página web de Creative Class: «Puedes resistir a un ejército invasor, pero no a una idea cuyo tiempo ha llegado».[18]

17 «Si se mira a los detractores de mi trabajo, a su origen, proceden de la derecha socialmente conservadora y de la extrema izquierda [...] Puedo aducir dos citas, una de la revista *Blueprint* del Democratic Leadership Council y otra del *City Journal* del conservador Manhattan Institute. Ambas son políticas. Y coinciden básicamente en decir: "No dejes salir al genio de la botella. No des rienda suelta a las personas creativas. Vamos a controlarlas, controlarlas, controlarlas. A bajarles los humos"». Citado en Steigerwald, 2004: 3. La tarea de «construir una [...] sociedad próspera y creativa», le dice poco convincente a Florida (2005b: 245), es un «asunto al margen de partidos e ideologías».

18 www.creativeclass.org/events.shtml, acceso 24 de enero de 2005.

En cuanto al argumento de que la creatividad y la desigualdad puedan ser interdependientes la una de la otra, Florida presenta cada vez más esta relación negativa como un acuciante desafío para la clase creativa, tanto desde el punto de vista analítico como político y, por supuesto, moral, sobre todo desde que sus propias investigaciones posteriores han confirmado el nexo entre creatividad y polarización (Catalytix y Richard Florida Creativity Group, 2003,b), que en *The Rising of the Creative Class* sólo se mencionaba de pasada. A Florida le quedan unos cuantos interrogantes por responder, una vez que ha reconocido que los creativos con dinero se apoyan, y que incluso a veces prefieren mezclarse con los creativos sin dinero, y que esta «gran división funcional del trabajo humano da lugar al grueso de las diferencias salariales y amenaza la competitividad nacional» (Florida, 2003c: 30). Después de elogiar a la clase superior por sus conquistas, atribuir su privilegiada posición a un talento intrínseco y defender subvenciones cada vez mayores para este grupo de élite, los argumentos de Florida reducen a los dos tercios de no creativos a un cero a la izquierda, definidos especialmente por sus carencias creativas. En los textos de Florida figuran algunos miembros de la mayoritaria clase inferior —normalmente sirven mesas o cortan el pelo—, pero la mayoría están ausentes. Quienes no dependen de la clase creativa parecen ser poco más que un peso muerto desde el punto de vista del crecimiento y el desarrollo económicos. De todas formas, hay que hacer «algo» al respecto, aunque no sea más que por la amenaza en ciernes de «desorden social» (Florida, 2003c: 31) o por estimular este vivero desaprovechado de posibilidades de creatividad.

La clase creativa, en tanto se ha convertido en el factor preponderante de producción, motivada por recompensas extrínsecas y por la «búsqueda de la felicidad», está reproduciéndose en enclaves de ideas afines (véase Bishop y Florida, 2003),[19] sin prestar mayor atención a problemas sociales más amplios, a la sociedad en general. Actualmente las capitales creativas son más desiguales que el resto de Estados Unidos, dato incómodo que anteriormente sólo se aceptaba como reconocimiento a regañadientes de la «diversidad» urbana. De acuerdo con la sociología barata de la clase creativa, la apertura a la diversidad cultural quizá sea más una elección de estilo de vida que una opción política; eso explicaría por qué puede coexistir con la aparente indiferencia a las desigualdades sociales. Nuestro viajero compañero Charles Shaw (2003: 5, 7) escribe que los creativos parecen mostrar poco interés por trabajar en el sector público y tampoco son muy

19 Estos procesos de «coagulación social» están contribuyendo, cuando no «impulsando» el proceso de polarización de la geografía política en Estados Unidos, ya que las personas móviles se trasladan a determinadas ciudades cada vez más por razones culturales, para estar entre los suyos, que por la simple búsqueda de puestos de trabajo (Bishop y Florida, 2003: B5).

«dados a la solidaridad», «no les importan mucho las noticias ni la política y desdeñan particularmente todo aquello en lo que no participan directamente». Los creativos son «duros de roer» a la hora de pagar más impuestos, advierte Florida (2003c: 31), ya que «a los trabajadores creativos acomodados, que suelen enviar a sus hijos a colegios privados o públicos de élite, hay que convencerles de que paguen más impuestos para la educación de niños que no son los suyos». La cuestión está en convencer a este grupo de individualistas feroces de que dejen de mirarse el ombligo y sean menos egoístas, si bien la palanca más importante que tienen Florida y sus seguidores es la exhortación moral. Algo que puede ser desoído, claro está. Como observa Shaw (2003: 6), la política de la clase creativa parte de su autoimagen como una ingobernable tribu de consultores independientes: «El *élan* vital de la clase creativa es "acéptame como soy" y facilita el uso de mis singulares habilidades, pero no esperes que adopte una cultura empresarial que me exija cambiar lo que soy».

Los intentos más serios de incorporar la inclusión social y los objetivos contra la pobreza en el guión básico de las ciudades creativas, por ejemplo, en los debates canadiense y británico (véase Cannon *et al.*, 2003; Bradford, 2004b), prestan una atención insuficiente al engarce e inserción del susodicho guión en la *realpolitik* de la desigualdad urbana. Las clases inferiores menos creativas tienen únicamente una pequeña parte en este guión. Desempeñan un papel secundario y contingente, desde el punto de vista económico, en comparación con los actos decisivos y determinantes de la creatividad. Sus necesidades y aspiraciones se representan de hecho como algo mal orientado y anacrónico, de modo que su única salvación es ser más creativos. Además, la política libertaria que impregna la tesis de la creatividad no aporta más que soluciones voluntaristas y normalmente moralizantes, al menos en relación con las clases inferiores, consideradas como siervos de la clase creativa o habitantes varados en ciudades «sin esperanza». En realidad, se trata de una receta para la distribución creativa (de mercado), no para la redistribución social, totalmente compatible con una política fiscal laxa y orientada al mercado. Por ejemplo, Dublín es elogiada por ofrecer «exenciones fiscales a personas culturalmente creativas» como los integrantes de U2, Liam Neeson o Andrew Lloyd Webber (Florida, 2002: 301).

Florida se muestra escéptico ante las soluciones intervencionistas y preconiza una especie de goteo creativo en el que las clases subalternas formadas por no creativos acaben por aprender lo que ya ha averiguado la clase superior: «Que no hay grandes empresas ni instituciones que cuiden de nosotros, que estamos verdaderamente solos» (2002: 115). Por supuesto, se trata del típico señuelo

neoliberal: presentar la inseguridad como la nueva libertad.[20] En este sentido, es una noticia aparentemente tranquilizadora que las oleadas de despidos durante la recesión económica de EEUU en el quicio del milenio no hayan dado lugar al «menor piquete, manifestación ni gesto por parte de los políticos». Esto revela la verdad incontestable de que la actual clase dominante de los creativos está conforme con la flexibilización del mercado laboral: «Sencillamente lo aceptamos como dato de la realidad y seguimos con nuestra ajetreada vida» (2002: 115). Una vez que los trabajadores por cuenta ajena y los pobres sin cualificación lleguen a participar plenamente de esta revelación, liberándose de la mentalidad asistencial, podrán pasar a formar parte de la clase creativa. Florida (2003c: 28-29) sostiene que por mucho que «el salario siga siendo esencial para vivir», lo que los pobres quieren verdaderamente no es tanto «la oportunidad de enriquecerse» como la de «obtener las recompensas inherentes a su trabajo», igual que los creativos. Explica así su política:

> Coincido con algunos republicanos y libertarios en la idea de que los programas de gobierno al viejo estilo se han convertido en un enorme impedimento para alumbrar la era creativa y permitir que emerja. Eso no impide que el gobierno siga teniendo cierto papel a la hora de establecer los parámetros en que se mueven las actuaciones basadas en el mercado […] Si me preguntaran cuáles son los problemas del sistema imperante, diría que su orientación hacia las instituciones políticas a gran escala y a las grandes empresas, en vez de orientarse hacia los emprendedores, las pequeñas empresas y la energía individual. Tenemos que sustituir los programas gubernamentales a gran escala por esfuerzos orientados hacia la comunidad.
>
> Steigerwald (2004: 2).

Florida ruega a los creativos que «crezcan» (2002: 315), mientras sus críticos se irritan porque el discurso de la creatividad rehuye sin más muchas de las preocupaciones de la política de crecimiento, los desafíos difíciles y las cuestiones de la distribución. Por la derecha, Malanga (2004: 40) califica esta forma de hedonismo liberal como «el equivalente de una dieta de come-lo-que-quieras-y-pierde-peso», lo cual elude los imperativos más acuciantes, la rebaja de impuestos y los recortes de personal de la administración. Las palabras de Kotkin y Siegel (2004: 17) ante el público de los Nuevos Demócratas resultan muy esclarecedoras acerca de

20 «El antiguo contrato de trabajo estaba orientado al grupo y a garantizar la seguridad en el puesto de trabajo. El nuevo es según la medida de las necesidades y deseos de las persona» (Florida, 2002: 135).

dónde reside el centro de gravedad del debate político norteamericano, cuando se quejan de que el *Manifiesto de Memphis* es «una estrategia urbana para un universo sin fricciones. No habla del gobierno, ni de política, ni de intereses de grupo. No se reconocen los problemas derivados de regulaciones trasnochadas, el gasto público disparado o los impuestos altos». Sin embargo, para Florida este entorno urbano neoliberalizado es, de hecho, el telón de fondo. En realidad, él aboga por un liberalismo urbano de nuevo cuño, dentro de un contexto reestructurado, y algunas de las reacciones a su tesis se refieren tanto a lo primero como a lo otro.

El muy apropiado y totalmente comprensible escepticismo de Florida sobre el valor del desarrollo económico urbano de la vieja escuela —basado en las subvenciones a las empresas, centros de convenciones, estadios deportivos y centros comerciales—, ha dado lugar a un repunte cultural ortodoxo en el sentido de rechazar su enfoque elitista: sus críticos aducen que lo que de verdad quieren las clases medias es vivir tranquilas en urbanizaciones periféricas seguras y asequibles (Kotkin, 2003; Malanga, 2004). Además, los conservadores en materia fiscal, tanto de centro-izquierda como de derecha, ridiculizan las propuestas relativamente modestas de fomentar ecosistemas creativos, el tipo de subvenciones a pequeña escala al arte, el apoyo a las actividades culturales de base, estrategias de creatividad comunitaria. Los republicanos las critican ferozmente como «un tipo de desarrollo económico agresivo y dirigido por el gobierno (con un toque *new age*)» (Malanga, 2004: 45). Esta exagerada respuesta encuentra eco también en el centro-izquierda, donde Florida ha sido acusado de ofrecer la falsa promesa de una vía para sortear los impedimentos urbanos que de verdad ahuyentan a los negocios: «Colegios que no logran mejorar pese a las continuas inyecciones de dinero, políticas controvertidas de zonificación y regulación, sindicatos políticamente hiperactivos en el sector público, así como grupos autoritarios de interés que hacen las inversiones en las ciudades, algo que la mayoría de los emprendedores evita deliberadamente» (Kotkin y Siegel, 2004: 16).

Semejantes exageraciones permiten a Florida posicionarse fuera de la corriente neoliberal general y por encima de la gresca política, si bien desdicen que el credo creativo se aparte, aunque sea ligeramente, de los modelos neoliberales de desarrollo. Florida se define como fiscalmente conservador y socialmente liberal (véase Steigerwald, 2004), pero en última instancia sus propuestas consisten en la petición de una agencia de base con conciencia comunitaria entre una clase privilegiada de creativos, con un modesto apoyo del sector público a determinadas formas culturales de gentrificación y consumo. No existe desafío alguno al «orden» de la flexibilidad impuesta por el mercado (véase DeFazio, 2002; Lehmann, 2003);

en realidad, este entorno se presenta como el hábitat natural de la clase creativa. Florida no está pidiendo un cheque en blanco para nuevos programas gubernamentales y concesiones importantes a las clases inferiores no creativas, ni siquiera para un cambio normativo. Sus llamamientos al empoderamiento creativo adoptan formas relativamente menos traumáticas: remodelación de fachadas mientras se financian alegremente los procesos de gentrificación. Esto, como señalan con justicia los críticos, es política urbana capuccino, con mucha espuma.

En este sentido, tal vez las ideas de Florida hayan llegado tan lejos no por revolucionarias, sino por modestas. Curiosamente Kotkin y Siegel (2004: 17) lo reconocen cuando afirman que «alcaldes, corporaciones municipales y organismos de desarrollo urbano parecen dispuestos a adoptar cualquier idea de reforma que alimente la esperanza sin afectar a los intereses creados que se oponen a las reformas reales». Los «intereses creados» a los que aluden Kotkin y Siegel comprenden los sindicatos del sector público, las grandes burocracias y los grupos de defensa de lo público, enemigos comunes de la mayoría de los neoliberales y muchos partidarios de la tercera vía, pero los mucho más potentes intereses creados de la comunidad empresarial y la generalidad de los políticos municipales no están menos inclinados, en la práctica, a este placebo urbano barato y favorable al mercado. Lo que está claro es que las ideas de Florida no se extenderían por la América urbana (Malanga, 2004: 36) si fueran en contra de estos últimos. La verdad es que los intereses creados tienen poco que temer del consumo urbano ostentoso, las estrategias de atracción de trabajadores-clave y la gentrificación-con-arte-público.

Hacer segura la ciudad para la clase creativa presenta pocos inconvenientes para cualquier alcalde; una estrategia de creatividad puede transformarse muy fácilmente en políticas de desarrollo urbano orientadas al mismo negocio de siempre. ¿Por qué no, como preguntaba el alcalde Bloomberg de Nueva York, hacer que los artistas asuman la tarea de transformar las «comunidades deprimidas» (citado en *Next American City*, 2004: 20) en vez de incordiar a las autoridades elegidas con esta engorrosa y algo intratable tarea? ¿Qué problema hay en la estrategia de creatividad de Cincinnati, que aúna la autoorganización y la autoayuda en la incipiente comunidad creativa, con el único apoyo a una estrategia barata de cambio de imagen y esfuerzos modestos como editar guías de vida nocturna y ayudar a los jóvenes creativos que quieren intentar experiencias gastronómicas arriesgadas (Cincinnati Tomorrow, 2003: 39)? La realidad es que los responsables municipales, desde San Diego a Baltimore y desde Toronto a Albuquerque, están adoptando estrategias de creatividad no como alternativa a las vigentes estrategias de desarrollo orientadas al mercado, el consumo y la propiedad, sino como complementos baratos que

producen sensación de bienestar. Los planes de creatividad no interfieren con los métodos tradicionales de los emprendedores urbanos y el marketing de la marca ciudad orientado al consumo, sino que los amplían. Así lo reconoce Florida (2004b: ii, v), quizás implícitamente, cuando, en respuesta a los ataques interesados de sus críticos, señala que él trabaja con «responsables municipales de ambos lados del espectro en materia de desarrollo económico». Comentaba con satisfacción que «digan lo que digan los expertos sobre nuestros hallazgos, los responsables empresariales y municipales los han ido adoptando en una ciudad tras otra».

Una política municipal expeditiva

Hace más de quince años, David Harvey (1989) llamó la atención sobre el incremento de las estrategias urbanas «emprendedoras», señalando los rasgos emergentes en el ámbito de la política urbana que desde entonces, a todos los efectos y propósitos, se han normalizado. Al exponer las respuestas a la desindustrialización de las ciudades en la década de 1980, en la que el retroceso acelerado de la economía fordista se vio agravado por una reducción de la capacidad fiscal municipal y un giro político en contra del gasto redistributivo y los programas sociales, Harvey describió el incremento de la competitividad interurbana como una fuerza controladora y coercitiva. Frente a un repertorio enormemente limitado de opciones políticamente viables, las ciudades se lanzaron a una inútil competencia interna en busca de inversiones inmobiliarias públicas y privadas, facilitando inadvertidamente (en realidad, subvencionando) las mismas formas de circulación de capital y competición por las ganancias que estaban en el origen de los problemas. En aquel clima competitivo de «empobrecer al vecino», las ciudades aplicaron un limitado abanico de estrategias de oferta y publicidad, que fueron reproducidas en serie e imitadas en la lucha por la inversión inmobiliaria, el empleo y el gasto discrecional. Nada de eso, por supuesto, acrecentó la suma total de inversión disponible, aunque sin duda contribuyó a acrecentar su tasa de circulación.

Recordemos, sin embargo, que en la década de 1980 el imperativo era no sólo atraer empleos y empresas inmobiliarias, que en ambos casos eran escasos, sino reposicionar a las ciudades dentro del mapa espacial del *consumo.* «Por encima de todo —explicaba Harvey (1989: 9)— la ciudad tiene que parecer un lugar innovador, emocionante, creativo y seguro para vivir o visitar, para disfrutar y consumir en ella». Los festivales, espectáculos y exposiciones, eventos culturales y artísticos

se identificaban cada vez más como «símbolos de [una] comunidad dinámica». Entre los síntomas de la intensificación de la competitividad urbana se contaban también la producción en exceso de ciertas formas urbanas, dando lugar a su devaluación, a la vez que —al estilo de la rueda del hámster— a una conducta competitiva, aún más agresiva, frenética y en última instancia inútil. En cuanto al patrimonio construido de las ciudades, estos movimientos vinieron asociados al abandono de la planificación global a favor del desarrollo selectivo y parcial de «fragmentos urbanos», en particular aquellos con algún tipo de mercado potencial, generalmente con la ayuda de la gentrificación y el maquillaje de la imagen:

> [El] espacio urbano está abierto a la exhibición, la moda y «la presentación de uno mismo», en un entorno de espectáculo y juego. Si todo el mundo, tanto punks, raperos o «yuppies» como la alta burguesía, puede participar en la creación de una imagen urbana a través de la creación del espacio social, entonces todos podemos sentir al menos cierto sentido de pertenencia a ese lugar.
>
> Harvey (1989: 14).

Partiendo de unos orígenes tan poco alentadores, no hay más que un pequeño salto a uno de los epicentros creativos de Florida, donde los miembros de la clase creativa satisfacen hoy su «búsqueda apasionada de experiencia» y consumo expresivo entre el latido de «la cultura indígena a nivel de calle: una mezcla rebosante de cafés, músicos ambulantes y pequeñas galerías y bistrós, donde es difícil trazar la línea divisoria entre actor y espectador o entre la creatividad y sus creadores» (Florida, 2002: 166). No es simplemente una cuestión de aprender a vivir en las ciudades gentrificadas, ni tampoco de adaptarse sin más al proceso; se trata de ir varios pasos más allá para afirmar la naturaleza netamente *productiva* de la gentrificación creativa dentro de lo que Florida llama la «economía Eminem». Rapear, afirma él, es un acto creativo, y si bien no sería prudente sugerir que un gran número de jóvenes puedan ganarse la vida rapeando, «conceptualmente no va desencaminado», ya que los desafíos de aprovechar el talento «son un buen punto de partida para un debate serio sobre cómo mantener la salud de nuestra economía» (Florida, 2003c: 29).[21] La idea de Florida del «*New Deal* de la era creativa» resulta una piadosa llamada a la «inversión» en la creatividad de todos, no sólo del empresario de alta tecnología, sino también del

21 Puede verse un homenaje hip hop rayano en la parodia en el sitio web de Creative Class: «El auge de la clase creativa / treinta y ocho millones y yendo para arriba / construir comunidad a toda pastilla / porque corre el dinero que es una maravilla…». Citado en Gibson y Klocker, 2004: 430.

aspirante a poeta hip-hop de un barrio desfavorecido. Esta filosofía no resiste la comparación con el anterior *New Deal*, en que el desafío de la sociedad era mejorar la vida de *todos* en ese barrio desfavorecido, no buscar a un individuo y tocarle (sic) con la varita mágica del emprendedor, haciéndole rápida e inmensamente rico» (Maliszewski, 2004: 78-9).

Sin embargo, la moral de la era creativa está en contra de la ayuda social; se trata de cuidar y recompensar la creatividad, no de compensar a los creativos pobres. Lo difícil para los nuevos responsables municipales es que si bien pueden, y deben, hacer lo que esté en su mano para cultivar la creatividad, no hay modo de saber dónde prenderá la chispa creativa. Como Florida advierte: «No podemos saber con antelación quiénes serán los próximos Andy Warhol, Billy Holiday, Paul Allen o Jimi Hendrix ni de dónde saldrán» (2005a: 5). Sin embargo, lo que parece del todo seguro es que estos supercreativos aún no nacidos querrán desde luego vivir en Austin (Texas) o en algún lugar por el estilo. Y es probable que quieran ir por la ciudad en bicicleta de montaña. El deber de los responsables municipales, entre tanto, es garantizar que una red de carriles-bici conecte los barrios originales con los auténticos distritos de entretenimiento, de modo que los creativos se sientan «bienvenidos». Es otra variante de los cultos *cargo* de Papúa Nueva Guinea, cuando se hacían pistas de aterrizaje en la selva con la vana esperanza de atraer hacia la tierra a algún avión de paso.

Los cultos *cargo* creativos de hoy son, por consiguiente, poco más que reediciones de estrategias locales bastante manidas. Las estrategias de creatividad urbana facilitan y extienden las formas de gentrificación de tercera generación en las que el Estado (el municipio) asume un papel cada vez más activo en la «(re)conquista de la ciudad para las clases medias» (Smith, 2002: 443). Además, los discursos sobre la competitividad creativa sirven para embarcar a las ciudades en formas de más largo alcance de mercantilización cultural y de promoción local con ribetes artísticos, dirigidas a un nuevo público. Los pioneros de algunas de las primeras batallas del espíritu emprendedor urbano, como Baltimore, descubrieron muy pronto que el atractivo de «innovaciones» como los planes de reurbanización de los muelles o los complejos turísticos de compras pueden perder fuerza en seguida (véase Levine, 1987; Harvey, 1989). La lógica inherente a estas inversiones consistía en que las ciudades no pueden permanecer inmóviles, sino que siempre tienen que estar a la caza de un gran proyecto. No sorprende, por lo tanto, que veamos a la ciudad de Baltimore desnudando su propia estrategia para la era Florida, denominada sin mucha creatividad *Creativity Baltimore.*

En Baltimore, donde los responsables municipales bromean sobre lo afortunados que serían si tuvieran el problema de la gentrificación,[22] puede que el campo en el que desplegar una regeneración urbana impulsada por la creatividad sea limitado, aunque los costes de intentarlo no son especialmente altos. Al alcalde O'Malley, que aporta su granito de arena, al frente de una banda de rock celta en sus noches libres, le va a costar terminar su trabajo a tiempo —entre otras cosas, trata de reducir la tasa de homicidios, al tiempo que se enfrenta con una epidemia de SIDA racial local—, pero incluso ante una prolongada crisis presupuestaria, ha encontrado algunos fondos adicionales para desarrollar una estrategia creativa. El plan del alcalde contemplaba el relanzamiento creativo de una larga lista de programas ya existentes (City of Baltimore, 2004a), complementada con una serie bastante más corta de «nuevas ideas», que incluían, además de los obligados carriles-bici, un programa de tutoría para aspirantes a creativos; ampliar el horario de venta de bebidas alcohólicas hasta las 4 de la mañana; limpiar Howard Park de traficantes y vagabundos, y hacerlo seguro para los paseantes con perros; crear un programa de artistas callejeros; convertir los edificios industriales abandonados en estudios de arte y espacios de vida y trabajo; hacer de la ciudad entera un festival de música y manifestaciones de arte; dedicar locales creativos a Frank Zappa o Billie Holiday; instaurar un torneo de bolos *duckpin*, donde los rivales del equipo del alcalde procederían de las comunidades empresariales y culturales; dar la bienvenida a los recién llegados a la ciudad con un entretenido «evento de networking», incluido un espacio de tres minutos con el propio alcalde; colocar mesas de ajedrez frente al Ayuntamiento; promover eventos poco convencionales y fuera de lo común, exclusivos de Baltimore, como el American Dime Museum, John Waters y Edgar Allan Poe y la Noche de los 100 Elvis; ofrecer «remuneración por estancia» a los estudiantes universitarios inclinados a la creatividad; superar las «aprensiones» residuales que al parecer responden a la «intolerancia encubierta» de algunos barrios en torno a la idea de una estrategia para atraer a los gays; y esto, entre otras cosas, porque Florida no se anda con rodeos en su advertencia al alcalde (City of Baltimore, 2004b). Por si acaso pudieran extraviarse inadvertidamente creativos en los barrios equivocados, posiblemente al tropezar con el tipo de diversión equivocada, el plan de Baltimore también propone un servicio de lanzadera para el desplazamiento seguro entre atracciones culturales. Por su parte, el alcalde O'Malley parece haber asimilado por completo el guión de las ciudades creativas:

22 Tom Wilcox, Presidente de Baltimore Community Foundation, citado en *Next American City* (2004: 21).

> El economista Richard Florida, autor de *The Rise of the Creative Class,* estuvo con nosotros en el salón municipal de arte de este año. Su tesis principal es que ahora la economía de nuestro país está alimentada por una clase creativa en aumento, una clase diversa y en expansión de estadounidenses cuya vida económica y social no está determinada por los empresarios sino por el lugar, las ciudades […] Ciudades que son diferentes, ciudades que cuidan la creatividad, ciudades que están vivas culturalmente y ciudades que preservan su historia, ciudades que prosperan: porque crean una mayor calidad de vida […] crean nuevos negocios, crean vecindarios vivos, conservan y atraen a miembros de esa clase creativa en crecimiento […] Hacemos acogedora nuestra ciudad, no con estadios o subvencionando la relocalización de empresas procedentes de otras ciudades, sino haciendo grandes parques y barrios peatonales, edificios auténticos, galerías y clubes musicales, restaurantes, tiendas y respetando de verdad la preciada diversidad.[23]

Las estrategias creativas, aun cuando también se han convertido inmediatamente en un lugar común, en muchos casos resultan particularmente apropiadas para ciudades emprendedoras tardías como Baltimore, ciudades que ya han probado de todo, incluido, por supuesto, la construcción de estadios y la oferta de incentivos a las grandes empresas. Hoy las esperanzas están puestas en «un discurso cada vez más estandarizado de desarrollo económico urbano impulsado por la creatividad» (Gibson y Klocker, 2004: 431), que sin embargo reorganiza los índices, los lugares y las proporciones de la competitividad urbana en torno a los individuos creativos y los hábitat de sus barrios preferidos.

En lugar de «civilizar» el desarrollo económico urbano «aportando cultura», las estrategias de creatividad hacen lo contrario: mercantilizan las artes y los recursos culturales, incluso la misma tolerancia social, agregándolos como supuestos activos económicos a regímenes de competitividad urbana en pleno desarrollo. Ganan para este redoblado esfuerzo competitivo algunos recursos sin explotar; incorporan a dicho esfuerzo actores antes marginados, lo que permite la formación de nuevas estructuras de gobierno y canales de política local; constituyen nuevos objetos de gobierno y nuevos índices de competitividad interurbana; y permiten que el guión de la competitividad urbana se interprete —casi literalmente— de un modo novedoso y a menudo llamativo. Y todo ello lo hacen dentro del marco de un conjunto heredado de nuevas «realidades» urbanas, que

23 Alcalde Martin O'Malley, *Discurso sobre el estado de la ciudad*, Baltimore (Maryland), 2 de febrero de 2004. Disponible en: www.baltimorecity.gov/mayor/speeches/sp040202.html, acceso 6 de enero de 2005.

contextualizan, canalizan y limitan las políticas urbanas «creativas», incluyendo los objetos materiales y sociales de la gentrificación, como un proceso desigual, por definición, de revalorización simbólica y financiera; una tendencia a generar modos de gobierno municipal «suaves», flexibles y orientados a tareas determinadas, organizados en torno a proyectos concretos a corto plazo —como concursos de financiación o planes de desarrollo—, en lugar de a metas progresistas y programáticas —como la disminución de la pobreza o la sostenibilidad del medio ambiente—. Y todo ello en un ambiente sustancialmente neoliberal de política urbana, dentro del cual una variada gama de métricas, técnicas y normas competitivas y orientadas al mercado desplazan a los sistemas urbanos keynesianos, como la planificación integral, los métodos burocráticos, los enfoques basados en las necesidades y la redistribución socio-espacial. A corto plazo al menos y de acuerdo con este discurso, los actores privilegiados de esta etapa no son los miembros —distraídos y ensimismados— de la clase creativa, dado que estos son a los que hay que cuidar, sino los «líderes regionales» con visión y voluntad de adoptar «medidas agresivas» (Florida, 2005a: 151-2).

Las estrategias de la ciudad creativa están basadas en el ámbito neoliberal para el que han sido diseñadas. Al presentar de forma diferente los objetos de la cultura urbana como activos competitivos, los valoran (literalmente) no por sí mismos, sino por su (supuesta) utilidad económica. Para su puesta en práctica, cuentan y trabajan con la gentrificación, concebida como un proceso urbano positivo, al tiempo que elevan a la categoría de norma general resultados selectivos y variables obtenidos en un barrio o en otro totalmente distinto. De acuerdo con este argumento viciado de raíz, se propone que estas estrategias favorables a la gentrificación no se evalúen según indicadores manidos como la creación de empleo o la disminución de la pobreza, sino según otros más relevantes como ¡el aumento del precio de la vivienda! Así a Robert Sirota, un defensor del plan *Creative Baltimore*, le entusiasma que muchas de las viviendas de nueva construcción del centro de la ciudad «están arrendadas con rentas más elevadas de lo previsto a lo que podríamos considerar sujetos de la clase creativa» (citado en *Next American City*, 2004: 20). El propio Florida considera que podía haber necesidad de desarrollar medidas alternativas de crecimiento económico, como «los precios de la vivienda [en tanto estos] indican cómo el mercado refleja el "atractivo" de los diferentes lugares —la demanda real de un lugar plaza, en otras palabras—» (2004a: 5). Por si el argumento no estuviera ya bastante viciado, cada vez es más común que las ciudades evalúen la efectividad de sus estrategias de creatividad de acuerdo con sus cambios de posición en las clasificaciones de Florida (Duxbury, 2004).

El guión y las prácticas incipientes de creatividad urbana se adaptan, así, particularmente bien al panorama urbano neoliberal del emprendizaje. Proporcionan una herramienta para intensificar y subvencionar públicamente sistemas de consumo urbano para una clase circulante de burgueses, cuya *falta* de compromiso con el lugar y cuyos débiles lazos con la comunidad se celebran de forma perversa. Haciéndose eco de la necesidad supuestamente urgente de la clase creativa de «validar» sus identidades y estilos de vida, se proyecta un proceso de validación pública para favorecer formas de consumo y privilegio de una determinada clase de consumidores. De hecho, satisfacer formas selectivas de consumo de élite e interacción social se ha elevado al estatus de objetivo de las políticas públicas de acuerdo con el guión de las ciudades creativas. «El reto que tenemos delante —reitera, por ejemplo, Cincinnati Tomorrow (2003:15)— es ayudar a que los jóvenes creativos refuercen sus lazos entre sí y conecten con los eventos, lugares y experiencias que se les antojen».

Por otra parte, y de una forma no menos significativa, la noción de ciudades creativas amplía al ámbito urbano los principios y prácticas de la autonomía creativa y flexible, que tan sólidamente articulados estaban en las ideologías empresariales libertarias de la década de 1990 (ver Frank, 2000; Thrift, 2001), y esto por muchas distinciones que los defensores de la creatividad establezcan ritualmente con sus predecesores de la nueva economía. Tal y como Lehmann (2004; 163-4) señala, «los valores esenciales que Florida esgrime, como la llave del "espíritu creativo" — individualidad, meritocracia, diversidad y apertura— son todos, por el momento, consignas de primera línea de la economía de las grandes empresas que, según él, está siendo desplazada por los innovadores de alta tecnología en los lugares de trabajo informal y en los barrios vanguardistas». Los discursos de la creatividad urbana tratan de normalizar las condiciones de flexibilidad del mercado laboral, exaltando a una clase de trabajadores capaces no sólo de hacerle frente, sino incluso de pasárselo bien en un entorno de constante inseguridad e intensa y atomizada competitividad, así como de imponer un modo creativo de gobernar basado en el «individualismo forzoso, la "innovación" forzosa, la performatividad y la productividad forzosas, así como la valoración forzosa de lo supuestamente nuevo» (Osborne, 2003: 507). Lo que, en parte, se ha logrado mediante una sugestiva movilización de la creatividad como fenómeno popular, claramente positivo, difuso pero atrayente: al igual que el medio prima la flexibilidad, la creatividad desarma por anticipado a críticos y opositores; resistirse a ella moviliza implícitamente a sus opuestos: rigidez, filisteísmo, estrechez de miras, intolerancia, insensibilidad, conservadurismo, frustración.

El guión de la creatividad también permite una adaptación sutil de la política de escala de la era post keynesiana. Cuando se reflexiona sobre la forma en la que la obra de Florida está siendo *interpretada* por los responsables municipales, parece que hay una predisposición a aceptar los pasos más controvertidos de esta tesis —que la creatividad es la causa fundamental del crecimiento y que eso se ve confirmado por la clase móvil de los trabajadores de élite— para ir directamente a la cuestión de cómo atraer a los creativos a la ciudad. Las ciudades que crezcan serán aquellas en las que haya gente interesante y gente interesante solo habrá en las ciudades interesantes. Pero ¿cómo se hace una ciudad interesante? La gobernadora de Michigan, Granholm, decía retóricamente: «Nosotros entendimos que el mejor lugar para buscar la respuesta a la pregunta era a nivel local» (citado en Michigan, 2003: 3). Las ciudades anticuadas son, al parecer, las únicas responsables de ello, mientras que los lugares creativos tienen que verse recompensados por el crecimiento económico, y al tiempo favorecidos por el gasto público. Así, el guión de la creatividad funciona a la perfección con la nueva *realpolitik* urbana, al estilo neoliberal. Al operar, en principio, sobre el supuesto de un estado nacional distante, disfuncional, escasamente relevante cuando no vaciado de forma terminal, los discursos de la creatividad privilegian las escalas local y corporal como ámbitos de determinados procesos y acciones sociales de importancia. Florida insiste en que los «entornos creativos no pueden ser planeados desde arriba» (2004B: iii), al tiempo que otorga a las ciudades una significativa capacidad de actuación: no se trata simplemente de que Austin tuviera suerte o estuviera bien situada. Según Florida, sus responsables municipales «realmente dieron en el blanco», al declarar «vamos a hacer a Austin realmente única» (citado en Dreher, 2002: 6; Gertner, 2004: 90).

Por su parte, el problema con las ciudades «institucionalmente esclerotizadas» que no han participado en la explosión de la creatividad, como Detroit y Pittsburgh, es que «todavía no lo entienden», o mejor, que todavía «no quieren cambiar» (citado en Dreher, 2002: 6; Gertner, 2004: 6). En este sentido, el guión de las ciudades creativas es un discurso movilizador: hace explícita la naturaleza del desafío y la necesidad de acción, enmarcado en un imperativo histórico; luego esboza una fórmula sencilla de cambio creativo, advirtiendo seriamente que los responsables municipales han de estar, cuando menos, atentos. Cada vez más, la amenaza es global: la competencia de los trabajadores con talento ya no es simplemente un asunto interno, la amenaza visible en el horizonte es el «vuelo internacional de la clase creativa» (Florida, 2005b). Como informa Florida a los lectores de la revista *Money,* la guerra de talentos se está globalizando y cada vez serán más las ciudades de Australia, Canadá, Irlanda, Nueva Zelanda y Suecia las que compitan:

> [El] nuevo orden mundial no enfrentará a Boston con Austin por el empleo, sino a Boston con Dublín. «Creo que EEUU tiene la más asombrosa capacidad transformadora —dice Florida— y también que seguimos siendo el país líder». Pero esos lugares están empezando a ser más abiertos. Han empezado a ver que nuestra fuerza, en EEUU, no ha sido el tamaño de nuestro mercado, ni nuestro talento intrínseco, sino que hemos permanecido abiertos. Hemos sido siempre el lugar que ha atraído a los cansados, hambrientos e increíblemente enérgicos. Y creo que otros países persiguen cada vez más lo mismo.
>
> Gertner (2004: 92).

Según la insidiosa «narrativa escalar» (Swyngedouw, 1997) de la creatividad, los cuerpos —o quizá más exactamente, las almas— de los individuos creativos se han convertido en los principales portadores de las posibilidades de desarrollo económico, por eso la búsqueda del crecimiento económico se convierte en el sinónimo exacto de la seducción por medio de fondos públicos de la clase creativa. Es el único factor de producción móvil, una contrapartida desde el punto de vista de la oferta a la gran empresa libre y sin compromisos, con un radio de ubicación amplio a cuyas preferencias hay que ajustarse. Si las estrategias orientadas al beneficio incluían la construcción de antiguos parques industriales y las actividades empresariales subvencionadas, esta nueva variante del catecismo de la oferta dice que los creativos sólo llegarán a las ciudades que bullen. Se prima por lo tanto la capacidad de las ciudades para hacer que sus barrios auténticos y animados acojan a nuevos vecinos adinerados, cuya precocidad ha de verse recompensada con atractivos adicionales, como carriles-bici y entretenimiento callejero, mientras que la tarea del residual sector público es apoyar y subvencionar estas realizaciones con lo que quede del dinero de los impuestos. Florida no se anda por las ramas cuando advierte a los responsables municipales: «Necesitáis tener [esas distracciones] porque, si no, la gente no querrá ir a vuestra ciudad». La pregunta que se están haciendo los creativos, hedonistas itinerantes donde los haya, es: «¿Qué tipo de lugar me ofrece el paquete completo de opciones de estilo de vida con la diversidad de comodidades y opciones que yo deseo? (citado en Dreher, 2002: 4, 5).

Sometidas de esta forma al discurso de la suave disciplina de la movilidad del capital-creativo, las ciudades deben encontrar pronto el modo de actuar. Afortunadamente, tienen ayuda a mano, ahora existe un repertorio de estrategias bien publicitadas y divulgadas que (pueden) funcionar. La de Florida ha sido con todo la más conspicua contribución al floreciente negocio de las estrategias estandarizadas de creatividad local (véase Kotkin y Devol, 2000; Landry, 2000; Partners for

Livable Communities, 2001; Duxbury, 2004). No surte los efectos del ungüento mágico, por supuesto, porque los quisquillosos creativos pueden decidir quedarse en Austin. Pero el atractivo de la receta del doctor Florida ha sido suficiente para asegurar unas sustanciosas ventas nacionales y un creciente mercado internacional. La evidencia preocupante es el gran número de ciudades que se han dejado arrastrar voluntariamente por este tipo de tratamiento, por no hablar del celo inconfundible de sus muchos adeptos. En particular se han de administrar grandes dosis de la medicina de la creatividad urbana si el paciente ha sufrido de esclerosis (institucional), o si anteriores ciclos de tratamiento (emprendedor) han fracasado. Aún así, algunos pacientes (probablemente con delirio) en las regiones del cinturón industrial, pueden desarrollar el sentimiento de que les han soltado cualquier placebo. En uno de sus raros momentos de reflexión, Florida ha ponderado si se puede haber «glorificado inadvertidamente» algunas estrategias de creatividad urbana que ni siquiera pueden ser sostenibles en los lugares de origen (citado en Gertner, 2004: 90). Entre tanto, el contagio de las estrategias de creatividad urbana continúa propagándose por Europa y más allá (véase National Economics, 2002; Bradford, 2004a, 2004b; Florida y Tinagli, 2004; cf. Gibson y Klocker, 2004). Al subir audazmente el tono del argumento, Florida (2005b: 3) afirma que «la nueva competencia global por el talento […] augura una radical reconfiguración del mundo en las próximas décadas».

El culto contemporáneo a la creatividad urbana tiene una historia genealógica manifiesta, que se remonta al menos hasta los esfuerzos emprendedores de las ciudades desindustrializadas. El guión de la creatividad urbana reelabora y enriquece los antiguos métodos y argumentos de los emprendedores urbanos de un modo políticamente seductor. El énfasis en la movilización de nuevos sistemas de gobierno local en torno a la agresiva búsqueda de programas de desarrollo orientados al crecimiento es un tema obligado y recurrente (ver Leitner, 1990). La tónica de la creatividad urbana es una versión remix de este coctel: basta con meter los mismos ingredientes básicos en la licuadora del nuevo urbanismo, agregar un sorbo de Schumpeter bajo en calorías, para darle un burbujeo de nueva-economía y acabar con un toque de color rosa.

El sabor, sin embargo, es inconfundible. Las ciudades, y las políticas urbanas, siguen estando básicamente constituidas por una deferencia, ideológicamente amplificada, hacia fuerzas y amenazas competitivas «externas», aunque la lucha para sustituir los empleos de la clase trabajadora se haya reemplazado en parte por una lucha neoburguesa por el talento. La búsqueda indiscriminada del crecimiento se ha sustituido por un nuevo énfasis en los trabajos gratificantes y de buena calidad,

aunque estos estén reservados a la nueva clase superior de los creativos intrusos. El exceso de construcción de centros comerciales y de convenciones inducido por la competitividad urbana se transforma en el exceso inducido por la creatividad de carriles-bici y lugares de arte —como si ello pudiera acrecentar la oferta total de creatividad—, cuya consecuencia inevitable será la devaluación, seguida indudablemente por nuevos bandazos de «innovación» creativa. La subordinación del bienestar social a los imperativos del desarrollo económico —primero, asegurar el crecimiento económico, luego esperar amplios beneficios sociales derivados de ello—, da paso a una forma de goteo creativo; las estrategias de creatividad focalizadas en la élite únicamente dejan papeles secundarios para los dos tercios de la población que languidece en las clases trabajadoras y de servicios, y que no reciben nada más que unas entradas para el circo de vez en cuando. Se ha formado una nueva generación de sujetos emprendedores, en la medida en que las pautas de la producción creativa se han extendido a todos los aspectos de la vida, a las esferas del consumo y el ocio, así como a la del trabajo, al tiempo que las circunstancias de los que estaban fuera de la clase privilegiada se enmarcaban según el modelo del déficit de creatividad. El acento estratégico se desplaza desde la esfera de la producción a un compromiso más profundo con las esferas del consumo y la reproducción social mercantilizados y cosificados, convertidos en las principales señas de identidad de la ciudad creativa.

Por último, está la cuestión de la velocidad. El ritmo extraordinario de adopción de estrategias urbanas de creatividad puede explicarse en muchos aspectos por la herencia legada de los emprendedores urbanos. La rápida difusión y agotamiento final de las estrategias de las ciudades emprendedoras crearon un enorme mercado potencial para sus sucesores con aires creativos, junto con una elaborada infraestructura para la transmisión de las políticas de unas jurisdicciones a otras (véase Wacquant, 1999; Peck 2002).

The Rise of the Creative Class, escrito deliberadamente como un «móvil mutante», ha entrado en esa esfera hipertrofiada de divulgación a una velocidad que revela menos acerca de sus cualidades intrínsecas en lo que dice como, en primer lugar, del profundo vacío político que caracteriza el ámbito urbano neoliberal, y en segundo lugar, del ya amplio circuito de políticas expeditivas construido en torno a las ciudades. Sea como fuere, la tesis de la ciudad creativa de Florida se amolda perfectamente a este panorama competitivo a través del cual ha viajado a una velocidad alarmante. Los agentes y mecanismos de divulgación de esta política expeditiva ayudan a ello, aunque evidentemente no pueden constituir por sí mismos la demanda de soluciones creativas. El mercado de productos de política

creativa está impulsado por la búsqueda sin fin de la ventaja urbana creativa, cuyas consecuencias redistributivas (generalmente negativas) se niegan, se confunden o se minimizan de diversas formas dentro del guión de la creatividad y sus prácticas rutinarias. El discurso de las ciudades creativas está saturado; al mismo tiempo olvida la ideología dominante del mercado en el sentido de que la mera sugerencia de que la ventaja creativa presupone desventaja creativa, que en la era creativa debe haber perdedores, raya en la «herejía» (Bradford, 2004b: 9). El guión de la creatividad representa una vuelta por motivos culturales a las relaciones competitivas, contraria al mito de que cualquier persona y cualquier lugar pueden afirmarse como creativos.

> En la economía creativa, las regiones aventajadas son aquellas que pueden movilizar rápidamente el talento, los recursos y las capacidades necesarias para convertir las innovaciones en productos comerciales y nuevas ideas de negocio. Las regiones punteras establecen una ventaja competitiva a través de sus capacidades. Son vehículos de movilización que casi instantáneamente pueden reunir los recursos necesarios para iniciar nuevos negocios y transformar las innovaciones en productos de éxito. Por esta razón, el concepto de la ventaja competitiva se desplaza a las regiones que pueden generar, retener y atraer el mejor talento. Esto es particularmente cierto porque los trabajadores creativos son extremadamente móviles y la distribución de talento está muy sesgada.
>
> Florida (2005a: 49-50).

Así presentadas, en cierto sentido las estrategias de creatividad fueron preestablecidas para este mercado de políticas expeditivas. Fortalecen, aunque sólo precariamente, redes inestables de actores de élite, cuyas estrategias son ambiciosos intentos de llevar a cabo de forma concreta las seductoras «verdades itinerantes» del guión de la creatividad. Dan carta de naturaleza a rutinas tecnocráticas transferibles y prácticas políticas reproducibles que son fácilmente extraíbles y desterritorializables de sus lugares de origen —al menos en su forma superficial, elemental—, por mucho discurso que se haga sobre la «autenticidad» local. Reconstruyen modelos de gobierno municipal de «liderazgo» elitista, a pesar de su invocación ritual a las aportaciones que vienen de la base. Promueven procesos de desarrollo político experimentales y autorreferenciales, enmarcados dentro de los ajustados parámetros de la capacidad fiscal municipal. Se manifiestan en forma de reproducción en serie de un repertorio cada vez más estereotipado de intervenciones políticas sesgadas, cuyo valor queda mermado en el mismo momento de su

(excesiva) ejecución. Legitiman nuevos modelos de desarrollo urbano y mensajes que viajan a gran velocidad a través de las redes de política local, gracias a un denso entramado de conferencias, sitios web, consultores y promotores, intermediarios políticos y centros de traducción tecnocrática, cuya efecto global es establecer nuevos puntos de reunión, agilizando nuevos canales de «aprendizaje político» expeditivo. Seleccionan, en el discurso y en las instituciones, escalas subnacionales, destacando en particular los barrios urbanos en proceso de gentrificación como los lugares principales para las formas privilegiadas de acción creativa y los modos necesarios para la acción política, los lugares en los que pueden y deben actuar. Como tales, las estrategias de creatividad canalizan y restringen sutilmente la actividad política municipal, incluso cuando sus recompensas materiales siguen siendo extraordinariamente difíciles de probar. El culto a la creatividad urbana se nos revela, por lo tanto, en sus verdaderos colores, como una forma de ley / tradición blanda para una época súper competitiva.

Bibliografía

Baris, M. (2003), «Reseña sobre Richard Florida: *The rise of the creative class: and how it's transforming work, leisure, community, and everyday life*», *The Next American City*, núm. 1, pp. 42-45.

Bishop, B. y R. Florida (2003), «O, give me a home where the like-minded roam», *Washington Post*, 23 de marzo, B5.

Bradford, N. (2004a), *Creative cities structured policy dialogue backgrounder*, Documento de trabajo F46, Family Network. CanadianPolicy Research Networks, Ottawa.

_____ (2004b), *Creative cities structured policy dialogue report*, Documento de trabajo F45, Family Network. Canadian Policy Research Networks, Ottawa.

Bulick, B., C. Coletta, C. Jackson, A. Taylor y S. Wolff (2003), «Cultural development in creative communities», *Monograph*, noviembre, Americans for the Arts, Washington, DC.

Cannon, T., M. Nathan y A. Westwood (2003), *Welcome to the ideolopolis*, Londres, The Work Foundation.

Catalytix y Richard Florida Creativity Group (2003a), «Brain drain/gain», *Creative Intelligence*, núm. 1 (6), pp. 1-6.

_____ (2003b), «Inequality and the creative economy», *Creative Intelligence*, núm. 1.6, pp. 1-6.

_____ (2003c) «Providence: an emerging creativity hub», *Creative Intelligence* 1 (5), pp. 1-3.
Cincinnati Tomorrow (2003), *Creative city plan,* Cincinnati Tomorrow, Cincinnati.
City of Baltimore Mayor's Office of Community Investment (2004a), *Inventory of current Baltimore City promotional efforts,* Mayor's Office of Community Investment, Baltimore.
_____ (2004b), *New ideas for promoting Baltimore City,* Mayor's Office of Community Investment, Baltimore.
Cox, H. (1999), «The market as God: living in the new dispensation», *The Atlantic Monthly*.
Creative 100 (2003), *The Memphis manifesto,* Memphis Tomorrow and Mpact, Memphis (TN).
Cronheim, C.C. (2004), «Reviews of *Creative destruction* by Tyler Cowen and *The rise of the creative class* by Richard Florida», *Journal of Policy Analysis and Management,* núm. 23, pp. 932–6.
DeFazio, K. (2002), «Transnational urbanism and the imperatives of capital: a review of *The rise of the creative class», The Red Critique,* núm. 5, pp. 1-4.
Dreher, C. (2002), «Be creative - or die», *Salon,* 6 de junio. Disponible en www.salon.com [acceso 27 de enero de 2005].
Duxbury, N. (2004), *Creative cities: principles and practices,* Documento de trabajo F47, Family Network, Canadian Policy Research Networks, Ottawa.
Florida, R. (2002), *The rise of the creative class: and how it's transforming work, leisure, community, and everyday life,* Nueva York, Basic Books.
_____ (2003a), «Creative class war», *Washington Monthly,* enero / febrero, pp. 31-37.
_____ (2003b), «Gay-tolerant societies prosper economically», *USA Today,* 1 de mayo, A13.
_____ (2003c), «The new American dream», *Washington Monthly,* marzo, pp. 26-33.
_____ (2004a), «Respuesta a la reseña de Edward Glaeser sobre *The rise of the creative class».* Disponible en www.creativeclass.org/acrobat/ Response to Glaeser.pdf [acceso 24 de enero de 2005].
_____ (2004b), «Revenge of the squelchers», *Next American City,* núm. 5 (número especial), pp. i–viii.
_____ (2005a), *Cities and the creative class,* Nueva York, Routledge.
_____ (2005b), *The flight of the creative class: the new global competition for talent*, Nueva York, Harper Business.
_____ con G. Gates (2005), «Technology and tolerance» en R. Florida, *Cities and the creative class*, Nueva York, Routledge.
_____ con I. Tinagli (2004), *Europe in the creative age,* Pittsburgh / Londres, Carnegie Mellon Software Industry Center and Demos.

Frank, T. (2000), *One market under God,* Nueva York, Doubleday.
Gertner, J. (2004), «What makes a city hot», *Money,* junio, pp. 87-92.
Gibson, C. y N. Klocker (2004), «Academic publishing as a "creative" industry: some critical reflections, *Area,* núm. 36, pp. 423-434.
Glaeser, E. L. (2000), «The new economics of urban and regional growth» en G.L. Clark, M. P. Feldman y M. S. Gertler (eds), *The Oxford handbook of economic geography*, Oxford, Oxford University Press.
_____ (2004) «Reseña de Richard Florida: *The rise of the creative class*». Disponible en: www.creativeclass.org [acceso 29 de diciembre de 2004].
Grantham, C. y J. Ware (2004), «The future of work», *Staffing Industry*, núm. 14, pp. 11-12.
Hall, T. y P. Hubbard (eds.) (1998), *The entrepreneurial city,* Chichester, Wiley.
Harvey, D. (1989), «From managerialism to entrepreneurialism: the transformation of governance in late capitalism», *Geografiska Annaler,* núm. 71B, pp. 3-17 [ed. cast.: en «Del managerialismo al empresarialismo» en *Espacios del capital*, Madrid, Akal, 2007].
Impresa y Coletta & Company (2004) *The young and the restless: how Tampa Bay competes for talent,* Portland (OR) / Memphis (TN), Impresa and Coletta & Company.
Kotkin, J. (2003), «Paths to prosperity», *American Enterprise,* julio / agosto, pp. 32-35.
_____R. Devol (2000), *The renewed city in the digital age,* Santa Monica (CA), Milken Institute.
Kotkin, J. y F. Siegel (2004), «Too much froth», *Blueprint,* núm. 6, pp. 16-18.
Landry, C. (2000), *The creative city: a toolkit for urban innovators,* Londres, Earthscan.
Lehmann, C. (2003), «Class acts», *Raritan,* núm. 22, pp. 147-167.
Leitner, H. (1990), «Cities in pursuit of economic growth: the local state as entrepreneur», *Political Geography Quarterly,* núm. 9, pp. 146-170.
Levine, M. A. (1987), «Downtownredevelopment as an urban growth strategy:a critical reappraisal of the Baltimor Renaissance», *Journal of Urban Affairs,* núm. 9, pp. 103-124.
Malanga, S. (2004), «The curse of the creative class», *City Journal*, pp. 36-45.
Maliszewski, P. (2004), «Flexibility and its discontents», *The Baffler,* núm. 16, pp. 69-79.
Marcuse, P. (2003), «Reseña de *The rise of thecreative* class, de Richard Florida», *Urban Land,* núm. 62, pp. 40-41.
Memphis Talent Magnet Project y Coletta & Company (2003), *Technology, talent, and tolerance: attracting the best and brightest to Memphis,* Memphis (TN), Coletta & Company.

Michigan, Office of the Governor (2003), *Michigan cool cities initial report,* Lansing (MI), State of Michigan.
Michigan, Department of Labor and Economic Growth (2004a), *Cool cities,* Lansing (MI), State of Michigan.
_____ (2004b), *The Michigan Cool City program pre-bid workshop - questions and answers*, Lansing, Michigan (MI), Department of Labor and Economic Growth.
National Economics (2002), *State of the regions,* Australian Local Government Association, Deakin, ACT.
Next American City (2004), «The Peabody Institute Forum», *Next American City,* núm. 6, pp. 19-22.
Osborne, T. (2003), «Against "creativity": a philistine rant», *Economy and Society,* núm. 32, pp. 507-525.
Partners for Livable Communities (2001), *The creative city: power for the new economy,* Washington (DC), Partners for Livable Communities.
Peck, J. (2002), «Political economies of scale: fast policy, interscalar relations, and neoliberal workfare», *Economic Geography,* núm. 78, pp. 331-360.
Sawicki, D. (2003), «Review of *The rise of the creative class* by Richard Florida», *Journal of the American Planning Association,* núm. 69, pp. 90-91.
Shaw, C. (2003), «40 million strong?», *Newtopia Magazine,* mayo. Disponible en: www.newtopiamagazine.net/content/issue10/features/40million.ph [acceso 22 de enero de 2005].
Shea, C. (2004), «The road to riches?», *Boston Globe,* 29 de febrero, D1.
Smith, N. (2002), «New globalism, new urbanism: gentrification as global urban strategy» en N. Brenner y N. Theodore (eds.), *Spaces of neoliberalism*, Blackwell, Oxford [ed. cast.: «Nuevo globalismo, nuevo urbanismo», capítulo 7 en este volumen].
Steigerwald, B. (2004), «Q&A: Florida sees a'different role' for government», *Pittsburgh Tribune-Review,* 11 de abril.
Swyngedouw, E.A. (1997), «Neither global norlocal: "glocalization" and the politics of scale» en K. Cox (ed.), *Spaces of globalization*, NuevaYork, Guilford Press.
The Economist (2000), «The geography of cool», *The Economist,* 15 de abril, pp. 91-93.
_____ (2004), «The son rises», 24 de julio, pp. 39-40.
Theodore, N. y J. Peck (2002), «The temporary staffing industry: growth imperatives and limits to contingency», *Economic Geograph,* núm. 78, pp. 463-493.
Thrift, N. J. (2001), «'It's the romance, not the finance, that makes the business worth pursuing': disclosing a new market culture», *Economy and Society,* núm. 30, pp. 412-432.

Trapp, D. (2003), «A creative city. Want young professionals in Cincinnati? Lighten up!», *CityBeat,* núm. 9 (16), pp. 1-3.

Trigaux, R. (2003), «Dr Florida's prescription: creating a vision for cities», *St. Petersburg Times,* 14 de abril, pp. 1E–2E.

Wacquant, L. (1999), «How penal common sense comes to Europeans: notes on the transatlantic diffusion of the neoliberal *doxa*», *European Societies,* núm. 1, pp. 319-352.

3. La expulsión de las perspectivas críticas en la investigación sobre gentrificación

Tom Slater

En los últimos años hemos visto un extraordinario resurgir del interés por los procesos de gentrificación, acompañado a su vez por una oleada de artículos publicados. Este artículo analiza algunos estudios recientes —tanto académicos como populares— y considera las razones por las que han ido menguando las perspectivas, a menudo muy críticas, sobre la gentrificación de las décadas anteriores. Aunque podríamos presentar distintas razones, vamos a discutir tres en particular. Primero, la resistencia de las disputas teóricas e ideológicas sobre las causas de la gentrificación frente al examen de sus efectos; segundo, la desaparición del «desplazamiento» como un rasgo definitorio del proceso y como una pregunta de investigación; y tercero, la influencia perversa de las políticas urbanas neoliberales de «mezcla social» en los vecindarios del centro de la ciudad. Se defiende aquí que la «expulsión» de las perspectivas críticas en un campo en el cual fueron abundantes tiene serias implicaciones para las personas expuestas a la gentrificación, y que la reclamación del término frente a aquellos que han endulzado lo que hasta hace no mucho tiempo era una «palabrota» (Smith, 1996) es esencial para que los desafíos políticos al proceso puedan ser eficaces.

> Cuando el presidente Bush insiste en que «la gran ciudad va a levantarse de nuevo en la periferia de Nueva Orleans», es difícil creer que la buena calidad de vida, la seguridad y la vivienda social asequible sea lo que esta administración tiene en mente. El resultado más probable es la gentrificación a gran escala y con una envergadura jamás vista en Estados Unidos. Tras el huracán Bush, los pobres, los afro-americanos

y la gente de clase trabajadora que fueron evacuados no serán bienvenidos de vuelta a Nueva Orleans. Con toda probabilidad esta ciudad será reconstruida como un imán para los turistas gracias a un «disneyficado»[1] BigEasyVille[2] rebosante de una autenticidad aún más elaborada que la que todavía queda en el cercano barrio francés. Podemos mirar atrás e identificar la gran cantidad de decisiones que, ejecutadas y no, hicieron de este huracán algo semejante a un desastre social. El todo es más que la suma de sus partes. No considero una conclusión radical que las dimensiones del desastre del Katrina se deban en gran parte, no solo a la acción de tal o cual gobierno local o federal, cuanto al funcionamiento corriente del mercado capitalista, especialmente en su versión neoliberal.

Neil Smith (2005)

La ciudad se estaba moviendo en la dirección correcta antes de que el Katrina la golpeara. Si bien los residentes sentían todavía la resaca de la herencia histórica de la corrupción política (el 45 % de los residentes decían que los gobernantes de la ciudad eran poco éticos), una gran mayoría sentía que sus líderes estaban llevando a Nueva Orlenas en la dirección correcta. En una visita a la ciudad, en agosto, me llamó la atención el gran número de profesionales expatriados que habían vuelto a Nueva Orleans a causa de este cambio de dirección. Los esfuerzos del «Gran Nueva Orleans» Inc.,[3] del vicegobernador Mich Landrieu y otros, provocaron un tremendo entusiasmo dirigido a estimular el desarrollo del dinámico cluster creativo en torno a la industria de base tecnológica de la región, las universidades, el turismo y la música, las industrias cinematográficas... La gente de Nueva Orleans sabe lo que quiere. Más que reconstruir diques, una reforma del centro o incluso reconstruir sus hogares, quieren que vuelva el alma de la ciudad. Sus percepciones —enojadas y entusiastas— nos recuerdan la fuente subyacente de resiliencia que realmente es

---

1 Se refiere a hacer un lugar más aceptable y comercial mediante la eliminación de elementos potencialmente desagradables o controvertidos, sobre todo a costa de su carácter histórico. Es un término generalmente peyorativo y alude al hecho de que las cosas se asemejan a una versión de parque temático respecto de sus originales después de haber sido «disneyficado». [N. del T.]

2 «The Big Easy» es un sobrenombre que tiene que ver con la facilidad con la que los músicos encontraban trabajo en la ciudad de Nueva Orleans. Por otro lado, puede tener relación con la sala «Big Easy Hall», local de principios del siglo XX y en el que supuestamente actuó Buddy Bolden, nacido en Nueva Orleans y considerado uno de los padres fundadores del jazz. También se refiere al carácter tranquilo, fácil así como al estilo de vida que caracteriza la ciudad. [N. del T.]

3 Greater Nueva Orleans Incorporated es un partenariado público privado para la promoción del desarrollo económico de 10 distritos del sureste de Louisiana, incluida Nueva Orleans. Véase http://gnoinc.org/ [N. del T.]

capaz de reconstruir las ciudades caídas: la gente. Esperamos que sus líderes entiendan esto y nos lo proporcionen con un irresistible modelo de ciudad creativa, próspera y sostenible.

Richard Florida (2006)

Cafés y letargo

Uno de los más memorables comentarios que me llegaron desde que comencé a investigar y escribir sobre gentrificación fue el de un politólogo alemán que había empleado cinco años viviendo en el gentrificado vecindario de Prenzlauer Berg[4] de Berlín. En un seminario en Vancouver, cuando explicaba mis intereses de investigación, él respondió: «Interesante. Pero ¿seguro que su investigación acerca de la gentrificación no es solo una excusa para pasar el rato en barrios *cool* tomando café?». Este comentario, hecho en broma, es en realidad bastante astuto, capta con precisión la popular, y cada vez más académica, imagen de la gentrificación. La percepción sobre el aumento de los alquileres, el acoso de los propietarios y el desplazamiento de la clase obrera no es mayoritaria, antes bien, esta se centra en los espectáculos a pie de calle, los bares de moda y los cafés, los i-Pods, la diversidad social y los *outlets* de ropa funky. Tal y como dice David Ley (2003: 2527), la gentrificación «no es un espectáculo en la ciudad, sino un componente importante del imaginario urbano». Como atestigua la fiebre municipal dirigida a apoyar a la celebrada y promovida nueva «clase creativa» en los centros urbanos de Richard Florida (véase Peck, 2005 [en este volumen], para una crítica intrépida), la gentrificación —no tanto el término en sí, que afortunadamente todavía tiene algo de «palabrota» (Smith, 1996), sino la imagen de estar a la última, bohemia, *cool*, plagada de tribus de artistas que ocupan cafés, galerías y carriles bici en barrios abandonados con anterioridad por la inversión y carentes de «creatividad»— se considera cada vez más como una señal de un presente y un futuro económicamente saludable para ciudades de todo el mundo.

4 Se trata de un barrio ubicado al este de Berlín, en el que habitan principalmente estudiantes, familias jóvenes, artistas y empresarios. Este barrio, de tradición bohemia desde antes de la caída del muro en tanto era habitado por artistas y disidentes políticos, es ahora muy popular entre jóvenes y alternativos. Destaca además por su oferta de ocio: bares, restaurantes y tiendas. [N. del T.]

De acuerdo con la estrategia discursiva del proyecto neoliberal, que despliega un lenguaje cuidadosamente elaborado para defenderse de las críticas y de la resistencia, y que se organiza en torno a una historia de progreso competitivo (Bourdieu y Wacquant, 2001; Tickell y Peck, 2003), hemos llegado aparentemente a una era de regeneración, revitalización y renacimiento del corazón de las ciudades de la tecnología, el talento y la tolerancia de Richard Florida (2002). Las perspectivas críticas de la gentrificación, bajo las cuales se levantó nuestra comprensión del proceso y sus efectos, se han perdido en un laberinto aliterado. Este artículo trata de descubrir cómo y por qué las perspectivas críticas fueron expulsadas de la investigación de la gentrificación, los argumentos que tienen que ser reintegrados en el contexto de la preocupante evidencia de los reiterados desalojos de residentes en vecindarios de bajos ingresos y de clase trabajadora, y el continuo aburguesamiento de las zonas centrales de la ciudad, resultado del grave problema de accesibilidad a la vivienda. El aparente letargo al que se dirigen los efectos negativos de la gentrificación (particularmente en Gran Bretaña) ha sido señalado en un reciente editorial sobre el tema (Slater *et al.*, 2004). Así pues, este artículo aborda esta cuestión en un intento de arrojar nueva luz crítica sobre lo que Peck (2005: 760) ha llamado «políticas urbanas de cappuccino, con un montón de espuma».

Gentrification Web

A principios de 2000, frustrado por la falta de información pública sobre gentrificación en Internet, diseñé y escribí Gentrification Web.[5] Como revela una rápida visita al sitio, no sabía (y todavía no sé) nada sobre diseño web, pero sé suficiente sobre gentrificación como para sintetizar décadas de debate en términos accesibles, para explicar cuál es el proceso y a quién afecta, acompañándolo de algunas fotografías que saqué en Londres, así como de algunos links relevantes. El tono del sitio web es enormemente crítico, especialmente porque dos años antes había sido desahuciado del gentrificado Tooting London,[6] debido a la subida del alquiler, pero mayormente porque la literatura sobre gentrificación con la que me informaba era predominantemente crítica. Después de lanzar la web, recibí algunos

5 http://members.lycos.co.uk/gentrification. Esta referencia a mi sitio web no debe ser entendida como una forma de publicidad: lo hago para señalar las abrumadoras reacciones críticas sobre la gentrificación desde que se lanzó la web.

6 El barro de Tooting está situado en el suroeste de Londres, en el distrito de Wandsworth. [N. del T.]

pequeños comentarios y muy pocos mails, y me preguntaba por qué no había gustado. Pero unos seis meses después, mi bandeja de entrada comenzó a recibir varios mensajes a la semana de navegantes interesados, algo que se ha mantenido hasta hoy. Aparte de un ejecutivo de publicidad de la corporación Seagram, antiguo propietario de las populares tiendas de vinos Oddbins[7] en Reino Unido, que me preguntó por una lista de barrios gentrificados en ciudades británicas para así poder asesorar a la dirección acerca de dónde ubicar futuras tiendas,[8] la gente que ha contactado conmigo en estos años tiene una cosa en común: están en contra de la gentrificación debido a lo que han visto, oído o experimentado. Las organizaciones barriales, los inquilinos desplazados y los activistas políticos desde Boston a Buenos Aires o a Budapest, me han contado historias sobre gentrificación en esas partes del mundo; otros navegantes me han enviado archivos documentando las luchas locales sobre gentrificación a través de fotografías, *flyers* y protestas artísticas. Algunas historias de hostigamiento y acoso por parte de los propietarios han sido bastante angustiosas de leer, mientras que otras, que cuentan la resistencia y la lucha por una vivienda asequible, han sido muy revitalizantes. En la circulación de comentarios en el sitio web se hizo imposible considerar la gentrificación como algo que no fuera un problema grave; una perturbación importante de la vida de aquellos habitantes de las ciudades que no fueran propietarios, gentrificadores o hipsters. El sitio web no solo se demostró como una herramienta útil que combinaba lo académico con el compromiso político, su propia existencia contradijo la imagen, empapada en cappuccino, de la gentrificación articulada tanto por periodistas como por el discurso político.

Sin embargo, esta es la imagen que, justo al mismo tiempo que llegaban esos correos electrónicos, era de nuevo alimentada por algunos estudios recientes; estudios sobre la gentrificación que estaban muy alejados de las políticas radicales y críticas de las investigaciones de décadas pasadas. Se trata de un proceso directamente vinculado no solo con la injusticia del hostigamiento a la comunidad y el desplazamiento de la clase trabajadora, sino también por la disminución de la vivienda asequible en muchas ciudades, lo que es considerado por un número creciente de investigadores como un problema menor de lo que antes solía ser, o peor aún, como algo positivo. La siguiente sección de este artículo ofrece una pequeña muestra de algunos de los trabajos publicados que contribuyen a la ahora popularmente generalizada, pero incorrecta en última instancia, hipótesis de que la gentrificación «no es tan mala después de todo».

7 Oddbins es una de las cadenas de tiendas de venta de vino más importantes del Reino Unido. [N. del T.]

8 Me negué, aunque debo confesar que estuve tentado a hacerlo a cambio de un año de suministro de vino.

¿La moda trágica?[9]

En un muy destacable vuelco de su perspectiva sobre la gentrificación, recientemente Sharon Zukin, coautora de un artículo centrado en la actividad comercial de un bloque en el East Village del Lower Manhatan (un vecindario que ha sufrido más gentrificación y desplazamientos de lo que le correspondería), afirmaba que «lejos de destruir una comunidad por la gentrificación comercial, East Ninth Street apunta a que una concentración de minoristas de tiendas de diseño podría constituir un territorio de innovación de la economía urbana, produciendo a la vez un barrio-nodo comercial y sociable» (Zukin y Kosta, 2004: 101). De una forma aún más extraordinaria, Zukin parece persuadida por los argumentos de Richard Florida (2002) sobre los beneficios estéticos y económicos de lo bohemio burgués, paisajes como «el East Village ilustran cómo un enclave cultural fijo, diverso y tolerante puede atraer a la "clase creativa"» (Zukin y Kosta, 2004: 102) y «lejos de criticar al nuevo consumidor cultural como evidencia de gentrificación, pensamos que es bueno fomentar espacios de consumo que ofrezcan cualidades complementarias» (2004: 102). El artículo completo estudia la East Ninth Street como un bloque completamente independiente del resto del barrio y de toda su historia de lucha de clases y turbulencia política: «El bloque no se ajusta exactamente a esta historia salvaje» (2004: 106). Esta es una conclusión extraída de los comentarios sin fundamento de los dueños de tiendas del bloque, algunos de ellos con un conocimiento confuso sobre el tema[10] y de un proyecto de investigación observacional orientado como una serie de excursiones para ir de compras. En su reiteración teórica,[11] en los detalles a pie de calle más bien tediosos[12] y en su obvio afecto por

---

9 La moda trágica, o en inglés «The tragically hip», es el nombre de una banda de rock canadiense muy conocida de Kingston (Ontario) pero es igualmente adecuado para nombrar al grupo de académicos que promueven la gentrificación (incluso si esta promoción no es intencionada).

10 Por ejemplo, un entrevistado «explica la diversidad racial y menciona que Charlie Parker, el músico de jazz, vivió en el East Village durante muchos años con su mujer blanca; él especula que se sentían cómodos allí. En ese momento, en la década de 1980, a pesar de la discreta integración racial, de los temores acerca de los disturbios y de las rentas bajas, un observador astuto podía sentir una nueva ola de cambio» (Zukin y Kosta, 2004: 108). ¡Estas frases estarían bien, si no fuera por el hecho de que Charlie Parker murió en 1955!

11 Tanto el título del artículo como la mención de «distinción» sugieren que Zukin siguió a Pierre Bourdieu en la elaboración de estos argumentos, pero su significativo marco teórico nunca se explora e implementa de forma completa. Hay de hecho subsecciones tituladas «la anatomía del bloque» y «las sinergias de la diversidad», que más bien parecen un guiño a la retórica de Richard Florida.

12 «Debido a que muchas de las tiendas estaban abiertas hasta las siete o las ocho de la noche, siete días a la semana, hay siempre hombres y mujeres paseando por el bloque. Este momento de

la tienda de ropa de Eileen Fisher,[13] este artículo es especialmente decepcionante, particularmente viniendo de la pluma de una eminente socióloga urbanista cuyo libro de referencia, *Loft living* [Viviendo en un loft] (1982), tuvo el doble impacto de primero, exponer críticamente el «modelo de producción artística»[14] tras la incontrolada gentrificación y el desplazamiento industrial en el distrito del Soho en Nueva York, y segundo, persuadir a los investigadores sobre la gentrificación de que cultura y capital podían ser entendidos como dos fuerzas complementarias en la dirección de la reinversión y la consiguiente conquista de la clase media de los barrios urbanos. Según este artículo, parecería que los opositores a la gentrificación han perdido a una de sus mejores y más críticas voces.

Hasta finales de la década de 1980, muy pocos artículos académicos, por no decir ninguno, celebraban la existencia de la gentrificación. La literatura académica estaba caracterizada por una creciente sofisticación teórica con la que los investigadores trataban de entender las causas del proceso, y esto era a menudo una respuesta a la clara injusticia del desplazamiento de los residentes de clase trabajadora, y al papel nada inocente de las instituciones público-privadas (véase Wyly y Hammel, 2001, para una excelente discusión). La alabanza de la gentrificación estaba limitada al discurso popular y de los media, especialmente en los tiempos del *boom* de los yuppies de la década de 1980; y de forma más memorable en las páginas de *The New York Times*, cuando el Consejo Inmobiliario de Nueva York sintió la necesidad de defender el proceso frente a la enorme resistencia que provocaba con un anuncio que pregonaba «barrios y vidas florecientes» gracias la gentrificación (véase Smith, 1996: 31; Newman y Wyly, 2006: 23-4). Pocas veces los gentrificadores eran el tema de investigación, y cuando lo eran, la descripción de un frente clasista en relación

---

la noche es casi una hora punta, con algunos residentes volviendo a casa del trabajo y visitantes que han venido a comer o beber en el East Village, haciendo una pausa para ver unos pocos escaparates. El restaurante ucraniano está, además, abierto las 24 horas del día y desde que desborda la esquina, se añade a la vitalidad de la calle. El otro restaurante, el Nith Street Cafe, se localiza en la mitad del bloque. Atrae a un gran número de gente joven, que esperan fuera por una mesa para almorzar los fines de semana. Especialmente en verano, cuando las mesas de la acera del ucraniano están abarrotadas y las tiendas dejan sus puertas abiertas, hay un atractiva, amigable y básica sensación de seguridad en el bloque; todo lo cual se lleva a cabo sin una normativa de diseño uniforme o sin presencia visible de guardias de seguridad» (Zukin y Kosta, 2004: 106).

13 «Como en "The Gap", que se sometió a un cambio de imagen corporativa en toda regla en la década de 1980, estas tiendas pequeñas instalaron grandes lunas en las ventanas, usaron señales luminosas y pintaron las paredes de blanco; sus líneas sencillas y la iluminación acentuaron los colores sutiles [de Eileen Fisher]» (Zukin y Kosta, 2004: 109).

14 Una estrategia de consumo cultural para la clase media urbana, basada en un proyecto público-privado de preservación histórica al servicio de una estrategia de acumulación de capital.

con la gentrificación nunca contemplaba la posibilidad de que la gentrificación fuera el verdadero *salvador* de los barrios del centro de la ciudad, y esto incluso cuando estos estudios provenían de ideologías políticas y marcos teóricos opuestos (por ejemplo Rose, 1984 con una perspectiva social feminista; Smith, 1987, con una perspectiva marxista; y Levy, 1980 con una perspectiva liberal humanista).

En 1989 el sociólogo canadiense Jon Caulfield, en un artículo titulado «Gentrificación y deseo» ofreció una valoración diferente (Caulfield, 1989). En una réplica deliberada al dominio de las interpretaciones marxistas estructuralistas sobre la gentrificación, sostuvo que la gentrificación en Toronto en las décadas de 1970 y 1980 fue un rechazo colectivo de la clase media a la conformidad opresiva de los suburbios, a la planificación moderna y a los principios de mercado —todo forma parte de lo que se conoció (y ahora a menudo se idealiza) como la era de la reforma de la política urbana de Canadá. La gentrificación fue lanzada como una «práctica social crítica» (véase Caulfield, 1994), un esfuerzo conjunto de expansión de la intelligentsia de la clase media de Toronto a fin de crear un «futuro urbano alternativo» al desarrollo de la ciudad moderna de «post-guerra». Fuertemente influido por Walter Benjamin, Roland Barthes, Jonathan Raban y Marcel Rioux, argumentó lo siguiente:

> Los lugares de la ciudad vieja ofrecen diferencia y libertad, privacidad y fantasía, posibilidades para el carnaval [...] Estas no son solo cuestiones de abstracción filosófica, en un sentido carnavalesco […] la fuerza en la que Benjamin creyó fue uno de los estímulos vitales más importantes para la resistencia a la dominación. «Una gran ciudad es una enciclopedia de posibilidades sexuales», una caracterización que hay que entender en su sentido más amplio; la ciudad es «el lugar de nuestro encuentro con el otro».
>
> Caulfield (1989: 625).

Caulfield concluyó su artículo elogiando a los gentrificadores de clase media de Toronto por intentar «encontrarse con el otro» en su resistencia a los suburbios sin rostro: «El reasentamiento en los barrios antiguos de la ciudad no puede reducirse a las políticas burguesas, es más un esfuerzo de la gente, junto a sus vecinos, para buscar algún control sobre sus vidas» (1989: 627). En su importante libro sobre la gentrificación de Toronto, Caulfield (1994: 201–11) reconoce que estos primeros gentrificadores llegaron a estar cada vez más preocupados por lo que estaba ocurriendo en sus barrios (barrios de clase trabajadora) a medida que la gentrificación se aceleraba y maduraba, pero su alegato final en defensa de la temprana gentrificación de Toronto, identificada como un movimiento social urbano al modo de Castells (Caulfield: 228-9), jugó un rol clave en la producción de un *discurso*

emancipatorio sobre la gentrificación en Canadá, que también se ha documentado en otros lugares (Slater 2002; 2004a; 2005). En su enfoque sobre la desiderata de la clase media de residir en lugares de la «ciudad vieja», este discurso tiende a endulzar el proceso con una especie de barniz romántico cuya consecuencia (a menudo no intencionada) es dirigir la comprensión de la gentrificación lejos de los efectos negativos que produce.

Este romanticismo ha sido llevado a su extremo en dos artículos escritos recientemente sobre la gentrificación en las ciudades estadounidenses, el primero ha sido escrito por un arquitecto/periodista, el segundo por un jurista, con más o menos el mismo título: «Tres hurras por la gentrificación» y «Dos hurras por la gentrificación». En el primero, Andres Dunay defendía la gentrificación de la siguiente manera:

> Por cada San Francisco y Manhattan donde los bienes inmobiliarios por lo general se han convertido en demasiado caros, hay un buen número de ciudades como Detroit, Trenton, Syracuse, Milwaukee, Houston y Filadelfia que podrían aprovechar toda la gentrificación que pudieran atraer.
>
> Dunay (2001: 36)

El discurso emancipatorio alcanzaba nuevos niveles en la siguiente frase:

> La gentrification reequilibra la concentración de pobreza proporcionando la base fiscal, el contagio de la ética del trabajo y la eficacia política de la clase media en el proceso de mejora de la calidad de vida para todos los residentes de la comunidad. Es la marea que levanta todos los barcos.
>
> Dunay (2001: 36)

La conclusión muestra particularmente la forma despectiva, casi mordaz, con la que Duany trata a los críticos de la gentrificación:

> Entonces, ¿cuál es la queja sobre la gentrificación? Muchas veces es solo el graznido de los jefes de los antiguos barrios que no pueden soportar la autosuficiencia de la clase media entrante, que no pueden aceptar la disolución de su base política. Pero el suyo es un canto del cisne. Las clases medias estadounidenses están optando por

> vivir en muchos barrios del centro de la ciudad, debido a que estos lugares poseen atributos urbanos que no se encuentran en las nuevas áreas residenciales, y este flujo no puede ser regulado a distancia [...] En definitiva, la gente no debería prevenirse frente a la valorización natural de sus barrios. No en Estados Unidos.
>
> Dunay (2001: 39)

Un par de años más tarde, Peter Byrne, jurista estadounidense, en una defensa aún más exhaustiva y coreado por una ronda de aplausos académicos, sostenía que el proceso es «bueno finalmente para los pobres y las minorías étnicas» (Byrne, 2003: 406). Byrne argumenta que la gentrificación beneficia a los residentes de bajos ingresos: económicamente, debido a «la mayor expansión de las oportunidades de empleo en la venta de bienes y prestación de servicios locales que los resientes más ricos pueden permitirse» (Byrne: 419); políticamente, mediante la creación de «foros de política urbana en los que los ciudadanos ricos y pobres deben tratar las prioridades de cada uno en un proceso democrático» (Byrne: 421); y socialmente, en tanto «los nuevos residentes más ricos se codearán con los residentes más pobres en las calles, las tiendas, las instituciones locales, las escuelas públicas» (Byrne: 422). En su conclusión, Byrne se confiesa gentrificador de Washington D.C., lo que constituye un revelador ejemplo del romanticismo emancipatorio burgués frente a la gentrificación:

> El último sábado, asistí a un *yard sale*[15] multifamiliar en las inmediaciones de Townhomes en el Capitolio con mi esposa y mi hija adolescente. El miembro de la cooperativa que gestiona el proyecto había organizado la venta como un «día de la comunidad». Paseamos a lo largo de la acera charlando con los residentes acerca de cómo disfrutan de la vida allí, examinando sus modestas mercancías. Compramos libros de bolsillo, muchos de los cuales eran de autores negros. Mi hija compró una excepcional maleta rosa, un tanto estropeada, que encaja perfectamente con su sentido *cool*. Mi esposa, siendo como es, reorganizó la exposición de las mercancías de algunos residentes para mostrarlas de forma más eficaz, para deleite de los vendedores. Compré y devoré un sandwich de pescado frito que la señora Jones estaba vendiendo desde su apartamento. Un evento tan modesto apenas es noticia y,

15 Son pequeños mercadillos, muy populares en EEUU, que reciben ese nombre (venta de garaje en castellano) porque se realizan en los garajes o en la entrada de los mismos de las casas unifamiliares de las zonas sobre todo suburbanas. En estos mercadillos se venden artículos domésticos de segunda mano de todo tipo: juguetes, herramientas, utensilios para el hogar, libros, equipo deportivo... [N. del T.]

> ciertamente, no anula las injusticias de nuestras áreas metropolitanas. No asistieron funcionarios públicos ni se hicieron reclamaciones sobre las promesas políticas. Sin embargo, fue un momento de trato entre la vecindad, de circulación de dinero y de aprendizaje mutuo. Si se multiplica muchas veces, augura un futuro mejor para nuestras comunidades.
>
> Byrne (2003, 431)

Todos juntos, libros, maletas rosas y sandwiches de pescado frito se mezclan en una representación sorprendentemente optimista, y quizás trágicamente a la moda, de un barrio que ha sido documentado por otros por sus graves problemas de accesibilidad a la vivienda. De hecho, como Wily y Hammel (2001: 240) señalan, es «uno de los barrios más intensamente gentrificados del país», tanto es así que el complejo de vivienda pública Ellen Wilson Dwellings adyacente fue objeto de la demolición del HOPE VI[16] y luego gentrificado bajo la modalidad de «un complejo remodelado [de ingresos mixtos] con 153 unidades de adosados diseñados para que se parecieran a las caballerizas típicas de la zona histórica de la cual este complejo forma parte» (Wily y Hammel: 240). Sin duda Byrne estaría encantado.

Dos destacadas tendencias en las investigaciones recientes sobre gentrificación, particularmente en el contexto británico, han desplazado la atención lejos de los efectos negativos de la gentrificación. La primera, y quizás más frecuente, es la investigación que analiza la constitución y las prácticas de los gentrificadores de clase media.[17] La base para este trabajo fue la sensación de que la única manera de obtener una comprensión completa de las causas de la gentrificación era seguir los movimientos de la *gentry*. Desde hace algún tiempo, existe un amplio acuerdo de que la clase debe ser la corriente subyacente en el estudio de la gentrificación (Hamnett, 1991; Smith, 1992; Wyly and Hammel, 1999). La respuesta de los investigadores ha consistido en conocer el comportamiento de las clases *medias*, concretamente por qué han buscado barrios previamente devastados por la desinversión para instalarse. En Gran Bretaña, y especialmente en Londres, el dilema de la clase media de tener que vivir en cierta «zona de influencia» a fin de mandar

16 HOPE VI es un plan del Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano de EEUU. Su intención es revitalizar las promociones de vivienda pública en peores condiciones del país por medio de desarrollos urbanos de ingresos mixtos. Este plan incluye subvenciones a la demolición, revitalización y planeamiento. Disponible en: http://portal.hud.gov/hudportal/HUD?src=/program_offices/public_indian_housing/programs/ph/hope6 [N. del T.]

17 Por ejemplo, véase Caulfield (1994), Podmore (1998), Bondi (1999a), Bridge (2001; 2003), Butler y Robson (2001; 2003), Robson y Butler (2001), Hamnett (2003), Karsten (2003), Rofe (2003).

a sus hijos a una de las escasas «buenas escuelas» (una estrategia parental de reproducción social desplegada con el fin de garantizar que los hijos también serán de clase media) ha sido señalado en trabajos que explican cómo la gentrificación está anclada en la intersección entre los mercados de vivienda y educación (por ejemplo, Butler y Robson, 2003; Hamnett, 2003). Cualquier consideración cualitativa minuciosa sobre la gente de clase obrera y cómo les afecta la conexión gentrificación-educación está ausente. Parece que existe una obsesión con la formación del «habitus» de la clase media metropolitana, por usar *La distinción* de Bordieu como guía teórica, y si la clase obrera es mencionada en lo más mínimo, lo es por lo general con relación a cómo las clases medias se sienten respecto de los «otros» o de los vecinos que no les gustan. Estos sentimientos son a menudo bastante deprimentes, como evidencia la investigación sobre gentrificación en Barnsbury (Londres) de Tim Butler:

> La gentrificación en Barnsbury (y probablemente en todo Londres) opera así en un juego bastante peligroso. Se valora la presencia de los otros —tal y como se ha visto en las citas de los encuestados— pero se decide no interactuar con ellos. Ellos son, por así decirlo, muy valorados como una especie de fondo de pantalla social, pero nada más.
>
> Butler (2003: 2484)

Sin embargo Butler se aleja después de la representación de la gentrificación como un juego peligroso, para ofrecer esta interpretación en las frases finales de su trabajo:

> Este es un elemento inseparable del habitus metropolitano —de los sentimientos, actitudes y creencias— que transforman el centro de la ciudad en el hábitat natural de parte de la nueva (búsqueda urbana de la) clase media. Al mismo tiempo, los imperativos de la vida diaria (trabajo y consumo) y la reproducción social intergeneracional (educación y socialización) dan lugar a un grupo de colonos acosados. De este modo, un grupo que ha transformado un barrio de clase obrera del centro de la ciudad en uno de los lugares emblemáticos de la vida de clase media atribuye sin embargo todavía su «autenticidad» a una en gran parte inexistente clase trabajadora nativa. La gentrificación no ha desplazado tanto a la clase trabajadora, simplemente ha ignorado a aquellos que no son como ellos mismos: no se socializan con ellos, no comen con ellos o no mandan a la escuela a sus hijos con los suyos.
>
> Butler (2003: 2484)

Un juego igualmente peligroso podría ser: primero, representar el centro de la ciudad como un «hábitat natural» para las nuevas clases medias; segundo, retratar a este mismo grupo como «colonos acosados» cuando las limitaciones estructurales sobre sus propias preferencias de estilo de vida es un problema mucho menos preocupante que el ser expulsado por los altos precios, completamente y de toda la ciudad, tal y como les ha ocurrido a muchos de los londinenses menos afortunados durante los últimos 20 años; y tercero, argumentar a partir de un estudio que no ha pretendido estudiar los desplazamientos en Londres que la gentrificación «no ha desplazado tanto a la clase obrera». En este último punto, vale la pena señalar que en la década anterior Loretta Lees publicó un artículo sobre el mismo barrio y señaló:

> La progresiva liberalización permitió la expulsión de los inquilinos y la venta de edificios a promotores y/o individuos que gentrificarían después la propiedad. El desalojo se refiere al proceso mediante el cual los inquilinos se ven obligados a abandonar su hogar por medio de sobornos y acoso. En Barnsbury, cuando el valor de las posesiones desocupadas llegó a ser superior al valor de las inversiones arrendadas se produjo el desalojo y la venta de la propiedad vacía. Cuando una de las inquilinas de un propietario sin escrúpulos de Bransbury le denunció al tribunal de alquiler, cortó la luz, cerró la vivienda dejándola fuera, arrojó fuera sus pertenencias, atrancó la puerta, la difamó y amenazó con dispararla.
>
> Lees (1994: 208)

Mi propósito aquí *no* es criticar las investigaciones (o a los investigadores) que tratan de comprender las experiencias urbanas más avanzadas de los grupos sociales; realmente no trato de demonizar a los gentrificadores, cuyas identidades son múltiples y cuyas ambivalentes políticas no encajan habitualmente en el supuesto de un grupo decidido a echar fuera de sus barrios a los restantes grupos de bajos ingresos (Ley, 2004), sino que más bien consiste en señalar que no hay casi nada publicado sobre las experiencias de los grupos no gentrificadores que viven en los barrios a los que las muy estudiadas clases medias cosmopolitas están llegando en masa. Hace ahora una docena de años, Jan van Weesep señalaba que necesitamos centrarnos en los efectos —no en las causas— de la gentrificación, y que una forma de hacerlo es a través del análisis de los objetivos de las políticas urbanas, o en sus palabras, «plantear el debate sobre la gentrificación bajo una perspectiva política» (van Weesep, 1994: 74). Su llamamiento provocó numerosas respuestas y podría decirse que cambió el curso del debate sobre la gentrificación, como demuestra

el reciente énfasis en el papel de las políticas en la investigación actual.[18] Uno se pregunta cuál podría haber sido el resultado si van Weesep hubiera dicho que necesitamos «plantear el debate sobre la gentrificación bajo la perspectiva de la clase obrera». En vez de eso, la investigación académica sobre la gentrificación ha analizado el papel de las políticas urbanas en provecho de las aspiraciones de la clase media profesional, o bien ha proporcionando una visión más cercana sobre los problemas a los que se enfrentan cuando estas eligen el lugar en el que van a vivir. Es como si la clase media fuera el único personaje que ocupa el escenario de la gentrificación, con una clase obrera entre bastidores, convertida tanto en suplente eterno como eternamente suplantada. Esto es especialmente decepcionante, los gentrificadores de clase media son, por supuesto, solo una parte de un proceso más amplio (Slater *et al.*, 2004).

Una segunda línea de investigación, que sirve como pantalla en la que se confunde la realidad del trastorno de la clase trabajadora y del desplazamiento que produce la gentrificación, es la obsesión por la forma de definir el proceso, según la acuñación de Ruth Glass (1964). Si bien Peter Marcuse (1999) señala correctamente que la forma en la que la gentrificación es evaluada depende de cómo se defina, es increíble observar la gran cantidad de artículos que reflexionan sobre la definición del término (por ejemplo Redfern, 2003) con extraordinaria profundidad; al igual que es increíble la progresión de tanta erudición sobre la gentrificación desde 1964. Hackworth y Smith (2001), tomando la ciudad de Nueva York como objeto analítico, exponen amablemente las formas en las que la gentrificación ha mutado desde 1960, por fortuna se quedan no muy lejos de rumiar lo que la gentrificación es actualmente. Hackworth (2002: 815) define sucintamente la gentrificación como «la producción de espacio para usuarios cada vez más ricos», la justificación es:

> A la luz de varias décadas de investigaciones y debates, se demuestra que el concepto se aplica provechosamente a las transformaciones urbanas no residenciales y que hay con frecuencia un lapso de tiempo considerable entre que un grupo de clase subordinada da paso a usuarios más ricos. Dicho de otro modo, la sustitución o el desplazamiento no es a menudo ni directo in inmediato, pero el proceso sigue siendo «gentrificación» porque el espacio es transformado por usuarios más ricos.
>
> Hackworth y Smith (2001: 839)

[18] Por ejemplo Smith y DeFilippis (1999), Wyly y Hammel (1999; 2001), Badcock (2001), Hackworth y Smith (2001), Hackworth (2002), Lees (2003a; 2003b), Slater (2004b), además de muchos artículos en el número especial *Urban Studies* (2003).

Además de tratar de recopilar cambios recientes en el proceso de gentrificación que eran imposibles de predecir en 1964, Hackworth afina otra parte de la definición de Ruth Glass que al parecer muchos autores no encuentran —el énfasis crítico en la transformación de clase—. Este me parece el problema central en el trabajo de Martin Boddy y Christine Lambert (Boddy y Lambert, 2002; véase también Boddy, de próxima publicación); estos insisten en que los desarrollos de «nueva construcción» en el centro de Bristol y otros lugares (y los paisajes de consumo de uso mixto que los acompañan) no son gentrificación:

> Nos preguntamos si el tipo de desarrollos urbanos y de remodelación de vivienda nueva descrito en Bristol y otras ciudades de segundo nivel del Reino Unido, o incluso en el desarrollo del puerto de Londres, pueden, de hecho, ser todavía caracterizados como «gentrificación» [...] «[G]entrification», tal y como fue acuñado originalmente, se refería principalmente a un tipo muy diferente de la «nueva clase media», que compraba a menudo casas unifamiliares viejas, «históricas» y ellos mismos las renovaban y restauraban para su propio uso; el proceso elevaba los valores de la propiedad y desplazaba a los antiguos residentes, generalmente clase trabajadora de más bajos ingresos [...] Concluimos que describir estos procesos como gentrificación sería forzar el término y que llevaría la descripción demasiado lejos.
>
> Boddy y Lambert (2002: 20)

Como respuesta, merece la pena recordar que han pasado ¡*más de cuarenta años* desde la invención de Ruth Glass! Mucho ha llovido desde entonces en las economías urbanas (sobre todo en el mercado laboral y en el mercado de vivienda), en la cultura y en los paisajes urbanos, como para que tenga sentido centrarse en esta versión reducida del proceso e insistir en que la gentrificación debe permanecer fiel a los detalles empíricos de una definición geográfica e histórica contingente. Además, en el trabajo de Boddy y Lambert, no tendría sentido considerar lo que todavía es relevante de la exposición clásica de Glass: la importancia política de capturar un proceso de *transformación de clase*. En Bristol, resulta más difícil ir más allá del mero hecho de que los nuevos desarrollos urbanos descritos están apareciendo en reacción a (así como para estimular) una demanda mayor de una clase específica de residentes, los consumidores de clase media. Las clases medias son la parte *gentri-* de la palabra, y se están desplazando a los desarrollos residenciales de nueva construcción —construidos sobre las antiguas zonas industriales de clase obrera— que ya no están al alcance de la clase trabajadora. Es más, como Davidson y Lees (2005: 1186) han explicado, en un estudio sobre los desarrollos de

nueva construcción en Londres, estos «han servido como cabezas de puente desde los cuales los tentáculos de la gentrificación se han extendido lentamente hacia los barrios adyacentes».

Las urbanizaciones de moda, que ocupan lugares cercanos al litoral en el centro de la ciudad de Bristol, también han sido el foco de algunas investigaciones más orientadas a las políticas públicas (y financiadas por estas) (Tallon y Bromley, 2004; Bromley *et al.*, 2005). En contraste con el trabajo sumamente crítico sobre las intenciones gentrificadoras que siguieron a la estrategia de «renacimiento urbano» del gobierno británico (Smith, 2002; Lees, 2003a), estos autores sostienen que lo que estamos viento es realmente una emergente *residencialización*,[19] no gentrificación. La base de este argumento proviene de una encuesta a los hogares donde los entrevistados hacían hincapié en las atracciones «mundanas» de la vida urbana, como la comodidad de estar cerca de las zonas de empleo y consumo, siendo menos predominantes las «preocupaciones por los estilos de vida» de las clases medias. Los autores concluyen:

> Provistos con el conocimiento de las diferentes atracciones de la vida en el centro de la ciudad, los políticos deberían promover más a fondo la vivienda, los desarrollos residenciales y la mezcla social en el centro de la ciudad, creando nuevas oportunidades para los promotores públicos y privados a fin de que inviertan en el centro y más gente se traslade a esa zona.
>
> Tallon y Bromley (2004: 785)

En un artículo posterior, los argumentos ambientales son presentados a fin de reforzar esta conclusión:

> El desarrollo residencial puede contribuir a la sostenibilidad a través del reciclaje de suelo y de edificios abandonados. Esto puede reducir la demanda hacia los desarrollos periféricos y contribuir al desarrollo de ciudades más compactas [...] Todas estas

19 «La introducción de más vivienda y por lo tanto de más residentes en el centro de la ciudad puede ser definida como un proceso de residencialización, por el que la vivienda reemplaza otros usos del suelo. La integración de la residencialización dentro de las políticas de regeneración del centro de la ciudad ha sido considerada como una mejora de la vitalidad y de la viabilidad del centro de las ciudades» (Bromley *et al.*, 2005: 2408) .

> características destacan la contribución de la regeneración del centro de la ciudad para la sostentabilidad y la importancia del fomento de la vivienda en un lugar en el cual pueda surgir un valor elevado a corto plazo.
>
> Bromley *et al*. (2005: 2408)

Es aquí particularmente revelador lo que los autores entienden por «residencialización» —una «respuesta para los nuevos espacios y oportunidades creadas por la desindustrialización, la descentralización y la suburbanización» (Tallon y Bromley: 2423). Estas son precisamente las mismas condiciones —desinversión sistemática en lugares del centro de la ciudad— que muchos teóricos explican como fundamental para el proceso de gentrificación (por ejemplo, Smith, 1986; Beauregard, 1990; Wyly y Hammel, 1999; Curran, 2004). Este estudio sobre Bristol ejemplifica algunas de las cuestiones recogidas por Smith:

> Precisamente porque el lenguaje de la gentrificación dice la verdad sobre el desplazamiento de clase implicado en la «regeneración», ha llegado a ser una palabrota para promotores, políticos y financieros; nos encontramos en la posición irónica de que en Estados Unidos, donde la ideología de la sociedad sin clases resulta tan frecuente, el lenguaje de la gentrificación está bastante generalizado, mientras que en Europa se suprime.
>
> Smith (2002: 445)

¿Cómo se ha llegado a este momento en el que la gentrificación, precisamente en el país donde se observó y acuñó primero, se ha convertido ahora en una palabrota en la investigación publicada por algunos académicos?

Tres razones de la expulsión de las perspectivas críticas

Es posible identificar no una, sino *tres* razones clave por las que las discusiones sobre el incremento de los alquileres, la crisis de la vivienda asequible, el conflicto de clase, el desplazamiento, los trastornos de la comunidad se han transformado, entre otras cosas, en «buena» gentrificación, «hábitat natural» de la clase media y «residencialización». Puede haber más razones, pero las siguientes son particularmente notorias a partir de una lectura sistemática de la literatura disponible.

La resistencia de las disputas teóricas e ideológicas

> La conceptualización de la diferencia potencial de renta es demasiado torpe para abordar la cuestión de las diferentes experiencias nacionales [de gentrificación] [...] Cualesquiera que sean los defectos de análisis [...] debería ahora resultar evidente que la relación entre consumo y producción es crucial para explicar la gentrificación.
>
> Smith (1987b: 464).

> Desde hace algunos años la necesidad de unir las teorías en torno a la producción y el consumo en la comprensión de la gentrificación [...] ha sido superficial [...] Mientras lo fundamental sea luchar por dicha integración, esta no se logrará fácilmente, se requiere una lectura más cuidadosa de la literatura, junto a un control menos hostil sobre el propio territorio en el que aparece este comentario [de Smith].
>
> Ley (1987: 468)

Ante intercambios tan tempestuosos como los anteriores, no resulta difícil ver por qué estos dos destacados expertos sobre la gentrificación a menudo son presentados como exactos opuestos, completamente divididos en su explicación sobre la gentrificación, guiados por marcos teóricos, metodológicos e ideológicos completamente enfrentados. Es más, la influencia y el volumen de sus trabajos, es tal que tanto Neil Smith como David Ley han llegado a ser considerados, por casi todos los investigadores, como los representantes de facto de las explicaciones «económica» y cultural», respectivamente, algo que muchos autores insisten en recalcar una y otra vez. Pero si hacemos un análisis detallado de estas citas, publicadas en 1987, podemos ver que ambos analistas estaban comprometidos en la búsqueda de una explicación sobre la gentrificación que tuviera en cuenta ambos factores, el económico (producción) y el cultural (consumo). De hecho, sus libros sobre gentrificación, publicados en el mismo año (1996) no son ni de lejos una y otra cara en la explicación de la gentrificación, tal y como muchos de los recién llegados a este tema podrían pensar. El argumento de que David Ley ignoró las transformaciones económicas en las ciudades canadienses es poco menos que ridículo, y lo mismo puede decirse de algunos escritos que dan la impresión de que Neil Smith ignora los aspectos culturales en el Lower East Side durante sus investigaciones allí en la década de 1980. Como explicara Atkinson (2003: 2344) «los imperativos económicos y culturales implícitos y principales en cada teoría han sido interpretados a

menudo como un signo de exclusividad mutua, aunque esto es tal vez una suerte de "sobredistinción"». En resumen, si bien sus explicaciones sobre la gentrificación diferían significativamente, las *divisiones* entre estos dos investigadores se convirtieron, en las manos de otros escritores, en la mayor disputa pública de la historia de los estudios urbanos, siendo malinterpretados en numerosas ocasiones con serios efectos al hacer de la gentrificación un tema en el que muchos investigadores acabaron tomando partido, para «tirar piedras tras sus barricadas» (Clark, 1992: 359), en lugar de encontrar una manera de trabajar con y mediante las explicaciones contrarias y a través de las tensiones teóricas.

Una visión general del más reciente vocabulario sobre la gentrificación postrecesión muestra que el discurso sobre la gentrificación *sigue* hasta cierto punto bloqueado en el espíritu de la década de 1980, refrito de los tediosos debates de antaño —precisamente esta es la razón por la que Bondi (1999b) sugiere que dejemos que la investigación sobre gentrificación se «desintegre». Tomemos como ejemplo un artículo reciente de Chris Hamnett, donde los últimos llamamientos para alejarse de este agotado debate parece que han pasado desapercibidos.

> El argumento expuesto aquí es que la base de una explicación efectiva tiene que descansar en el lado de la demanda, tanto o más que en el lado de la oferta [...] La objeción de Smith a las explicaciones dirigidas por la demanda es que son excesivamente individualistas, posturas que hacen demasiado hincapié en los cambios en la elección y en las preferencias de los consumidores. Fallan a la hora de proporcionar una explicación adecuada de los cambios subyacentes en los mercados del suelo y de la propiedad. Sostiene también que no son suficientemente materialistas en su enfoque teórico en el que fracasan al tratar los cambios económicos subyacentes. Pero los argumentos basados en la demanda no sólo se basan en el gusto y en las preferencias del consumidor. [E]llos sitúan la base de la demanda de gentrificación en los cambios en las estructuras industriales, profesionales y de ingresos relacionadas con el cambio de las ciudades industriales a las ciudades post-industriales.
>
> Hamnett (2003: 2403)

Además, Hammett, tal y como hizo en un influyente ensayo publicado veinte años antes (Hamnett, 1984), dedica en realidad dos páginas a criticar la teoría de la diferencia potencial de renta de Smith (¡exactamente con las mismas críticas!). Badcock (2001: 1561) también se ha unido, afirmando que es «imposible escapar a los matices estructuralistas y funcionalistas de la hipótesis del diferencial de renta».

Este debate fue muy importante en las décadas de 1970 y 1980 en relación con la forma en la que hemos tratado de entender y explicar la gentrificación, pero en el siglo XXI, ¡pocos investigadores sobre la gentrificación necesitarían que se les recuerde que la tesis de la diferencia potencial de renta ha sido excluida del campo! Un comentarista ha intentado recientemente llevar el debate de la gentrificación en una dirección diferente, pero leyendo entre sus opacas líneas, se nos devuelve en realidad al mismo territorio:

> Lo que se necesita repensar a ambos lados del debate sobre la gentrificación es la suposición implícita de que los gentrificadores gentrifican porque tienen que hacerlo de una forma u otra. Este artículo trata de defender que gentrifican porque pueden. Claramente, en el lado de la oferta, este argumento se hace para enfatizar la capacidad recién descubierta de aumentar el valor de una propiedad, aunque esto está lejos de ser una condición suficiente. En el lado de la demanda, la insistencia en que los gentrificadores gentrifican porque tienen que hacerlo se manifiesta en la postura de que la gentrificación representa alguna forma de constitución de clase en sí misma, o de forma alternativa, representa la expresión de alguna nueva forma de constitución de clase.
>
> Redfern (2003: 2352)

El problema de revisar estos viejos debates no es solo epistemológico, en el sentido de centrar la discusión en si es posible o no alcanzar un acuerdo en torno a si la gentrificación es un proceso con *múltiples facetas* de transformación de clase que se puede explicar mejor desde un punto de partida holístico; también es *político*, ya que las perspectivas críticas se pierden en el interior, o están ausentes por completo, de las disputas sobre si Smith o Ley tienen más o menos razón en un cierto contexto de gentrificación. Se ha empleado tanto tiempo y tanta tinta en discusiones sobre lo que está causando el proceso que uno se pregunta si el trabajo no podría haber sido mejor invertido, en primer lugar, aceptando algunas orientaciones de Eric Clark:

> Los intentos de establecer conexiones entre diferentes aspectos de la gentrificación piden ambidestreza en el tratamiento de conceptos que pueden desafiar la reducción a un solo modelo. A veces, estas conexiones se pueden hacer mediante una integración que disuelva prácticamente cualquier exclusión mutua percibida con anterioridad.
>
> Clark (1992: 362)

En segundo lugar, habría que reconocer que la gentrificación es una expresión de desigualdad urbana que tiene graves efectos, y que los académicos tienen un papel que jugar en la divulgación de estos efectos y quizás incluso en su desafío (Hartman *et al.*, 1982).

El desplazamiento queda desplazado

> El desplazamiento de hogares y barrios puede ser una experiencia demoledora. En el peor de los casos, lleva a la falta de vivienda, en el mejor afecta el sentido de comunidad. Las políticas públicas deberían, por regla general, minimizar los desplazamientos. Sin embargo, una serie de políticas públicas, particularmente las interesadas en la gentrificación, parecen fomentarla.
>
> Marcuse (1985a: 931)

Hasta hace muy poco, los estudios sobre los desplazamientos producidos por la gentrificación, que forman parte de la definición original del proceso y el tema de muchas sofisticadas investigaciones de finales de los años 1970 y 1980, habían desaparecido prácticamente. Muchos de los artículos de las primeras recopilaciones sobre gentrification tales como Laska y Spain (1980), Schill y Nathan (1983), Palen y London (1984) y Smith y Williams (1986), estaban preocupados en el desplazamiento y, ciertamente, prestaban mucha más atención a los efectos de la gentrificación sobre la clase trabajadora, que a las características de la nueva clase media que se muda. Aunque no había necesariamente acuerdo acerca de la gravedad y la magnitud del problema (Sumka, 1979), el desplazamiento fue sin duda un tema importante. Incluso los académicos (erróneamente) asociados con una consideración menos crítica del proceso estaban muy preocupados por el desplazamiento.

> La magnitud de la dislocación es desconocida [...] aún así la escala de la renovación, demolición, deconversión y reconversión de los complejos urbanos [...] implica que decenas de miles de familias han sido desplazadas involuntariamente a través de diversas formas de gentrificación en los últimos veinticinco años, y esto solo en Toronto, Montreal, Vancouver y Ottawa.
>
> Ley (1996: 70)

El desplazamiento es y será vital para comprender la gentrificación en términos de mantener la coherencia de la definición y de conservar la perspectiva crítica sobre el proceso.

La razón por la que el desplazamiento consiguió ser desplazado de la literatura de la gentrificación fue metodológica. Recuerdo lo dicho por un organizador comunitario en 2001, en Park Slope (Brooklyn), acerca de que la mejor manera en la que podría echar una mano a los esfuerzos por resistir a la gentrificación era «llegar a algunos números para mostrar cuántas personas han sido y están siendo desplazadas». No se sorprendió cuando le expliqué que esta es una inmensa tarea, y esto si de hecho fuera posible del todo. Atkinson (2000) ha llamado a la medición del desplazamiento «medición de lo invisible», mientras que Newman y Wyly resumen el problema de la cuantificación de la siguiente manera:

> En resumen, es difícil encontrar gente que haya sido desplazada, particularmente si esas personas son pobres [...] Por definición, los residentes desplazados han desaparecido de los mismos lugares en donde investigadores y encuestadores van a buscarlos.
>
> Newman y Wyly (2006: 27)

En la década de 1990, especialmente, estas considerables dificultades en la agenda de investigación no llevó a los investigadores a encaminar una agenda cualitativa a fin de abordar los desplazamientos, antes bien los alejó completamente de estos. En un contexto neoliberal y de políticas públicas articuladas sobre la base de pruebas «fiables» (por ejemplo cuantitativas), no tener números sobre los desplazamientos significaba no tener políticas para enfrentarlos. Era casi como si los desplazamientos no existieran. Esta es de hecho la conclusión de Chris Hamnett (2003: 2454) en su artículo sobre la gentrificación incontrolada en Londres entre 1961 y 2001; en ausencia de datos sobre los desplazamientos, reitera su tesis de que la fuerza de trabajo en Londres se ha «profesionalizado»:

> La transformación que ha tenido lugar en la estructura ocupacional de clases de Londres ha sido asociada con un gradual reemplazamiento de una clase por otra, más que a un desplazamiento directo a gran escala.

Sin embargo ¿no es precisamente un signo de la extraordinaria escala de la gentrificación y del desplazamiento en Londres que no quede gran cosa de una clase trabajadora abandonada en la estructura de clases ocupacionales de esa ciudad? Los datos sobre fuerza de trabajo respaldan la interesante historia que Hamnet ha estado contando durante más de una década, pero en ausencia de algunos números sobre los desplazamientos, parece que la clase obrera hubiera sido borrada de la misma manera que los entrevistados de Butler en Barnsbury.

La falta de atención sobre los desplazamientos ha cambiado hace poco —y de una forma dramática—con el trabajo de Lance Freeman y Frank Braconi (2002; 2004). Estos han sido considerados, tanto por los medios de comunicación como de forma preocupante por los políticos, como los autores del «veredicto definitivo» sobre la gentrificación y los desplazamientos (véase Newman y Wyly, 2006: 21); el veredicto es que los desplazamientos son insignificantes y la gentrificación no es tan mala después de todo. Su trabajo ha sido sintetizado con detalle en otra parte (Newman y Wyly, 2005; 2006) y con pocas palabras. Freeman y Braconi examinan la Encuesta trianual de viviendas vacías de la ciudad de Nueva York (que contiene preguntas relativas a características demográficas, empleo, condiciones de vivienda y movilidad) y descubren que entre 1996 y 1999 las familias de menores ingresos y menor nivel educativo eran un 19 % menos propensas a mudarse en los siete barrios gentrificados que estudian que en cualquier otro lugar. Concluyen que el desplazamiento era por tanto limitado. Sugieren que estas familias se quedaron porque aprecian la mejora de los servicios públicos de sus propios barrios; trataron de esta manera de permanecer en sus hogares, aun cuando subieron los alquileres. Son las mismas razones que empleó el *USA Today*, del 20 de abril de 2005, cuando decidió reseñar su trabajo con una espuria cabecera: «Gentrificación: un empujón para todos». La cobertura mediática ignoró completamente el hecho de que Freeman y Braconi (2002: 4) advirtieran que «solo de forma indirecta, por medio de la gradual reducción del stock de vivienda de alquileres bajos, la reurbanización de clase media parece perjudicar a los pobres». Recientemente Freeman ha escrito:

> La principal desventaja [de la gentrificación] ha sido la inflación de la vivienda en los barrios gentrificados […] Familias que habían sido capaces de encontrar vivienda con anterioridad en los barrios gentrificados deben buscarla ahora en otro lugar […] Además, aunque el desplazamiento pueda ser relativamente escaso en barrios gentrificados, es una experiencia tan traumática que ocasiona no obstante una preocupación generalizada.
>
> Freeman (2005: 488)

En relación con la cuestión de la reducción de stock de vivienda de alquileres bajos, es importante volver a la identificación del «desplazamiento excluyente» de Peter Marcuse en la gentrificación. Con este concepto se refiere a las familias incapaces de acceder a la propiedad, debido a que esta ha sido gentrificada:

> Una familia desaloja una unidad voluntariamente y esta unidad es entonces gentrificada [...] de modo que se impide a otra familia similar mudarse a esta, el número de unidades disponibles para la segunda familia en ese mercado de vivienda se reduce. La segunda familia, por consiguiente, es excluida de vivir en donde hubiera vivido de otro modo.
>
> Marcuse (1985b: 206)

Como Marcuse (2005) ha señalado recientemente, el trabajo de Freeman y Braconi apenas toca esta pregunta crucial: *la gente se queda ¿porque les gusta la gentrificación o porque no hay alternativas viables disponibles en un mercado de vivienda saturado / saturante* (esto es, la ciudad está tan gentrificada que la gente ha quedado atrapada)? Esta es la conclusión, detenidamente elaborada, de un excelente y reciente artículo sobre la gentrificación en Bruselas de Mathieu van Criekingen:

> Los hechos subrayados en Bruselas sugieren de forma fuerte que las familias con menores recursos tienen menos probabilidades de abandonar los distritos marginales gentrificados en tanto están «atrapadas» en los segmentos más bajos del mercado de vivienda de alquiler privado, con muy pocas alternativas de salir de los barrios desfavorecidos, incluso en aquellas áreas que experimentan una gentrificación marginal.
>
> Van Criekingen (2006: 30)

Sobre la cuestión de las experiencias traumáticas de desplazamiento, estas han sido documentadas recientemente en Nueva York por Curran (2004), Slater (2004a) y particularmente Newman y Wyly (2006). Estos, además de realizar entrevistas a los inquilinos desplazados, usaron el mismo grupo de datos que Freeman y Braconi para demostrar que el desplazamiento no es «relativamente escaso» sino que se produce en una tasa significativamente mayor de lo que se suponía. Apuntan a la absoluta necesidad de una mezcla de métodos en el estudio de los desplazamientos:

> Las dificultades para cuantificar directamente la cantidad de desplazamientos, el reemplazamiento y otros «ruidos» en los datos son difíciles de superar. Puede que promover una nueva investigación a una escala espacial más fina y con un enfoque más cualitativo resulte útil para complementar este trabajo.
>
> Atkinson (2000: 163)

Dentro de la enorme cantidad de bibliografía sobre gentrificación, casi no hay informes cualitativos sobre desplazamientos. Es vital hacer algo sobre esto para reestablecer las perspectivas críticas.

Política urbana neoliberal y «mezcla social»

En el marco de la actual política urbana neoliberal, junto con la tendencia hacia la propiedad de vivienda, la privatización y la ruptura de la «pobreza concentrada» (Crump, 2002), el proceso global de gentrificación, dirigido por el Estado, se ha basado en la promoción de la «mezcla» social y propietaria (la «diversidad social» o el «equilibrio social») en los barrios de clase trabajadora y/o inquilinos de bajos ingresos, anteriormente marcados por la desinversión (Hackworth y Smith, 2001; Smith, 2002; Slater, 2004b; 2005; además de numerosos artículos en Atkinson y Bridge, 2005). Pero la mezcla social podría no ser necesariamente solo una iniciativa neoliberal. En un reciente y sorprendente estudio, Rose (2004: 280) reconoce que la gentrificación «constituye un área particularmente "resbaladiza" del discurso de la mezcla social» y demuestra el impacto de las políticas municipales recientes a fin de fomentar el desplazamiento de residentes de ingresos medios a los barrios del centro de la ciudad de Montreal. Mucho de esto viene facilitado por la construcción de vivienda nueva, la «gentrificación instantánea», como la llama Rose, sin embargo, también existen políticas municipales de promoción de vivienda social en las inmediaciones de las promociones de ingresos medios. A diferencia de Toronto (Slater, 2004b), «las políticas y programas en Montreal apenas pueden tener un lugar en términos de la agenda neoliberal» (Rose, 2004: 288); existen variantes geográficas en las políticas que promueven la gentrificación en Canadá (Ley, 1996). Al entrevistar a los profesionales que se instalaron a pequeña escala «rellenando» los complejos urbanos (construidos por promotores privados a menudo en suelos adquiridos al ayuntamiento) en Montreal entre 1995 y 1998, Rose extrae los puntos de vista de los gentrificadores sobre el fomento municipal de la «mezcla social». Curiosamente,

la mayoría de los 50 entrevistados expresaron sentimientos tolerantes o igualitarios con respecto a la posible perspectiva de que se levantara vivienda social en las inmediaciones. Como comenta un entrevistado:

> Hasta cierto punto, pienso que no se debería vivir en un círculo cerrado en donde toda la gente tiene la misma posición social [clase media], donde todo es de color de rosa. Esa no es la forma [...] En general, el atractivo de una ciudad es que ocurren cosas. Y todos tienen derecho a estar allí y a expresarse.
>
> Entrevista 479 citada en Rose (2004: 299–300)

Si bien Rose es indudablemente correcta al separar la mezcla social de las ideas y propósitos neoliberales para el caso de Montreal, a diferencia de lo que hacen otros investigadores (Florida, 2002; Bromley *et al.*, 2005), se coloca al borde de promover la mezcla social como un remedio para la desinversión y el deterioro urbano, que es *precisamente* la intención de las políticas neoliberales urbanas en otros lugares.

En un influyente estudio sobre el castigado Downtown Eastside de Vancouver, Nick Blomley ha comentado que el concepto de mezcla social puede ser «moralmente muy persuasivo» de cara a abordar la pobreza y la desinversión a largo plazo:

> Los programas de renovación a menudo tratan de fomentar la vivienda en propiedad, debido a los supuestos efectos sobre su autonomía económica, espíritu emprendedor y orgullo comunitario. La gentrificación por este motivo se debe fomentar, en la medida en que supone la sustitución de una anticomunidad marginal (sin patrimonio propio, transitoria y problematizada) por una activa y responsable, lo que sucede por una mejora de la población de propietarios.
>
> Blomley (2004: 89)

El trabajo de Blomley nos ayuda a pensar más los términos de quién tiene que moverse para dar espacio a la mezcla social:

> El problema con la «mezcla social» es, sin embargo, que promete igualdad ante la jerarquía. En primer lugar, como se observa a menudo, es socialmente unilateral. Si la mezcla social es buena, argumentan los activistas locales, ¿por qué no es posible hacer que los pobres vivan en barrios ricos? [...] Segundo, las evidencias empíricas sugieren que a menudo no se logran mejoras en las condiciones sociales y económicas de los inquilinos. La relación entre habitantes propietarios e inquilinos en barrios mixtos parece limitada. Más importante aún, puede conducir a la segregación social y al aislamiento.
>
> Blomley (2004: 89)

Como Smith (2002) ha señalado, crear mezcla social supone siempre trasladar clases medias a zonas de clases trabajadoras, no a la inversa; se trabaja en el supuesto de que una comunidad mezclada socialmente será una comunidad socialmente «equilibrada», caracterizada por una interacción positiva entre las clases. Dicha planificación y optimismo político rara vez se traduce, sin embargo, en una feliz situación en los barrios gentrificados. Esto es particularmente cierto en South Parkdale (Toronto) donde una deliberada política de mezcla social iniciada en 1999 exacerbó a los propietarios de vivienda NIMBYstas,[20] lo que produjo aumentos de renta y desplazamientos de inquilinos (Slater, 2004b). La gentrificación disfrazada como «mezcla social» es un excelente ejemplo de cómo la retórica y la realidad de la gentrificación han sido sustituidas por un lenguaje discursivo, teórica y políticamente diferente consistente en desviar las críticas y las resistencias. En Reino Unido, la mezcla social (particularmente la mezcla de regímenes de tenencia) ha sido la vanguardia de las políticas de «renacimiento de barrios» y «regeneración urbana» durante casi una década, pero salvo una o dos excepciones bien conocidas (Smith, 2002; Lees, 2003a) no hay mucha literatura crítica capaz de husmear en el discurso político sobre la gentrificación. Cuando escuchamos a un influyente analista, nos vemos todavía bajo los efectos de un anestésico lingüístico:

> No solo la «regeneración urbana» representa la siguiente ola de gentrificación, planeada y financiada a una escala sin precedentes, sino que la victoria de este lenguaje en anestesiar nuestra comprensión crítica de la gentrificación en Europa representa una considerable victoria ideológica para las visiones neoliberales de la ciudad.
>
> Smith (2002: 446)

20 NIMBY, cuyas siglas en inglés significan Not In My Back Yard [no en mi patio trasero], son ciudadanos organizados en torno a los supuestos riesgos derivados de determinadas instalaciones, personas o actividades percibidas como peligrosas y que se instalan en su zona. [N. del T.]

En un momento en el que las ciudades «se han convertido en incubadoras para muchas de las principales estrategias políticas e ideológicas mediante las que se mantiene el predominio del neoliberalismo» (Brenner y Theodore, 2002: 375–6), y en el momento en el que unos cuantos investigadores urbanos están marcando y desafiando al neoliberalismo, es sorprendente que haya menos opiniones críticas que nunca sobre las políticas gentrificadoras en Europa. Es difícil determinar por qué se produce, pero la naturaleza misma de la investigación sobre las políticas públicas, generalmente financiada por las instituciones, puede ser un factor importante. Loïc Wacquant ha comprendido esto muy bien:

> En Estados Unidos, la «investigación sobre las políticas públicas», que desempeña el papel protagonista de cubrir y proteger contra el pensamiento crítico, actúa a modo de un «amortiguador» determinando el campo político de cualquier investigación que sea independiente y radical, tanto en su concepción como en sus implicaciones para las políticas públicas. Todos los investigadores que quieren hacer frente a los funcionarios del Estado están obligados a pasar por este campo bastardo, esta «cámara de descontaminación» y aceptar someterse a una severa censura reformulando su trabajo de acuerdo a categorías tecnocráticas que garanticen que ese trabajo no tendrá ningún agarre ni efecto en la realidad (sobre las puertas de entrada de las escuelas de administración pública está escrito con letras invisibles «no has de hacer tus propias preguntas»). En realidad, los políticos norteamericanos jamás invocan la investigación social, excepto cuando apoya la dirección en la que quieren ir de todos modos; por razones de conveniencia política, en todos los demás casos, la dejan de lado.
>
> Wacquant (2004: 99)

Esto también se aplica en el caso de la investigación política en Reino Unido, donde las conclusiones incómodas y las críticas académicas de las políticas a menudo son ninguneadas por los mismos que financian las investigaciones. Además, cuando se usa el lenguaje de la gentrificación en una propuesta de investigación, ¡es muy difícil obtener fondos para la investigación de una institución pública a fin de evaluar las consecuencias de sus políticas urbanas diseñadas para atraer a los residentes de clase media a los barrios de la clase trabajadora! Una palabrota tiene sus límites.

Enfrentados a un permanente dilema

> Me encantaría ver un mundo posterior a la gentrificación, y un mundo posterior a toda la explotación política y económica que hace posible la gentrificación.
>
> Smith (1996: xx)

> La gentrificación no puede ser erradicada en sociedades capitalistas, pero puede ser limitada.
>
> Clark (2005: 263)

> Por lo tanto, puede afirmarse que la gentrificación ha sido muy limitada en la renovación urbana danesa.
>
> Skifter-Anderson (1998: 127)

> Sólo un maníaco optimista podría mirar Kilburn High Road y no sentirse como un suicida.
>
> Dyckhoff (2006: 76)

En un análisis sistemático de 114 estudios publicados sobre procesos de gentrificación, Atkinson descubrió que:

> Sobre la cuestión de los impactos barriales, se puede observar que en la mayoría de las investigaciones sobre gentrificación se señalan efectos nocivos [...] Las investigaciones que han tratado de comprender sus impactos han mostrado principalmente problemas y costes sociales. Esto sugiere un desplazamiento y una expulsión hacia fuera de los problemas sociales, en lugar de una ganancia neta, ya sea a través de impuestos locales, mejoras medioambientales o una reducción en la demanda y en la extensión del desarrollo urbano.
>
> Atkinson (2002: 20-1)

Esto sugiere que tenemos un enorme problema en el centro de las ciudades, que debería ser visto de forma negativa. Sin embargo, la crítica de Atkinson nos aleja de la intención crítica que un análisis de las conclusiones podría justificar:

> Las ramificaciones más amplias y positivas de la gentrificación han sido poco exploradas [...] un alejamiento de una imagen en blanco y negro del proceso simplemente como bueno o malo será, inevitablemente, una mejora.
>
> Atkinson (2002: 21)

Se trata de una conclusión desconcertante, sugiere que en ausencia de explicaciones positivas de la gentrificación ¡deberíamos ir y encontrar lo positivo! Sin embargo, a partir de algunos trabajos recientes sobre el tema parece que algunos investigadores están tratando de hacer precisamente eso. Es una señal de los tiempos que, en los últimos libros editados sobre el tema, un recurso muy común sobre la difusión global del proceso es que la introducción al libro sintetice algunos trabajos recientes y enumere una serie de «impactos positivos de la gentrificación en los barrios» (Atkinson y Bridge, 2005: 5) al lado de los negativos. No era fácil encontrar una lista de aspectos positivos,[21] cuando se empezó a investigar la gentrificación.

La gentrificación no es, como uno podría pensar a partir de la lectura de estudios recientes, el salvador de nuestras ciudades. El término fue acuñado con la intención fundamental de describir los efectos disruptivos de las clases medias cuando llegan a los barrios de clases trabajadoras; con ese espíritu crítico se investigó durante muchos años. Desde entonces se han apropiado de ese término aquellos que pretenden encontrar y recomendar soluciones rápidas a problemas urbanos complejos, despolitizándolos en casos extremos por no decir algo más. En dos barrios de Chicago, Brown-Saracino (2004: 153) se refiere a un proceso de «protección social» definido como «la decisión culturalmente motivada de determinadas personas con un nivel educativo alto de vivir en el centro de la ciudad o en ciudades pequeñas», a fin de vivir en una comunidad auténtica encarnada por la presencia sostenida de los veteranos de la zona. A pesar de los esfuerzos de aquellos con altos niveles educativos por proteger a los «veteranos» del desplazamiento, uno tiene que preguntarse a qué intereses sirve evitar el término gentrificación cuando se capta claramente que es esto lo que ha estado ocurriendo en

21 Como yo lo veo, y en homenaje al politólogo alemán del que hablé al principio de este artículo, lo único positivo de la gentrificación es que resulta fácil encontrar una buena taza de café cuando se realiza el trabajo de campo.

gran parte de los barrios de las «metrópolis del capital» (Wyly y Hammel, 2000). ¿Será un signo de la escala y la continua amenaza de la gentrificación en Chicago que los «conservacionistas» sociales quieran ahora proteger la autenticidad que las empresas inmobiliarias y los medios les vendieron?

La expulsión de la perspectiva crítica resulta muy grave para las personas cuyas vidas se ven afectadas por una reinversión diseñada en provecho de la colonización de la clase media de los barrios céntricos. Las evidencias cualitativas establecen, más allá de las controversias, que la gentrificación provoca un trastorno en la comunidad y una carestía de vivienda asequible para la gente de clase trabajadora. ¿Qué otra cosa podría ser más que una crisis, dadas las crecientes desigualdades producidas por el sistema de flujos cambiantes de capital sobre los que la gentrificación florece? Además, y en contraste a lo que los periodistas plantean, informados por investigadores algo menos críticos del proceso, la gentrificación no es lo contrario de, ni el remedio para, la «decadencia» urbana:

> La gentrificación no es un tratamiento milagroso, pero no es una enfermedad. Tal y como Larry Bourne me dijo una vez, de acuerdo con la moda diplomática, «ciertamente parece mejor que la alternativa» de una decadencia apocalíptica, constante y generalizada. Como proceso y resultado final, es lo mejor que tenemos.
>
> Whyte (2005)

Quizás, una victoria clave para los opositores de la gentrificación, consista en encontrar formas para comunicar de un modo más efectivo que la alternativa entre una intolerable desinversión y deterioro, y la reinversión y el desplazamiento, es realmente una falsa opción para las comunidades de bajos ingresos (DeFilippis, 2004: 89), y que el progreso comienza cuando se acepta que la gentrificación es un problema y no una solución a la pobreza y al deterioro urbano. Tal y como han mostrado organizaciones comunitarias como el Comité de la Quinta Avenida de Brooklin (véase Slater, 2004a), es posible utilizar el apoyo de los residentes de barrios gentrificados y emplear los resultados de la investigación para encontrar formas de trabajar fuera, siempre que sea posible, de las constricciones que obligan las transacciones de mercado e insistir en los derechos humanos y morales así como en la vivienda asequible. En definitiva, la tarea de aquellos académicos interesados en resistir contra la gentrificación y luchar por el reestablecimiento de la perspectiva crítica se puede describir de la siguiente manera:

> El pensamiento crítico debe, con rigor y entusiasmo, desmontar las falsas evidencias, revelar los subterfugios, desenmascarar las mentiras y señalar las contradicciones lógicas y prácticas del discurso del Rey Mercado y del capitalismo triunfante que se extiende por todas partes por la fuerza de su propia evidencia, a raíz del brutal desplome de la estructura bipolar del mundo desde 1989 y la asfixia del proyecto socialista (así como su corrupción por gobiernos supuestamente de izquierdas convertidos de facto a la ideología neoliberal). El pensamiento crítico debe plantear incansablemente la pregunta de los costes sociales y de los beneficios sociales de las políticas de desregulación y desmantelamiento social que son ahora presentadas como un camino seguro hacia la prosperidad eterna y la felicidad suprema bajo la protección de la «responsabilidad individual» —que es otro nombre para la irresponsabilidad colectiva y el egoísmo mercantil—. [E]l primer objetivo histórico del pensamiento crítico [consiste en] cuestionar constantemente los hechos y los marcos del debate cívico con el fin de darnos la oportunidad de pensar el mundo, en lugar de ser pensados por él, para desarmar y comprender sus mecanismos, y por lo tanto volver a apropiárnoslo intelectual y materialmente.
>
> Wacquant (2004: 101)

Bibliografía

Atkinson, R. (2000), «Measuring gentrification and displacement in Greater London», *Urban Studies*, núm. 37 (1), pp. 149–65.

Atkinson, R. (2002), «Does gentrification help or harm urban neighbourhoods? An assessment of the evidence-base in the context of the new urban agenda», Centre for Neighbourhood, Research Paper, núm 5. Disponible en: http://www.bristol.ac.uk/sps/cnrpapersword/cnr5pap.doc [acceso el 8 de febrero de 2006].

Atkinson, R. (2003), «Introduction: misunderstood saviour or vengeful wrecker? The many meanings and problems of gentrification», *Urban Studies*, núm. 40 (12), pp. 2343–50.

Atkinson, R. y G. Bridge (eds.) (2005), *Gentrification in a global context: the new urban colonialism*, Londres, Routledge.

Badcock, B. (2001), «Thirty years on: gentrification and class changeover in Adelaide's inner suburbs, 1966-96», *Urban Studies*, núm. 38, pp. 1559-1572.

Beauregard, R. (1990), «Trajectories of neighbourhood change: the case of gentrification», *Environment and Planning A*, núm. 22, pp. 855-874.

Blomley, N. (2004), *Unsettling the city: urban land and the politics of property*, Nueva York, Routledge.
Boddy, M. (en prensa), «Designer neighbourhoods: new-build residential development in non-metropolitan UK cities, the case of Bristol», *Environment and Planning A*.
Boddy, M. y C. Lambert (2002), *Transforming the city: post-recession gentrification and re-urbanisation*, trabajo presentado al Upward Neighbourhood Trajectories conference, University of Glasgow, 27 de septiembre de 2002.
Bondi, L. (1999a), «Gender, class, and gentrification: enriching the debate», *Environment and Planning D: Society and Space*, núm. 17, pp. 261-282.
_____ (1999b) «Between the woof and the weft: a response to Loretta Lees», *Environment and Planning D: Society and Space*, núm. 17, pp. 253-260.
Bourdieu, P. y L. Wacquant (2001), «Neoliberal newspeak: notes on the new planetary vulgate», *Radical Philosophy*, núm. 105, pp. 2-5.
Brenner, N. y N. Theodore (2002), «Cities and the geographies of "actually existing neoliberalism"», *Antipode*, núm. 34, pp. 349-379.
Bridge, G. (2001), «Bourdieu, rational action and the time-space strategy of gentrification», *Transactions of the Institute of British Geographers*, núm. 26, pp. 205-216.
_____ (2003), «Time–space trajectories in provincial gentrification», *Urban Studies*, núm. 40 (12), pp. 2545-2556.
Bromley, R., A. Tallon y C. Thomas (2005), «City-centre regeneration through residential development: contributing to sustainability», *Urban Studies*, núm. 42 (13), pp. 2407-2429.
Brown-Saracino, J. (2004), «Social preservationists and the quest for authentic community», *City and Community*, núm. 3 (2), pp. 135-156.
Butler, T. (2003), «Living in the bubble: gentrification and its 'others' in London», *Urban Studies*, núm. 40 (12), pp. 2469-2486.
Butler, T. y G. Robson (2001), «Social capital, gentrification and neighbourhood change in London: a comparison of three south London neighbourhoods», *Urban Studies*, núm. 38, pp. 2145-2162.
_____ (2003), «Plotting the middle-classes: gentrification and circuits of education in London», *Housing Studies*, núm. 18 (1), pp. 5-28.
Byrne, J. P. (2003), «Two cheers for gentrification», *Howard Law Journal*, núm. 46 (3), pp. 405-432.
Caulfield, J. (1989), «Gentrification and desire», *Canadian Review of Sociology and Anthropology*, núm. 26 (4), pp. 617-632.
Caulfield, J. (1994), *City form and everyday life: Toronto's gentrification and critical social practice*, Toronto, University of Toronto Press.

Clark, E. (1992), «On blindness, centrepieces and complementarity in gentrification theory», *Transactions of the Institute of British Geographers*, núm. 17, pp. 358-362.

_____ (2005), «The order and simplicity of gentrification: a political challenge» en R. Atkinson y G. Bridge (eds.), *Gentrification in a global context: the new urban colonialism*, Londres, Routledge.

Crump, J. (2002), «Deconcentration by demolition: public housing, poverty, and urban policy», *Environment and Planning D: Society and Space*, núm. 20 (5), pp. 581-596.

Curran, W. (2004), «Gentrification and the nature of work: exploring the links in Williamsburg, Brooklyn», *Environment and Planning A*, núm. 36 (7), pp. 1243-1258.

Davidson, M. y L. Lees (2005), «New-build gentrification and London's riverside renaissance», *Environment and Planning A*, núm. 37 (7), pp. 1165-1190.

DeFilippis, J. (2004), *Unmasking Goliath: community control in the face of global capital*, Nueva York, Routledge.

Duany, A. (2001), «Three cheers for gentrification», *American Enterprise Magazine*, abril-mayo, pp. 36-39.

Dyckhoff, T. (2006), «Let's move to... Kilburn, north-west London», *The Guardian Weekend*, 4 de febrero, pp. 76-77.

Florida, R. (2002), *The rise of the creative class*, Nueva York, Basic Books.

_____ «The keys to the city», *The Philadelphia Inquirer*, 22 de enero.

Freeman, L. (2005) «Displacement or succession? Residential mobility in gentrifying neighbourhoods», *Urban Affairs Review*, núm. 40 (4), pp. 463-491.

Freeman, L. y F. Braconi (2002), «Gentrification and displacement», *The Urban Prospect*, núm. 8.1, núm. 1-4.

_____ (2004), «Gentrification and displacement: New York City in the 1990s», *Journal of the American Planning Association*, núm. 70.1, pp. 39-52.

Glass, R. *et al*. (1964), «Introduction» en University of London, Centre for Urban Studies (ed.), *London: aspects of change*, Londres, MacGibbon and Kee.

Hackworth, J. (2002), «Post-recession gentrification in New York City», *Urban Affairs Review*, núm. 37, pp. 815-43.

Hackworth, J. y N. Smith (2001), «The changing state of gentrification», *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie*, núm. 92, pp. 464-77.

Hamnett, C. (1984), «Gentrification and residential location theory: a review and assessment» en D. Herbert y R. J. Johnston (eds.), *Geography and the urban environment: progress in research and applications*, Nueva York, Wiley and Sons.

_____ «The blind men and the elephant: the explanation of gentrification», *Transactions of the Institute of British Geographers*, núm. 16, pp. 173–89.

_____ (2003), «Gentrification and the middle-class remaking of inner London, 1961–2001», *Urban Studies*, núm. 40 (12), pp. 2401-2426.

Hartman, C., D. Keating y R. LeGates (1982), *Displacement: how to fight it. National Housing Law Project*, Washington (DC).

Karsten, L. (2003), «Family gentrifiers: challenging the city as a place simultaneously to build a career and to raise children», *Urban Studies*, núm. 40, pp. 2573-2585.

Laska, S. y D. Spain (eds.) (1980), *Back to the city: issues in neighborhood renovation*, Nueva York, Pergamon.

Lees, L. (1994), «Gentrification in London and New York: an Atlantic gap?», *Housing Studies*, núm. 9 (2), pp. 199-217.

Lees, L. (2003a), «Visions of 'urban renaissance': the Urban Task Force Report and the Urban White Paper» en R. Imrie y M. Raco (eds.), *Urban renaissance? New labour, community and urban policy*, Bristol, Policy Press.

Lees, L. (2003b), «Policy (re)turns: gentrification research and urban policy - urban policy and gentrification research», *Environment and Planning A*, núm. 35, pp. 571-574.

Ley, D. (1980), «Liberal ideology and the post-industrial city», *Annals of the Association of American Geographers*, núm. 70, pp. 238-258.

Ley, D. (1987), «The rent-gap revisited», *Annals of the Association of American Geographers*, núm. 77, pp. 465-468.

Ley, D. (1996), *The new middle class and the remaking of the central city*, Oxford, Oxford University Press.

_____ (2003), «Artists, aestheticisation and the field of gentrification», *Urban Studies*, núm. 40 (12), pp. 2527–2544.

_____ (2004) «Transnational spaces and everyday lives», *Transactions of the Institute of British Geographers*, núm. 29 (2), pp. 151-164.

Marcuse, P. (1985a), «To control gentrification: anti-displacement zoning and planning for stable residential districts», *Review of Law and Social Change*, núm. 13, pp. 931-945.

_____ (1985b) «Gentrification, abandonment and displacement: connections, causes and policy responses in New York City», *Journal of Urban and Contemporary Law*, núm. 28, pp. 195-240.

_____ (1999), «Comment on Elvin K. Wyly and Daniel J. Hammel's "Islands of decay in seas of renewal: housing policy and the resurgence of gentrification"», *Housing Policy Debate*, núm. 10, pp. 789-797.

____ (2005), *On the presentation of research about gentrification*, Department of Urban Planning, Nueva York, Columbia University.

Newman, K. y E. Wyly (2005), «Gentrification and resistance in New York City», *Shelterforce Magazine Online*, núm. 142. Disponible en: http://www.nhi.org/online/issues/142/gentrification.html [acceso el 23 de agosto de 2006].

_____ (2006) «The right to stay put, revisited: gentrification and resistance to displacement in New York City», *Urban Studies*, núm. 43 (1), pp. 23-57.

Palen, J. y B. London (eds.) (1984), *Gentrification, displacement and neighbourhood revitalization*, Albany (NY), SUNY Press.

Peck, J. (2005), «Struggling with the creative class», *International Journal of Urban and Regional Research*, núm. 29 (4), pp. 740-770 [ed. cast.: en este volumen].

Podmore, J. (1998) «(Re)reading the «loft living" habitus in Montreal's inner city», *International Journal of Urban and Regional Research*, núm. 22, pp. 283-302.

Redfern, P. (2003), «What makes gentrification "gentrification"?», *Urban Studie*s, núm. 40 (12), pp. 2351-2366.

Robson, G. y T. Butler (2001), «Coming to terms with London: middle-class communities in a global city», *International Journal of Urban and Regional Research*, núm. 25, pp. 70-86.

Rofe, M. (2003), «"I want to be global": theorising the gentrifying class as an emergent elite global community», *Urban Studies*, núm. 40, núm. 2511-2526.

Rose, D. (1984), «Rethinking gentrification: beyond the uneven development of Marxist urban theory», *Environment and Planning D: Society and Space*, núm. 1, pp. 47-74.

Rose, D. (2004), «Discourses and experiences of social mix in gentrifying neighbourhoods: a Montreal case study», *Canadian Journal of Urban Research*, núm. 13 (2), pp. 278-316.

Schill, M. y R. Nathan (1983), *Revitalizing America's cities: neighborhood reinvestment and displacement*, Albany (NY), SUNY Press.

Skifter-Anderson, H. (1998), «Gentrification or social renewal? Effects of public supported housing renewal in Denmark», *Scandinavian Housing and Planning Research*, núm. 15, pp. 111-128.

Slater, T. (2002), «Looking at the 'North American City' through the lens of gentrification discourse», *Urban Geography*, núm. 23, pp. 131–53.

_____ (2004a), «North American gentrification? Revanchist and emancipatory perspectives explored», *Environment and Planning A*, núm. 36 (7), pp. 1191-1213.

_____ (2004b), «Municipally-managed gentrification in South Parkdale, Toronto», *The Canadian Geographer*, núm. 48 (3), pp. 303-325.

_____ (2005), «Gentrification in Canada's cities: from social mix to social «tectonics"», en R. Atkinson y G. Bridge (eds.), *Gentrification in a global context: the new urban colonialism*, Londres, Routledge.

Slater, T., W. Curran y L. Lees (2004), «Gentrification research: new directions and critical scholarship. Guest editorial», *Environment and Planning A*, núm. 36 (7), pp. 1141-1150.

Smith, N. (1986), «Gentrification, the frontier and the restructuring of urban space» en N. Smith y P. Williams (eds.), *Gentrification of the city*, Londres, Unwin Hyman.

_____ (1987a) «Of yuppies and housing: gentrification, social restructuring and the urban dream», *Environment and Planning D: Society and Space*, núm. 5, pp. 151-172.

_____ (1987b), «Gentrification and the rent-gap», *Annals of the Association of American Geographers*, núm. 77 (3), pp. 462-465.

_____ (1992), «Blind man's buff, or Hamnett's philosophical individualism in search of gentrification?», *Transactions of the Institute of British Geographers*, núm. 17, pp. 110-115.

_____ (1996), *The new urban frontier: gentrification and the revanchist city*, Londres, Routledge [ed. cast.: *La nueva frontera urbana. Ciudad revanchista y gentrificación*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2012].

_____ (2002), «New globalism, new urbanism: gentrification as global urban strategy», *Antipode*, núm. 34, pp. 427-450 [ed. cast.: en este volumen].

_____ (2005), «There's no such thing as a natural disaster. Understanding Katrina: perspectives from the social sciences», *Social Science Research Council*. Disponible en: http://understandingkatrina.ssrc.org/Smith/ [acceso el 8 de febrero de 2006].

Smith, N. y J. DeFilippis (1999), «The reassertion of economics: 1990s gentrification in the Lower East Side», *International Journal of Urban and Regional Research*, núm. 23, pp. 638-653.

Smith, N. y P. Williams (eds.) (1986), *Gentrification of the city*, Londres, Allen y Unwin.

Sumka, H. (1979), «Neighborhood revitalization and displacement: a review of the evidence», *Journal of the American Planning Association*, núm. 45, pp. 480-487.

Tallon, A. y R. Bromley (2004), «Exploring the attractions of city centre living: evidence and policy implications in British cities», *Geoforum*, núm. 35 (6), pp. 771-787.

Tickell, A. y J. Peck (2003), «Making global rules: globalisation or neoliberalization?» en J. Peck y H. W.-C. Yeung (eds.), *Remaking the global economy*, Londres, Sage.

Van Criekingen, M. (2006), «Migration and the effects of gentrification: a Brussels perspective», manuscrito, Department of Human Geography, Bélgica, Universite Libre de Bruxelles.

Van Weesep, J. (1994), «Gentrification as a research frontier», *Progress in Human Geography*, núm. 18, pp. 74-83.

Wacquant, L. (2004), «Critical thought as solvent of doxa», *Constellations*, núm. 11.1, pp. 97-101.

Whyte, M. (2005), «Less crime, busy streets are bad things?», *The Toronto Star*, 4 de diciembre.

Wyly, E. y D. Hammel (1999), «Islands of decay in seas of renewal: urban policy and the resurgence of gentrification, *Housing Policy Debate*, núm. 10, pp. 711-771.

_____ (2000), «Capital's metropolis: Chicago and the transformation of American housing policy», *Geografiska Annaler B*, núm. 82.4, pp. 181-206.

_____ (2001) «Gentrification, housing policy, and the new context of urban redevelopment» en K. Fox-Gotham (ed.), *Critical perspectives on urban redevelopment*, vol. 6, Nueva York, Elsevier Science.

Zukin, S. (1982), *Loft living: culture and capital in urban change*, New Brunswick (NJ), Rutgers University Press.

Zukin, S. y E. Kosta (2004), «Bourdieu Off-Broadway: managing distinction on a shopping block in the East Village», *City and Community*, núm. 3 (2), pp. 101-14

4. Reubicar la gentrificación: clase trabajadora, ciencia y Estado en la reciente investigación urbana

Loïc Wacquant

El provocativo artículo de Tom Slater «La expulsión de las perspectivas críticas de la investigación sobre gentrificación» es una oportuna llamada de atención a los estudiosos de la clase, el espacio y la política en la ciudad. El texto señala el sorprendente giro y la problemática tendencia de los recientes estudios sobre gentrificación, consistente en entender que la apropiación de los barrios obreros por parte de residentes y actividades de clase media y alta es cada vez más, y de forma sistemática, un bien colectivo e incluso una bendición. Al centrarse de manera limitada en las prácticas y aspiraciones de los gentrificadores, mirando a través de unas gafas conceptuales de «color rosa», en detrimento, casi por completo, de la suerte que corren los ocupantes arrinconados y expulsados por la remodelación urbana, estos académicos repiten como loros la actual retórica de los empresarios y gobiernos que identifican la renovación de la metrópolis neoliberal con la llegada de un edén social de diversidad, energía y oportunidades. Pero el diagnóstico de Slater sobre los diferentes aspectos y causas de lo que podría denominarse *gentrificación de las investigaciones sobre la gentrificación,* tras el fin de la era fordista keynesiana, no profundiza lo suficiente y, por eso, su alegato en favor de «rescatar el término de manos de aquellos que han edulcorado lo que hasta hace no mucho tiempo era "una palabrota"» (Slater, 2006) corre el riesgo de no alcanzar su objetivo, ni en lo científico ni en lo político.[1]

[1] Un argumento más elaborado, del que se puede ofrecer aquí por cuestiones de espacio, discutiría los aspectos analítico y político por separado y luego procedería a unirlos. El razonamiento aplicado a la gentrificación sería el mismo que el utilizado para extraer las implicaciones de la «polarización urbana desde abajo» en la teoría social y en las políticas públicas; véase L. Wacquant (2007).

El paso de la denuncia mordaz a la celebración simplista de la gentrificación, la supresión intencionada del desplazamiento de los residentes de menor nivel socioeconómico de los centros urbanos, el anodino interés por la «mezcla social» y la eufemística invocación a la «residencialización» no son líneas argumentales aisladas, exclusivas del estudio sobre la renovación de barrios, sino que forman parte de un patrón más amplio de *invisibilidad de la clase trabajadora* en la esfera pública y en la investigación social de las últimas dos décadas. Esta eliminación, literal y metafórica, del proletariado en la ciudad se ve reforzada por la *creciente heteronomía de la investigación urbana,* a medida que ésta se vincula de una forma cada vez más estrecha a las inquietudes y los puntos de vista de los gobernantes locales y, en consecuencia, queda anclada en las agendas teóricas definidas y impulsadas por ellos. Ambas tendencias revelan, confirman y posibilitan, a su vez, *el cambio de papel del Estado,* de garante de cierta cobertura social para las poblaciones de bajos ingresos a facilitador de instalaciones y servicios empresariales para urbanitas de clase media y alta (el más importante de ellos, la limpieza del entorno construido y de las calles de aquellos detritus físicos y humanos que la reconversión económica y la reducción del bienestar lleva aparejados, a fin de convertir la ciudad en un sitio más agradable por y para el consumo burgués) (Wacquant, 2008). Voy a tratar cada uno de estos asuntos por separado, con el propósito de afinar y ampliar la exhortación de Slater a la reflexividad crítica en la investigación sobre los procesos de gentrificación.

La desaparición de la clase obrera de la esfera pública y de la investigación urbana

Podría parecer que, *ex definitionis*, cualquier estudio riguroso sobre la gentrificación reuniría las trayectorias de los antiguos residentes de clase baja y los recién llegados de clase alta en su batalla por el destino del barrio remodelado, ya que este tipo de nexo constituye el corazón mismo del fenómeno (Glass, 1964; y L. Lees, T. Slater y E. Wyly, 2007). Sin embargo, Slater (2006) nos informa de que los desplazamientos sociales y espaciales causados por la mejora de estos barrios prácticamente han desaparecido de las investigaciones recientes; argumentan que «la razón por la cual el desplazamiento en sí mismo ha quedado desplazado es esencialmente metodológica». No obstante, la ausencia física de los desalojados del vecindario a duras penas explica por qué los investigadores no amplían su campo de observación para captar sus peregrinaciones a través del espacio urbano o recurren a distintas metodologías (tales como el seguimiento de un grupo de antiguos habitantes o el relato de historias de vida prolongadas en el tiempo) para documentar el turbulento

crisol residencial que se aloja en el fondo de la estructura urbana. ¡Sin duda, estos obstáculos «metodológicos» no fueron un obstáculo para la primera generación de estudiosos sobre la gentrificación! La desaparición empírica de la clase trabajadora, exiliada de la literatura sobre la renovación de barrios urbanos, no es el resultado de técnicas de investigación defectuosas: refleja la fragmentación objetiva de la clase obrera industrial, de la encarnación histórica en la que la hemos conocido durante el largo siglo de industrialismo (entre 1870 y 1970) y que culmina con la maduración conjunta del régimen de producción fordista y del Estado keynesiano, así como su correlativa marginación de los campos político e intelectual.

Con la desindustrialización y el desplazamiento hacia el empleo terciario desregulado, la propagación del desempleo masivo y la inestabilidad laboral, y la universalización de la educación como medio de acceso incluso a puestos de trabajo no cualificados, la unificada y compacta clase trabajadora, que ocupó el lugar central de la escena histórica hasta la década de 1970, se ha marchitado, fragmentado y dispersado. Incluidos los empleados de servicios de bajo nivel, los trabajadores siguen constituyendo la mayoría de la población activa en casi todos los países avanzados (véase O. Marchand y C. Thélot, 1997; y E. O. Wright, 1997), pero su morfología ha sido reconstruida por crecientes divisiones de acuerdo con las habilidades personales, la situación laboral y las estrategias de reproducción, así como por la dispersión espacial. Muchas familias de clase trabajadora han abandonado las viviendas públicas, se han asentando en suburbios unifamiliares o han emigrado fuera de la ciudad en busca de alojamientos más baratos. Más importante aún, estos cambios morfológicos se han acompañado de una *desmoralización colectiva y de una devaluación simbólica* en el debate cívico y científico, a medida que los sindicatos entraban en declive y los partidos de izquierda se desplazaban a la derecha. Las clases medias educadas y los «barones» de los sectores financieros, culturales y tecnológicos, que dirigen el capitalismo neoliberal, ocupan ahora el centro tanto cultural como electoral; sus puntos de vista y aspiraciones dominan la discusión pública y orientan las acciones de políticos y de gobiernos por igual. Hay trabajadores, sin duda, pero la clase obrera como tal está pasada de moda, inescrutable y relegada, si no invisible.[2]

En lugar de seguir la pista a los mecanismos y modalidades de esta *descomposición de clase* y sus correlatos espaciales con el brío con el que se abordaron los conflictos y la consolidación de clase en una época anterior, los investigadores han

2 A fin de constatar el brutal contraste con la centralidad de la que gozaba la clase obrera en las investigaciones de una época anterior, inspiradas en el marxismo, léase la contabilidad analítica de Katznelson (1992) sobre cómo «las clases trabajadoras dibujan el mapa de la ciudad».

abandonado todo entusiasmo a la hora de sondear cómo el desclasamiento y la precarización moldean al emergente proletariado urbano en el cambio de siglo. De este modo, los estudios clásicos sobre «la clase obrera tradicional de los barrios» diseccionada por Topalov (2003) han desaparecido para ser reemplazados por investigaciones sobre etnia y segregación, por un lado, y sobre pobreza urbana y delincuencia callejera por el otro. Por cada libro sobre barrios de clase baja centrados en la estructura social y la vida cotidiana de los trabajadores (Schwartz, 1990; Kefalas, 2003) hay una docena que tratan sobre el aislamiento racial, la tensión étnica y la reproducción cultural (por ejemplo: J. Hartigan, 1999; M. Small, 2004; R. L. Sharman, 2006; Wilson y Taub, 2006) y otra docena sobre inmigración, violencia y economía sumergida (como P. Bourgois, 1995; Lepoutre y Cannoodt, 2005; Smith, 2005; Venkatesh, 2006).

En la parte inferior del orden metropolitano, el lenguaje de clase ha sido suplantado por términos como *underclass* en Estados Unidos y «exclusión» en Europa Occidental, allí donde los barrios obreros han sufrido un proceso involutivo, y por «regeneración» y «renacimiento» en aquellas zonas ocupadas por las clases más altas en su retorno a la ciudad dual. Cuando los investigadores sobre gentrificación ignoran las tribulaciones de la clase trabajadora residente, desplazada por el incremento de las rentas, la reducción de las opciones de acceso a la vivienda y el apoyo estatal al desarrollo empresarial y al asentamiento de las clases medias, sólo están siguiendo el patrón general de ceguera de clase, incluso cuando esas desigualdades de clase se agudizan delante de sus propios ojos.[3]

La creciente heteronomía de la investigación urbana

La desintegración de la clase obrera industrial no es la única causa de su virtual desaparición de la investigación social y de la reencarnación de sus territorios habituales en las figuras del «gueto étnico» y de las difamadas áreas de vicio y violencia (Wacquant, 2007). Aquí está en juego otro factor importante: la subordinación creciente de la investigación urbana a las preocupaciones, categorías y estados de ánimo de los generadores de opinión y políticas públicas.

3 Desde el año 2000, esta revista ha publicado solamente un artículo con las palabras «clase trabajadora» en su título (Watt, 2006), de un total de nueve con la palabra «clase» (casi siempre calificada por «media» o su equivalente). Curiosamente, entre los términos más frecuentes en los títulos se encuentra global, globalización, gobernabilidad, exclusión, escala, movimiento social, red, empresa y grupo étnico, es decir, los ingredientes básicos del «nuevo lenguaje neoliberal». Véase Bourdieu y Wacquant (2001).

Veintitantos años atrás, las investigaciones sobre clase y cultura urbana estaban marcadas por las luchas entre escuelas teóricas que competían por el dominio intelectual: la ecología humana, el marxismo, la economía política weberiana y una insurgente corriente culturalista alimentada por las teorías sobre la identidad, el feminismo y el postmodernismo (véase Logan y Molotch, 1987; Hayden, 1986 y Walton, 1996). Sin embargo, en el nuevo clima de desencanto político y de retirada del Estado, generado simultáneamente por el colapso de la Unión Soviética y por la hegemonía creciente del neoliberalismo, el radicalismo intelectual se retiró y luego se separó de la realidad. Las «falsas promesas del marxismo» y el «espejismo del giro cultural» (dicho con palabras de Michael Storper, 2001) dejaron un enorme vacío teórico que fue rápidamente ocupado por los prosaicos encantos de la investigación dirigida hacia temas de actualidad y por la presión de buscar financiación.[4] Hoy en día, la investigación urbana está guiada fundamentalmente por las prioridades de los gestores públicos y las preocupaciones de los principales medios de comunicación. Una panorámica de las recientes investigaciones sociológicas sobre «La textura de la penuria» en la metrópolis norteamericana se abre con esta nota:

> La década comprendida entre 1995 y 2005 fue testigo de muchas nuevas vías de investigación desarrolladas por sociólogos cualitativos interesados en la pobreza. La reforma de la Seguridad Social, aprobada por el Congreso de EEUU en 1996, atrajo la atención al mundo del empleo de baja remuneración; periodistas e investigadores por igual se dieron cuenta de que la pobreza era tanto (o más) una cuestión de ingresos inadecuados que de dependencia de la asistencia social. Surgieron así los empleadores como actores cuyas expectativas, orientaciones normativas y distancia cultural del mundo de los bajos salarios jugaban un papel importante a la hora de clasificar a los solicitantes de empleo como triunfadores o excluidos / fracasados; y así también los investigadores prestaron una atención renovada a los patrones de formación familiar entre los más pobres.
>
> Newman y Massengill (2006)

[4] El análisis de Milicevic (2001) sobre la «des-radicalización» de la Nueva Sociología Urbana de la década de 1960 y 1970 podría ampliarse, con apreciaciones adecuadas (que pasan del nivel de las interacciones personales al de la estructura de posiciones en el campo intelectual), de Gran Bretaña a Francia y a Estados Unidos.

«La reforma de la Seguridad Social atrajo la atención»: este fragmento dice mucho acerca de cómo los acontecimientos políticos y las partidas financieras que los rodean determinan la agenda intelectual. En la década de 1980, la *underclass* había llegado a monopolizar la atención de los investigadores estadounidenses, seduciendo primero a fundaciones filantrópicas y luego a periodistas y políticos con sus repugnantes connotaciones raciales y morales (Katz, 1989). Después de 1996, este interés fue sumariamente rechazado, de la noche a la mañana y sin protestas, por la escena académica para hacerle un hueco a los valientes trabajadores con bajos salarios que hacían la transición de la seguridad social al empleo, las familias que los apoyaban, los empleadores que se apresuraban o se resistían a contratarles y los burócratas que supervisaban su carrera profesional (Jencks y Peterson, 2003). En la Unión Europea, el objetivo de Bruselas en torno al programa socioeconómico sobre exclusión e integración alejó a los investigadores del estudio del desempleo masivo y su impacto territorial hacia la nueva problemática burocrática de la «exclusión» y la «integración». En Francia, los Países Bajos, Alemania y Bélgica, las tensiones políticas en torno a la inmigración postcolonial y el deterioro de la vivienda pública han impulsado una ola de estudios y programas de evaluación de políticas sobre «mezcla social en barrios», «construcción de comunidades» y lucha contra el crimen, centrados en barrios obreros, pero evitando a propósito las bases socioeconómicas de la degradación urbana. Todo ello de acuerdo con el objetivo de los políticos de desplegar el territorio, la etnia y la inseguridad como pantallas que oculten la des-socialización del trabajo asalariado y su impacto en las estrategias de vida y en los espacios del proletariado emergente (L. Wacquant, 2006).

Así cuando los investigadores sobre gentrificación ofrecen relatos optimistas sobre la «renovación» de los barrios como una «solución urbana» a los males de la decadencia socioespacial, hombro con hombro con los puntos de vista de las élites gubernamentales y empresariales, se encuentran caminando en buena compañía: el suyo es solo un caso agudo de la enfermedad común de la heteronomía, que afecta con creciente virulencia a grandes sectores de la investigación social en general y de la investigación urbana en particular.[5]

5 Por supuesto, el tira y afloja entre autonomía y heteronomía está en sí mismo atravesado por tensiones y contradicciones que requieren ser delimitadas. Pero el péndulo ha oscilado definitivamente a favor de esta última. En Francia, por ejemplo, los sociólogos urbanos se han trasladado del «polo crítico» al «polo técnico» y de las orientaciones académicas a las profesionales (véase Lassave, 1997); si bien la generación estructuralista se definió a sí misma a través de la subversión sistemática de las demandas del Estado, en gran medida sus actuales seguidores las han acompañado o incluso anticipado. La mutación de la obra de Jacques Donzelot, de una crítica foucaltiana a la disciplina estatal a la defensa del Estado como «animador de sociabilidad vecinal», es símbolo de esta deriva colectiva.

El Estado como promotor habitacional y agente de limpieza urbana

Es revelador que el volumen 26 de la *International Encyclopedia of Social and Behavioral Science*, editada por Neil Smelser y Baltes Paul (2004), no contenga una entrada sobre «gentrificación». El término aparece como un subtema bajo las entradas de «revitalización de los barrios y desarrollo comunitario» y «barrio», donde se puede leer:

> Dentro del partenariado público-privado, el fenómeno más destacado es el de la gentrificación, esto es, la entrada de residentes de clases medias-altas en barrios de bajos ingresos, por lo general en las proximidades de los radiantes distritos financieros del centro de las ciudades. A pesar de que a menudo se localiza y muchas veces se denuncia el desplazamiento de los antiguos residentes pobres, los procesos de gentrificación han sido alentados por los ayuntamientos de Europa y EEUU, especialmente a través de la habilitación de regulaciones y de deducciones fiscales. Otro proceso de este tipo es la renovación de viviendas y barrios por parte de los propios residentes, donde la población local invierte sus recursos en la mejora de sus condiciones de vida, y habitualmente logra recibir al menos alguna ayuda de organismos sociales y públicos. Por último, pero no menos importante, está el fenómeno de la renovación de barrios por parte de inmigrantes […] Lo que es común a los tres procesos es que por lo general comienzan como inversiones privadas espontáneas que más tarde reciben algún tipo de apoyo de los organismos públicos locales. Juntos están cambiando parte de nuestras viejas ciudades y barrios.
>
> Carmon (2004: 10493)

Cito este artículo no sólo porque confirma la tesis principal de Slater sino porque, a la vez que subestima el papel de los organismos públicos, minusvalora enormemente su oportunidad, su alcance y sus efectos. Ya es hora de que los estudiosos de la gentrificación reconozcan que el principal motor detrás de la relocalización de personas, recursos e instituciones en la ciudad es el Estado.

Slater (2006: 746-747) enumera entre las causas de la desaparición de las perspectivas críticas sobre los procesos de gentrificación «la resiliencia de las disputas teóricas» que han estancado y esterilizado el debate. Sin embargo, la ritualizada oposición entre la explicación económica de Neil Smith y la postura culturalista de David Ley, entendida por Slater como la figura teórica dominante en la

investigación sobre gentrificación, es un punto problemático de su argumentación, precisamente por lo que deja de lado: a los políticos, a la política y al Estado. Tanto la «tesis de la renta diferencial» apoyada por los análisis neo-marxistas,[6] como el enfoque de la «distinción cultural» adoptado por los estudiosos neo-weberianos o postmodernos (que invocan la fraseología de Bourdieu tan rápidamente como hacen caso omiso de sus principios teóricos) o las tesis de la globalización inspiradas por Saskia Sassen dejan de lado el papel fundamental del Estado en la producción no solo del espacio, sino del espacio de los consumidores y los promotores de vivienda. Logan y Molotch (1987) tenían razón al insistir en que los lugares no son mercancías normales sino campos de batalla entre el valor de uso y el valor de cambio, pero no fueron lo suficientemente lejos en su especificación de los parámetros de esa batalla y, de acuerdo con el sentir común estadounidense, subestimaron enormemente el peso del Leviatán en ella. Pierre Bourdieu (2001) ha demostrado en *Las estructuras sociales de la economía* que la vivienda es «el producto de una doble construcción social a la que el Estado contribuye de manera crucial» dando forma al universo de los constructores y los vendedores a través de la fiscalidad, la financiación bancaria y las políticas de regulación, en el ámbito económico; así como modelando las disposiciones y capacidades de los compradores de vivienda (incluyendo la propensión a alquilar o a comprar) en el ámbito social.

Esta doble estructuración estatal del «mercado» de la vivienda es después triplicada, por muy débiles que sean sus agencias, por el manejo político de la planificación urbana y regional. Y esto porque, tal y como nos recordaron Tedd Gurr y Desmond King (1987) hace dos décadas, «los que ostentan y utilizan el poder del Estado *pueden* permitir que el destino de las ciudades se determine principalmente en el sector de la economía privada, pero esto es más una cuestión de elección que una necesidad insalvable». El peso del Estado central y del poder local es aún más decisivo en los barrios de clase baja, en la medida en que los trabajadores y los pobres son más dependientes de las políticas públicas para acceder al alquiler social de vivienda (Harloe, 1995). Pero el papel del Estado en la gentrificación apenas se detiene en la construcción y distribución de la vivienda o en la determinación del abanico de compradores de casas: se extiende a toda la gama de políticas que afectan a la vida urbana, desde el mantenimiento de las infraestructuras a las escuelas y el transporte, de la prestación de servicios culturales a la vigilancia policial. Sin las agresivas campañas de vigilancia policial en las calles desplegadas durante la última década (Herbert, 2006; Wacquant, 2008), impulsadas por la expansión del Estado penal, dentro y alrededor de los barrios en declive, las clases

[6] Véanse, además de Neil Smith y entre otros, Lipietz, Topalov o Scott. [N. de E.]

medias no podrían haberse trasladado al centro de las ciudades y la gentrificación no se habría desarrollado más allá de dispersas «islas de revitalización en medio de mares de decadencia» (Carnon, 2004). En términos más generales, el cambio histórico del Estado keynesiano de la década de 1950 al Estado neo-darwinista *fin de siècle,* que practica el neoliberalismo económico por arriba y el paternalismo punitivo por abajo, supone un cambio radical en el encuadre político de los procesos de renovación de los barrios. Aquí la literatura sobre gentrificación examinada por Slater reproduce, para estas áreas, la tendencia general propia de la política pública de *invisibilizar a los pobres urbanos*, ya sea dispersándolos (como hace con la demolición y disgregación de la vivienda pública) o confinándolos en espacios reservados (las estigmatizadas «zonas de perdición» y el sistema penitenciario en expansión al que se encuentran vinculados sobremanera).

Conclusión

Para construir mejores modelos del cambiante nexo entre clase social y espacio en el seno de la ciudad, es necesario algo más que un renovación del espíritu crítico que animó a los pioneros de las investigaciones sobre gentrificación; más allá del sentimiento de lealtad intelectual y respeto por su compromiso político, tenemos que reubicar la gentrificación en un marco analítico de mayor amplitud y fortaleza. En primer lugar, hay que revitalizar y revisar el análisis de clase para poder captar la (de)formación del proletariado postindustrial e inscribir la evolución de los «barrios revitalizados» dentro del conjunto de todas las estructuras del espacio social y urbano así como de sus correspondientes transformaciones. En segundo lugar, debemos resistir mejor a la seducción de las problemáticas prefabricadas por la política y hacer avanzar agendas de investigación que tengan una mayor carga teórica y muestren una mayor distancia con respecto a los imperativos procedentes de los gobernantes de la ciudad. Y, en tercer lugar, tenemos que poner en un lugar central al Estado como generador de la desigualdad socioespacial en la metrópolis dualizada. Porque, al igual que el destino de los barrios relegados y arrinconados en la parte inferior del sistema (Wacquant, 2007), la trayectoria de los barrios gentrificados en el siglo XXI está también *económicamente infradeterminada y políticamente sobredeterminada*. Nos corresponde a nosotros, pues, restablecer la primacía de lo político en nuestros esfuerzos por diseccionar, en el análisis, y redirigir, en la práctica, la transformación social de la ciudad neoliberal.

Bibliografía

Bourdieu, P. ([2001] 2005), *The Social Structures of the Economy,* Cambridge, Polity Press [ed. cast.: *Las estructuras sociales de la economía*, Barcelona, Anagrama, 2003].

Bourdieu, P. y L. Wacquant (2001), «Neoliberal Newspeak», *Radical Philosophy,* núm. 105, pp. 2-5 [ed. cast.: Pierre Bourdieu, *Intervenciones, 1961-2001. Ciencia social y acción política*, Hondarribia, Editorial Hiru, 2004, pp. 545-553].

Bourgois, P. (1995), *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio,* Nueva York, Cambridge University Press.

Carmon, N. (2004) «Neighborhood: General» en N. J. Smelser y P. Baltes (eds.), *International Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences,* Oxford, Elsevier.

Glass, R. (1964), *London: Aspects of Change,* Londres, McGibbon and Kee.

Gurr, T. R. y D. King (1987), *The State and the City,* Chicago, University of Chicago Press.

Harloe, D. (1995), *The People's Home? Social Rented Housing in Europe and in America,* Oxford, Basil Blackwell.

Hartigan, J. (1999), *Racial Situations: Class Predicaments of Whiteness in Detroit*, Princeton, Princeton University Press.

Hayden, D. (1986), *Redesigning the American dream: gender, housing, and family life,* Nueva York, W.W. Norton.

Hays, S. (2003), *Flat Broke with Children: Women in the Age of Welfare Reform,* Nueva York, Oxford University Press.

Herbert, S. (2006), *Citizens, Cops, and Power: Recognizing the Limits of Community,* Chicago, University of Chicago Press.

Jencks, C. y P. E. Peterson (eds.) (1991), *The Urban Underclass,* Washington (DC), The Brookings Institution.

Katz, M. B. (1989), *The Undeserving Poor: from the War on Poverty to the War on Welfare,* Nueva York, Pantheon.

Katznelson, I. (1992), *Marxism and the City,* Clarendon, Oxford University Press.

Kefalas, M. (2003), *Working-class Heroes: Protecting Home, Community, and Nation in a Chicago Neighborhood,* Berkeley, University of California.

Lassave, P. (1997), *Les sociologues et la recherche urbaine dans la France contemporaine,* Toulouse, Presses Universitaires du Mirail.

Lees, L., T. Slater y E. Wyly (2007), *Gentrification,* Londres, Routledge.

Lepoutre, D. y I. Cannoodt (2005), *Souvenirs de familles immigrées,* París, Odile Jacob.

Logan, J. R. y H. L. Molotch (1987), *Urban Fortunes: the Political Economy of Place,* Berkeley, University of California Press [ed. cast. cap. 5: en este volumen].

Marchand, O. y C. Thélot (1997), *Le travail en France,* 1800-2000, París, Nathan.

Milicevic, A. S. (2001), «Radical Intellectuals: What Happened to the New Urban Sociology?», *International Journal of Urban and Regional Research,* núm. 25 (4), pp. 759-783.

Newman, K. S. y R. Peeples Massengill (2006), «The Texture of Hardship: Qualitative Sociology of Poverty, 1995-2005», *Annual Review of Sociology,* núm. 32, pp. 423-446.

Schwartz, O. (1990), *Le Monde privé des ouvriers. Hommes et femmes du Nord,* París, Presses Universitaires de France.

Sharman, R. L. (2006), *The Tenants of East Harlem,* Berkeley, University of California Press.

Slater, T. (2006), «The Eviction of Critical Perspectives from Gentrification Research», *International Journal of Urban and Regional Research,* núm. 30 (4), pp. 737-757 [ed. cast.: cap. 3: en este volumen].

Small, M. (2004), *Villa Victoria: the Transformation of Social Capital in a Boston Barrio,* Chicago, University of Chicago Press.

Smelser, N. J. y P. B. Baltes (eds.) (2004), *International Encyclopedia of the Social and Behavioral Sciences,* Oxford, Elsevier Science.

Smith, R. (2005), *Mexican New York: Transnational Lives of New Immigrants*, Berkeley, University of California Press.

Storper, M. (2001), «The Poverty of Radical Theory Today: from the False Promises of Marxism to the Mirage of the cultural Turn», *International Journal of Urban and Regional Research,* núm. 25 (1), pp. 155-179.

Topalov, C. (2003), «“Traditional Working-class Neighborhoods”: an Inquiry into the Emergence of a Sociological Model in the 1950s and 1960s», *Osiris,* núm. 18, pp. 213-233.

Venkatesh, S.A. (2006), *Off the Books: the Underground Economy of the Urban Poor,* Cambridge, Harvard University Press.

Wacquant, L. (2006), «Ghetto, banlieues, État: réaffirmer la primauté du politique», *Nouveaux Regards*, núm. 33, pp. 62-66.

_____ (2007), *Urban Outcasts: a Comparative Sociology of Advanced Marginality,* Cambridge, Polity Press [ed. cast.: Los *condenados de la ciudad: gueto, periferias y Estado*, Buenos Aires, México, Madrid, Siglo XXI, 2007].

_____ (2008), *Punishing the Poor: the New Government of Social Insecurity,* Durham / Londres, Duke University Press [ed. cast.: *Castigar a los pobres: el gobierno neoliberal de la inseguridad social*, Barcelona, México, Santiago, Buenos Aires, Gedisa, 2010].

Walton, J. (1990), «Urban Sociology: the Contribution and Limits of Political Economy», *Annual Review of Sociology,* núm. 19, pp. 301-320.

Watt, P. (2006), «Respectability, Roughness and "Race": Neighbourhood Place Images and the Making of Working-class Social Distinctions in London», *International Journal of Urban and Regional Research,* núm. 30 (4), pp. 776-797.

Wilson, W. J. y R. Taub (2006), «There Goes the Neighborhood: Racial, Ethnic, and Class Tensions in Four Chicago Neighborhoods and their Meaning for America», Nueva York, Knopf.

Wright, E. O. (1997), *Class Counts: Comparative Studies in Class Analysis,* Cambridge, Cambridge University Press.

6. Urbanismo neoliberal. La ciudad y el imperio de los mercados

Neil Brenner, Jamie Peck y Nik Theodore

Las reglas del mercado

El eje principal de la ideología neoliberal es la creencia de que los mercados abiertos, competitivos y «no regulados», liberados de injerencias estatales y de acciones de los colectivos sociales, representan el mecanismo óptimo del desarrollo económico. Aunque el origen intelectual de esta «utopía de explotación ilimitada» (Bourdieu, 1998) se puede rastrear hasta los autores de postguerra Friedich Hayek y Milton Friedman, el neoliberalismo adquirió relevancia por primera vez a finales de los años setenta y principios de los ochenta como una respuesta política estratégica a la sostenida recesión mundial de la década anterior. Frente al descenso de rentabilidad de las industrias tradicionales de producción en masa y la crisis de las políticas del Estado de bienestar keynesiano, los gobiernos nacionales y locales del mundo industrializado comenzaron, tímidamente al principio, a desmantelar los componentes institucionales en los que se basaban los acuerdos de postguerra y a poner en marcha un conjunto de políticas públicas con la intención de expandir la disciplina de mercado, la competencia y la mercantilización a lo largo de todos los sectores de la sociedad. En este contexto, las doctrinas neoliberales se utilizaron para justificar, entre otros proyectos, la desregulación del control estatal sobre las principales industrias, la ofensiva contra los sindicatos, la reducción de los impuestos a las grandes empresas, la reducción y/o privatización de los servicios públicos, el desmantelamiento de los programas de bienestar social, el aumento de la movilidad del capital internacional, la intensificación de la competencia interterritorial y la criminalización de la pobreza urbana.

Si el thatcherismo y el reaganismo representaron una forma particularmente agresiva de reestructuración neoliberal durante los años ochenta, en países de tradición socialdemócrata o democristiana como Canadá, Nueva Zelanda, Alemania, Holanda, Francia e, incluso, Suecia, se ensayaron formas más suaves de dominio neoliberal. Tras la crisis de la deuda de los primeros años, los programas de reestructuración neoliberal se extendieron bajo los auspicios de EEUU y de otros estados del G7 para someter a los Estados periféricos y semi-periféricos a la disciplina de los mercados de capital. Las instituciones de Bretton Woods (el Tratado General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio - GATT / Organización Mundial del Comercio - OMC, el Banco Mundial - BM, y el Fondo Monetario Internacional - FMI) se transformaron en agentes del neoliberalismo transnacional y fueron movilizados para institucionalizar la extensión de las fuerzas del mercado y la mercantilización en el Tercer Mundo a través de varias rondas de ajustes estructurales y de programas de austeridad fiscal. Desde mediados de los años ochenta, con este dramático giro de la agenda política global, el neoliberalismo se ha convertido en la forma dominante de la globalización capitalista.

Este es, sin embargo, un orden dinámico asociado a mutantes estrategias de dominio de los mercados, en el que el régimen neoliberal ha demostrado ser capaz de adaptarse de manera extraordinaria a los obstáculos institucionales, las contradicciones estructurales e incluso a complicados eventos coyunturales, tales como las crisis financieras que se dieron en Asia en 1997 y en todo el mundo en 2008-2009. En estas y otras ocasiones se ha proclamado la muerte del neoliberalismo solo para, a continuación, ponerla en cuestión a la luz de algún tipo de resurgimiento, reconstitución o resurrección (Peck *et al*., 2009). Esto no significa en ningún caso que el neoliberalismo sea invencible, pero sí que las circunstancias de su evolución dinámica y su tozuda supervivencia demandan un riguroso escrutinio, sin duda también en relación con el desarrollo urbano.

Claramente, la imposición global del neoliberalismo ha sido extraordinariamente desigual, tanto social como geográficamente, y sus formas institucionales y consecuencias sociopolíticas han variado significativamente a lo largo de las distintas escalas espaciales y en cada una de las principales zonas suprarregionales de la economía mundial. Aunque no negamos el carácter policéntrico y multiescalar del neoliberalismo como proyecto geopolítico y geoeconómico, el objetivo de este texto es explorar su papel en los procesos de reestructuración *urbana*. Más allá de los parámetros nacionales y supranacionales ampliamente discutidos en la literatura de la economía geopolítica, defendemos la idea de que el neoliberalismo ha tenido un poderoso impacto en las ciudades y ciudades-región, que merece una elaboración más sistemática.

Este ensayo introductorio proporciona un primer acercamiento a la teorización y la exploración de las complejas relaciones institucionales, geográficas y sociales entre el neoliberalismo y la reestructuración urbana. Comenzamos presentando la base metodológica del enfoque geográfico de lo que denominamos «neoliberalismo realmente existente». En contraste con la ideología neoliberal que sostiene que las fuerzas del mercado operan de acuerdo con leyes inmutables, independientemente de donde se «desencadenen», este concepto enfatiza la *integración* contextual de los proyectos de reestructuración neoliberal, en la medida en que se dan en espacios nacionales, regionales y locales definidos por el legado de determinados marcos institucionales, políticas estatales, prácticas regulatorias y luchas políticas. Por lo tanto, para poder entender este «neoliberalismo realmente existente» debemos explorar, a distintas escalas, las interacciones contextuales y «dependientes de la trayectoria»[1] entre los escenarios institucionales heredados y los proyectos neoliberales emergentes de reestructuración orientada al mercado. Estas consideraciones nos llevan a la conceptualización de los procesos de neoliberalización contemporáneos como catalizadores y expresiones de una continua destrucción creativa del espacio político-económico existente que se da en múltiples escalas geográficas. Aunque los proyectos de reestructuración neoliberal de las últimas tres décadas han fracasado a la hora de producir una base de crecimiento capitalista sostenible y coherente, sin embargo, han reconfigurado profundamente la infraestructura institucional y las normas reguladoras en las que se basaba el capitalismo fordista-keynesiano. El concepto de destrucción creativa pretende describir las trayectorias, geográficamente dispares, socialmente regresivas y políticamente volátiles, del cambio institucional y espacial que han ido cristalizando bajo estas condiciones. Concluiremos discutiendo el papel de los espacios urbanos en las contradictorias y crónicamente inestables geografías del «neoliberalismo realmente existente», proponiendo la idea de que en todo el mundo capitalista

1 Existe una «dependencia de la trayectoria» (calco semántico del inglés *path-dependence*) cuando el resultado de un proceso depende de la secuencia completa de decisiones tomadas por los actores a lo largo del tiempo, y no solo de las condiciones del momento. Por ejemplo, las decisiones del Estado normalmente a cargo de la infraestructura cuyo impacto perdura muchos años. En otro artículo, «Cities and the Geographies of "Actually Existing Neoliberalism"», en *Spaces of Neoliberalism: Urban Restructuring in North America and Western Europe* (Malden, Blackwell Publishers, 2002, p. 361) de Neil Brenner y Nik Theodore, se expone: «Los programas neoliberales de reestructuración capitalista raramente, si es que ello llega a ocurrir, son impuestos de una forma pura, porque siempre están introducidos en contextos político-institucionales que han sido moldeados significativamente por regulaciones, prácticas institucionalizadas y acuerdos políticos establecidos con anterioridad. En este sentido, la evolución de toda configuración político-institucional producto de la imposición de reformas basadas en políticas neoliberales posiblemente tenga fuertes rasgos de dependencia de la trayectoria, en la cual los acuerdos institucionales existentes limiten de manera importante el alcance y la trayectoria de la reforma». [N. de T.]

desarrollado, las ciudades se han transformado en espacios de importancia geográfica estratégica en los que se han articulado diversas iniciativas neoliberales, junto a estrategias de desplazamiento y gestión de las crisis.

Hacia una economía política del «neoliberalismo realmente existente»

Los noventa fueron una década en la que el término «neoliberalismo» se convirtió en el punto de confluencia de una serie de luchas populares de amplio espectro, desde la rebelión zapatista de Chiapas y los encuentros por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, desde las huelgas masivas en Francia en 1995 hasta las protestas contra la OMC, el FMI, el Banco Mundial y el World Economic Forum en lugares como Davos, Génova, Londres, Melbourne, Bombay, Niza, Praga, Seattle, Sydney, Washington DC, Zúrich y muchos otros. Estas luchas siguen proliferando en el nuevo milenio y las fuerzas políticas anticapitalistas de todo el mundo han identificado al neoliberalismo como el objetivo de la movilización antagonista.

Parece haber poca duda entre activistas y académicos acerca de los elementos básicos del neoliberalismo como proyecto ideológico. Moody (1997: 119-120), por ejemplo, lo ha descrito concisamente como «una mezcla de fundamentalismo económico neoclásico, regulación por parte del mercado en lugar de por el Estado, redistribución económica en favor del capital (conocida como economía de la oferta), autoritarismo moral centrado en el ideal de familia, principios de libre comercio internacional (aplicados a veces de manera inconsistente) y una concienzuda intolerancia al sindicalismo». Sin embargo, como el mismo Moody entre otros reconoce, existen importantes discrepancias entre la ideología del neoliberalismo y sus operaciones políticas y efectos sociales cotidianos. Por una parte, mientras que el neoliberalismo aspira a crear una «utopía» de libre mercado, liberado de cualquier forma de injerencia estatal, en la práctica ha conllevado una drástica intensificacion de formas coercitivas y disciplinarias de intervención estatal a fin de imponer el imperio de los mercados sobre todos los aspectos de la vida social (Keil, 2002 y MacLeod, 2002). Por otra, si bien esta ideología entiende que los mercados autorregulados producirán una asignación óptima de inversiones y recursos, la práctica política neoliberal ha provocado fallos de mercado generalizados, nuevas formas de polarización social y precariedad económica, una dramática intensificación de la desigualdad espacial y continuas crisis dentro de las formas institucionales de regulación y gobernanza estatal. Resumiendo, como

explica Gill (1995: 407), «el giro neoliberal en las políticas públicas gubernamentales ha tendido a subyugar a la mayoría de la población al poder de las fuerzas del mercado mientras que preserva la protección social de los poderosos». Durante las dos últimas décadas, los efectos disfuncionales que han tenido los enfoques neoliberales de reestructuración capitalista se han manifestado en distintos campos institucionales y en una amplia variedad de escalas espaciales (Amin, 1997; Bourdieu, 1998; Gill, 1995; Isin, 1998; Jessop y Stones, 1992; Peck y Tickell, 1994). Tal y como muchos estudios han demostrado, esta brecha entre la ideología de los mercados autorregulados y la realidad cotidiana de un persistente estancamiento económico (intensificación de la desigualdad, competición interterritorial destructiva e inseguridad social generalizada) resulta particularmente obvia precisamente en aquellos contextos político-económicos en los que se han impuesto las doctrinas neoliberales en mayor grado.

De forma significativa, las múltiples discrepancias (entre ideología y práctica, doctrina y realidad, visión y consecuencia) que han acompañado la expansión transnacional del neoliberalismo no son meros efectos secundarios accidentales de este proyecto disciplinario que busca imponer una nueva «civilización mercantil» (Gill, 1995), sino más bien algunos de sus rasgos más importantes. Esta es la razón por la que un enfoque puramente «nominal» de la economía política de la reestructuración neoliberal presenta importantes limitaciones analíticas. Como sugieren Peck y Tickell (2002), nos enfrentamos no tanto a un «ismo» coherentemente delimitado con forma de sistema o «resultado final», como a un proceso en curso de *neoliberalización* irregular y contradictorio. Y así, en el actual contexto, este escurridizo y vago fenómeno que necesita de definición debe ser construido como un proceso históricamente específico, en desarrollo e internamente contradictorio, más que como un régimen de políticas, una forma ideológica o un marco regulatorio plenamente materializado. Desde esta perspectiva, si queremos comprender de manera adecuada los procesos contemporáneos de neoliberalización debemos no solo entender sus fundamentos político-ideológicos, sino también examinar sistemáticamente sus variopintas formas institucionales, las tendencias de su desarrollo, sus distintos efectos sociopolíticos y sus múltiples contradicciones.

Es más, el neoliberalismo nunca se da de forma aislada, tiende a existir en una suerte de relación parasitaria con otras formas sociales o estatales (neoconservadurismo, autoritarismo, socialdemocracia, etc.), en contextos híbridos a partir de los cuales se configuran tanto la forma como las consecuencias de las estrategias reestructuradoras (Tickell y Peck, 2003). De la misma forma que se ha desenmascarado la noción de mercado independiente y autorregulado como

un mito peligrosamente eficaz (Polanyi, 1944), también es importante reconocer que la evocación del neoliberalismo de un «orden del mercado» espontáneo es un «discurso fuerte» (Bourdieu, 1998) más que una mera descripción de la capacidad política real del proyecto neoliberal.[2] El neoliberalismo realmente existente, al igual que los mercados realmente existentes, son fenómenos ineludiblemente insertos y dependientes de un contexto, aunque las representaciones discursivas de sus propios defensoras intenten, constantemente, negarlo.

A la luz de lo anterior, ni las formas profundas de neoliberalización, ni la tendencial hegemonía global del neoliberalismo, implican necesariamente una simple «convergencia» en formas regulatorias y estructuras institucionales. Al contrario, la neoliberalización se basa y se materializa a través del desarrollo desigual; esto es, su «estado natural» se caracteriza por una topografía desigualmente desarrollada y persistentemente inestable, y no debemos esperar la convergencia en un neoliberalismo final unificado y monolítico ni mucho menos postular tal convergencia como una suerte de «prueba» del grado de transformación neoliberal. Del mismo modo, la neoliberalización de las políticas estatales no requiere de ningún proyecto específico de política neoliberal que permanezca en el tiempo (como la liberalización del comercio o la reforma de los sistemas de bienestar social); la neoliberalización opera a través de una experimentación de prueba y error, sobre todo en condiciones de crisis. En cualquier caso, los indicadores del grado de implementación neoliberal podrían incluir: el creciente dominio de las estructuras, discursos, rutinas y tendencias neoliberales dentro de las estructuras estatales, la intensificación de la reestructuración reguladora en el marco de parámetros neoliberales así como la interpenetración y la complementariedad de las reformas neoliberales.

En este contexto, utilizamos el concepto de «neoliberalismo realmente existente» para describir los procesos de neoliberalización de manera que no solo se evidencie el carácter contradictorio y destructivo de las políticas neoliberales, si no que también se enfatice que la ideología neoliberal tergiversa los verdaderos efectos de tales políticas sobre las estructuras macroinstitucionales y las trayectorias evolutivas del capitalismo. En este contexto, dos aspectos merecen especial

2 En su artículo «La esencia del neoliberalismo», Pierre Bourdieu señala: «En efecto, el discurso neoliberal no es simplemente un discurso más. Es más bien un "discurso fuerte" —tal y como el discurso psiquiátrico lo es en un manicomio, en el análisis de Erving Goffman—. Es tan fuerte y difícil de combatir […] porque de su lado tiene a todas las fuerzas de un mundo de relaciones de fuerza, un mundo que contribuye a hacerlo como es […] al orientar las opciones económicas de aquellos que dominan las relaciones económicas»; disponible online. [N. de T.]

atención. Primero, que la doctrina neoliberal presenta a los Estados y al mercado como si fueran principios de organización social y económica diametralmente opuestos, en vez de reconocer el carácter políticamente construido de todas las relaciones económicas. Segundo, que se basa en un modelo único de implementación de políticas que asume que la imposición de reformas orientadas al mercado siempre produce idénticos resultados, en vez de reconocer las extraordinarias variaciones que se generan al implementarse reformas neoliberales en escenarios institucionales y mundos políticos contextualmente específicos. En este sentido, el neoliberalismo *explota* y *produce* las diferencias socio-espaciales al mismo tiempo. El desarrollo desigual no señala una cierta interrupción o etapa transitoria en la senda de la neoliberalización «total»; más bien, representa una faceta sincrónica y co-dependiente del proceso mismo de neoliberalización.

Nuestro acercamiento a la economía política del neoliberalismo realmente existente se apoya en cinco premisas centrales que, tomadas en conjunto, proporcionan una base metodológica sobre la que evitar las trampas ideológicas antes mencionadas. Estas premisas se resumen como sigue:

1. *El problema de la regulación capitalista*. Las relaciones sociales capitalistas están atravesadas por tensiones, antagonismos y conflictos que continuamente desestabilizan el proceso de acumulación. La regulación capitalista aparece como un sistema de reglas, hábitos, normas y compromisos que se establecen en el interior de determinadas instituciones, que colocan estas relaciones sociales conflictivas en marcos espacio-temporales relativamente estables, repetitivos y sostenibles (Lipietz, 1996). A su vez, estos últimos dotan al sistema capitalista de una marcada coherencia institucional, aunque en constante evolución. Desde la industrialización y la urbanización a gran escala durante el siglo XIX, la supervivencia del capitalismo en el interior de cada territorio nacional se ha asegurado a través de arquitecturas institucionales específicas compuestas por al menos cinco dimensiones (Lipietz, 1996; Petit, 1999; Swyngedouw, 1997): a) *la relación salarial*, esto es, la estructura de las relaciones capital/trabajo en las esferas de la producción y la reproducción; b) *la forma de la competencia intercapitalista,* el marco en el que los capitalistas pelean por las cuotas de mercado y las ventajas tecnológicas; c) *las formas de regulación monetaria y financiera,* la estructura organizacional de la circulación de capital; d) *el Estado y otras formas de gobernanza,* el conjunto de los compromisos a través de los que se negocian las contradicciones básicas de la sociedad capitalista; e) *la configuración internacional,* los mecanismos a través de los que se articulan las relaciones económicas nacionales y subnacionales con los procesos globales de acumulación de capital.

2. *Las geografías históricas inestables del capitalismo.* El proceso de acumulación de capital y sus problemas regulatorios asociados se articulan siempre en formas específicas escalares, locales y territoriales (Harvey, 1989; Massey, 1985; Smith, 1984). El desarrollo capitalista se despliega necesariamente a través de la producción de patrones históricamente específicos de organización socio-espacial en los que territorios, escalas y localidades particulares se movilizan como fuerzas productivas, ya sea en forma de economías de aglomeración, de sistemas productivos regionales, infraestructuras, redes de transportes y comunicación o divisiones espaciales del trabajo (Swyngedouw, 1992a; Storper y Walker, 1989). En este sentido, la supervivencia a largo plazo del capitalismo se apoya en la «producción del espacio» (Lefebvre, 1991 [1974]).

Y, aun así, debido a su dinamismo inherente, el capital vuelve continuamente obsoleto el paisaje que él mismo crea y sobre el que descansa su propia expansión y reproducción. Particularmente durante los periodos de crisis sistémica, los marcos heredados de la organización territorial capitalista se pueden desestabilizar en tanto el capital pretende trascender las infraestructuras socio-espaciales y los sistemas de relaciones de clase que ya no proveen una base segura para la acumulación sostenida. A los efectos de las crisis que se propagan por toda la economía espacial, le siguen procesos de destrucción creativa por los que el paisaje capitalista se ve fuertemente transformado: la configuración de la organización territorial que sostenía la anterior ronda de expansión capitalista se desecha y se rehace para establecer una nueva red de nodos territoriales para el proceso de acumulación.

Debe hacerse notar, en cualquier caso, que la destrucción de la organización territorial capitalista siempre es impredecible y ha sido objeto de una fuerte contestación. Incluso en el marco de los paisajes industriales, sistemáticamente devaluados por el capital, los vínculos sociales con la localidad persisten y se siguen produciendo luchas populares para defender las prácticas cotidianas y los compromisos institucionales de los que el capital ha querido desligarse (Hudson, 2001) Al mismo tiempo, la búsqueda permanente por parte del capital de nuevos espacios para la acumulación es inherentemente especulativa; en este marco el establecimiento de un nuevo «arreglo espacial» [*spatial fix*] nunca está garantizado, solo puede ocurrir a través de «descubrimientos al azar» y de compromisos provisionales entre intensas luchas sociopolíticas (Harvey, 1989; Lipietz, 1996).

3. *Desarrollo geográfico desigual.* Cada ronda de desarrollo capitalista está asociada con un paisaje distintivo e históricamente específico en el que ciertos lugares, territorios y escalas son favorecidos frente a otros como lugares de acumulación

de capital. Los patrones resultantes de polarización centro-periferia y de desigualdad socio-espacial se reproducen en todas las escalas; sus contornos nunca se inscriben «para siempre» en cierto paisaje geográfico sino que se rehacen permanentemente a través de la dinámica del desarrollo desigual del capital (Harvey, 1982; Massey, 1985). El desarrollo desigual es endémico bajo el capitalismo como sistema histórico-geográfico: es una expresión clave del impulso imparable por parte del capital de movilizar determinados lugares y territorios como fuerzas de producción; es un medio geográfico básico a través del cual se hace frente a la lucha de clases y a la competencia intercapitalista; y es un andamiaje espacio-instititucional en evolución en el que se despliegan los procesos de desvalorización y revalorización (Smith, 1984).

4. La regulación del desarrollo geográfico desigual. Cada patrón histórico de desarrollo desigual se asocia, a su vez, con una serie de dilemas regulatorios básicos ya que el desarrollo desigual del capital no solo sirve como *base* para el proceso de acumulación sino que puede, también, bajo ciertas circunstancias, operar como *barrera* para la acumulación de capital. Por este motivo el desarrollo desigual no solo se asocia con nuevas oportunidades para el capital sino también con un buen número de efectos potencialmente desestabilizadores que pueden menoscabar la «coherencia estructurada» de la que depende la acumulación de capital. En respuesta a estos dilemas persistentes, los Estados capitalistas han movilizado todo un abanico de políticas espaciales que pretenden regular el desarrollo desigual del capital. Por ejemplo, pueden implementar estrategias de desarrollo territorial y de promoción de ciertas localidades para llevar potencialidades económicas a núcleos y escalas concretas; o, por el contrario, pueden poner en marcha políticas de redistribución y otras políticas regionales compensatorias para igualar la distribución de la industria y la población a través de un determinado territorio y, por lo tanto, aliviar los efectos más perniciosos y polarizadores del desarrollo desigual.

5. Geografías cambiantes de la regulación estatal. Las estrategias estatales para la regulación del desarrollo desigual evolucionan continuamente junto con la coyuntura económica y política y las luchas sociopolíticas específicas de cada contexto (Duncan y Godwin, 1987). Aun así, durante las sucesivas fases del desarrollo capitalista, se han institucionalizado formas particulares de política espacial que, aunque en formas (nacionales) diferentes, han llegado a producir regulaciones clave para el crecimiento industrial.

En este sentido, las geografías de las instituciones y las políticas estatales están estrechamente interrelacionadas con los procesos cambiantes de desarrollo desigual: los Estados proporcionan una arquitectura regulatoria relativamente estable en las que se articulan las dinámicas espaciales capitalistas; al mismo tiempo, los Estados proveen un espacio institucional clave en el que y a través del que se pueden seguir introduciendo elementos regulatorios del desarrollo desigual. Particularmente durante los periodos de crisis capitalista sistémica, cuando el desarrollo desigual amenaza con dañar los patrones normalizados de acumulación y reproducción social, la presión para desechar y rehacer esos mismos patrones normalizados de acumulación se vuelve particularmente intensa. A estas circunstancias suele seguir un periodo de búsqueda institucional y de experimentación regulatoria en la que diversos actores, organizaciones y alianzas promueven visiones hegemónicas, estrategias de reestructuración y modelos de desarrollo en competencia. La «búsqueda de un arreglo institucional» (Peck y Tickell, 1994) generalmente implica el desmantelamiento parcial o la recomposición de los escenarios institucionales heredados para «abrir espacios» para el despliegue y la institucionalización de nuevas estrategias regulatorias. Las regulaciones están constantemente promulgándose y rehaciéndose a través de esta interacción intensa y conflictiva entre las formas institucionales heredadas y las estrategias y políticas emergentes de regulación espacial estatal (Brenner, 2001; MacKinnon, 2000; Peck, 1998).

Desde nuestro punto de vista, estas premisas metodológicas aportan un útil punto de partida desde el que analizar las turbulentas geografías del neoliberalismo realmente existente durante el periodo post-1970. En primer lugar y de forma primordial, las consideraciones previas sugieren que el análisis del neoliberalismo realmente existente debe comenzar por explorar los escenarios de regulación capitalista del periodo fordista-keynesiano, a partir de los que los programas neoliberales se pusieron en marcha tras la crisis geoeconómica de principios de la década de 1970. Desde esta perspectiva, los impactos de las estrategias neoliberales no se pueden comprender adecuadamente mediante un análisis abstracto y descontextualizado de los méritos relativos de las iniciativas de reforma basadas en el mercado, o de los supuestos límites de ciertas políticas estatales específicas. Más bien, para una cabal comprensión del neoliberalismo realmente existente se requiere explorar: en primer lugar, los escenarios regulatorios y acuerdos políticos históricamente específicos prevalecientes en territorios (nacionales) particulares durante el periodo fordista-keynesiano. En segundo lugar, los patrones históricamente específicos de formación de la crisis, de desarrollo desigual y de los enfrentamientos políticos que surgieron dentro de esos territorios tras la crisis sistémica

de dicho modelo de desarrollo a comienzos de los años setenta. En tercer lugar, la subsiguiente interacción entre iniciativas neoliberales orientadas al mercado y los marcos regulatorios, patrones de desarrollo territorial y alianzas sociopolíticas heredadas. Finalmente, la concomitante evolución de las agendas neoliberales a través de su conflictiva interacción con condiciones político-económicas, disposiciones regulatorias y «geometrías de poder» contextualizadas y específicas.

La dependencia de la trayectoria

Tal y como han indicado numerosos académicos de la tradición regulacionista, la configuración fordista-keynesiana del desarrollo capitalista estaba arraigada en un conjunto históricamente específico de arreglos regulatorios y de compromisos políticos que estabilizaron provisionalmente los conflictos y las contradicciones endémicas del capitalismo (Aglietta, 1979; Boyer y Saillard, 1995). Aunque las fuentes de esta «edad dorada» de la expansión capitalista siguen siendo una cuestión de considerable controversia académica, numerosos estudiosos han enfatizado el papel clave de la escala nacional como la base geográfica preeminente para la acumulación y para la regulación de la economía política durante este periodo (Jessop, 1999; Swyngedouw, 1997). Por supuesto, la configuración exacta de estos arreglos regulatorios y compromisos políticos variaron considerablemente dependiendo del tipo específico de capitalismo por el que se optó en cada contexto nacional. Aun así, se pueden articular una serie de generalizaciones amplias acerca de la arquitectura regulatoria e institucional básica que sostenía al fordismo del Atlántico Norte (Altvater, 1992; Jessop, 1992, 1999; Lipietz, 1987; Peck y Tickell, 1994; Swyngedouw, 1997).

1. *Relación salarial.* La negociación colectiva tenía lugar en la escala nacional, normalmente a través de acuerdos corporativos entre capital, trabajo y Estado; el trabajo asalariado se extendió y estandarizó con la extensión de los sistemas de producción en masa a través de las formaciones sociales nacionales y los salarios estaban vinculados al crecimiento de la productividad, tendencialmente se incrementaron para permitir el consumo de masas.

2. *Forma de la competencia intercapitalista.* Las formas monopolísticas de regulación permitieron la concentración y la centralización de los principales sectores industriales nacionales; la competencia entre grandes empresas estaba mediada a

través de estrategias para racionalizar las tecnologías de producción en masa. Y los Estados-nación movilizaron diversas políticas industriales para potenciar las posiciones en el mercado mundial de sus principales empresas.

3. *Regulación monetaria y financiera*. La oferta de dinero estaba regulada a escala nacional a través del sistema de Bretton Woods de tipos de cambio fijos controlado por Estados Unidos; los bancos centrales nacionales supervisaban la distribución de crédito a las empresas y a los consumidores; y un patrón estabilizado de crecimiento facilitaba las decisiones de inversión a largo plazo del capital.

4. *El Estado y otras formas de gobernanza*. Los Estados-nación se involucraron extensamente en la gestión de la demanda agregada, en contener los altibajos del ciclo de negocios, en la generalización del consumo de masas, la redistribución del producto social a través de los programas de *welfare* y la mediación en los conflictos sociales.

5. *La configuración internacional.* La economía mundial estaba dividida entre diferentes economías nacionales autocentradas y regulada por Estados Unidos como *hegemon* global. A medida que el régimen de acumulación fordista fue madurando, la interdependencia global entre los espacios económicos nacionales se intensificó debido a la creciente competencia entre empresas transnacionales, la expansión de las relaciones comerciales y el ascenso del dólar como moneda mundial.

6. *La regulación del desarrollo espacial desigual.* Los Estados-nación introdujeron una serie de políticas regionales compensatorias e iniciativas de planificación territorial dirigidas a aliviar la polarización socio-espacial nacional mediante la extensión de la industria y la población por todo el territorio nacional. Aun así, los patrones del desarrollo desigual a escala mundial se mantuvieron bajo la rúbrica de la hegemonía global de EEUU y la geopolítica de la Guerra Fría.

Durante los primeros años setenta, el vínculo clave entre la producción en masa (nacional) y el consumo de masas (nacional) saltó en pedazos debido a una serie de tendencias y desarrollos interconectados, entre los que podemos citar: la rentabilidad en declive de los sectores fordistas; la intensificación de la competencia internacional; la extensión de la desindustrialización y el desempleo masivo; el abandono del sistema de Bretton Woods de tipos de cambio fijos de las monedas nacionales. Como consecuencia, el sistema fordista estuvo sometido a enormes presiones que hicieron temblar sus estructuras y llevaron a una recomposición de las formas de organización que sostuvieron la edad dorada de la prosperidad de la economía de postguerra (Swyngedouw, 1992b).

La transformación político-económica del periodo posterior a 1970 desestabilizó radicalmente el régimen de acumulación fordista y redujo el papel de la escala nacional como locus preferencial de la regulación estatal. Esta reorganización de la «jerarquía de los espacios» (Lipietz, 1994: 36) ha sido, posiblemente, la consecuencia de mayor calado de la crisis del fordismo noratlántico de los primeros años setenta (Jessop, 1999, 2000; Swyngedouw, 1992b, 1997). Lipietz (1994: 35) ha subrayado que los procesos de reestructuración capitalista se articulan a través de luchas entre los defensores del «viejo espacio» (a los que se refiere como el «bloque conservador») y aquellos que proponen un «nuevo espacio» o un «nuevo modelo de desarrollo» (a los que se refiere como el «bloque modernizador»). Para Lipietz, la producción de nuevos espacios tiene lugar a través de la interacción en conflicto entre fuerzas conservadoras o preservacionistas y modernizadoras o tendentes a la reestructuración, que generalmente llevan a la formación de una nueva entidad territorial que combina eclécticamente elementos del viejo orden geográfico con aspectos de los espacios proyectados por los partidarios de la modernización, ya sea de corte neoliberal o progresista.

Esta conceptualización proporciona una base útil para examinar las transformaciones políticas, institucionales y geográficas que se desplegaron tras la crisis del fordismo. Durante toda la década siguiente, los conflictos entre los bloques preservacionistas y reestructuradores proliferaron en distintas escalas espaciales, con impactos muy desiguales en los marcos nacionales de acumulación y regulación que se establecieron durante el periodo de postguerra (Lipietz, 1988). Por un lado, en la escala nacional, el bloque conservador/preservacionista inicialmente movilizó distintas estrategias de gestión de la crisis para defender las estructuras institucionales del orden fordista-keynesiano. Desde el primer shock del petróleo de 1973 hasta cerca de 1979, las recetas de gestión de la demanda nacional prevalecieron a través de la Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo (OCDE), mientras los gobiernos de los países centrales intentaban recrear las condiciones de los ciclos virtuosos fordistas. Aún así, como Jessop enfatiza acerca del caso británico (1989: 269), estas tácticas anticíclicas, en última instancia, resultaron ser poco más «que una modernización fordista de última hora promovida por el Estado» puesto que fueron incapaces de resolver, simultáneamente, los problemas de crecimiento de la inflación y del desempleo masivo.

Por otro lado, particularmente después de los «shocks monetaristas» de los primeros años ochenta, surgieron importantes alianzas políticas modernizadoras y orientadas hacia la reestructuración en los países capitalistas avanzados con la intención de desmantelar los marcos regulatorios existentes y de establecer una

nueva infraestructura institucional para la revitalización económica (Jessop, 1994; Lipietz, 1994). Desde ese momento, estos bloques modernizadores han promovido varios experimentos regulatorios en su búsqueda permanente de un nuevo arreglo institucional; en cualquier caso, sus estrategias para reformar la infraestructura regulatoria del capitalismo debe ser comprendida como un intento abierto, a través del método de prueba y error, de búsqueda institucional, antes que como la base de un modo postfordista de regulación social (Peck y Tickell, 1994). Estos proyectos modernizadores se han asociado con distintas ideologías políticas y estrategias de reestructuración, tales como: a) *programas neocorporativistas,* que intentan modernizar la industria mientras renegocian los compromisos sociales; b) *programas neoestatistas,* que intentan revitalizar la economía a través de proyectos dirigidos por el Estado para guiar la transformación industrial; c) *programas neoliberales,* que intentan imponer nuevas formas de disciplina de mercado en todos los aspectos de la vida social, política y económica (Jessop, 1994). En la práctica, tales estrategias de modernización rara vez aparecen bajo formas tan puras sino que se articulan en híbridos político-ideológicos complejos resultado de las adaptaciones contextuales específicas, las negociaciones y las luchas en determinadas coyunturas político-económicas.

Aunque solo un número relativamente pequeño de Estados-nación capitalistas han adoptado explícitamente un programa ortodoxo de reestructuración neoliberal, es de la máxima importancia reconocer que los proyectos políticos neoliberales han ejercido una enorme influencia sobre la trayectoria de la reestructuración capitalista en una gran cantidad de foros institucionales en las últimas dos décadas. Esta influencia puede ser atribuida, por otra parte, al creciente papel hegemónico de instituciones supranacionales como el FMI, el Banco mundial, el GATT, la OCDE o la Comisión Europea que están explicita y agresivamente orientadas a la consecución de objetivos neoliberales tales como la desregulación, la creciente movilidad del capital, la liberalización del comercio o la expansión de la mercantilización. Las prioridades neoliberales (tales como la reducción de la burocracia, la austeridad fiscal, la flexibilidad de los mercados laborales, la competencia territorial y el libre flujo de inversiones y capital) están profundamente integradas en los programas políticos *mainstream,* muchas veces justificadas a través de la referencia a tendencias inevitables como la globalización o a través de propuestas de reforma aparentemente apolíticas tales como el New Public Management [nueva gestión pública].[3]

[3] La NPM es una corriente neoliberal de reforma de las políticas públicas, en principio dirigidas a la mejora de la eficacia y la eficiencia, que aboga por el aumento de las asociaciones público-privadas [*public-private partnerships*]; la subcontratación y terciarización de servicios; el incremento de la competencia, entre organismos públicos y entre públicos y privados; una mayor capacidad de elección de los usuarios; y la introducción de mercados internos o «cuasi-mercados» en áreas como la educación o la sanidad. Véase *¿Por nuestra salud? La privatización de la sanidad pública*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010, p. 27. [N. de E.]

Por esta razón, el neoliberalismo no puede ser entendido meramente como uno entre muchos modelos de relación entre el Estado y la economía que los gobiernos podrían elegir promover en sus territorios. Tan problemático como subsumir los enfoques neo-corporativistas y neo-estatistas en la reestructuración del capital bajo la rúbrica del neoliberalismo, sería tratar este tipo de estrategias como si fueran análogas al neoliberalismo en términos de su influencia política, su alcance ideológico y su forma institucional. En este momento, el neoliberalismo representa un marco de autoridad política disciplinaria que refuerza el dominio del mercado sobre una amplia gama de relaciones sociales en la economía-mundo. De acuerdo con esto, la noción de neoliberalismo realmente existente pretende incorporar tanto el impacto inmediato de los programas políticos neoliberales sobre las relaciones sociales, políticas y económicas como su papel más «subversivo» en la transformación de amplios campos geoeconómicos y geopolíticos, en los que las luchas actuales sobre el futuro de las relaciones sociales capitalistas se están dirimiendo en varias escalas espaciales (Rhodes, 1995).

De forma todavía más relevante, la noción de neoliberalismo realmente existente tiene por objeto iluminar cómo las estrategias neoliberales de reestructuración *interactúan* de forma compleja y cuestionada con los usos del espacio, las configuraciones institucionales y las constelaciones de poder sociopolítico preexistentes. Como se ha indicado, los programas neoliberales de reestructuración capitalista nunca vienen impuestos de forma pura, sobre una *tabula rasa*, ya que son siempre implementados en contextos político-institucionales moldeados por anteriores disposiciones regulatorias, prácticas institucionalizadas y arreglos políticos. En este sentido, la evolución de cualquier configuración político-institucional tras la imposición de políticas de reforma neoliberal manifestará, con gran probabilidad, propiedades de dependencia de la trayectoria, porque los acuerdos institucionales establecidos restringen el ámbito y la trayectoria de la reforma.

Por último, es importante señalar el grado de transformación de las agendas de política neoliberal a raíz de su interacción con instituciones y configuraciones de poder heredadas. El neoliberalismo ha evolucionado considerablemente desde una doctrina económica relativamente abstracta (en la década de los setenta) y un medio para desmantelar o «contraer» los acuerdos de bienestar keynesianos (en los años ochenta), a su más reciente forma reconstituida de regulación dirigida por el mercado, orientada no solo a estimular el crecimiento económico financiarizado, sino también a gestionar algunas de las profundas contradicciones sociopolíticas inducidas por formas anteriores de intervención neoliberal en las políticas estatales (en los años noventa). Una cuestión clave es que estos cambios político-ideológicos

provienen, en gran medida, de una trayectoria de evolución fuertemente dependiente: al comienzo las políticas neoliberales se utilizaron como respuesta estratégica a la crisis del marco político-económico anterior (el capitalismo fordista-keynesiano) y fueron posteriormente modificadas cualitativamente para hacer frente a los numerosos fracasos, crisis y contradicciones endógenas al neoliberalismo mismo en tanto proyecto político-regulatorio (Jones y Ward, 2002; Peck y Tickell, 2002). La transición desde los neoliberalismos ortodoxos, radicalmente anti-estatalistas de Reagan y Thatcher en los años ochenta, a los neoliberalismos más moderados en lo social de Blair, Clinton y Schröder en los años noventa, puede por lo tanto explicarse como un ajuste y una reconstitución de las estrategias neoliberales dependientes de la trayectoria, en respuesta a disfunciones y trastornos endógenos.

Incluso si, en un sentido abstracto, las líneas generales de los proyectos neoliberales muestran una serie de rasgos distintivos (o definitorios), el neoliberalismo realmente existente es notablemente diferente de sus predecesores de comienzos de los años ochenta. En consecuencia, los intereses, emplazamientos, estructuras y sujetos de la neoliberalización contemporánea podrán ser *significativamente* diferentes en, por ejemplo, Berlín, Johannesburgo o Chicago. Estas neoliberalizaciones locales están enraizadas en determinadas crisis de sus respectivos sistemas institucionales y como reacción a esas crisis; cada una de ellas implica trayectorias coyunturales únicas.

Destrucción creativa

A fin de entender las interacciones dependientes de la trayectoria que se dan entre las formas institucionales existentes y los proyectos neoliberales emergentes proponemos el análisis del «neoliberalismo realmente existente» en relación con dos momentos dialécticamente entrelazados, pero analíticamente distintos: primero, la *destrucción* (parcial) de los acuerdos institucionales y compromisos políticos vigentes mediante iniciativas de reforma orientadas al mercado; y segundo, la *creación* (tendencial) de una nueva infraestructura para el crecimiento económico orientado al mercado, la mercantilización de bienes y servicios y el predominio del capital. Debemos añadir dos importantes advertencias con el objeto de clarificar esta conceptualización del capitalismo realmente existente como proceso de destrucción creativa.

En primer lugar, aunque nuestro énfasis en las capacidades tendencialmente creativas del neoliberalismo no concuerda con nuestros estudios anteriores que subrayaban su carácter destructivo (Peck y Tickell, 1994), argumentamos que esta doble conceptualización diálectica puede ayudar a iluminar las trayectorias complejas y, a menudo, altamente contradictorias de cambio institucional que se han generado a través del despliegue de los programas políticos neoliberales en varias escalas espaciales. El punto central de este énfasis, en cualquier caso, no es sugerir que el neoliberalismo podría llegar a proveer la base para un crecimiento capitalista, estable y sostenible, sino explorar su gran impacto transformador sobre las infraestructuras político-institucionales y geográficas de los Estados capitalistas avanzados y sus economías. Podríamos argumentar que este último tema debe ser explorado separadamente de la pregunta regulacionista acerca de si cierta forma institucional promueve o impide el crecimiento capitalista sostenible. Aunque la política de reformas neoliberales no genere ciclos a corto o medio plazo de crecimiento capitalista, puede llegar a imponer rupturas y evoluciones duraderas en los marcos institucionales, el entorno político y las geografías de la regulación capitalista.

En segundo lugar, y relacionado con esto, se debe reconocer que los momentos destructivos y creativos del cambio institucional dentro del neoliberalismo realmente existente están inextricablemente interconectados en la práctica. Nuestra utilización del término «momentos» para describir estas interconexiones tienen un sentido hegeliano-marxista que se refiere a elementos en conflicto mutuamente interrelacionados en un proceso dialéctico dinámico, antes que una descripción de elementos temporales bien delimitados en una transición lineal.

Al desarrollar la conceptualización de la regulación capitalista explicada más arriba, la Tabla I resume los elementos básicos de cada uno de estos momentos de la reestructuración institucional neoliberal. Tal y como ilustra la tabla, el neoliberalismo representa un proyecto complejo y polifacético de transformación socio-espacial, es decir, no solo contiene una visión utópica de una forma de vida completamente mercantilizada, sino también un programa concreto de modificaciones institucionales a través de las cuales se promueve el poder sin trabas del capital. En realidad, una crítica permanente de las formas institucionales, los arreglos regulatorios y los compromisos políticos asociados con el orden fordista-keynesiano (y un programa concertado para desmantelar este último) descansan en el corazón mismo del neoliberalismo como proyecto de transformación político-institucional. Aun más importante, la tabla señala cómo se han movilizado los momentos creativos y destructivos del neoliberalismo realmente existente a través de diferentes estrategias *geográficas* en cada uno de los grandes escenarios

de la regulación. Por último, la tabla muestra que las geografías del capitalismo realmente existente se caracterizan por una transformación dinámica de la organización territorial capitalista desde los marcos configurados nacionalmente hasta una configuración crecientemente «glocalizada» de las interacciones globales-nacionales-locales en la que ninguna escala sirve como pivote primario de la acumulación, la regulación y las luchas sociopolíticas (Jessop, 2000; Swyngedouw, 1997).

TABLA I. Momentos destructivos y creativos del neoliberalismo realmente existente

Espacio de regulación	Momento destructivo	Momento creativo
Relaciones salariales	- Ataque a la mano de obra organizada y los convenios colectivos -Desmantelamiento del salario familiar y extensión de una inseguridad económica generalizada - Disminución de las regulaciones estatales para asegurar iguales oportunidades de empleo, seguridad laboral y derechos laborales	- Desregulación competitiva: negociaciones atomizadas de salarios y condiciones laborales junto a un aumento del poder discrecional empresarial - Nuevas formas de salario social y nueva división de género del trabajo - Promoción de nuevas formas de «flexibilidad» laboral
Formas de competencia intercapitalista	- Retirada selectiva del apoyo estatal a las industrias nacionales estratégicas - Desmantelamiento de las políticas proteccionistas -Desmantelamiento de las barreras nacionales a la inversión directa extranjera	- Nuevas formas de apoyo estatal a las industrias de rápido crecimiento tales como telecomunicaciones o electrónica - Extensión de los mercados globales a través de políticas de liberalización del comercio aprobadas en la Organización Mundial del Comercio (OMC), el Fondo Monetario Internacional (FMI), la UE, el Acuerdo de Libre Comercio de Norteamérica (NAFTA) y otras agencias supranacionales - Establecimiento de mercados globales de capital a través de las negociaciones en el marco del GATT [Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio].

Formas de regulación monetaria y financiera	- Desmantelamiento del sistema monetario mundial de Bretton Woods y desregulación del mercado financiero - Erosión de la capacidad del Estado de controlar las tasas de cambio - Desmantelamiento de las regulaciones contra la especulación monetaria y financiera en los mercados globales - Separación de los flujos financieros y crediticios de las fuentes de inversión productiva	- Creación de mercados de divisas basados en la especulación y de flujos de dinero «sin Estado» fuera de toda regulación nacional. - Ampliación del rol de supervisor de las agencias globales (como el Banco de Pagos Internacionales) en la tarea de vigilancia de las transacciones financieras globales - Creación de centros financieros *offshore* [con bajos o nulos impuestos y control], servicios bancarios internacionales y paraísos fiscales
El Estado y otras formas de gobernanza	- Abandono de las políticas keynesianas de gestión de la demanda agregada - Desmantelamiento de los tradicionales mecanismos del Estado de bienestar - Vaciado de las competencias nacionales de regulación de moneda, comercio y flujos de inversión - Reducción de las formas tradicionales burocrático-jerárquicas de control gubernamental - Desmantelamiento de los mecanismos tradicionales de control democrático en los niveles nacional y subnacional - Transformación de la visión que consideraba la economía nacional como objeto principal de la intervención estatal - Erosión de la tradicional función de gestión y redistribución de las instancias nacionales y regionales - Imposición de medidas de austeridad fiscal dirigidas a reducir el gasto público - Reducción del empleo público	- Imposición progresiva de programas estatales monetaristas y del lado de la oferta - Devolución de las funciones sociales del Estado de bienestar a niveles más bajos de gobierno, la economía social y las unidades domésticas - Movilización de estrategias para promover la competencia territorial, la innovación tecnológica y la internacionalización - Establecimiento de asociaciones público-privadas y formas de gobernanza en red - Creación de aparatos estatales de un autoritarismo de nuevo tipo y *quangos** sin rendición de cuentas y al margen de todo control público y democrático - Modificaciones de la escala de la intervención económica estatal para privilegiar los espacios estratégicos de acumulación supranacional y subnacional - Aseguramiento de los costes de inversión privada a través de subsidios estatales - Transferencia de formas tradicionales de empleo público al sector privado a través de privatizaciones

* Las Quasi-Autonomous Non-Governmental Organisations (organizaciones no gubernamentales no autónomas) son agencias independientes del gobierno central pero financiadas con dinero público que pueden prestar servicios (como museos o agencias del medioambiente) o aconsejar y generar informes de expertos (como el Consejo del Cine de Gran Bretaña) entre otras funciones. [N. de E.]

Configuración internacional	- Disminución de la importancia de la escala nacional en la acumulación, la regulación y la lucha socio-política - Debilitamiento de los estándares regulatorios en ciudades, regiones, Estados y zonas supranacionales	- «Relativización de las escalas» dado el permanente reajuste de las relaciones entre instituciones subnacionales, nacionales y supranacionales - Introducción de políticas para promover relaciones competitivas y mediadas por el mercado en los niveles regional y local
Desarrollo espacial desigual	- Retirada selectiva del apoyo estatal a zonas y ciudades en declive - Destrucción de los mecanismos tradicionales de redistribución y compensación regional (keynesianismo espacial)	- Movilización de nuevas políticas estatales para promover la movilidad del capital entre bloques comerciales supranacionales y para animar (re) inversiones en estratégicas zonas industriales y urbano-regionales - Establecimiento de nuevas formas de desigualdad espacial, polarización y competencia territorial en los niveles global, nacional y subnacional

La Tabla I proporciona un punto de partida esquemático para analizar las dinámicas de la destrucción creativa asociadas con los procesos de la neoliberalización contemporánea. Por motivos de simplificación, las tendencias destructivas apuntadas en la tabla se refieren a los vestigios del arreglo fordista-keynesiano que han sido amenazados o menoscabados por la ofensiva neoliberal. Paralelamente, las tendencias creativas descritas en la tabla se refieren a varios realineamientos y ajustes políticos que han impuesto nuevas formas de disciplina de mercado sobre las relaciones sociales nacionales, globales y locales. Como se ha indicado, concebimos esta dinámica de destrucción creativa no como una transición desde un sistema regulatorio coherente a otro, sino como un proceso de reestructuración desigual, multiescalar, multidireccional y abierto que genera fallos de gobernanza, tendencias de crisis y sus propias contradicciones.

A través de esta discusión hemos señalado el marcado carácter multiescalar de las tendencias neoliberalizadoras contemporáneas. Claramente, los procesos de destrucción creativa antes señalados se han ido implementando en una amplia gama de escalas geográficas y en diversos emplazamientos institucionales desde la crisis geoeconómica de principios de los años setenta. Sin embargo, argumentamos que

las ciudades se han convertido en los lugares estratégicamente decisivos de la reestructuración neoliberal; la situación central de las ciudades en los sistemas fordista-keynesianos de producción y reproducción las sitúan como espacios (o incluso «objetivos») clave para las estrategias neoliberales de *destrucción;* su importancia estratégica como lugares de innovación y crecimiento y como zonas con competencias delegadas que viven una fuerte experimentación institucional local, las posicionan igualmente en la vanguardia de la *creación* neoliberal. Esto no implica que el ámbito urbano haya alcanzado una cierta primacía de escala en esta época postkeynesiana, sino que las ciudades se han convertido en importantes nodos y puntos de tensión en las políticas de escala de la neoliberalización.

El escenario institucional del urbanismo neoliberal es, por consiguiente, agitado y dinámico; sus continuas turbulencias son reflejo de la creatividad contradictoria del neoliberalismo, de su capacidad para responder reiteradamente a las fallas endémicas del diseño y la implementación de políticas neoliberales a través de toda una gama de estrategias de desplazamiento de las crisis, rápidos ajustes de las políticas y reformas experimentales. Así, el escenario de la neoliberalización, su «superficie» topográfica, es a la vez disparejo e inestable.

Quizás de manera más importante, la escala urbana es el lugar donde se toman las decisiones concretas. Tanto la falta de financiación de sus demandas por la disciplina fiscal como el amplio abanico de necesidades insatisfechas resultantes del desmantelamiento del estado social y los sistemas redistributivos tienen consecuencias negativas y acumulativas para las ciudades y provocan una creciente brecha entre las competencias delegadas, por una parte, y la menguante capacidad de afrontarlas, por otra. Esto engendra un persistente estado de ansiedad competitiva entre las ciudades, junto a la cada vez más desesperada búsqueda de oportunidades de inversión y (supuestas) panaceas de desarrollo.

El urbanismo neoliberal

La discusión precedente ha subrayado que el ascenso a escala global del neoliberalismo durante los primeros años ochenta estaba muy interrelacionado con un reescalamiento de las relaciones capital-trabajo, la competencia intercapitalista, la regulación monetaria y financiera, el poder del Estado, la configuración internacional y el desarrollo desigual. La antes «natural» primacía de la escala nacional

ha quedado dañada en cada uno de estos campos y las formaciones heredadas de la gobernanza urbana se han reconfigurado de forma sistemática a lo largo del mundo industrializado. Si bien los procesos de destrucción creativa institucional asociados con el neoliberalismo realmente existente atraviesan todas las escalas espaciales, se puede argumentar que tienen lugar con particular intensidad en las escalas urbanas, en las grandes ciudades y en las ciudades-región.

Por una parte, las ciudades se encuentran hoy insertas en un entorno geoeconómico extremadamente incierto, caracterizado por la inestabilidad monetaria, los movimientos especulativos del capital financiero, las estrategias globales de localización de grandes compañías transnacionales y una cada vez mayor competencia entre localidades (Swyngedouw, 1992b). En el contexto de este «desorden global-local» cada vez más profundo, la mayoría de los gobiernos locales se han visto forzados, en buena medida con independencia de sus orientaciones políticas y del contexto nacional, a ajustarse a crecientes niveles de incertidumbre económica participando en formas cortoplacistas de competencia interespacial, marketing territorial y desregulación, a fin de atraer inversiones y empleos (Leitner y Sheppard, 1998; Peck y Tickell, 1994). Entretanto, la reducción del Estado de bienestar y de los sistemas intergubernamentales también ha impuesto sobre las ciudades nuevas y pesadas restricciones fiscales así como adicionales responsabilidades regulatorias, llevándolas forzosamente a la austeridad presupuestaria frente a la profunda deslocalización socio-económica y los nuevos desafíos competitivos.

Por otra parte, en muchos casos, los programas neoliberales también han sido directamente «interiorizados» en las políticas urbanas, a medida que ciertas alianzas territoriales de reciente formación intentaban robustecer las economías locales a través de un «tratamiento de shock» de desregulación, privatización, liberalización y mayor austeridad fiscal. En este contexto, las ciudades (y sus zonas suburbanas de influencia) se han convertido en blancos geográficos cada vez más importantes, y también en laboratorios institucionales para diversos experimentos de políticas neoliberales, como el marketing territorial, la creación de nuevas zonas empresariales, la reducción de impuestos locales, el impulso a las iniciativas público-privadas o nuevas formas de promoción local. Recurren para ello a sistemas de prestaciones sociales condicionadas, planes de desarrollo urbano, nuevas estrategias de control social, acciones policiales y de vigilancia y toda una batería de modificaciones institucionales del aparato municipal. La meta última de tales experimentos neoliberales de política urbana es movilizar espacios de la ciudad tanto para el crecimiento económico orientado al mercado, como para fomentar determinadas prácticas de consumo de las élites, asegurando al mismo tiempo el orden y el control de las

poblaciones «excluidas». En la Tabla II se ilustran esquemáticamente algunos de los múltiples mecanismos políticos e institucionales utilizados para promover proyectos neoliberales en ciudades de América del Norte y de Europa occidental durante las dos últimas décadas, distinguiendo de forma sintética sus momentos constituyentes de destrucción (parcial) y creación (tendencial).

Tabla II. Momentos destructivos y creativos del urbanismo neoliberal

Mecanismos del urbanismo neoliberal	Momentos de destrucción	Momento de creación
Reajuste de las relaciones intergubernamentales	- Desmantelamiento de los anteriores sistemas de apoyo del Estado central a las actividades municipales	- Entrega de nuevas tareas, responsabilidades y cargas a los municipios; creación de nuevas estructuras de incentivos para premiar el empresarialismo local y catalizar el «crecimiento endógeno»
Recortes de la financiación pública	- Imposición de medidas de austeridad a los gobiernos municipales	- Creación de nuevas áreas de recaudación fiscal y aumento de la dependencia de los municipios de fuentes locales de ingresos, tasas a usuarios y otros instrumentos financieros privados
Reestructuración del Estado de bienestar	- Reducción de los mecanismos locales para la provisión nacional de servicios sociales; ofensiva contra los aparatos municipales de gestión del bienestar	- Expansión de los servicios comunitarios y fórmulas privadas de provisión de los servicios sociales - Imposición de requerimientos laborales a los beneficiarios de servicios sociales; nuevas formas (locales) experimentales de prestaciones sociales condicionadas al empleo
Reconfiguración de la infraestructura institucional de la administración municipal	- Desmantelamiento de las formas burocráticas y jerárquicas de la administración pública local - Entrega de tradicionales tareas del Estado a redes comunitarias voluntarias - Ofensiva contra los mecanismos tradicionales de rendición de cuentas democrática local	- Imposición progresiva de una gobernanza local en red basada en acuerdos público-privados, *quangos* y la New Public Management [nueva gestión pública] - Establecimiento de mecanismos institucionales a través de los cuales los intereses de la élite y de las grandes empresas puedan influir directamente en las decisiones importantes de desarrollo urbano

Privatización del sector público municipal y de las infraestructuras colectivas	- Eliminación de los monopolios públicos para la provisión de servicios municipales (instalaciones, limpieza, seguridad, transporte, etc.)	- Privatización y subcontratación de los servicios municipales - Creación de nuevos mercados para la prestación de servicios y el mantenimiento de infraestructuras - Generación de nuevas infraestructuras urbanas, privatizadas, singulares y en red para (re)posicionar a la ciudad en los flujos internacionales de capital
Reestructuración del mercado de la vivienda	- Destrucción de la vivienda pública y otras formas de alojamiento de bajo coste - Eliminación de los controles del precio del alquiler y de los subsidios para la construcción de vivienda social	- Creación de nuevas oportunidades para la inversión especulativa en los mercados inmobiliarios del centro de la ciudad - Conversión de los albergues en lugares de almacenamiento de personas sin hogar - Introducción de alquileres a precio de mercado y de «cupones / cheques» para los inquilinos en zonas baratas
Transformación de la regulación del mercado laboral	- Desmantelamiento de los programas públicos tradicionales de formación, capacitación y prácticas para jóvenes, despedidos y desempleados	- Creación de un ambiente regulatorio propicio para agencias de trabajo temporal, *labor corners* y otras formas de trabajo eventual - Implementación de programas de preparación para el empleo dirigidos a que los trabajadores tengan que aceptar empleos de baja remuneración - Expansión de la economía informal
Reestructuración de las estrategias de desarrollo territorial	- Desmantelamiento de los modelos de crecimiento capitalista nacionales autocentrados - Destrucción de las políticas regionales compensatorias - Incremento de la exposición de las economías regionales y locales a las fuerzas competitivas globales - Fragmentación de los espacios económicos nacionales en unidades discretas como ciudades y zonas industriales	- Creación de zonas libres de impuestos, zonas empresariales y otros espacios desregulados en las más importantes zonas urbanas - Creación de nuevas áreas de desarrollo tecnológico y de otras industrias a escala subnacional - Movilización de nuevas estrategias «glocales» dirigidas a canalizar las potencialidades económicas y las inversiones en infraestructuras en áreas locales/regionales «conectadas internacionalmente» [*globally conneted*]

Transformaciones de la ciudad construida y la forma urbana	- Eliminación de espacios públicos e intensificación de la vigilancia en los mismos - Destrucción de los tradicionales barrios de clase trabajadora para dar cabida a procesos especulativos de remodelación - Retirada de iniciativas de planificación comunitarias	- Creación de nuevos espacios de consumo para la élite y las corporaciones - Construcción de mega-proyectos dirigidos a atraer inversión empresarial y reconfigurar los usos locales del suelo - Creación de comunidades cerradas [*gated communities*], enclaves urbanos y otros espacios «puros» para la reproducción social - Avance progresivo de la *frontera* de la gentrificación e intensificación de la polarización socio-espacial - Adopción del principio de *highest and best use* [productividad máxima] como la base de la toma de decisiones sobre planeamiento de los usos del suelo
Nueva regulación de la sociedad civil	- Destrucción de la «ciudad liberal» en la que todos los habitantes disfrutaban de las libertades civiles básicas, los derechos políticos y el acceso a los servicios sociales.	- Movilización de políticas de *tolerancia cero* y de vigilancia a partir de la teoría de las ventanas rotas** - Introducción de nuevas formas discriminatorias de vigilancia y control social - Introducción de nuevas políticas para combatir la exclusión social a través de su inserción en el mercado laboral
Nueva representación de la ciudad	- La imagen de postguerra de la ciudad industrial de clase trabajadora es remodelada a través del énfasis en el desorden urbano, las clases peligrosas y el declive económico	- Movilización de discursos de empresarialismo y representaciones basadas en la necesidad de revitalización, reinversión y rejuvenecimiento de las principales áreas metropolitanas

** La teoría de las ventanas rotas señala que cuanto mayor sea la decadencia de un espacio, mayor será la probabilidad de que se siga degradando. El caso de estudio que dio origen a la teoría parecía demostrar que si se rompía el cristal de un coche, en los días siguientes aparecían más ventanas rotas; si el coche estaba intacto, era más probable que siguiera así (Q. Wilson y L. Kelling, «Broken windows: The police and neighborhood safety», *The Atlantic Monthly*, 1982). Las políticas de tolerancia cero puestas en marcha por el alcalde de Nueva York, Rudolph Giuliani, pretendían evitar cada pequeña infracción (pintadas en el metro, orines en la calle, robos de escasa cantidad) con el objetivo de prevenir delitos posteriores o de mayor importancia. Los efectos de estas políticas están en discusión y estudiosos como Loïc Wacquant (*Cárceles de la miseria*, 2000) han señalado que en la práctica suponen una mayor presión sobre las comunidades pobres y negras, debido principalmente a los prejuicios de policías y jueces. [N. de E.]

Al menos dos aspectos de los procesos de destrucción creativa merecen explicación.

En primer lugar, es importante subrayar que los procesos de neoliberalización esbozados en la tabla necesariamente se despliegan en formas locales específicas y de forma combinada en los contextos particulares locales o nacionales. Ciertamente, a partir de la conceptualización del neoliberalismo realmente existente desarrollada más arriba, podemos sostener que los patrones de urbanismo neoliberal solo se pueden comprender adecuadamente en cualquier contexto nacional o local a través del análisis de las interacciones de los contextos locales con las regulaciones heredadas locales y nacionales. Es más, los diferentes caminos de la reestructuración urbana neoliberal que han cristalizado a lo largo del viejo mundo industrializado no solo reflejan la diversidad de proyectos políticos neoliberales, sino también las *interacciones* contextualmente específicas entre dichos proyectos y los marcos de regulación urbana político económica heredados y co-evolutivos. El examen de los diversos caminos a través de los cuales las agendas políticas neoliberales han sido impuestas a las ciudades y reproducidas en ellas es, por lo tanto, un aspecto central de cualquier investigación profunda sobre las geografías del neoliberalismo realmente existente. Esto plantea la posibilidad de que la familia de híbridos del neoliberalismo que resultan significativos tanto analítica como políticamente, no solo deba estar formada por las «variantes» nacionales o los «modelos» del neoliberalismo, sino también incluir una serie de formaciones y coyunturas urbanas características.

Una segunda cuestión, igualmente importante, se refiere a la evolución y/o la reconstitución de las políticas urbanas neoliberales desde su despliegue inicial en las ciudades de Europa occidental y Norteamérica durante los últimos años setenta y los primeros ochenta. Tomando la periodización propuesta por Peck y Tickell, hemos aludido antes a las diversas mutaciones que los procesos de neoliberalización han sufrido desde los años setenta. La tesis fundamental en este punto de nuestra discusión es que estas mutaciones del neoliberalismo se han desplegado de forma particularmente pronunciada en las grandes ciudades y las regiones urbanas. En realidad, podemos decir que cada una de estas fases más amplias de neoliberalización esbozadas por Peck y Tickell se ha enraizado y ha sido cuestionada en espacios urbanos estratégicos.

1. Durante la fase inicial del protoneoliberalismo, las ciudades se convirtieron en puntos calientes tanto de la deslocalización económica como de diversas formas de lucha sociopolítica, en particular en la esfera de la reproducción social. Ciertamente la problemática del consumo colectivo adquirió tal prominencia durante

esta fase que Castells (1972) la interpretó como la esencia sociológica del fenómeno urbano bajo el capitalismo. En este contexto, las ciudades se convirtieron en campos de batalla en los que las alianzas preservacionistas y modernizadoras intentaron influir.

2. Cuando durante los años ochenta la *contracción* se convirtió en el aspecto dominante del neoliberalismo, las formas imperantes de las políticas urbanas cambiaron de forma significativa. En la era del «gobierno racionalizado» [*lean government*][4] se forzó cada vez más a los municipios para que introdujeran diversas medidas tendentes a rebajar costes, entre ellas, la reducción de impuestos, las cesiones de suelo, recortes en los servicios públicos, la privatización de infraestructuras, etc. La meta era disminuir los costes administrativos y productivos a corto plazo en sus jurisdicciones y, de ese modo, lubricar y acelerar las inversiones externas de capital. En este contexto, los Estados-nación neoliberalizadores impusieron medidas de austeridad fiscal a los gobiernos locales, reduciendo las formas fordista-keynesianas tradicionales de consumo colectivo local. De forma concomitante, la mayor eficiencia administrativa, paralela a los subsidios estatales directos e indirectos a las grandes corporaciones y una creciente privatización de las funciones de reproducción social pasaron a considerarse las «mejores prácticas» para promover un «clima de negocios óptimo» en las grandes ciudades. Las contradicciones de esta forma de empresarialismo urbano de suma-cero, orientado a reducir costes, son hoy claramente evidentes. Además de sus consecuencias extremadamente polarizadoras, se ha visto que la efectividad de tales estrategias destinadas a promover el robustecimiento económico decae aceleradamente al generalizarse a lo largo de todo el sistema urbano mundial (Leitner y Sheppard, 1998).

3. La subsiguiente consolidación de diversas formas de neoliberalismo expansivo desde comienzos de la década de 1990 puede considerarse como una reconstitución evolutiva del proyecto neoliberal, en respuesta a sus propias contradicciones inmanentes y su tendencia a la crisis. Por una parte, el imperativo neoliberal básico de movilizar el espacio económico como base del crecimiento capitalista y por otra, la mercantilización y la disciplina de mercado se han mantenido como el proyecto político dominante de los gobiernos municipales. De hecho, las instituciones público-estatales se han convertido en dispositivos cada vez más explícitos de destrucción creativa de los entornos urbanos consolidados (Weber, 2002).

[4] Sistema de gestión pública dirigida a la mayor eficiencia a través de un análisis exhaustivo de los procesos que permita una mejora continua, la simplificación de procedimientos y la eliminación de tiempo o recursos mal o infrautilizados, entre otros objetivos. *Lean* significa literalmente «esbelto» y «austero». [N. de E.]

Por otra parte, las condiciones necesarias para promover y mantener la competitividad económica han sido reconceptualizadas por buena parte de las élites a fin de incluir diversos criterios administrativos, sociales y ecológicos. Así, la destrucción neoliberal de instituciones de los años ochenta ha sido sustituida, de manera irregular, por formas cualitativamente nuevas de urbanización neoliberal que encaran activamente el desafío de establecer formas de coordinación y cooperación no basadas en el mercado que sostengan el proceso de acumulación.

En estas circunstancias, las formas neoliberales de creación institucional ya no se orientan simplemente hacia la promoción de un crecimiento capitalista de mercado, sino también hacia el establecimiento de nuevos mecanismos adyacentes y formas de desplazamiento de la crisis, con el objeto de aislar a los actores económicamente fuertes de los fallos endémicos de los mercados y de los regímenes de gobernanza. De manera igualmente decisiva, estas mutaciones también han implicado diversos realineamientos institucionales a escala urbana. Estos incluyen: a) el establecimiento de redes y agencias empresariales con el objeto de que participen en las disputas en torno a la redistribución de los recursos; b) la movilización de nuevas políticas de desarrollo económico local que incorporen la cooperación interempresas así como «clusters» industriales; c) el despliegue de programas e iniciativas comunitarias destinadas a combatir la exclusión social; d) la promoción de nuevas formas de coordinación y trabajo en red de áreas que hasta ese momento se entendían como distintas esferas de intervención municipal; e) la creación de nuevas instituciones regionales con el propósito de promover el marketing territorial a escala metropolitana así como de facilitar espacios (limitados) de coordinación intergubernamental.

De todo esto se desprende que la destrucción creativa de espacios institucionales a escala urbana no se produce como una transición lineal desde un modelo genérico de «ciudad del bienestar» hacia un nuevo modelo de «ciudad neoliberal». Más bien, estos procesos multifacéticos de transformación institucional local implican un proceso de búsqueda, en conflicto y a partir de procesos de prueba y error, en el que el repertorio emergente de estrategias experimentales se moviliza en formas y combinaciones que son específicas de cada lugar (Brenner, 2004). No obstante, incluso en su forma «madura», estas estrategias de urbanismo neoliberal suelen exacerbar los problemas de regulación que ostensiblemente tratan de solucionar, como el estancamiento económico y el desempleo o subempleo, generando a su vez nuevas rondas de mutaciones impredecibles. Como consecuencia, las múltiples formas y caminos de la urbanización neoliberal debieran considerarse no como medidas coherentes y sostenibles destinadas a «solucionar»

las contradicciones y dilemas regulatorios arraigados en el capitalismo contemporáneo, sino como estrategias reestructuradoras profundamente contradictorias que desestabilizan de forma significativa los escenarios heredados de gobernanza urbana y de regulación socioeconómica.

Conclusión: ¿de las ciudades «neoliberalizadas» al urbanismo neoliberal?

Es importante reconocer que las ciudades no son meramente espacios en los que se despliegan proyectos «accesorios» de reestructuración neoliberal. Antes al contrario, durante las tres últimas décadas, las ciudades se han convertido en espacios cada vez más centrales para la reproducción, transmutación y continua reconstitución del neoliberalismo. Así, podría argumentarse que a lo largo de este periodo se ha producido una marcada urbanización neoliberal, a medida que las ciudades se tornaban metas estratégicas y terrenos de prueba para una cada vez más amplia gama de experimentos políticos neoliberales, innovaciones institucionales y proyectos políticos. En estas condiciones, las ciudades se han convertido en incubadoras para la reproducción del neoliberalismo como régimen institucional «vivo», así como en nodos generadores del mismo. Las ciudades se ubican en la *frontera* de la formación de nuevas políticas neoliberales y a la vez son lugares de resistencia frente a la neoliberalización (Leitner *et al*., 2007). Esta resistencia no puede ser ubicada de forma simplista «después» de la neoliberalización, ya que la dialéctica propia de las luchas ha moldeado cada faceta de la evolución del neoliberalismo, desde las primeras luchas en torno a los desmantelamientos y los «recortes» hasta las más audaces formas de avance del neoliberalismo tardío.

En este momento, queda por ver si las profundas contradicciones inherentes a la actual forma urbanizada del neoliberalismo en expansión posibilitarán futuras aperturas para reapropiaciones del espacio urbano más progresistas y radical-democráticas o si, por el contrario, las agendas neoliberales se afianzarán más firmemente aún dentro de las estructuras institucionales de la gobernanza urbana. Si ocurriera esto último, contamos con numerosos argumentos para anticipar una cristalización de geografías urbanas todavía más «racionalizadas» y mezquinas, en las que las ciudades se verían forzadas a incursiones aún más agresivas en políticas mutuamente destructivas de marketing territorial, en las que el capital transnacional quedaría liberado de sus responsabilidades en términos de reproducción social local y en las que los urbanitas se verían crecientemente despojados

del poder de conformar las condiciones básicas de la vida urbana cotidiana. En el corto o medio plazo, estas condiciones definirán el terreno para la lucha contra el neoliberalismo en todas sus formas.

Ahora que contemplamos este oscuro escenario de autoritarismo urbano neoliberalizado, la propuesta de Harvey (1989: 16) de hace más de una década sigue siendo urgentemente relevante para las luchas por un futuro urbano alternativo, basado en las prioridades de la democracia radical, la justicia social y el empoderamiento de base:

> El problema consiste en visualizar una estrategia geopolítica de vínculos interurbanos que mitigue la competencia entre ciudades y cambie los horizontes políticos desde la ciudad hacia un desafío más general al desarrollo capitalista desigual. Una perspectiva crítica sobre el empresarialismo urbano debe señalar no solo sus impactos negativos sino también su potencial para transformarse en una defensa urbana progresista, armada con un fuerte sentido geopolítico acerca de cómo construir alianzas y vínculos a través del espacio.

Vale la pena recordar que al igual que el neoliberalismo explotó la crisis del Estado de bienestar keynesiano, y se alimentó de ella, puede anticiparse que en las crisis cada vez más profundas dentro del mismo proyecto neoliberal, y en torno a las mismas, se abrirán nuevas oportunidades estratégicas para movimientos tanto reformistas como antihegemónicos. Por supuesto, nada hay de predeterminado en tales luchas, pero parece indudable que el terreno urbano será un campo de batalla decisivo. Las luchas locales en torno a la vivienda digna, un salario mínimo suficiente y la justicia medioambiental, cada una a su manera, plantean ya pertinentes alternativas progresistas al neoliberalismo. No obstante, revertir el neoliberalismo también implicará una amplia re-regulación de la ciudad misma, con medidas destinadas a hacer frente a los corrosivos efectos de la competencia interurbana y la redistribución regresiva. Una de las claves para trascender el neoliberalismo es, por lo tanto, la construcción de nuevas formas de solidaridad urbana, entre ciudades y dentro de ellas.

Bibliografía

Aglietta, M. (1979), *A Theory of Capitalist Regulation: The US Experience*, Nueva York, Verso [ed. cast.: *Regulación y crisis del capitalismo: la experiencia de los Estados Unidos,* México D. F., Siglo Veintiuno, 1986].

Altvater, E. (1992), «Fordist and post-Fordist international division of labor and monetary regimes» en M. Storper y A. J. Scott (eds.), *Pathways to Industrialization and Regional Development,* Nueva York, Routledge, pp. 21–45.

Amin, S. (1997), *Capitalism in the Age of Globalization,* Londres, Zed [ed. cast.: *El capitalismo en la era de la globalizacion*, Madrid, Paidós Ibérica, 1998].

Bourdieu, P. (1998), *Acts of Resistance: Against the Tyranny of the Market,* Nueva York, Free Press.

Boyer, R. e Y. Saillard (eds.) (1995), *Théorie da la régulation: l'état des savoirs*, París, La Decouverte.

Brenner, N. (2004), *New State Spaces,* Oxford, Oxford University Press.

______ (2001), *Entrepreneurial Cities, Glocalizing States and the New Politics of Scale: Rethinking the Political Geographies of Urban Governance in Western Europe,* Working Paper núm. 76a/76b, Cambridge (MA), Center for European Studies, Harvard University.

Brenner, N. y N. Theodore (2002), *Spaces of Neoliberalism: Urban Restructuring in North America and Western Europe,* Londres, Blackwell.

Castells, M. (1972), *La question urbaine,* París, Maspero [ed. cast.: *La cuestión urbana,* México D. F., Siglo Veintiuno, 1991].

Duncan, S. y M. Goodwin (1987), *The Local State and Uneven Development,* Londres, Polity Press.

Gill, S. (1995), «Globalisation, market civilisation and disciplinary neoliberalism», *Millennium,* núm. 24, pp. 399-423.

Hackworth, J. y N. Smith (2001), «The changing state of gentrification», *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie*, núm. 92, pp. 464-477.

Harvey, D. (2005), *A Brief History of Neoliberalism,* Oxford, Oxford University Press [ed. cast.: *Breve historia del neoliberalismo,* Madrid, Akal, 2007].

______ (1989) «From managerialism to entrepreneurialism: The transformation in urban governance in late capitalism», *Geografiska Annaler*, núm. 71B, pp. 3-17.

______ (1982) *The Limits to Capital,* Chicago, University of Chicago Press.

Hudson, R. (2001), *Producing Places,* Nueva York, Guilford Press.

Isin, E. (1998), «Governing Toronto without government: Liberalism and neoliberalism», *Studies in Political Economy,* núm. 56, pp. 169-191.

Jessop, B. (2000), «The crisis of the national spatio-temporal fix and the ecological dominance of globalizing capitalism», *International Journal of Urban and Regional Research,* núm. 24, pp. 323-360.

______ (1999) «Narrating the future of the national economy and the national state: Remarks on remapping regulation and reinventing governance» en G. Steinmetz (ed.), *State/Culture: State Formation after the Cultural Turn,* Ithaca (NY), Cornell University Press, pp. 378-405.

______ (1994), «Post-Fordism and the state» en A. Amin (ed.), *Post-Fordism: A Reader,* Oxford, Blackwell, pp. 251-279.

______ (1992), «Fordism and post-Fordism: A critical reformulation» en M. Storper y A. J. Scott (eds.), *Pathways to Industrialization and Regional Development,* Nueva York, Routledge, pp. 46-69.

______ (1989), «Conservative regimes and the transition to post-Fordism: The cases of Great Britain and West Germany» en M. Gottdiener y N. Komninos (eds.), *Capitalist Development and Crisis Theory,* Nueva York, St. Martin's Press, pp. 261-299.

Jessop, B. y R. Stones (1992), «Old city and new times: Economic and political aspects of deregulation» en L. Budd y S. Whimster (eds.), *Global Finance and Urban Living,* Londres, Routledge, pp. 171-192.

Lefebvre, H. (1991) [1974], *The Production of Space,* Londres, Blackwell [ed. cast: *La producción del espacio,* Madrid, Capitán Swing, 2013].

Leitner, H., J. Peck y E. Sheppard (eds.) (2007), *Contesting Neoliberalism: Urban Frontiers,* Nueva York, Guilford.

Leitner, H. y E. Sheppard (1998), «Economic uncertainty, inter-urban competition and the efficacy of entrepreneurialism» en T. Hall y P. Hubbard (eds.), *The Entrepreneurial City,* Chichester, Wiley, pp. 285-308.

Lipietz, A. (1996), «Warp, woof, and regulation: A tool for social science» en G. Benko y U. Strohmayer (eds), *Space and Social Theory,* Cambridge (MA), Blackwell, pp. 250-283.

______ (1994), «The national and the regional: their autonomy vis-à-vis the capitalist world crisis» en R. Palan y B. Gills (eds.), *Transcending the State-Global Divide,* Boulder, Lynne Rienner Publishers, pp. 23-44.

______ (1988), «Reflections on a tale: The Marxist foundations of the concepts of regulation and accumulation», *Studies in Political Economy,* núm. 26, pp. 7-36.

______ (1987), *Mirages and Miracles: The Crisis of Global Fordism,* Londres, Verso.

MacKinnon, D. (2001), «Regulating regional spaces: State agencies and the production of governance in the Scottish highlands», *Environment and Planning A,* núm. 33(5), pp. 823-844.

Massey, D. (1985), *Spatial Divisions of Labour,* Londres, Macmillan.

Moody, K. (1997), *Workers in a Lean World,* Nueva York, Verso.

Peck, J. (2004), «Geography and public policy: constructions of neoliberalism», *Progress in Human Geography,* núm. 28, pp. 392-405.

______ (1998), «Geographies of governance: TECs and the neo-liberalisation of “local interests”», *Space & Polity,* núm. 2(1), pp. 5-31.

Peck, J. y N. Theodore (2007), «Variegated capitalism», *Progress in Human Geography,* núm. 31, pp. 731-772.

Peck, J. y A. Tickell (1994), «Searching for a new institutional fix: The after-Fordist crisis and global-local disorder» en A. Amin (ed.), *PostFordism: A Reader,* Oxford, Blackwell, pp. 280-315.

_____ (2002), «Neoliberalizing space», *Antipode,* núm. 34, pp. 380-404.

Petit, P. (1999), «Structural forms and growth regimes of the post-Fordist era», *Review of Social Economy,* núm. LVII(2), pp. 220-243.

Polanyi, K. (1944), *The Great Transformation,* Boston, Beacon [ed. cast.: *La gran transformación,* Madrid, La Piqueta, 1989].

Rhodes, M. (1995), «“Subversive liberalism”: market integration, globalization and the European welfare state», *Journal of European Public Policy,* núm. 2(3), pp. 384-406.

Smith, N. (1984), *Uneven Development: nature, capital and the production of space,* Oxford, Blackwell.

Storper, M. y R. Walker (1989), *The Capitalist Imperative: Territory, Technology and Industrial Growth,* Londres, Blackwell.

Swyngedouw, E. (1997), «Neither global nor local: “Glocalization” and the politics of scale» en K. Cox (ed.) *Spaces of Globalization,* Nueva York, Guilford, pp. 137-166.

______ (1992b), «The Mammon quest: “Glocalisation”, interspatial competition and the monetary order: The construction of new scales», en M. Dunford y G. Kafkalas (eds.), *Cities and Regions in the New Europe,* Londres, Belhaven Press, pp. 39-62.

______ (1992a), «Territorial organization and the space/technology nexus», *Transactions. Institute of British Geographers,* núm. 17, pp. 417-433.

Tickell, A. y J. Peck (2003), «Making global rules: globalization or neoliberalization?» en J. Peck y H. W. Yeung (eds.), *Remaking the Global Economy: Economic-Geographical Perspectives,* Londres, Sage, pp. 163-181.

Weber, R. (2002), «Extracting value from the city: neoliberalism and urban redevelopment», *Antipode,* núm. 34, pp. 519-540.

7. Nuevo globalismo y nuevo urbanismo. La gentrificación como estrategia urbana global

Neil Smith

Este artículo utiliza distintos acontecimiento ocurridos en Nueva York a finales de la década de 1990 con el propósito de lanzar dos argumentos centrales sobre la cambiante relación entre el urbanismo neoliberal y la así llamada globalización. El primero es que a medida que el Estado neoliberal se convierte, más que en un regulador, en un agente consumado de los mercados, el nuevo urbanismo revanchista, que reemplaza la política urbana liberal en las ciudades del capitalismo avanzado, expresa cada vez más los impulsos de la producción capitalista antes que la reproducción social. Al tiempo que la globalización indica un reescalamiento de lo global, la escala de lo urbano se redefine. Las auténticas ciudades globales pueden ser tanto las economías metropolitanas de mayor crecimiento de Asia, América Latina y (en menor medida) África, como los centros de mando de Europa, Norteamérica y Japón. En segundo lugar, el proceso de gentrificación, que inicialmente surgió como una anomalía esporádica, pintoresca y local del mercado de la vivienda en algunas ciudades que hacían de centros de mando, se ha generalizado globalmente como una estrategia urbana que toma el relevo de las políticas públicas urbanas liberales. Ya no se trata de un fenómeno aislado ni restringido a Europa, Norteamérica o Australia: las estrategias que lo impulsan se han generalizado, su incidencia es global y está intrincadamente conectado con los circuitos globales del capital y de la circulación cultural. Lo que conecta estas

* Estoy muy contento de poder agradecer los comentarios y el apoyo de Julian Brash, Eliza Darling, Jeff Derksen y David Vine, además de los comentarios de los editores y revisores de este texto.

dos cuestiones es el cambio de una escala urbana definida de acuerdo con las condiciones de la reproducción social, a otra en la que la inversión de capital productivo adquiere una mayor primacía.

*

Cuatro series de acontecimientos sucedidos en la ciudad de Nueva York a finales de los años noventa pueden captar sucintamente los principales rasgos del nuevo urbanismo neoliberal. La primera serie concierne al capital y al Estado. En los últimos días de 1998, el alcalde de Nueva York, Rudy Giuliani, hizo público un enorme «regalo de Navidad» para la élite capitalista de la ciudad. En respuesta a las «amenazas» de que la Bolsa de Nueva York podría ser reubicada kilómetro y medio arriba del río Hudson, ya en el estado de Nueva Jersey, Giuliani anunció un subsidio de 900 millones de dólares salidos de los bolsillos de los contribuyentes. Ésta era sólo la última y más cuantiosa de una serie de geo-sobornos pagados por la ciudad a distintas corporaciones globales. El subsidio incluía 400 millones de dólares con los cuales la ciudad y el estado de Nueva York construirían 60.000 m^2 de oficinas en Wall Street destinados a la Bolsa. Nunca se pretendió siquiera que este trato fuera una cuestión de necesidad financiera, el subsidio llegó en un momento en el que la Bolsa estaba procesando cantidades inauditas de excedentes de capital provenientes de economías de todo el planeta. Más bien, los altos funcionarios municipales y estatales se referían al acuerdo como si fuera una «sociedad». Por supuesto, ya se habían establecido antes sociedades público-privadas, pero esta no tenía precedentes, por dos motivos. El primero, y más obvio, era la escala del geo-soborno al capital privado con más de 1.000 millones de dólares en 2001, esta cifra resultaba totalmente inaudita. El segundo, y más importante, era que en esta ocasión el gobierno local se abstuvo de toda pretensión de estar regulando o dirigiendo al sector privado hacia resultados que de otro modo no hubiera podido conseguir por sí mismo. El subsidio fue justificado, antes bien, como una inversión de la ciudad y el estado de Nueva York, como una «buena práctica de negocios». Que, con toda probabilidad, la amenaza no tuviese fundamento alguno y la Bolsa de Nueva York no hubiese considerado jamás seriamente dejar la ciudad solo confirma esta cuestión: más que modular el camino tomado por la inversión privada, el gobierno local se ajustó simplemente a las guías establecidas por la lógica del mercado, convirtiéndose, efectivamente, en un socio menor aunque altamente activo del capital global. La destrucción del World Trade Center sugiere la muy plausible posibilidad de que la nueva Bolsa ocupe ese solar.[1]

1 Actualmente, la sede de la Bolsa sigue estando en el 11 de Wall Street y debido a la digitalización de las transacciones, entre 2006 y 2007 cerró sus tres extensiones en Manhattan. [N. de T.]

La segunda serie de eventos tiene que ver con la reproducción social de la fuerza de trabajo. A principios de 1998, el Departamento de Educación de la ciudad de Nueva York anunció que se enfrentaba a una escasez de profesores de matemáticas, como resultado iba a traer cuarenta profesores jóvenes de Austria. Y lo que es más extraordinario, en una ciudad con más de dos millones de hispanohablantes, la escasez de profesores de español iba a ser cubierta trayendo profesores de España. Hoy la contratación internacional anual de profesores de instituto es ya una rutina. Más o menos al mismo tiempo, se anunció que el Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York se iba a encargar de la seguridad en los colegios públicos de la ciudad, hasta entonces en manos del Comité Escolar. Juntos, estos eventos señalan una grave crisis, no solo en el sistema educativo de la ciudad, sino en el más amplio sistema de reproducción social.

La tercera serie de eventos apunta al drástico aumento del control social. En 1997 salió a la luz el horripilante caso de brutalidad policial contra Abner Louima, un inmigrante haitiano. Un año y medio más tarde, el inmigrante guineano Amadou Diallo, que no portaba ningún arma, fue abatido en el vestíbulo de su apartamento en medio de una lluvia de cuarenta y dos balas de policía. Dos de los atacantes de Louima fueron finalmente enviados a prisión pero —al igual que la mayoría de los policías que mataron por disparos a neoyorquinos inocentes a finales de los años noventa— los asesinos de Diallo fueron absueltos de toda responsabilidad criminal. El año siguiente, se dio un paso que solo se había retrasado por el asesinato de Diallo: las tristemente famosas balas «dum-dum», diseñadas para provocar el mayor daño personal posible fueron repartidas en el Departamento de Policía de Nueva York. Mientras tanto, se hacía público que entre 1994 y 1997 la ciudad de Nueva York había pagado la cifra récord de 96,8 millones de dólares para resolver el creciente número de demandas legales contra la brutalidad policial. Antes de la catástrofe de las Torres Gemelas, los neoyorquinos corrientes tenían la sensación de que las fuerzas de la policía estaban cada vez más fuera de control; incluso el presidente del tristemente famoso sindicato de policía expresó su temor de que las estrategias de represión policial de finales de los años noventa fueran «una estrategia planeada hacia un estado policial y la tiranía» (Cooper, 1998, 1999). Estos eventos fueron el resultado directo de la imposición de la «tolerancia cero» de Giuliani pero, al mismo tiempo, fueron también parte de un cambio más amplio, se estaba pasando de una política urbana liberal que dominó gran parte del siglo XX a lo que en otra parte he llamado la «ciudad revanchista» (Neil Smith, 1996; Erik Swyngedouw, 1997).

El cuarto evento —posiblemente el más intrigante— concierne al papel político del gobierno local. Enfadado por la desfachatez con la que los diplomáticos de las Naciones Unidas parecían burlarse de la normativa de aparcamiento y haciéndoles responsables de gran parte de la congestión del tráfico en Manhattan, Giuliani amenazó con retirar, por medio de la grúa, los coches aparcados ilegalmente que tuvieran matrícula diplomática. Ya entonces abiertamente ridiculizado por su política de pequeña (y no tan pequeña) represión, «Benito» Giuliani (como incluso el *New York Times* lo apodaba) estaba también enfadado con el Departamento de Estado que aparentemente parecía haber capitulado ante esta sistemática infracción automovilística. Quizás había llegado el momento, clamó Giuliani, de que Nueva York tuviera su propia política internacional.[2] De manera más general, la cuestión es que en medio de una reestructuración de la relación entre capital y Estado, una creciente crisis de la reproducción social y ondas cada vez más agudizadas de represión política, se da también una redefinición de la escala de las prácticas, actividades culturales y funciones urbanas dentro de un contexto de cambio de las relaciones globales y de una alteración dramática del destino de los Estados-nación.

Estos cuatro eventos nos dan muchas pistas sobre el urbanismo neoliberal que lentamente se ha ido gestando desde la década de 1980. Por neoliberalismo entiendo algo bastante específico. El liberalismo del siglo XVIII, de John Locke a Adam Smith, se basaba en dos hipótesis fundamentales: que el ejercicio libre y democrático del interés personal lleva al bien social colectivo óptimo y que el mercado siempre tiene razón, esto es, que la propiedad privada es la base de este interés personal y que su vehículo ideal es el intercambio en el mercado libre. Así pues, el liberalismo estadounidense del siglo XX, de Woodrow Wilson a Franklin Roosevelt y John F. Kennedy (que señala la importancia de una compensación social por los excesos del mercado y la propiedad privada), tiene un nombre inapropiado, ya que, aunque no suprime estos axiomas del liberalismo, no encaja del todo en tanto trata de regularlos en respuesta al desafío del socialismo. Así pues, el neoliberalismo que arranca en el siglo XX y lleva al siglo XXI supone un importante retorno a los axiomas originales del liberalismo, si bien es cierto que es un retorno impulsado por una movilización sin precedentes no sólo del poder del Estado-nación sino del poder del Estado organizado y ejercido a diferentes escales geográficas.

2 Esta idea de una política internacional desde la base local con un impacto global fue sacada de manera bastante literal de las propuestas socialdemócratas realizadas en una conferencia internacional con base en Nueva York por el ex-alcalde de Barcelona, Pasqual Maragall. Giuliani se negó a participar pero de todos modos se apropió de las ideas.

Las conexiones entre capital y Estado, entre reproducción social y control social, han sido alteradas de forma drástica. Y esta transformación, que solo ahora hemos empezado a perfilar, se manifiesta vívidamente en una geografía alterada de relaciones sociales y, más concretamente, en un reescalamiento de los procesos y de las relaciones sociales que genera nuevos anidamientos de escala que a su vez reemplazan las antiguas, comúnmente asociadas a la «comunidad», lo «urbano», lo «regional», lo «nacional» y lo «global». En este artículo me centro sólo en el urbanismo neoliberal y en la relación entre lo global y lo urbano. Si bien no pretendo inferir en absoluto que las otras escalas son menos relevantes para una comprensión más amplia, sí pretendo señalar lo que parece el nexo particular que se está forjando entre el cambio global y el cambio urbano. En concreto, quiero plantear dos argumentos que en principio parecen bastante distintos. En primer lugar, me gustaría argumentar que en el contexto de un globalismo remodelado, amplia aunque parcialmente expresado a través de los discursos ideológicos de la «globalización», observamos también una extensa redefinición de la escala urbana (de hecho, un nuevo urbanismo) que redirige su atención sobre los criterios de escala, en este caso sobre los procesos de producción y el extraordinario crecimiento urbano en Asia, Latinoamérica y África. En segundo lugar, y centrándome más en Europa y Norteamérica, quiero argumentar que el relativamente reciente proceso de gentrificación se ha generalizado en tanto característica central de este nuevo urbanismo. Presento así dos líneas de un mismo argumento que sugiere que el neoliberalismo se desarrolla de nuevas formas dentro de la historia más amplia de la urbanización capitalista. Espero poder demostrar que los dos procesos que se analizan aquí están fuertemente conectados.

El nuevo urbanismo

En sus interpretaciones hábilmente sintéticas, Saskia Sassen (1992, 1998 y 2000) ofrece un argumento de referencia sobre la importancia de lo local en el nuevo globalismo. El espacio, insiste ella, es fundamental para la circulación de personas y capital que constituye la globalización; centrarse en las ciudades en un mundo globalizado supone un reconocimiento del rápido declive de las economías nacionales, al tiempo que insiste en que la globalización tiene lugar a través de un conjunto de procesos sociales y económicos específicos enraizados en lugares específicos. Esta hipótesis se basa en una imagen ya familiar de la globalización, definida desde el punto de vista del cambio económico de la producción a

la financiarización. Las ciudades globales surgieron en la década de 1970, cuando el sistema financiero global se expandía dramáticamente y la inversión extranjera directa ya no venía dominada por el capital invertido directamente en funciones productivas, sino más bien por el capital que circulaba dentro y entre los mercados de capital. A su vez, esto propició una amplia expansión de los servicios asociados a la producción concentrados en los puestos de mando y control de la economía financiera y cuyas nuevas formas urbanas están marcadas por bifurcaciones extremas de riqueza y pobreza, dramáticos realineamientos en las relaciones de clase y una dependencia de las nuevas corrientes de trabajo migrante. Este es, por supuesto, el paradigma de la ciudad global marcado, desde los años setenta, por el desplazamiento del poder económico «desde los lugares de la producción, como Detroit y Manchester, hacia centros financieros y de servicios altamente especializados» (Sassen, 1992).

Oportuna alternativa al risueño optimismo de las utopías globalizadas, la interpretación de Sassen es perspicaz en cuanto a los cambiantes contenidos de algunas economías urbanas. Sin embargo, es endeble tanto en el campo teórico, como en el campo empírico en el que la serie de relaciones que definen a las ciudades globales resulta mucho más complicada y en el que existe una gama más amplia de ciudades que pueden ser agrupadas bajo la etiqueta de ciudades globales (Taylor, 1999). Al final, el argumento de Saskia Sassen es un poco impreciso con relación a cómo se construyen esos lugares realmente. No va lo suficientemente lejos. Es como si la economía social global constara de una plétora de contenedores (Estados nación) entre los cuales flotara un número de contenedores más pequeños: las ciudades. Sin embargo, la globalización conlleva un cambio dramático en los tipos de relaciones y actividades económicas y sociales que se llevan a cabo en estos contenedores, una re-clasificación de actividades entre los diferentes contenedores y una creciente porosidad de los contenedores nacionales, de modo que una turbulencia en el extenso océano global puede zarandear a las ciudades de una forma cada vez más directa. En cualquier caso, y con la excepción de algunos contenedores nacionales que pueden llegar a hundirse realmente, en la visión de Sassen los contenedores en sí permanecen intactos de una manera bastante rígida. Tal y como cuenta Neil Brenner (1998), esta explicación continúa siendo «sorprendentemente estadocéntrica». Lo que me gustaría argumentar aquí es que, en el contexto del nuevo globalismo, nos encontramos con la emergencia de un nuevo urbanismo en el que incluso los propios contenedores se están reestructurando de un modo fundamental. «Lo urbano» se está redefiniendo de una forma tan dramática como lo global; los viejos contenedores conceptuales (nuestra hipótesis de lo que era o no «urbano» en los años setenta) hacen aguas. La nueva concatenación

de funciones y actividades urbanas en relación con los cambios nacionales y globales no solo cambia el «maquillaje» de la ciudad sino la definición misma de lo que (literalmente) constituye la escala urbana.

Históricamente, las ciudades han desempeñado múltiples funciones que van desde lo militar y lo religioso a lo político y lo comercial, lo simbólico y lo cultural, dependiendo de la historia y la geografía de su construcción y transformación. Así mismo, la escala de lo urbano refleja estas historias y geografías sociales particulares. Con el desarrollo y expansión del capitalismo industrial, el crecimiento de las ciudades revela cada vez más el poderoso impulso hacia la centralización del capital, al tiempo que la *escala* de lo urbano viene cada vez más definida en relación con los límites geográficos de la migración laboral diaria. Es decir, tan pronto como la división *social* del trabajo entre producción y reproducción se convierte simultáneamente en una división espacial, la organización social y territorial de la reproducción social del trabajo (el suministro y mantenimiento de una población de clase trabajadora) viene a jugar un papel central en la determinación de la escala urbana. Antes que por cualquier otra cosa, la escala de la ciudad moderna viene así graduada por algo bastante prosaico: las determinaciones contradictorias de los límites geográficos de los desplazamientos diarios de los trabajadores entre hogar y trabajo (Smith, 1990).

La ciudad keynesiana del capitalismo avanzado, en la que el Estado aseguraba grandes áreas de la reproducción social, desde la vivienda a los servicios sociales o las infraestructuras de transporte, representó la culminación de esta relación definitiva entre escala urbana y reproducción social. Se trata de un tema recurrente que ha recorrido el trabajo de los teóricos urbanos de Europa y América a partir de los años sesenta: desde la revolución urbana (Lefebvre, 1971) hasta la crisis urbana (Harvey, 1973) y la explícita definición de lo urbano en términos de consumo colectivo (Castells, 1977), a la vez que constituye una inquietud constante de la teoría urbana feminista (Hansen y Pratt, 1995; Katz, 2001; Rose, 1981). En la medida en que era un centro de acumulación de capital, la ciudad keynesiana era, en muchos aspectos, una mezcla de oficina de empleo y oficina de servicios sociales al servicio del capital nacional correspondiente. De hecho, la llamada crisis urbana de finales de los años sesenta y principios de los años setenta fue generalmente interpretada como una crisis de la reproducción social que tenía que ver con la disfuncionalidad del racismo, la explotación de clase y el patriarcado y la contradicción entre una forma urbana surgida conforme a criterios de acumulación y otra que se tenía que justificar en cuanto a la eficiencia de la reproducción social.

Demos un paso atrás para considerar la cuestión de la «globalización»: si estamos hablando de ciudades globales es de suponer que esta definición está implicada en los procesos que las conforman. ¿Qué es exactamente la globalización a comienzos del siglo XXI? ¿Qué hay de nuevo hoy? Con seguridad, no es el capital mercancía lo que se está globalizando: Adam Smith y Karl Marx reconocían ya un «mercado mundial». Tampoco puede ser, por propia lógica, que se esté globalizando el capital financiero. Los niveles actuales de intercambio global financiero [en 2005] están sólo empezando a alcanzar los niveles del periodo comprendido entre 1890 y la Primera Guerra Mundial. Con las instituciones de Bretton Woods instauradas a partir de 1944, especialmente el Fondo Monetario Internacional, se pretendía reestimular y regular los flujos globales financieros interrumpidos por la depresión y la guerra. Considerado bajo esta perspectiva histórica, la expansión global de los mercados de valores y divisas, y la amplia desregularización financiera, que comienza en la década de 1980, pueden haber sido una respuesta a la globalización más que su causa. La globalización de las imágenes culturales en la era de los ordenadores y las migraciones sin precedentes son también muy poderosas, pero sería difícil pretender reivindicar la novedad de la globalización cultural dado el alcance de la mezcla previa; desde mucho antes de los años ochenta, todas las culturas «nacionales» eran ya más o menos híbridas. Esto nos deja con el capital productivo; creo que hay buenas razones para pensar que en la medida en que la globalización no anuncia nada nuevo, el nuevo globalismo puede estar originado por la escala crecientemente global (o al menos internacional) de la producción económica. Hasta los años setenta, la mayor parte de las mercancías de consumo eran producidas en el marco de una economía nacional para ser, o bien consumidas allí, o bien exportadas a un mercado nacional diferente. Hacia los años noventa, este modelo estaba obsoleto, cada vez resultaba más difícil identificar lugares de producción determinados para mercancías concretas, el viejo lenguaje de la geografía económica ya no tenía sentido. En lo que se refiere a los automóviles, la electrónica, la ropa, los ordenadores, las medicinas y muchos otros sectores industriales que van de la alta a la baja tecnología, la producción se organiza a través de las fronteras nacionales, hasta el punto de que las cuestiones de «importación» y «exportación» nacional han sido suplantadas por las cuestiones relativas al comercio global y son intrínsecas al proceso de producción. Hoy en día, la idea de «capital nacional» no tiene mucho sentido en tanto la mayor parte del comercio global que atraviesa las fronteras nacionales se realiza, de hecho, dentro de la misma compañía: tiene lugar *dentro* de las redes de producción de corporaciones individuales.

No hay duda de que en términos estrictamente económicos, el poder de la mayor parte de los Estados organizados a escala nacional se está debilitando pero, de todos modos, esto no remite a un concepción de «suma cero» para esta escala (Brenner, 1998; MacLeod, 2001), ni al simplista argumento de la decadencia del Estado nación. En primer lugar, el poder político y cultural del poder a escala nacional no se ha socavado en absoluto, y quizás incluso se esté reforzando en algunos lugares. En segundo lugar, la erosión del poder económico de escala nacional es altamente desigual y no necesariamente universal, hay Estados como EEUU y China que están corriendo una suerte bastante diferente de los de Malasia o Zimbawe. Mészáros (2001) ha argumentado, por ejemplo, que la ambición del gobierno de EEUU parece consistir en su transformación en un Estado global, un análisis que parece confirmarse por la brutal «guerra al terrorismo» (en realidad una guerra por la hegemonía global) que está llevando a cabo (Smith, en prensa). Sin embargo, los orígenes de la creciente porosidad económica a escala nacional son innegables: la desregulación financiera y de las comunicaciones ha ampliado la movilidad geográfica del capital; debido a las migraciones sin precedentes de la fuerza de trabajo, las economías locales han superado la dependencia automática de la mano de obra local; la respuesta de los gobiernos nacionales y locales (incluyendo los gobiernos municipales) ha consistido en ofrecer zanahorias al capital al tiempo que aplica el palo a la mano de obra; finalmente, las luchas de clase y raza en términos generales están en retroceso, dejando cada vez más margen de acción a los gobiernos locales y nacionales en cuanto al abandono de un sector de la población que se ha convertido en un excedente neto debido tanto a la reestructuración de la economía como al desmantelamiento de los servicios sociales. El masivo encarcelamiento de población trabajadora y perteneciente a las minorías, especialmente en EEUU, es la analogía nacional de la emergente ciudad revanchista. Los niveles comparativamente bajos de lucha han resultado cruciales en la virtual falta de reacción del gobierno de Los Ángeles tras el levantamiento de 1992,[3] lo que contrasta dramáticamente con la respuesta paliativa (aunque paternalista) tras los levantamientos de los años sesenta.[4]

Dos cambios, que se refuerzan mutuamente, han reestructurado consecuentemente las funciones y los roles activos de las ciudades. En primer lugar, los sistemas de producción previamente territorializados a escala regional (subnacional) se han ido liberando de la influencia de los contextos nacionales, lo que ha resultado tanto

3 Este siguió a la muerte de Rodney King a manos de la policía de Los Ángeles. [N. de E.]

4 Revuelta en el barrio de Watts tras un accidente de tráfico que provocó seis días de enfrentamientos entre la población negra del barrio y la policía. [N. del E.]

en las olas de desindustrialización de los años setenta y ochenta como en una reestructuración y desestructuración regional sistemática que forma parte de la revisión de las jerarquías de escala establecidas. Como consecuencia, los sistemas de producción han reducido su escala, su territorialización se ha desplazado de manera creciente hacia centros metropolitanos extensos más que a regiones mayores: es la escala metropolitana la que domina de nuevo el nivel regional y no al revés. En lugar del Noreste o el Medioeste americano, las Midlands inglesas o el Ruhr alemán (frutos geográficos clásicos del capitalismo industrial moderno), tenemos los São Paulo y Bangkok, México y Shanghai, Bombay y Seul. Si las regiones industriales tradicionales eran la columna vertebral de los capitales nacionales en el siglo XIX y gran parte del siglo XX, estas nuevas y enormes economías urbanas son cada vez más plataformas de la producción *global*. Esta rearticulación de la escala de la producción hacia la escala metropolitana es un expresión de un cambio global; y al mismo tiempo se encuentra en el centro de un nuevo tipo de urbanismo.

Estos procesos dan también lugar a su corolario, a medida que los Estados nacionales se van alejando de las políticas urbanas liberales que dominaron las décadas centrales del siglo XX en las economías del capitalismo avanzado. En EEUU, la negativa del presidente Ford a rescatar a la ciudad de Nueva York en medio de una grave crisis fiscal (inmortalizada en el famoso titular del periódico *Daily News*: «Ford to City: Drop Dead» [Ford a la ciudad: muérete]) seguido por el fracaso del presidente Carter en su intento de establecer un plan urbano en 1978, ofreció los primeros indicios de una economía nacional cada vez más desconectada e independiente de sus ciudades. La desaparición generalizada, aunque discontinua, de las políticas liberales urbanas fue labrando el camino al cínico tijeretazo de Clinton al sistema de bienestar social en 1996. Incluso si los efectos a menudo han sido menos estruendosos y han tomado una miríada de formas, la trayectoria de este cambio es similar en la mayoría de las economías más pudientes del planeta, aunque Italia (a pesar de su transferencia de parte del poder nacional del Estado a la Unión Europea) puede ser una excepción.

La cuestión aquí no es que el Estado nacional se haya forzosamente debilitado o que la territorialidad del poder económico y político sea de alguna manera menos poderosa. Este argumento (que el poder global reside hoy en una red de conexiones económicas más que en un lugar en particular) está plasmado en el influyente *Imperio* de Negri y Hardt (2000), pero adolece de una cierta nigromancia con respecto al capital financiero y una ceguera hacia las contradicciones del poder que conlleva el necesario arreglo espacial de las actividades económicas y el control político del espacio. Ciertamente, las funciones y actividades específicas

previamente organizadas a escala nacional están siendo dispersadas hacia otras escalas, por encima y por abajo en la escala jerárquica. Sin embargo, y al mismo tiempo, los Estados nacionales se están reformulando como actores económicos puros, enraizados en y para el mercado, más que como complementos exteriores al mismo. La reestructuración social y económica está así mismo reestructurando la escala espacial, en la medida en que el establecimiento de estas escalas cristaliza las figuras de poder social (quién está empoderado y quién bajo control, quién gana y quién pierde) y las inserta en los renovados paisajes físicos (Brenner, 1998; Smith y Dennis, 1987; Swyngedouw, 1996 y 1997).

El urbanismo neoliberal es una parte integral de este amplio reescalamiento de funciones, actividades y relaciones, y conlleva un considerable énfasis en el nexo entre producción y capital financiero a costa de las cuestiones relativas a la reproducción social. No se trata de que la organización de la reproducción social ya no module la definición de la escala urbana, sino más bien que su poder para hacerlo está considerablemente debilitado. Tanto los debates públicos en torno a la suburbanización del desarrollo urbano [*urban sprawl*] en Europa, y especialmente en EEUU, como las intensas campañas europeas de promoción de la «regeneración» urbana, así como la emergencia de movimientos de justicia medioambiental sugieren que la crisis de la reproducción social no sólo está absolutamente territorializada, sino que la producción del espacio urbano también ha llegado a incorporar esa crisis. Existe una conexión entre la producción de la escala urbana y la expansión de valor eficiente, un urbanismo «mal escalado» puede interferir seriamente en la acumulación de capital. La crisis de los desplazamientos diarios se encuentra en el centro de esta cuestión. Hace ya tiempo planteé (Smith, 1990) que en aquellas ciudades en las que la expansión geográfica había sobrepasado la capacidad de llevar y traer a la gente de su casa al trabajo, el resultado no era solo el caos urbano sino una «fragmentación y desequilibrio en la universalización del trabajo abstracto», que afectaba al corazón de la cohesión económica. Al tiempo que esta contradicción entre la forma geográfica y el proceso económico sin duda se mantiene, los datos sobre muchas ciudades de Asia, África y Latinoamérica presentan un panorama bastante distinto. Los viajes diarios en São Paulo pueden empezar, para mucha gente, a la 3:30 de la mañana y llevarles más de cuatro horas en cada dirección. En Harare, Zimbawe, el tiempo medio de los desplazamientos diarios desde las ciudades negras de la periferia urbana es también de cuatro horas, lo que implica jornadas laborales en las que la población trabajadora está fuera de casa durante dieciséis horas, durmiendo la mayor parte del resto del tiempo. El coste económico de los desplazamientos diarios de esos mismos trabajadores también se ha dilatado dramáticamente, en parte como resultado de la

privatización de los medios de transporte a instancias del Banco Mundial: viajes que consumían aproximadamente el 8 % de los ingresos semanales a principios de los años ochenta requerían entre el 22 % y el 45 % a mediados de los años noventa (Ramsamy, 2001).

¿Por qué sucede esto? Muchos urbanistas bienintencionados lo atribuyen a la falta de infraestructuras adecuadas y esto es, innegablemente, uno de los problemas. Sin embargo, si nos colocamos en un nivel superior de análisis, hay una contradicción geográfica fundamental entre el espectacular aumento del valor del suelo que acompaña a la centralización del capital en el corazón de estas metrópolis y las localizaciones marginales y periféricas donde la población trabajadora se ve obligada a vivir debido a los lamentables salarios sobre los cuales se construye dicha centralización. Extrañamente, los caóticos y difíciles desplazamientos diarios todavía no han conducido a un colapso económico, los impulsos de la producción económica (y, especialmente, la necesidad de que la mano de obra llegue a sus puestos de trabajo) han tenido prioridad sobre cualquier restricción que emane de las condiciones de la reproducción social. Los rigores de un desplazamiento diario casi insostenible no han puesto todavía en peligro la producción económica. En cambio, han provocado una «resiliencia desesperada», siendo absorbidos en medio de un colapso social más amplio que Katz (en prensa) llama «desarrollos en desintegración».

Así pues, la punta de lanza de la reestructuración combinada de la escala y de la función urbana no radica en las viejas ciudades del capitalismo avanzado, donde el proceso de desintegración de regiones tradicionalmente basadas en la producción y la creciente deslocalización de la reproducción social a escala urbana constituyen un proceso ciertamente doloroso y difícil de aceptar sin resistencia, pero también parcial. Más bien, radica en las enormes y expansivas metrópolis de Asia, Latinoamérica y ciertas partes de África donde el Estado del bienestar keynesiano nunca se aplicó de una manera relevante, la indiscutible relación entre ciudad y reproducción social nunca fue lo primordial y las amarras de la viejas formas, estructuras y paisajes eran mucho menos fuertes. Estas economías metropolitanas se están convirtiendo en los núcleos de producción de un nuevo capitalismo. Al contrario de la suburbanización de los años de postguerra en Norteamérica, Europa, Oceanía y Japón, la dramática expansión urbana de principios del siglo XXI llevará inequívocamente a la expansión de la producción social, más que de la reproducción. En este aspecto, al menos, el anuncio de Lefevbre de una revolución urbana que redefina la ciudad y las luchas urbanas en términos de reproducción social (o incluso la definición de Castell de lo urbano en términos de

consumo colectivo) se desvanecerá de la memoria histórica. Si con el advenimiento del keynesianismo, el capitalismo «cambió de marcha», de una urbanización «basada en la oferta» a una «basada en la demanda», tal y como Harvey (1985) observó en su día, el capitalismo del siglo XX revierte potencialmente este cambio.

Esta reestructuración de escala y el cauto reempoderamiento de la escala urbana (la aspiración de Giuliani de una política exterior de la ciudad de los cinco distritos) representa solo uno de los ejes del urbanismo neoliberal. Algo que encaja con las valoraciones, más bien culturalistas, del geógrafo político Peter Taylor (1995), quien afirma que «[L]as ciudades están reemplazando a los Estados en la construcción de las identidades sociales». Ciudades como São Paulo o Shanghai, Lagos o Bombay, probablemente pondrán en cuestión a los centros urbanos más tradicionales, no sólo en tamaño y densidad de la actividad económica (que ya lo han hecho), si no fundamentalmente como las principales incubadoras de la economía global, progenitores de una nueva forma, proceso e identidad urbana. Nadie pretende seriamente que el siglo XXI sea testigo del retorno a un mundo de ciudades-Estado, pero lo que *sí* veremos será una reconquista de las prerrogativas políticas urbanas frente a las regiones y los Estados nación.

Por último, la redefinición de la escala urbana en términos de producción, más que de reproducción social, no disminuye de ninguna manera la importancia de la reproducción social en el desarrollo de la vida urbana. Más bien lo contrario: las luchas por la reproducción social son cada vez más importantes precisamente a causa del desmantelamiento de las responsabilidades del Estado. En cualquier caso, la inhibición del Estado en este ámbito se corresponde con un incremento de sus intervenciones en términos de control social. La transformación de Nueva York en una «ciudad revanchista» no es un evento aislado, y en el contexto de reestructuración de las geografías globales y locales no es difícil entender el surgimiento de formas y prácticas estatales cada vez más autoritarias. Según Swyngedouw (1997), la sustitución de la disciplina del mercado por la de un Estado del bienestar hueco que excluye deliberadamente a partes importantes de la población y el miedo a la resistencia social provocan un aumento del autoritarismo estatal. Al mismo tiempo, la nueva fuerza de trabajo urbana está cada vez más formada por trabajadores informales y a tiempo parcial que no están completamente integrados dentro de los menguantes sistemas de disciplina económica estatal, así como por migrantes cuyas redes culturales y políticas (parte de los recursos de la reproducción social) también proporcionan normas alternativas de práctica social así como posibilidades alternativas de resistencia.

Resumiendo, mi intención aquí no es defender que ciudades como Nueva York, Londres o Tokio carecen de poder en la jerarquía global de los entornos urbanos y las altas finanzas. La concentración de funciones de mando, financieras y de otro tipo, es innegable. Más bien, trato de poner ese poder en contexto y cuestionar la asunción común de que el capital financiero tiene necesariamente una relevancia primordial, así como el criterio según el cual ciertas ciudades son consideradas «globales». Si hay algo de verdad en el argumento de que la así llamada globalización resulta en primer lugar principalmente de la globalización de la producción, nuestro análisis de lo que constituye una ciudad global debería reflejar esta afirmación.

Regeneración urbana: la gentrificación como estrategia urbana

Permítanme cambiar ahora de escala y centrarme en los procesos de gentrificación. Si uno de los elementos del urbanismo neoliberal del siglo XXI es la inclusión desigual de las experiencias urbanas de Asia y Latinoamérica, particularmente, a la vanguardia de un nuevo urbanismo, un segundo aspecto tiene que ver con lo que podría ser considerado como una generalización de la gentrificación como estrategia urbana global. A primera vista, estos dos argumentos parecen bastante diferentes: uno se refiere a las viviendas de lujo en los centros del poder global, el otro a los nuevos modelos de urbanismo de las periferias en proceso de integración. Ciertamente expresan experiencias opuestas de este nuevo urbanismo, pero esa es precisamente la cuestión. El urbanismo neoliberal abarca una amplia gama de cambios sociales, económicos y geográficos, y la intención de estos argumentos opuestos es impulsar la cuestión en torno a cuán variada es la experiencia del urbanismo neoliberal y cómo estos mundos opuestos encajan entre sí.

La imagen de la gentrificación de la mayoría de los académicos está todavía estrechamente relacionada con el proceso definido en los años sesenta por la socióloga Ruth Glass (1964). Esta es su interpretación seminal de 1964, en la que consideraba la gentrificación como un proceso diferenciado:

> Uno a uno, muchos de los barrios de clase obrera de Londres han sido invadidos por la clase media (alta y baja). Raídas viviendas rústicas y caballerizas reconvertidas (con dos habitaciones en planta baja y dos en planta alta) han sido recuperadas al término de sus contratos de alquiler y se han convertido en caras y elegantes residencias. Las

> casas victorianas, aún más grandes, que en un periodo anterior o más recientemente habían perdido su categoría (utilizadas como pensiones o, en otros casos, con ocupación múltiple), han sido recuperadas por medio de la rehabilitación [...] Una vez que este proceso de «gentrificación» comienza en un distrito se desarrolla rápidamente hasta que todos o la mayoría de los ocupantes de clase obrera originarios son desplazados, modificando el carácter social del distrito por completo.

De manera casi poética, Glass expresa la novedad de este nuevo proceso allí donde una nueva clase media-alta [*gentry*] estaba transformando los barrios obreros. Consideremos ahora una afirmación actualizada, 35 años más tarde, de nuevo sobre Londres. El fragmento siguiente está extraído de la resolución para el «Renacimiento urbano» (Department of the Environment, Transport and the Regions, 1999) publicado por la *Urban Task Force* designada por el *Department of the Environment, Transport and the Regions* (DETR) [Departamento de medio ambiente, transporte y regiones] de Reino Unido:

> La *Urban Task Force* identificará la causas del declive urbano […] y las soluciones prácticas para llevar a la gente de vuelta a nuestras ciudades, núcleos urbanos y barrios. Establecerá una nueva visión de la regeneración urbana [En los próximos 25 años] el 60 % de las nuevas viviendas deberán construirse sobre suelo previamente desarrollado […] Hemos perdido el control sobre nuestras ciudades y núcleos urbanos permitiendo que se echen a perder a causa del mal diseño, la dispersión económica y la polarización social. El comienzo del siglo XXI es un momento de cambio [que ofrece] la oportunidad para un renacimiento urbano.

Por supuesto, este lenguaje del renacimiento urbano no es novedoso pero aquí toma un nuevo significado. La escala de la ambición de la reconstrucción urbana se ha ampliado de forma dramática. Si la renovación urbana de postguerra en las ciudades occidentales, llevada a cabo por el Estado, ayudó a fomentar una gentrificación dispersa del mercado privado, dicha gentrificación y la privatización intensificada del suelo de los centros de las ciudades y de los mercados de la vivienda desde los años ochenta ha suministrado, a su vez, la plataforma sobre la que se han establecido planes multidimensionales de regeneración urbana que sobrepasa de largo la regeneración urbana de los años sesenta. El lenguaje actual de la regeneración urbana, especialmente en Europa, no es uni-dimensional sino que implica, entre otras cosas, una generalización de la gentrificación en el paisaje urbano.

Consideremos algunas diferencias fundamentales en las visiones presentadas por Glass y el DETR. Por ejemplo, donde para Glass la gentrificación de los años sesenta era una singularidad marginal en el mercado de vivienda de Islington (un ejercicio urbano pintoresco de las clases profesionales más modernas que no tenían miedo a rozarse con las masas pordioseras), a finales del siglo XX se ha convertido en un objetivo central de la política urbana británica. Mientras que en la historia de Glass se asumía que el principal actor era la clase media alta que migraba al barrio, 35 años más tarde los agentes de la regeneración urbana son gubernamentales, corporativos o el resultado de un partenariado entre ambos. Un proceso aparentemente casual y no planificado surgido en el mercado inmobiliario de postguerra es ahora ambiciosa y escrupulosamente planeado. Lo que era completamente azaroso ha sido cada vez más sistematizado. El proceso de gentrificación se ha desarrollado velozmente, en escala y diversidad, hasta el punto de que los proyectos de estricta rehabilitación residencial, que eran tan paradigmáticos de las décadas de los años sesenta y setenta, parecen ahora una mera curiosidad, no sólo en el paisaje urbano, sino también en la literatura de la teoría urbana.

De manera más importante, una realidad que era fundamentalmente local, en un principio identificada en unas pocas ciudades del capitalismo avanzado como Londres, Nueva York y Sidney, es ahora virtualmente global. Su evolución ha sido tanto vertical como horizontal. Por una parte, el proceso de gentrificación ha descendido rápidamente en la jerarquía urbana; se ha hecho evidente no sólo en las ciudades más grandes sino también en los centros más improbables de ciudades previamente industriales como Cleveland o Glasglow, en ciudades más pequeñas como Malmö o Granada, o incluso en pequeñas ciudades con importante actividad comercial como Lancaster, Pennsylvania o Ceské Krumlov en la República Checa. Al mismo tiempo, este proceso se ha difundido también geográficamente, con informes de gentrificación que vienen desde Tokio, Tenerife (Garcia, 2001), São Paulo, Puebla, México (Jones y Varley, 1999) o Ciudad del Cabo (Garside, 1993), hasta el Caribe (Thomas, 1991), Shanghái o Seúl. De manera algo irónica, incluso Hobart, la capital de la tierra de Van Diemen (esto es, Tasmania), donde fueron llevados los desposeídos campesinos británicos convertidos en cazadores furtivos y rebeldes en el siglo XIX y donde, a su vez, la población local fue aniquilada, también está padeciendo la gentrificación.

Por supuesto, estas experiencias de gentrificación son altamente variadas, están desigualmente distribuidas y son mucho más diversas de lo que lo fueron los primeros casos en Europa y Norteamérica. Surgen como resultado de

aglomerados económicos y sociales locales bastante diversos y se conectan con las más amplias economías políticas de escala nacional y global de muchas y complicadas maneras. La cuestión esencial aquí es la rapidez de la evolución de un proceso urbano inicialmente marginal que, identificado en los años sesenta, se está transformando en un importante elemento del urbanismo contemporáneo. Ya sea en su forma pintoresca, representada por los establos rehabilitados de Glass, o en su forma socialmente organizada en el siglo XXI, la gentrificación augura una expulsión de los residentes de clase obrera de los centros urbanos. De hecho, la naturaleza de clase del proceso, transparente en la versión de Glass de la gentrificación, ha sido diligentemente ocultada por la verborrea del gobierno laborista británico. Tanto este sintomático silencio, como sus signos más visibles y locuaces, dicen mucho de la cambiante geografía social y cultural de la ciudad, emparejada con una cambiante geografía económica.

En los contextos de Europa y Norteamérica, es posible identificar tres olas de gentrificación (Hackworth, 2001). La primera ola, que empieza en los años cincuenta, se puede considerar como una gentrificación principalmente esporádica, tal y como observó Ruth Glass. A esta le siguió una segunda ola en los años ochenta y noventa, a medida que la gentrificación se implicaba cada vez más en el más amplio proceso de reestructuración urbana y económica. Hackworth (2001) llama a esta ola la «fase de anclaje» de la gentrificación. En los años noventa, surge una tercera onda que podríamos considerar como gentrificación generalizada. Por supuesto, esta evolución de la gentrificación se ha producido de maneras marcadamente distintas, en barrios y ciudades diferentes y de acuerdo con diferentes ritmos temporales. En Ciudad de México, por ejemplo, el proceso no está en absoluto tan altamente capitalizado o generalizado como en Nueva York, permanece confinado al distrito central de la ciudad, extendido al barrio de Coyoacán, allí la demarcación de las tres olas de gentrificación identificables tiene poca o ninguna validez empírica. En Seúl o São Paulo, el proceso está aislado geográficamente y en sus primeros pasos. En el Caribe, las crecientes conexiones entre gentrificación y capital global se filtran por lo general a través de la industria turística, dándole un toque propio y distintivo. Del mismo modo, la transformación de kilómetros y kilómetros de antiguos muelles y almacenes a lo largo de ambas orillas del Támesis sugiere que la gentrificación en Londres es más expansiva que en la mayoría de las ciudades norteamericanas. Al ser una expresión de relaciones políticas, económicas y sociales más amplias, la gentrificación en cualquier ciudad particular expresa las particularidades de ese lugar en la construcción de su espacio urbano.

Sin embargo, en diferente grado, en los años noventa la gentrificación ha evolucionado en ciudades de todo el mundo hasta componerse como una estrategia urbana para los gobiernos municipales en connivencia con el capital privado. La política urbana liberal, que en algunos lugares de Europa se remonta a finales del siglo XIX y en Norteamérica a la transición desde la Era Progresista [1890-1920] al *New Deal* de Roosevelt, ha sido derrotada de manera sistemática, primero, debido a las crisis políticas y económicas de los años setenta y luego por las administraciones nacionales conservadoras de los años ochenta. Desde Reagan a Thatcher y, más tarde, a Kohl, las medidas de esas políticas urbanas liberales han sido sistemáticamente desempoderadas o desmanteladas a escala nacional; las restricciones de las políticas públicas a la gentrificación han sido reemplazadas por la transformación del medio ambiente urbano construido por parte de un mercado privado subvencionado. Esta transformación vino intensificada por el círculo de líderes neoliberales que les siguieron (Clinton, Blair y Schröder). De este modo, la nueva fase de gentrificación se enlaza con el más amplio sometimiento de clase, y esto no sólo a nivel nacional, sino también de política urbana. Hacia finales del siglo XX, la gentrificación, alimentada por un partenariado concertado y sistemático a la hora de planificar el desarrollo urbano entre el capital público y privado ha ocupado el vacío dejado por el fin de las políticas urbanas liberales. En otros lugares, donde no dominaron las políticas urbanas liberales durante gran parte del siglo XX, la trayectoria del cambio ha sido diferente. Sin embargo, la aceptación general de la gentrificación de los centros urbanos, como una estrategia competitiva en el mercado global, se dirige en la misma dirección. A este respecto al menos, el neoliberalismo de finales de siglo sugiere un hilo de convergencia entre las experiencias urbanas de las grandes ciudades de lo que se solía denominar el Primer y el Tercer Mundo.

La generalización de la gentrificación tiene diversas dimensiones que pueden entenderse en relación con cinco características interrelacionadas: la transformación del papel del Estado, la penetración de las finanzas globales, los cambiantes niveles de oposición política, la dispersión geográfica y la generalización sectorial de la gentrificación. Vamos a examinar cada uno de ellos por separado. En primer lugar, entre la primera y la segunda ola de gentrificación, el papel del Estado cambió de forma dramática (Hackworth y Smith, 2001). Durante los años noventa, la relativa retirada de los Estados nación en lo que se refiere a los subsidios a la gentrificación que había tenido lugar durante los años ochenta fue revertida por la intensificación de los partenariados entre el capital privado y los gobiernos locales, dando lugar a desarrollos mayores, más caros y más simbólicos, desde el frente marítimo de Barcelona a la Postdamer Platz de Berlín. Las políticas urbanas ya no

aspiraban a guiar o regular la dirección del crecimiento económico tanto como a encajarse en las guías ya establecidas por el mercado en búsqueda del mayor rendimiento, ya fuera directamente o por medio de ventajas fiscales.

El nuevo papel jugado por el capital global es también un factor definitivo en la generalización de la gentrificación. Tanto en el Canary Wharf londinense como en el Battery Park City en Nueva York (desarrollados por la misma compañía canadiense) resulta fácil señalar el nuevo papel del capital global en los grandes megadesarrollos de los centros urbanos (Fainstein, 1994). No obstante, es igualmente destacable hasta qué punto el capital global se ha propagado en desarrollos locales mucho más modestos. En este aspecto, resulta emblemática la nueva urbanización de 61 apartamentos en el Lower East Side de Nueva York, a un kilómetro de Wall Street, donde cada casa está equipada con una conexión de alta velocidad a Internet de última gama. Esta es una pequeña promoción según los estándares de la ciudad global, pero fue construida por mano de obra migrante no sindicada (que tiene una evolución espectacular en Nueva York durante los años noventa), el promotor es israelí y la mayor fuente de financiación provino del European American Bank (Smith y DiFilippis, 1999). El alcance del capital global, incluso en la escala más local, es igualmente una marca distintiva de la última fase de la gentrificación.

En tercer lugar, está la cuestión de la oposición a la gentrificación. De Ámsterdam a Sidney, de Berlín a Vancouver, de San Francisco a París, la segunda ola de la gentrificación coincidió con una creciente multitud de movimientos y organizaciones en torno a la población sin hogar, las ocupaciones, el problema de la vivienda y otros aspectos de la antigentrificación, que a menudo se conectaban de manera difusa en torno a cuestiones superpuestas. Aunque raramente se unieron como un movimiento a escala metropolitana, se enfrentaron a la gentrificación de una forma suficiente como para estar en el punto de mira de los políticos locales y de las fuerzas de policía. En cualquier caso, los crecientes niveles de represión que se dirigieron contra los movimientos antigentrificación de los años ochenta y noventa son prueba fehaciente de la centralidad cada vez mayor de los desarrollos inmobiliarios en la nueva economía urbana. Los regímenes políticos de las ciudades fueron cambiando a medida que cambiaba su perfil económico, y el desmantelamiento de las políticas urbanas liberales proporcionaron una oportunidad, tanto política como económica, para los nuevos regímenes de poder urbano. La emergencia de la ciudad revanchista no fue sólo un fenómeno de Nueva York: se puede ver en las campañas antiocupación de los años ochenta en Ámsterdam, en los ataques de la policía parisina a los campamentos de vagabundos (mayoritariamente

migrantes) sin casa y en la importación de la política de «tolerancia cero» por parte de las fuerzas de policía en todo el mundo. En São Paulo, las tácticas altamente represivas aplicadas a la población callejera de la ciudad fueron racionalizadas en términos de la doctrina «científica» de «tolerancia cero» procedente de Nueva York. En todos estos casos, el nuevo revanchismo estaba explícitamente justificado en términos de hacer la ciudad segura para la gentrificación. El nuevo autoritarismo sofoca la oposición y al mismo tiempo hace que las calles sean seguras para la gentrificación.

La cuarta característica de esta última fase viene de la mano de una extensión de la gentrificación desde los centros urbanos hacia la periferia de las ciudades. Esto está lejos de ser un proceso fluido y regular, pero a medida que la gentrificación de las proximidades del centro da como resultado precios más elevados del suelo y de la vivienda, incluso en propiedades más antiguas y sin rehabilitar, los distritos más alejados se ven alcanzados por el *momentum* de la gentrificación. El patrón de esta difusión es muy variable y viene influido por todo tipo de factores, desde el tipo de arquitectura y los parques a la presencia de agua. Está orientada principalmente por los patrones históricos de inversión y desinversión de capital en el paisaje. Cuanto más desigual es el crecimiento expansivo de la inversión de capital y cuanto más desigual es la desinversión en estos nuevos paisajes, más desigual será la difusión de la gentrificación. De igual modo, en ciudades donde la mayor parte de la expansión espacial se ha producido en los últimos años y donde las oportunidades de una desinversión continua se han visto restringidas, la difusión de la gentrificación puede estar igualmente limitada.

Finalmente, una característica central dentro de los rasgos distintivos de la fase más reciente de esta nueva gentrificación es la generalización sectorial. Aunque la renovación urbana de los años cincuenta, sesenta y setenta pretendía una reforma a gran escala de los centros de numerosas ciudades y aunque galvanizó amplios sectores de la economía urbana, esta estaba fuertemente regulada, limitada económica y geográficamente por el hecho de que dependía totalmente de la financiación pública y por ende debía tener en cuenta cuestiones de amplia necesidad social como, por ejemplo, la vivienda social. Por el contrario, la ola de gentrificación que siguió a esta renovación actuó con una considerable independencia respecto del sector público. A pesar del enorme subsidio público, la lógica financiera del mercado privado no se aplicó hasta la tercera ola. Lo que ha marcado la última fase de gentrificación en muchas ciudades es que se ha forjado una nueva amalgama de poderes y prácticas corporativas y estatales dando lugar a un esfuerzo mucho más ambicioso que los anteriores por gentrificar la ciudad.

Recuperar la ciudad para las clases medias implica mucho más que simplemente proveer viviendas gentrificadas. La gentrificación de la tercera ola es un medio para transformar grandes áreas en nuevos complejos urbanos que forman la vanguardia de una amplia remodelación urbana tendencialmente clasista. Estas nuevas urbanizaciones con jardines privados ahora integran viviendas con tiendas, restaurantes, equipamientos culturales (Vine, 2001), zonas verdes y oportunidades de empleo —complejos completamente nuevos que incluyen usos de recreo, consumo, producción y placer, tanto como de residencia—. Lo que es igualmente importante, la gentrificación como estrategia urbana conecta y entrelaza los mercados internacionales con los promotores inmobiliarios de tamaño grande y medio, comerciantes locales y agentes de la propiedad con pequeñas tiendas de marca; se trata de un proceso engrasado por los gobiernos municipales y locales quienes ahora dan por sentado que los resultados sociales beneficiosos derivan del desarrollo del mercado más que de su regulación. Todavía más crucial, el desarrollo inmobiliario se convierte en una pieza central de la economía *productiva* de la ciudad, un fin en sí mismo, justificado por el reclamo de puestos de trabajo, impuestos y turismo. De una manera difícilmente imaginable en los años sesenta, la construcción de nuevos proyectos de gentrificación en el centro de las ciudades, a lo largo y ancho de todo el mundo, se ha convertido en una estrategia de acumulación de capital cada vez más inexpugnable para las economías urbanas en competencia. Aquí descansa un rasgo esencial del esquema general del nuevo urbanismo, al que volveremos en breve.

La generalización y apropiación estratégica de la gentrificación como un medio de competición global interurbana encuentra su expresión más desarrollada en el lenguaje de la «regeneración urbana». En consonancia con la importancia del Estado en la nueva ola de cambios, no es en EEUU sino más bien en Europa donde este proceso ha llegado más lejos. Puede que el gobierno laborista de Tony Blair sea el más ardiente defensor de la reinvención de la gentrificacion como «regeneración urbana», pero el fenómeno se extiende por toda Europa. Dinamarca, por ejemplo, convirtió la regeneración en una política oficial en 1997 con la creación de una Secretaría Nacional de Regeneración Urbana, y los funcionarios de Berlín han llegado a considerar todo el periodo de reconstrucción desde 1991 como un periodo de «regeneración urbana». En diciembre del año 2000 tuvo lugar en París una gran conferencia con el título «Convergencias entre regeneración urbana y política de vivienda en Europa», a la que acudieron responsables de alto rango de las políticas públicas y consultores en representación de todos los gobiernos de la Unión Europea, más algunos países vecinos aspirantes a entrar en la misma. El folleto de presentación señalaba la intención de impulsar el «debate sobre la

vivienda y la regeneración […] más allá del estrecho marco del desarrollo físico para examinar los arreglos institucionales que se deben establecer» a fin de hacer realidad la «regeneración urbana». La misión de aquellas personas que acudieron a la conferencia era de naturaleza práctica y exhaustiva: la transformación urbana a gran escala exige sólidas relaciones entre «proveedores de vivienda social, inversores privados [y] responsables de formación y políticas públicas», así como entre «agencias de regeneración y autoridades locales y gobiernos nacionales». Las políticas públicas de regeneración tienen múltiples facetas e incluyen distintas acciones y esfuerzos que normalmente no se incluirían bajo la etiqueta de «gentrificación», sin embargo, sí que tiene sentido considerar estas iniciativas (el manifiesto británico para la regeneración urbana, las políticas estatales europeas y los esfuerzos de establecer una estrategia de regeneración urbana a escala europea) como el intento más ambicioso de incorporar la gentrificación al corazón de las políticas urbanas transnacionales.

Hay varios aspectos sorprendentes en las agendas de esta «nueva regeneración». Primero, la cuestión de la escala. La coordinación de las estrategias de «regeneración» urbana a través de fronteras nacionales es algo inaudito. Aunque sin duda distintas fuentes internacionales contribuyeron a la reconstrucción de las ciudades europeas tras la Segunda Guerra Mundial, los consiguientes programas de renovación urbana fueron decididamente nacionales en su origen, financiación y alcance. Hoy, por el contrario, las iniciativas de regeneración urbana de ámbito europeo están promoviendo una gentrificación transnacional a una escala nunca vista, con un interés primordial en los esfuerzos de integración de las iniciativas de vivienda con «otras actividades regenerativas». Así, como indica el título de la conferencia de París, esta transición de la política de gentrificación centrada en la vivienda a una «regeneración» multisectorial de más amplia base está todavía en proceso de construcción y, a diferencia de la situación en EEUU, la cuestión de la vivienda social no puede ser totalmente excluida de la visión de la regeneración. Aunque todavía no se ha establecido del todo una estrategia de regeneración urbana de ámbito europeo y en torno a los Estados, se encuentra sin duda en el punto de mira de los burócratas, promotores y financieros de todo el continente. La relación crucial con la anterior discusión sobre el nuevo urbanismo está clara: la tercera ola de gentrificación es cada vez más la expresión del redimensionamiento de lo urbano con respecto a las escalas nacional y global.

En segundo lugar está la centralidad de la dimensión geográfica. El manifiesto para la regeneración urbana británico de 1999, atento aparentemente a las consecuencias medioambientales de la continua expansión de crecimiento suburbano, declara

que en los próximos 25 años, el 60 % de la provisión de vivienda nueva deberá tener lugar en *brown fields*, es decir, en suelos urbanos que ya han sido objeto de uno o más ciclos de desarrollo. Evidentemente, esta iniciativa tendrá como objetivo áreas urbanas más antiguas que han sufrido una desinversión continuada, y aunque este tipo de suelo pueda estar diseminado a lo largo y ancho de las áreas metropolitanas, parece razonable esperar que el desarrollo se concentre en las áreas incluidas dentro o cerca del centro urbano. Bajo el envoltorio de la regeneración, la gentrificación es así presentada como una estrategia medioambiental positiva y necesaria.

En conexión con este aspecto está la cuestión del «equilibrio social» y la necesidad de «traer a la gente de vuelta a las ciudades», tal y como dice la estrategia de regeneración (DETR, 1999). El «equilibrio social» parece algo bueno (¿quién podría estar en contra del equilibrio social?), hasta que se examinan los barrios seleccionados para la «regeneración», momento en el que se ve con claridad que la estrategia implica una importante colonización por parte de las clases medias y medias-altas. Para los políticos, urbanistas y economistas, el equilibrio social en un barrio como Brixton, en Londres,[5] significa traer «de vuelta» a la clase media blanca. Los defensores del «equilibrio social» rara vez proponen que los barrios blancos deban ser equilibrados con un número equivalente de personas de descendencia africana, caribeña o asiática. Por lo tanto, no es la «gente» en general la que debe ser traída «de vuelta a nuestras ciudades»; este llamamiento no se dirige a los mineros de Gales, los granjeros de Bavaria o las gentes de mar de Bretaña. Más bien, el llamamiento a traer a la gente de vuelta a la ciudad es siempre un llamamiento en puro interés propio dirigido a que las clases medias y medias-altas blancas retomen el control de las economías políticas y culturales, así como el espacio geográfico, de las grandes ciudades. La investigación sobre el sintomático silencio acerca de quién debe ser invitado de vuelta a la ciudad comienza a revelar de qué políticas de clase se trata.

Además está la cuestión del anodino lenguaje de la «regeneración» en sí mismo. En primer lugar, ¿de dónde viene este léxico? Proveniente de la biomedicina y de la ecología, el término «regeneración» se refiere a las plantas individuales, las especies o los órganos (un hígado o un bosque se pueden regenerar) e insinúa que la gentrificación estratégica de la ciudad es en realidad un proceso natural. De este modo, la defensa de las estrategias de regeneración ocultan tanto los objetivos como los orígenes intrinsecamente sociales de la transformación urbana,

5 Barrio con un alto porcentaje de caribeños que protagonizó sonados disturbios en los años ochenta. [N. de E.]

borrando la política de vencedores y vencidos de la que surgen dichas estrategias. Por lo general, la gentrificacion conlleva desplazamiento. Sin embargo, ni en el manifiesto británico por una «regeneración urbana» ni en la agenda de la conferencia paneuropea de París consta ningún reconocimiento de la suerte que correrán aquellas personas desplazadas por la reconquista de la ciudad que propugnan.

El lenguaje de la regeneración implica el edulcoramiento de la gentrificación. Y es precisamente porque el término «gentrificación» señala la verdad sobre el cambio social que implica la «regeneración» de la ciudad, por lo que se ha convertido en una palabra tabú para los promotores, inversores y políticos. Así, nos encontramos en la irónica situación de que en Estados Unidos, donde la ideología de la sociedad sin clases es tan habitual, el término «gentrificación» está bastante generalizado, mientras que en Europa es reprimido. De Bochum a Brixton, urbanistas locales y concejales de distrito que todavía se consideran socialistas, que aparentemente son progresistas y que pueden ser tremendamente conscientes de los peligros del desplazamiento, han sido cooptados por la promesa burocrática de la «regeneración», hasta el punto de que la agenda de la gentrificación generalizada de los centros urbanos ha quedado en buena medida invisibilizada. La «regeneración urbana» no sólo representa la siguiente ola de gentrificación, planeada y financiada a una escala sin precedentes, sino que el éxito de esta terminología adormece nuestra comprensión crítica sobre la gentrificación en Europa y representa una considerable victoria ideológica de la visión neoliberal de la ciudad.

La cuestión aquí no es la de forzar una comparación, elemento por elemento, de las estrategias de regeneración y gentrificación, o la de condenar todas las estrategias de regeneración como caballos de Troya de la gentrificación. Antes bien, quiero insistir en que la gentrificación es un objetivo poderoso, si bien a menudo camuflado, de las estrategias de regeneración urbana y también lanzar un desafío crítico a la anestesia ideológica que hace desaparecer la cuestión de la gentrificación justo en el momento en el que la escala del proceso se vuelve más amenazante, al tiempo que se hace más palpable la asimilación de la gentrificación como parte de un urbanismo neoliberal más amplio. La gentrificación como estrategia urbana global es la expresión consumada de un urbanismo neoliberal que moviliza las demandas de la propiedad individual a través de un mercado lubricado por las subvenciones estatales.

Conclusión

En este texto, presento dos argumentos bastante distintos. Por una parte, desafío la suposición eurocéntrica de que las ciudades globales se deben definir de acuerdo a funciones de mando más que por su participación en la producción global de plusvalor. Por otra, quiero resaltar las maneras en las que la gentrificación se ha desarrollado como una estrategia urbana competitiva dentro de esta misma economía global. La generalización post 1990 de la gentrificación como una estrategia urbana global juega un papel central en el urbanismo neoliberal y esto de dos maneras. Primero, llena el vacío dejado por el abandono de la política urbana liberal del siglo XX. Segundo, presenta los mercados inmobiliarios del centro de las ciudades como sectores pujantes de inversión de capital *productivo:* la globalización del capital productivo integra la gentrificación. Esto no ha sido ni accidental ni inevitable. Más bien, a medida que las ciudades se volvían globales, lo mismo hicieron algunos de sus rasgos característicos. La incipiente globalización de la gentrificación, como la de las propias ciudades, representa la victoria de ciertos intereses económicos y sociales sobre otros y la reafirmación de los supuestos económicos (neoliberales) sobre la trayectoria de la gentrificación (Smith y Di Filippis, 1999).

Incluso donde la gentrificación *per se* está todavía poco extendida, la movilización de los mercados inmobiliarios urbanos como vehículos de acumulación de capital está omnipresente. Un síntoma más de la intensa integración de la industria inmobiliaria dentro del núcleo definitorio del urbanismo neoliberal se encuentra en ciudades como Kuala Lumpur, Singapur, Río de Janeiro o Mombai, donde los precios inmobiliarios se han multiplicado varias veces desde la década de 1990. El mismo proceso de centralización de capital que acentúa la contradicción entre producción y reproducción social también acentúa el proceso de gentrificación, aunque por supuesto esto se resuelve de maneras muy diferentes según los lugares. En Mombai, en particular, la desregulación del mercado y la competición global de mediados de la década de 1990 dio lugar a «precios extravagantemente altos» que eclipsaron brevemente incluso los de Nueva York, Londres y Tokio (Nijman, 2000). Los precios extremos y altamente volátiles de 1996 se han desvanecido, pero desde entonces el sector superior del mercado inmobiliario de Mombai está en competencia con las propiedades inmobiliarias de ciudades de todo el mundo, una situación que ha generado en ciertos barrios una gentrificación de pequeña escala pero muy real.

Si el mayor eje territorial de competencia económica antes de los años setenta enfrentaba entre sí a las economías regionales y nacionales, en los años noventa el nuevo eje geográfico de competencia reside en enfrentar una ciudad contra otra en la economía global. Esta competición no tiene lugar simplemente en función de la capacidad de atraer y conservar la producción industrial, sino también de publicitar a las ciudades como destinos turísticos y residenciales. Esto se ha hecho explícito en las políticas de regeneración británicas tales como el City Challenge en los años noventa (Jones y Ward 2002), e igualmente en Nueva York, Atlanta o Vancouver, donde las políticas contra los sin techo se han justificado en términos de mejora de la industria turística. Incluso la revista *Travel and Leisure* tiene una columna regular en la que se apropia del lenguaje de las «economías emergentes» para centrar su atención en las «ciudades emergentes». Así, Montevideo es conocida por sus «florecientes cafetines», Túnez «tiene una grandeza que recuerda a Praga y Viena», «Panama City se presenta como la puerta para los entendidos culturales» a la zona del Canal: «[C]uando te hayas acomodado, sal fuera y compra» y «Cracovia está experimentando su renacimiento» («On the Town», 2000). Similares aspiraciones marcaron la intensa estimulación del alcalde Giuliani tras la catástrofe del World Trade Center: «Salid y llevad una vida normal», exhortó tres días después del 11-S. «Salid a los restaurantes, id al teatro y a los hoteles, gastad dinero».

Lefebvre (1971) sostuvo hace tiempo que el urbanismo había suplantado a la industralización como fuerza motriz de la expansión capitalista: la industralización podía haber alimentado una urbanización sistemática, pero en su tiempo era la urbanización la que engendraba la industralización. Esta afirmación no ha resistido el paso del tiempo, especialmente a la vista de la globalización de la producción industrial y la expansión de un sureste asiático que todavía estaba bastante en pañales cuando se escribió aquel texto. Y sin embargo, parece que Lefebvre había anticipado algo muy real. Es cierto que, en términos globales, la urbanización no ha suplantado a la industralización. Todos los productos que alimentan la urbanización están hechos en algún lugar de la economía global. No obstante, el desarrollo inmobiliario urbano —la gentrificación acentuada— se ha convertido en este momento en una fuerza motriz central de la expansión económica urbana, un sector crucial en las nuevas economías urbanas. Una adecuada interpretación teórica del urbanismo neoliberal tendrá que revisar el argumento de Lefebvre y saber diferenciar su oportunidad de sus exageraciones.

Bibliografía

Brenner, N. (1998), «Global cities, glocal states: Global city formation and state territorial restructuring in contemporary Europe», *Review of International Political Economy,* núm. 5, pp. 1-37

Castells, M. (1977), *The Urban Question,* Londres, Edward Arnold [ed. cast.: *La cuestión urbana,* México D. F., Siglo XXI, 2004].

Cooper, M. (1998), «Study says stricter oversight of police would save city money», *New York Times,* 16 de noviembre, pp. B1-B5.

______ (1999), «Vote by PBA rebukes Safir and his policy», *New York Times,* 15 de abril, p. B3.

Department of the Environment, Transport and the Regions (DETR) (1999), *Towards an Urban Renaissance*. Disponible en: http://www.regeneration.detr.gov.uk/utf/renais/ (acceso el 9 de febrero de 2002).

Fainstein S, (1994), *City Builders: Property, Politics, and Planning in London and New York,* Oxford, Basil Blackwell.

García, L. M. (2001), «Gentrification in Tenerife», artículo presentado en la ISA Group 21 Conference, Amsterdam.

Garside, J. (1993), «Inner-city gentrification in South Africa: The case of Woodstock, Cape Town», *GeoJournal,* núm. 30, pp. 29-35.

Glass, R. (1964), *London: Aspects of Change*, Londres, Centre for Urban Studies.

MacGibbon y Kee Hackworth J. (2000), «The Third Wave», tesis doctoral, Departamento de Geografía de la Rutgers University.

Hackworth, J. y N. Smith (2001), «The state of gentrification», *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie,* núm. 92 (4), pp. 464-477.

Hansen, S y G. Pratt (1995), *Gender, Work, and Space,* Londres, Routledge.

Hardt, M y A. Negri (2000), *Empire,* Cambridge (MA), Harvard University Press [ed. cast.: *Imperio,* Barcelona, Paidós, 2002].

Harvey, D. (1973), *Social Justice and the City,* Londres, Edward Arnold, [ed. cast.: *Urbanismo y desigualdad social,* México D. F., Siglo XXI, 1977].

Harvey, D. (1985), *The Urbanization of Capital,* Oxford, Basil Blackwell.

Jones, G. y A. Varley (1999), «The reconquest of the historic centre: Urban conservation and gentrification in Puebla, Mexico», *Environment and Planning A,* núm. 31, pp. 1547-1566.

Katz, C. (2001), «Vagabond capitalism and the necessity of social reproduction», *Antipode,* núm. 33, pp. 708-727.

______ *Disintegrating Developments: Global Economic Restructuring and Children's Everyday Lives,* Minneapolis, University of Minnesota Press.

Lefebvre, H. (1971), *La Révolution Urbaine,* París, Gallimard, [ed. cast.: *La revolución urbana,* Madrid, Alianza Editorial, 1983].

MacLeod, G. (2001), «New regionalism reconsidered: Globalization and the remaking of political economic space», *International Journal of Urban and Regional Research,* núm. 25, pp. 804-829.

Mészáros, I. (2001), *Socialism or Barbarism: From the «American Century» to the Crossroads,* Nueva York, Monthly Review.

Nijman, J. (2000), «Mumbai's real estate market in the 1990s: Deregulation, global money and casino capitalism», *Economic and Political Weekly,* 12 de febrero, pp. 575-582.

«On the Town. Emerging Cities» (2000), *Travel and Leisure,* pp. 42-50.

Ramsamy, E. (2001), «From Projects to Policy: The World Bank and Housing in the Developing World», tesis doctoral en el Departamento de Urbanismo de la Rutgers University.

Rose, D. (1981) «Accumulation versus reproduction in the inner city» en M. Dear y A. Scott (eds), *Urbanization and Urban Planning in Capitalist Society,* Londres, Methuen, pp. 339-382.

Sassen, S. (1992), *The Global City,* Princeton (NJ), Princeton University Press [ed. cast.: *La ciudad global. Nueva York, Londres, Tokio,* Buenos Aires, Eudeba, 1999].

_____ (1998) *Globalization and Its Discontents,* Nueva York, New Press.

_____ (2000) *Cities in the World Economy,* Thousand Oaks (CA), Pine Forge Press.

Smith, N. (1990), *Uneven Development: Nature, Capital, and the Production of Space*. Oxford, Basil Blackwell.

_____ (1996) *New Urban Frontier: Gentrification and the Revanchist City*, Londres, Routledge [ed. cast.: *La nueva frontera urbana. Gentrificación y ciudad revanchista*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2012].

_____ (2003), «Scales of terror: The manufacturing of nationalism and the war for US globalism» en S. Zukin y M. Sorkin (eds.), *After the World Trade Center,* Nueva York, Routledge.

Smith, N. y W. Dennis (1987), «The restructuring of geographical scale: Coalescence and fragmentation of the northern core region», *Economic Geography,* núm. 63, pp. 160-182.

Smith, N. y J. DiFilippis (1999), «The reassertion of economics: 1990s gentrification in the Lower East Side», *International Journal of Urban and Regional Research,* núm. 23, pp. 638-653.

Swyngedouw, E. (1996), «Reconstructing citizenship, the rescaling of the state, and the new authoritarianism: Closing the Belgian mines», *Urban Studies,* núm. 33, pp. 1499-1521.

_____ (1997), «Neither global nor local: "Glocalization" and the politics of scale» en K. Cox (ed.) *Spaces of Globalization: Reasserting the Power of the Local,* Nueva York, Guilford, pp. 137-166.

Taylor, P. (1995), «World cities and territorial states: The rise and fall of their mutuality» en P. Knox y P. Taylor (eds.), *World Cities in a World System,* Cambridge (RU), Cambridge University Press, pp. 48-62.

Taylor, P. (1999), «So-called "world cities": The evidential structure within a literature», *Environment and Planning,* núm. 31, pp. 1901-1904.

Thomas, G. (1991), «The gentrification of paradise: St John's, Antigua», *Urban Geography,* núm. 12, pp. 469-487.

Vine, D. (2001), «Development or Displacement?: The Brooklyn Academy of Music and Gentrification in Fort Greene» artículo presentado a la conferencia *Gotham: History of New York*, CUNY Graduate Center, 7 de octubre.

mapas

19. *Estudios postcoloniales. Ensayos fundamentales*
Dipesh Chakrabarty, Achille Mbembe, Robert Young, Nirmal Puwar,
Sandro Mezzadra, Federico Rahola, Gayatri Spivak, Chandra Talpade Mohanty ...
288 pp., 22 euros.

20. *Producción cultural y prácticas instituyentes. Líneas de ruptura en la crítica institucional*
transform
245 pp., 15 euros.

21. *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*
Edward S. Soja
594 pp., 35 euros.

22. *Mil maquinas. Breve filosofía de las máquinas como movimiento social*
Gerald Raunig
126 pp., 10 euros.

23. *Deseo (y) libertad. Una investigación sobre los presupuestos de la acción colectiva*
Montserrat Galcerán
208 pp., 14 euros.

24. *Código 2.0*
Lawrence Lessig
568 pp., 26 euros.

25. *Movilización global. Breve tratado para atacar la realidad*
Santiago López Petit
148 pp., 12 euros.

26. *Entre el ser y el poder. Una apuesta por el querer vivir*
Santiago López Petit
280 pp., 16 euros.

27. *La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevas escenarios políticos*
A. Fumagalli, S. Lucarelli, C. Marazzi, A. Negri y C. Vercellone
182 pp., 14 euros.

28. *La Universidad en conflicto. Capturas y fugas en el mercado global del saber*
Edu-Factory y Universidad Nómada (comps.)
164 pp., 10 euros.

29. *Bioeconomía y capitalismo cognitivo. Hacia un nuevo paradigma de acumulación*
Andrea Fumagalli
342 pp., 25 euros.

30. *Cartografías de la diáspora. Identidades en cuestión*
Avtar Brah
297 pp., 22 euros.

31. *La abeja y el economista*
Yann Moulier Boutang
297 pp., 22 euros.

32. *Mundo Braz. El devenir-mundo de Brasil y el devenir-Brasil del mundo*
Giuseppe Cocco
254 pp., 17 euros.

33. *Feminismos negros. Una antología*
Sojourner Truth, Ida Wells, Patricia Hills Collins, Angela Davis, Carol Stack, Hazel Carby...
314 pp., 25 euros.

34. *La nueva frontera urbana. Ciudad revanchista y gentrificación*
Neil Smith
306 pp., 20 euros.

35. *Hipótesis democracia. Quince tesis para la revolución anunciada*
Emmanuel Rodríguez
370 pp., 14 euros.

36. *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*
Silvia Federici
285 pp., 20 euros.

37. *Crisis del capitalismo neliberal, poder constituyente y democracia real*
Pedro Chavez giraldo, Carlos Prieto del Campo y René Ramirez Gallegos (eds.)
456 pp., 26 euros.

38. *De los dolores y las penas. Ensayo abolicionista y sobre la objección de conciencia*
Vincenzo Guagliardo
238 pp., 14 euros.

39. *Por amor o a la fuerza. Feminizacion del trabajo y biopolítica del cuerpo*
Cristina Morini
224 pp., 14 euros.

40. *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*
Amaia Pérez Orozco
306 pp., 20 euros.

1. *A la deriva por los circuitos de la precariedad femenina*
Precarias a la deriva
274 pp., 12 euros.

2. *Nociones comunes. Experiencias y ensayos entre investigación y militancia*
Derive Approdi, Posse, Colectivo Situaciones, Colectivo Sin Ticket, Grupo 116...
280 pp., 12 euros.

3. *La empresa total*
Renato Curzio
114 pp., 10,8 euros.

4. *Madrid. ¿La suma de todos? Globalización, territorio, desigualdad*
Observatorio Metropolitano
704 pp., 24 euros.

5. *Barómetro social de España*
Colectivo Ioé
472 pp., 25 euros.

6. *Innovación en la cultura*
Yproductions
222 pp., 14 euros

7. *¿Por nuestra salud? La privatización de los servicios sanitarios*
CAS Madrid (Comps.)
166 pp., 12 euros.

8. *Micropolíticas de los grupos. Para una ecología de las prácticas colectivas*
David Vercauteren, Olivier «Mouss» Crabbé, Thierry Müller
284 pp., 12 euros.

9. *Fin de ciclo. Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010)*
Isidro López Hernández y Emmanuel Rodríguez López
506 pp., 24 euros.

10. *Emprendizajes en cultura. Discursos, instituciones y contradicciones de la empresarialidad cultural*
Jaron Rowan
191 pp., 14 euros

11. *Conflicto y reforma en la educación (1986-2010) Los años decisivos: de la rebelión estudiantil a las consecuencias de la LOGSE*
Jose Ramón Rodríguez Prada
176 pp., 12 euros

12. *Spanish neocon*
Autor: Observatorio Metropolitano (Pablo Carmona, Beatriz García y Almudena Sánchez)
216 pp., 12 euros

13. *Tratado para radicales. Manual para revolucionarios pragmáticos*
Saul Alinsky
206 pp., 15 euros

14. *Paisajes devastados. Después del ciclo inmobiliario: impactos regionales y urbanos de la crisis*
Observatorio Metropolitano de Madrid (eds.)
472 pp., 24 euros

15. *Mujeres, hombres, poder. Subjetividades en conflicto*
Almudena Hernando
182 pp., 15 euros